

# La simiente celeste

1ª Parte: Caps. 1 a 25

Juan Pablo Martínez Rubio

© 2003

## CONTENIDO

		Pág.
	PRÓLOGO.....	4
	INTRODUCCIÓN.....	5
1.	ME DICEN Y YO LO CREO.....	9
2.	CUANDO TODO EMPEZÓ.....	17
3.	HUBO QUE ESPECIALIZARSE.....	22
4.	CAMBIAR DE AIRES.....	28
5.	LOS DEPREDADORES.....	35
6.	ALEJÁNDOME DEL MAR.....	41
7.	GRACIAS AL FUEGO.....	51
8.	EL HIELO NO AYUDA MUCHO.....	58
9.	ESTÁBAMOS EN BERINGIA.....	66
10.	HACE ONCE MIL AÑOS.....	75
11.	UN GRAN PROGRESO (1ª Parte).....	89
12.	ENDURECER EL COBRE.....	95
13.	MORIR EN EL ARGAR.....	102
14.	JERICÓ ERA SU NOMBRE.....	109
15.	EN EGIPTO.....	117
16.	KEFTIU.....	128
17.	PASÍFAE.....	138
18.	LA ATLÁNTIDA.....	145
19.	VIVIR LA VIDA.....	153
20.	EN LA CIUDAD DE PYLOS.....	160
21.	CUANDO ESTUVE EN TIRO.....	170
22.	Y POR FIN GADIR.....	183
23.	EL PARAÍSO ESTÁ AQUÍ.....	192
24.	TRASPASAR EL ESPEJO.....	197
25.	EN ESMIRNA FUE MEJOR.....	206
26.	EL BARDO ME PESA MUCHO.....	212
27.	LA PRESIÓN DEMOGRÁFICA.....	218
28.	COMO SI HUBIERA ROBADO.....	226

29.	PARA EVITAR INTERFERENCIAS.....	231
30.	NO PODÍA QUEDARME ALLÍ.....	236
31.	MIRARSE AL ESPEJO.....	242
32.	DULCES SUEÑOS.....	248
33.	SIEMPRE QUE VIVÍ EL AMOR.....	253
34.	ROMA ERA UN HERVIDERO.....	261
35.	BAJANDO EL RÍO BETIS.....	267
36.	SOÑÉ QUE UN ÁNGEL ME OÍA.....	272
37.	ENTRE BASTI Y GAR-ANAT.....	279
38.	EL VALLE DEL ALMANZORA.....	287
39.	NO QUISE SEGUIR ADELANTE.....	294
40.	LOS BANU-HASAN.....	301
41.	MULADÍ O MUSULMÁN.....	308
42.	ARRASTRADO POR EL RÍO.....	314
43.	LA TIERRA DEL SIRGO.....	322
44.	EL MUNDO CAMBIA.....	330
45.	¿DE DÓNDE VENDRÍA EL HIERRO?.....	338
46.	NOTICIAS DE LAS INDIAS.....	351
47.	PARA OIR EL CANTO.....	358
48.	EL HAMBRE Y LA INCULTURA.....	367
49.	UN GRAN PROGRESO (2ª Parte).....	373
50.	EL ACCIDENTE DE TRÁFICO.....	379
	ESCENARIOS Y CICLOS.....	383
	DATACIÓN HISTÓRICA E ÍNDICE POEMÁTICO	385
	BIBLIOGRAFÍA.....	387

## PRÓLOGO

El presente relato quiere ser un ejercicio de imaginación, en el que se pueden seguir tres historias paralelas, acerca de las tres realidades presentes en la existencia de los seres vivos.

La primera de ellas es la de un ser vivo particular, que inicia su senda en las formas más simples de la vida, y de ahí, de cuerpo en cuerpo, en un continuo progreso, va aumentando su complejidad y sus posibilidades de manifestación, hasta un estado de maduración en el que hoy se halla, que le conducirá a su estadio final. En cada una de sus encarnaciones este ser, sólo guarda memoria de los acontecimientos vividos en esa etapa de su vida.

La segunda está formada por los recuerdos, reflexiones y decisiones que debe tomar el mismo ser en los períodos-reposo, *bardos*, que vive entre uno y otro ciclo vital encarnado. Su memoria en este estado puede recorrer los ciclos que ya ha vivido y conocer lo que ha ocurrido con él en cada uno de ellos; también puede conocer, bajo esta forma inmaterial lo que está ocurriendo en la primera de las realidades, con los seres que viven en ella, y hacerse presente en esa realidad sin influirla ni distorsionarla.

La tercera es la que solemos llamar realidad histórica, y está formada por los hechos de la historia social de distintas colectividades, que recogidos en documentos, escritos o no, han llegado hasta nosotros; estos hechos representan una mínima parte de la historia, con frecuencia sesgada, del conjunto de los seres que a lo largo de los siglos vivieron en la primera realidad de las descritas. Es la memoria social y colectiva de los seres vivos, que queda expuesta en una secuencia de notas, en relación con la trama de la vida del protagonista en la primera realidad.

En cada capítulo aparecen, como una cuarta línea narrativa, las reflexiones y peripecias del autor del relato en su actual ciclo vital, así como la obra poética que su situación le inspira.

La finalidad es presentar en esta forma el conflicto permanente del hombre entre su percepción de la realidad y su creencia en otras realidades que trascienden a la que nos presentan los sentidos.

**"La simiente celeste"** hace referencia a una cita de Lucrecio: "*Celestis sumus omnes semine oriundi*". (Lucrecio, "De rerum natura" 2,991), y que podemos traducir como "Todos procedemos de una simiente celeste".

Lucrecio vivió entre los años 99 y 55 a.C., por lo que puede verse que esa creencia, del posible origen celeste de la vida en la Tierra no es cosa de ayer.

## INTRODUCCIÓN

Podría ser que la Vida, no sea sino una sucesión de estados de cada ser individual, en distintas formas, unido a la materia o desvinculado de ella. Distintas existencias de cada esencia vital.

Podría ser que las distintas etapas de actividad de un individuo, sus distintas vidas, tuvieran lugar en distintos momentos a lo largo del tiempo o tal vez que fuesen simultáneas en distintos lugares del Universo, o en el mismo punto del mismo Universo, ¿por qué no podría ser?

Podría ser que las distintas formas de esa vida del individuo fuesen todas ellas del mismo sexo o de sexos distintos; o tal vez ese atributo que llamamos sexo, es sólo una particularidad de la vida material que conocemos en la Tierra, dentro de la que nos hacemos estas reflexiones, pero es desconocido en otras formas de vida o en otros lugares del Universo.

Podría ser que un mismo individuo viviese formas de vida con distintos grados de complejidad y de racionalidad; desde una simple célula, cuya conciencia de existir desconocemos, a los más altos grados de la inteligencia, que pueden no ser los del actual *Homo sapiens sapiens*, por muchos *sapiens* que añadamos.

Podría ser que uno de estos grados fuese consecuencia del anterior o anteriores, o podría ser que no hubiese relación secuencial alguna entre ellos.

Podría ser que en algunas de esas formas, el individuo se viese inmerso en un alto nivel de integración social; también podría ser que en alguna otra fuese el más perfecto ejemplo del misántropo, sin relación alguna a lo largo de su vida con otros individuos, ni de su especie ni de otras distintas.

Podría ser que...

También podría ser que no exista en el Universo otro lugar con vida que la Tierra, muy improbable desde el punto de vista estadístico. Y podría ser que no existiese otra forma de vida que ésta que conocemos y vemos con nuestros ojos materiales; en tal caso el concepto de *supervivencia* estaría vacío de contenido.

Pero no es posible asegurar que alguna de esas posibilidades responda a la realidad, porque la clave de todo el problema estriba en la memoria. Y nosotros no conservamos en absoluto recuerdos de otra forma de vida, por la que hayamos podido pasar antes de ésta.

Si acaso vamos a vivir alguna forma de vida después de la presente, ¿en esa futurible vida conservaremos memoria de los acontecimientos de ésta que ahora vivimos?

Si acaso conservamos esa memoria, puede tener sentido el concep-

to de remuneración o castigo como consecuencia de la valoración moral de nuestra conducta en esta vida; pero si esa memoria no va a existir, tampoco tienen sentido los conceptos de premio o castigo aplicados a los hechos de esta vida desde la que nos cuestionamos sobre todas esas posibilidades.

Cualquiera de nosotros puede dar fe de haber conocido, directa o indirectamente, vivencias que ponen de manifiesto la existencia de otras formas de vida distintas a la convencional; digamos para entendernos que se trata de vidas alternativas (1).

Si en este momento construyo la hipótesis de que esta vida que hoy tengo va a tener continuación a su final, en forma de otra alternativa, caben en mi mente racional multitud de posibilidades para esa vida, cuando menos cada una de las distintas posibilidades en forma, tiempo y lugar que hemos enunciado más arriba; pero entre todas ellas, no me cabe la de condenado a sufrir, con cualquiera que sea la naturaleza de ese sufrimiento, y menos aun puedo aceptar que ese sufrimiento se prolongue eternamente (2). No tengo una actitud de negación o no aceptación del sufrimiento; creo que éste forma parte del fenómeno de la vida; pero el sufrimiento como condena, no me es aceptable. ¿Quién habría de condenarme a tan duro castigo, un Dios que postulamos misericordioso?

En las sociedades llamadas de progreso se defiende cada día con más fuerza que el castigo como condena a un delincuente convicto, no tiene sentido si no persigue en primer término la redención y reinserción social del condenado. Y si esto está ocurriendo en unas sociedades imperfectas, en manos de unos poderes públicos que en bastantes casos dejan mucho que desear, ¿cómo puede aceptarse una conducta mucho más dura como ley de un universo regido por la mano

---

(1).- La psicóloga Helen Wambach en su obra, VIDA ANTES DE LA VIDA. (EDAF-Ediciones Distribuciones, S.A. Madrid, 1979), describe las experiencias de regresión a vidas anteriores, realizadas por ella sobre un total de 750 personas en estado hipnótico. Trata de demostrar la existencia de las reencarnaciones.

(2).- Es verdad que el Evangelio de S. Mateo (Cap. 25, 31-46) dice claramente que tanto el premio de los justos como el castigo de los malditos será eterno, y el APOCALIPSIS (Cap. 14, 9-12), indica claramente que el castigo de los malos será "por siglos de siglos". Pero, las manifestaciones de la misericordia divina son muy numerosas dentro de las escrituras y tradición cristianas, así como en los textos de otras religiones, (EL CORAN empieza así: "En nombre de Dios Clemente y misericordioso. Alabanza a Dios, señor del universo, el clemente, el misericordioso, soberano en el día de la retribución"). Y sobre todo en el sentimiento íntimo de muchas personas, y en el mío propio, domina la percepción del Dios misericordioso sobre el justiciero. No puedo sino dar un sentido simbólico a las citas tan categóricas enunciadas acerca de la eternidad del castigo divino. Por otra parte está la imposibilidad filosófica: Aceptando que Dios es justo, un castigo infinito sólo es aplicable como castigo a una maldad infinita, incapaz de ejecutar por un hombre finito y limitado.

de un Dios misericordioso?. Y si no fuese así, ¿tenemos derecho a preguntarnos, qué monstruo es el autor de esas leyes?

Tenemos más que suficientes indicios para creer que el autor de las leyes que conocemos y que rigen los fenómenos físico-químicos del Universo no es ni un loco, ni un idiota, ni un perturbado, ni un bellaco, ni un corrompido, ni un perverso, como podría decirse de algunos de nuestros gobernantes de todos los tiempos. Antes bien es juicioso, prudente, sabio, bondadoso, indulgente..., y bueno, con todo el peso de contenidos que se le puede dar a esa palabra.

Pues bien, lo más que podemos decir de lo que conocemos sobre la vida es que ésta se reduce esencialmente a un conjunto de fenómenos físico-químicos (3). ¿Habría de estar regida por leyes distintas de aquellas que gobiernan en el Universo otros fenómenos de esta naturaleza? Sin duda, lo más probable es que el fenómeno que llamamos vida no es sino un estado de transformación, en el que se encuentra parte de ese Universo. Un estado de organización de la materia, altamente evolucionado y complejo.

Cuesta creer que tal grado de perfección y complejidad se haya alcanzado, a través de millones de años, para brillar en los seres vivos sólo durante unos segundos de la dilatada vida del Universo.

Los años que puede durar la vida de cualquier ser vivo, no es sino un relámpago, un visto y no visto, en la escala de tiempos del Universo (4). No es razonable, ni lógico, desde ningún punto de vista, que maravilla tan insondable como lo es cualquier ser vivo, ya sea un virus o un hombre, esté pensado y concebido para brillar no más allá de un instante. Me niego a reconocer tan absurdo despilfarro.

La Vida como un proceso siempre en progresión, y mi vida como proceso de acercamiento a una meta final, es el objeto de la historia, mi historia, que haciendo uso de las mayores dosis de lógica y racionalidad de que soy capaz, en mi actual estado de evolución y conocimientos, me propongo desvelar.

No es permitido a los seres vivos el tener memoria de sus comienzos; ninguno de nosotros puede decir que recuerde cuando y cómo empezó su andadura en esta vida; tal vez tenemos memoria de acontecimientos muy tempranos de nuestra existencia; pero al conocimiento del momento inicial y al cómo tuvo lugar ese acontecimiento, no nos

---

(3).- Estos fenómenos se caracterizan por el intercambio de materia y energía que tiene lugar entre los cuerpos que intervienen en ellos.

(4).- Si en una escala de tiempos representamos por un año la vida del hombre sobre la Tierra (*Homo erectus*, aprox. un millón de años). Un día representa a 2.740 años de ese millón. Equivale a decir que se empezó a usar el fuego en Marzo. En Agosto el cerebro humano sería ya del tamaño actual. Cristo nació el 31 de Diciembre a las seis y media de la mañana, y una persona que hoy tiene 60 años, representa que nació el 31 de Diciembre a las 23 h.28 min. 32 seg.

está permitido acceder.

De vez en cuando aparece algún ser *extravagante* que presume de haber tenido acceso a ese conocimiento. Cuando eso ocurre, la colectividad le estigmatiza; lo marca como ser extraño y le retira el crédito de los demás. Loco, enfermo, perturbado, chiflado, lunático..., son algunas de las etiquetas que le colocan.

Nadie que pasee por la vida con esas etiquetas colgadas, es creíble; ya puede decir verdades como puños, que viniendo de su boca nadie le prestará oídos. Vivirá el resto de sus días al margen de la colectividad a la que pertenecía hasta que le dio por contar sus "chifladuras", y el día que muera será recordado como un pobre diablo que acabó sus días sin saber cómo ni por qué había vivido.

Estas son las leyes inmutables de la Vida. Pero circunstancias especiales pueden romper alguna vez esas normas y entonces aparecen los "monstruos", así llamados porque surgen ignorando esas leyes permanentes de la naturaleza (5).

Yo no sé quien soy, empecemos por aquí, y creo que sólo tengo un conocimiento muy superficial de mi realidad global; pero he llegado a la conclusión de que, en cierto sentido, soy un monstruo porque tengo una vida dividida en dos partes, y de una de ellas no guardo memoria alguna.

Sin embargo tengo muy presentes en mi memoria todas las demás vidas que he vivido, a partir de un acontecimiento inicial, del que también guardo memoria excepcionalmente.

& & & & &

---

(5).- Así define el DICCIONARIO IDEOLÓGICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA de Julio Casares, 2ª edición, el concepto de monstruo: "Producción anormal o que contradice el orden de la naturaleza"



## I

**ME DICEN Y YO LO CREO**  
**(hace 10 a.)**

**Me dicen y Yo lo creo**, que Yo era un joven instruido y sano, amante de mi trabajo como profesor de Física y Química en un Instituto del cinturón industrial de Barcelona; amante también del deporte y con una pasión especial por el ciclismo, que practicaba regularmente los fines de semana y en mis largas vacaciones a lo largo del año, tanto en verano como en otras épocas.

En una de las subidas al Tibidabo, una soleada mañana de sábado me embistió de frente un turismo que bajaba a toda máquina y me lanzó por los aires.

Caí fuera de la carretera y rodé ladera abajo hasta quedar destrozado unos treinta metros por debajo del nivel de la carretera.

Permanecí cinco meses en coma, y cuando recobré la conciencia los registros de mi memoria estaban vacíos. El primer recuerdo que hoy tengo en mi cabeza es el de verme tendido en la cama; sobre mi cabeza un hombre y una mujer se abrazaban llorando de alegría; Yo no les conocía, pero eran mis padres, que con abrir Yo los ojos tenían la primera señal de que su hijo volvía a la vida, aunque con una paraplegia y otras limitaciones para el resto de sus días.

Veía y oía perfectamente, pero no entendía nada de lo que se hablaba a mi alrededor, ni conocía nada ni a nadie. Tampoco sabía hablar; podía emitir sonidos, pero era incapaz de decir ninguna palabra por desconocimiento del idioma. Decididamente mi cerebro parecía estar vacío.

El accidente me seccionó la médula entre las vértebras cuarta y quinta de la región lumbar, por lo que hoy sólo siento viva la parte superior de mi cuerpo. El resto está también vivo, pero sin que yo reciba ningún estímulo de su presencia, ni dolor, ni frío, ni posibilidad alguna de moverlo bajo el control de mi voluntad.

De mi vida anterior a este accidente sólo conozco lo que me han contado y de mi proceso de recuperación, los confusos detalles que Yo he podido retener. La recuperación se llevó a cabo con grandes esfuerzos y paciencia por parte de mi familia y de los profesionales que estuvieron a mi servicio para hacer que Yo volviera a tener una vida lo más parecida a la de un ser humano.

Empecé a reconocer personas y cosas, y también a entender el lenguaje; pero Yo no podía expresarme de manera coherente; podía arti-

cular sonidos pero no logré hablar de manera inteligible, y sólo los seres más próximos, muy especialmente mis padres, han logrado, con una gran dedicación, captar el sentido de la mayor parte de mis expresiones; me enterece el esfuerzo que han hecho y hacen continuamente, y Yo no tendré en esta vida medios para agradecerles y compensarles su tremendo sacrificio.

Acabé tomando conciencia de mi estado, y me esforcé cuanto pude por avanzar; pero sólo pude hacerlo hasta llegar a una situación estacionaria en la que vivo la segunda parte de mi vida habiendo acabado de forma traumática la primera y sin recuerdo alguno de ella.

En las horas y días siguientes a mi toma de conciencia, fueron llegando a mi memoria y llenando sus registros vacíos, extrañas imágenes aisladas, como de otras experiencias, de otros seres, de otras épocas, de otros lugares (6).

Cuando llegaron todos los recuerdos que habían de llegar y pude analizarlos en su conjunto, todo empezó a tener coherencia.

Aunque Yo no entendía el por qué de los hechos que aparecían como secuenciales (y en parte sigo sin entenderlo), los hechos estaban allí, en mi memoria, llenos de sentido y a mi disposición para cuando Yo deseaba acudir a contemplarlos.

En más de una ocasión me he preguntado qué pudo pasar en esos cinco meses que duró mi estado de coma, y la explicación más lógica que he encontrado es la siguiente:

Mi corteza cerebral, donde estaban alojados los recuerdos de mi vida hasta el momento del accidente, sufrió algún daño temporal y quedó vacía de contenido. Ese vacío vinieron a llenarlo otros recuerdos, registrados en las capas profundas de mi cerebro y que normalmente no están a nuestro alcance voluntariamente; son los registros de nuestro inconsciente, que proceden de experiencias vividas, de las que normalmente no somos conscientes (7).

(6).- El Dr. Raymond Moody con su obra VIDA DESPUÉS DE LA VIDA (EDAF, Madrid, 1978) en la que describe un centenar de experiencias de personas declaradas clínicamente muertas, abrió en todo el mundo occidental un vivo debate sobre el concepto de supervivencia y vida extracorpórea.

En la misma época aparece la primera película de Holliwood sobre el Más Allá, "Beyond and back" de James Conway (1978), en la que entre otras secuencias aparece aquella en que un investigador calcula el peso del alma por la pérdida de peso del cuerpo al morir y ser abandonado por el alma. (KARMA.7, núm. 74, pág. 53)

(7).- En distintas áreas de la corteza cerebral están ubicados los centros de percepción de las sensaciones internas y el control de los movimientos, así como las funciones intelectuales. A la corteza cerebral llegan los impulsos emotivos, procedentes de las capas profundas del cerebro; pero una barrera de reflejos condicionados rechaza muchos de ellos, sobre todo los penosos o desagradables, y los deriva, parte de ellos hacia el sistema neurovegetativo autónomo, y otros retornan a esas capas profundas donde, en condiciones normales, permanecerán siempre sin alumbrar a la conciencia. (MI CUERPO Y YO. Tomo I, págs. 93-94. Editorial CODEX, 1969).

Estos recuerdos invadieron la capa cortical de mi cerebro y ahí siguen pertinaces, después de mis diez años de vida de paraplégico, postrado en cama o en una silla de ruedas. Me dicen que actualmente tengo treinta y ocho años, y debe ser verdad porque mi cuerpo no es el de un niño, a pesar de que Yo no reconozco tener más que diez años, que son los que obran en mi memoria.

En este tiempo he aprendido de nuevo a leer y comprender bien lo que leo, aunque sólo puedo hablar con gran dificultad y sé que casi no se me entiende; pero afortunadamente puedo escribir con la ayuda de un ordenador. Escribo de manera fluida y el ordenador se ha convertido en mi mejor vínculo con el mundo exterior.

Espoleado y acuciado por el contenido de mi memoria y por sus lagunas, he devorado apasionadamente todos los libros de Biología y de Historia de la Vida que han caído en mis manos. He paseado repetidas veces por el contenido actual de mi memoria, con el deseo de encontrar en algún rincón un solo recuerdo perdido de mi vida anterior al accidente, de la que sólo conozco lo poco que me han contado, pues mis padres decidieron no atormentarme con historias de mi anterior estado, cuando perdieron toda esperanza de que Yo recuperase memoria del mismo.

He renunciado incluso al nombre que dicen que tenía antes del accidente, aunque me siguen llamando con él. Pero de qué puede servirme un nombre vacío de contenido; Yo soy mi propia identidad, que no tiene para mí otra denominación más indicada que ésa: Yo, y sólo quisiera que me llamasen Yo.

No, de mi vida antes del accidente no he logrado encontrar nada en mi memoria. Sin embargo tengo ya una idea bastante concreta de lo que he vivido en otras épocas y en otras situaciones. He puesto en orden mis recuerdos, desde el primero al último y estoy en condiciones de hilvanar mi historia, aunque no sea creíble a quien la oiga, aunque se me considere un monstruo de la naturaleza, como aquellos que vienen al mundo con dos cabezas o sin brazos o con un hermano menor dentro de sí o ...

Me ha quedado o me ha surgido, porque no sé lo que había antes, una sensibilidad especial para reflexionar acerca de algunas cuestiones de esas que suelen llamarse trascendentales, y tengo una cierta facilidad para expresar esas reflexiones en forma de poemas; si son más o menos bien estructurados, no me atrevo a juzgarlo; pero quizás esta capacidad y esta sensibilidad es simplemente la forma en que mi inconsciente manifiesta cómo asume mi desgracia. Intercalo en este relato algunos de estos poemas, como otra forma de expresar mis sentimientos, y para que se me conozca mejor en lo que hoy soy, sin que Yo sepa qué relación hay entre este Yo de hoy y el que era antes del accidente. Nadie me ha hecho alusión alguna a que Yo hubiera escrito antes alguna forma de poesía, y tampoco conozco cual era mi sensibilidad o mi capacidad para hacerlo.

**(hace 2.700.000.000 de años.)**

Y así empecé Yo a ser Yo(8):

Antes de Entonces no existía el tiempo porque no había quien lo parcelara y lo midiera. Y Yo no era Yo. Y nadie era Yo, porque no había nadie que tuviera conciencia de su propia existencia.

Pero Entonces, en aquel preciso Momento ocurrió algo inaudito en aquel punto del Universo, y Yo empecé a sentir mi propia presencia.

Antes de Entonces existían la materia y la energía en sus formas más simples. No me preguntéis que por qué estaban allí; no sabría responderos. La materia estaba constituida por las partículas más elementales, hasta que llegó a organizarse en estructuras atómicas y moleculares muy simples. Hoy y aquí les llamamos, Protio, Deuterio, Tritio, Helio, etc.

Antes de Entonces esos átomos y moléculas simples se fueron combinando entre sí y transformándose en otras más complejas, con intercambio de grandes cantidades de energía. Hasta que se constituyeron formas organizativas más complicadas, con enormes posibilidades de transformación, alrededor de átomos especialmente capacitados para ello, como los de carbono, silicio, nitrógeno u oxígeno.

Antes de Entonces, estas estructuras complejas, alojadas en un medio físico de humedad y temperatura favorables, llegaron a constituir cadenas de cientos y miles de átomos.

Fue Entonces cuando de forma súbita llegó, procedente de algún lugar del Universo, una dosis de energía suficientemente alta y suficientemente concentrada para que una cadena atómica compleja adquiriera la propiedad de sacar una copia de sí misma (9).

Fue Entonces cuando Yo empecé a sentir que estaba allí. A mi alrededor había multitud de cadenas atómicas complejas como Yo; muy probablemente alguna o algunas o muchas más, adquirieron también la propiedad de autocopiarse, que llevaba aparejada la toma de conciencia de sí mismo.

---

(8).-El Yo, según Freud, es la rama ejecutiva de la personalidad. Actúa de acuerdo con el principio de realidad, usando una serie de mecanismos de autodefensa contra los sentimientos de angustia: identificación, represión, sublimación, proyección, fijación y regresión. (INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA, L. Cuéllar y J.M. Rovira. Ed. Casals, 1981).

¿Cuántas vidas he vivido sin acompañarme de un nombre que me diferenciara de los demás?. Cientos de millones. ¿Cuántos nombres he tenido como propios a lo largo de mi existencia?. Millones. ¿Con cual de ellos debería llamar me para identificar toda mi trayectoria vital?. Con uno solo, aquel que determina mi Identidad, mi Conciencia, mi Personalidad.

Sólo puedo llamarme Yo.

(9).- La capacidad de autocopiarse o de autoduplicarse es la propiedad que diferencia, según todos los especialistas, una estructura viva de una que no lo es, por compleja que sea.

## METEORO

Se estremece el cielo y el rayo cae,  
y a la noche infinita la ilumina;  
sólo es un resplandor y todo acaba,  
pero es un resplandor de luz divina.

Es un instante breve y poderoso  
en que impone su ley atronadora  
y en que toda criatura se amilana,  
lo respeta o lo teme, y lo adora.

En la infinita oscuridad del tiempo,  
la Vida es el fulgor de un meteoro,  
que antes de ser visto ya se ha ido,  
y que vale por sí, su peso en oro.

De cuantos nos ofrece el Universo  
es el astro mejor, más deslumbrante,  
en cuya órbita los otros giran,  
celosos de su éxito radiante.

Yo te adoro en mi alma, Vida breve,  
y al mirar tu más tenue resplandor,  
de tu mágico embrujo quedo preso  
y no logro salir de mi estupor.

Momentos como aquel Entonces, tan especial para mí, se han debido repetir muchas veces más, aunque Yo directamente sólo he vivido aquel, del que doy fe (10).

A partir de Entonces empecé una frenética carrera en el tiempo.

Mi ocupación primordial consistía en aquellos primeros estadios, y durante los millones de años que siguieron, en aumentar la complejidad de mis estructuras y hacer copias de cada nueva arquitectura molecular que construía. Y cada copia tenía su propia conciencia y su propia capacidad para autoduplicarse.

Para llevar a cabo esa función autocopiadora, reproductora que

(10).- Hasta la mitad del siglo XIX, se creía que los seres vivos procedían de una de las tres siguientes causas:

- a) Por reproducción de otros seres vivos de la misma especie.
- b) Por reproducción y transformación de otros seres de distinta especie
- c) Por generación espontánea de la tierra o de restos de otros seres muertos. Pasteur demostró experimentalmente la falsedad de esta teoría.

(BIOLOGÍA: Unidad, Diversidad y Continuidad de los seres vivos. Compañía Editorial Continental. México, 1974 pág. 54).

hoy se dice, Yo necesitaba transformar importantes cantidades de materia, con la ayuda de cantidades no menos importantes de energía. En estas transformaciones se producían también determinadas sustancias que no podía aprovechar y debía eliminar. Tuve que construir determinados órganos para realizar estas funciones de la mejor forma posible. También me era necesario transportar algunas moléculas de una parte a otra de mi organismo y tuve que ingeniármelas para ello, pues no era nada fácil. Y también el producir energía en determinadas zonas, para lo cual construía unas moléculas que almacenaban esa energía, y cuando necesitaba de ella no tenía más que traer allí algunas de esas moléculas y destruirlas para que liberasen la energía que Yo había almacenado en ellas.

Pronto me dí cuenta de que en el medio líquido era mucho más fácil el transporte. Y organicé toda una serie de conducciones, por donde podían discurrir algunas células transportadoras, que llevarían consigo allá donde fuese necesario a las moléculas energéticas o las residuales.

Era necesario proteger y separar del resto a cada una de mis unidades organizativas, las células, para lo que les doté de una fina membrana, cuya permeabilidad a las moléculas energéticas o estructurales o residuales era posible, y de forma variable, según las necesidades.

Pero todo esto no se hizo en un momento; fueron necesarios millones de años y muchos intentos de solución fallidos. Tampoco pude lograrlo en un ciclo vital (10'), sino en millones de ellos. Pero no os voy a cansar con la descripción de los detalles.

El autor de todo ese proceso de progresión desde aquel Entonces hasta hoy mismo he sido Yo. Pero no quiero con ello darme una importancia especial. Igual que Yo existen hoy millones de seres, cada uno con su conciencia propia, y su historia a sus espaldas, y su estado de maduración como Yo digo, o de evolución como suele decirse. Algunos de estos seres están todavía en los primeros estadios, que Yo superé hace ya millones de años.

Repito que no quiero cansaros con los detalles del ingenio que he tenido que desarrollar para superar cada uno de los obstáculos que el medio, a veces inadecuado, a veces incluso hostil, ha puesto en mi camino en mi dilatada existencia.

Yo nunca he podido cambiar el medio, de forma que siempre he debido desarrollar soluciones para adaptarme a él. Sólo recientemente, en este mi actual ciclo vital, tengo esa capacidad, casi divina, de modificar fuertemente el medio en que vivo y, la verdad, estoy

---

(10').- Ciclo, entendido como la "serie de fases por las que pasa un fenómeno periódico hasta que se repite una fase anterior" (Diccionario ideológico de la lengua española, de Julio Casares, 2ª Ed.). Es la forma más propia de expresar la experiencia de una vida, entendiendo por tal el período entre dos muertes o dos nacimientos sucesivos. Con tal sentido utilizaré repetidas veces la expresión "ciclo vital".

un poco asustado de ello, cuando empiezo a ver las consecuencias de ese inmenso poder que he llegado a tener.

El secreto de todo estriba en la memoria y en la conciencia que se tiene de la propia realidad.

La memoria es la realidad que ha quedado impresa en algún soporte, y a ella se accede si tenemos los medios de lectura necesarios para dicho soporte: Una cinta magnética y un magnetoscopio; un disco de ebonita y un gramófono, un cedé y un lector de cedés, un chip y un ordenador, unas neuronas y una capacidad de recordar... Estos son algunos soportes materiales de la memoria, capaces de ser desvelados con los medios adecuados para cada uno de ellos.

Si el soporte de la memoria se destruye no es posible leer su contenido con ningún medio. Tal ocurre con una cinta magnética y tal ocurre con la memoria neuronal de un ser vivo. Por ello, cada ser vivo sólo puede tener memoria de los hechos vividos en su presente ciclo vital y escritos en su estructura neuronal; cuando acaba ese ciclo vital y se destruye el soporte, decimos que muere y ya no podrá recordar los acontecimientos de su vida pasada (11).

Pero existe también una memoria no escrita en medio material alguno, no destructible, y capaz de ser leída en un estado de vigilia especial, alcanzable en circunstancias excepcionales, cualquiera que sea el ciclo vital en que nos encontremos. Yo he tenido acceso a ese estado de vigilia y conozco todos los ciclos vitales por los que he pasado, desde aquel Entonces en que tuve mi primer momento de conciencia.

Contar mi historia en todos sus detalles llevaría el tiempo que hoy no tengo, y llenaría los volúmenes que no quiero llenar porque tampoco habría quien los leyera.

Me propongo el dar sólo unas pinceladas de algunos de los ciclos de mi larga existencia, en el transcurso de todas mis vidas, desde el primer estertor en que Yo empecé a existir en otros ámbitos, hasta el día de hoy, aquí, en este hermoso planeta Tierra.

*Quiero hacer un par de indicaciones antes de comenzar la exposición de estos recuerdos:*

*En primer lugar, en lo referente al lenguaje, trato de usar una forma de expresión actual y los nombres de la época que se narra; pero, a veces, cuando estoy metido en recuerdos de épocas pasadas, me envuelve de tal manera el recuerdo que mi propia expresión se transforma, y utilizo instintivamente términos y expresiones más propias del sujeto recordado y de las circunstancias que él vive,*

---

(11).- Holder Hydén, expuso por primera vez la hipótesis de que las cadenas de ADN están ligadas a la "memoria de la especie", constituyendo la base de la transmisión genética; por su parte, las cadenas de ARN, son el soporte de la "memoria del individuo" (ver 14). (LAS FRONTERAS DE LA VIDA. L.Conti. Mas-Ivars Editores. Valencia, 1977. pág.60).

que de mi Yo de hoy, a inicios del siglo XXI y en Barcelona. Es como si el recuerdo se adueñase de mí y se quisiera servir de mis medios para expresarse por sí mismo. A veces, cuando eso ocurre dejo de usar el tiempo verbal pasado y me expreso incluso en presente, que es la forma en que los recuerdos acuden a mi mente, y no pienso reprimirlos reconduciéndolos a tiempos pretéritos. De hecho soy Yo el que me he metido en esos tiempos al dar vida a los recuerdos.

Siendo consciente de que esto ocurre, Yo no haré el menor esfuerzo para reprimir esas expresiones, que no son propias de mí aunque salgan de mi cabeza y sean tecleadas por mis dedos. Sé que al hacerlo así, el estilo literario de lo que escribo pierde su unidad al encontrarse mezclados los conceptos y expresiones de un hombre de hoy, con aquellos otros de seres y situaciones muy diferentes y de épocas muy distintas. El relato pierde su unidad de estilo y gana en autenticidad; espero que se comprenda mi decisión de no querer reprimir a esos tantos recuerdos que han querido cobrar vida y hablar en su propio nombre, sin permitirme el papel de intermediario.

La segunda cuestión a tener en cuenta es todo aquello que hace referencia a la fijación en el tiempo de los recuerdos rememorados. Esa fijación de época, sobre todo en las estampas más antiguas, es fruto de mi actual afición a la Biología y a la Historia, como consecuencia de mi accidente. Pero mis estudios no me convierten en especialista en estas materias; he estudiado lo necesario para entender mi propia realidad, y para esa comprensión no es lo más importante el que determinado suceso esté perfectamente situado en su tiempo.

Esto es realmente difícil, por una parte porque la medida del tiempo ha cambiado constantemente en la Historia, y en buena parte de la historia que aquí se relata, ni tan siquiera había alguien que conscientemente lo midiera. Además de ello, la datación de las edades y épocas en el desarrollo y evolución de la vida, están en constante cambio a tenor de los descubrimientos y estudios que sesudos investigadores no paran de hacer.

Yo no pretendo escribir un tratado científico sobre algunos aspectos de la vida, ni he llevado a cabo investigación alguna para ello. Los episodios de la Historia generalmente conocida que aquí se mencionan, lo son sólo por su relación con alguna etapa de mi existencia. Este relato no es tampoco un libro de Historia.

Sólo pretendo contar algunos aspectos de mi aventura en la vida; quiero fijarme en algunos de los pasos que he dado en mi senda por la vida, y quiero contarlos; sólo eso.

Lo especial de este relato está en el hecho que ha dado lugar a que pueda escribirse; no todos los seres vivos tienen acceso a la memoria escrita en las capas profundas de su cerebro, o ni siquiera escrita en soporte material alguno.



## II

## CUANDO TODO EMPEZÓ (hace 2.700.000.000 a.)

**Cuando todo empezó** para mí, cuando me dí cuenta de que Yo era Yo y estaba allí, nadaba, o me dejaba llevar, en el seno de una masa poco profunda de agua tibia y ligeramente salada. No fue en este planeta, sino en otro cuyo proceso de enfriamiento se estaba produciendo de forma similar al de la Tierra, pero unos cientos de millones de años antes de que ocurriera lo mismo en la Tierra (12).

Yo era una molécula muy larga y compleja a base de carbono, nitrógeno, oxígeno, hidrógeno, azufre y algo de fósforo, y estaba acompañada también de iones metálicos, principalmente sodio y potasio. Acababa de recibir un fuerte impacto energético que me dobló por la mitad. Mis dos mitades se acoplaron entre sí de una forma tan íntima, y se originó entre ellas una interacción tan intensa, que hizo temblar toda mi estructura con un fuerte estertor, que Yo percibí. Acababa de romperse mi cadena por el punto en que se había doblado, porque no aguantó la tensión creada en aquel punto. Acababa también de irrumpir mi conciencia individual en aquella materia para organizarla; era mi *élan vital* en expresión de Bergson. El medio acuoso en que Yo me desplazaba estaba saturado de infinidad de moléculas como Yo y muchas otras con igual naturaleza, pero de todos los posibles tamaños, incluyendo a las más simples con aquellos átomos, como agua, anhídrido carbónico, metano, amoniaco, etc. (13).

---

(12).- Las teorías más verosímiles sobre el posible origen de la vida en la Tierra, son las dos siguientes

a) Llegó del exterior en el seno de un meteorito. La prensa diaria nos trae continuamente novedades en tal sentido. (La Vanguardia, 07.04.1985).

b) Apareció en el medio acuoso, en unas condiciones especiales que se dieron en el clima primigenio de la Tierra. A este respecto fueron muy importantes los trabajos de Stanley Miller publicados en la revista Science en 1953 con el título "Producción de Aminoácidos en las posibles condiciones de la Tierra primitiva". Basado en estos trabajos, años después Sidney W. Fox del Instituto de Evolución Molecular de la Universidad de Miami (EE.UU.), a partir de la mezcla de aminoácidos, mediante lluvia acuosa, añadiendo fosfatos y calentando la mezcla, logró obtener algunas macro moléculas similares a los ácidos nucleicos. (BIOLOGÍA: Unidad, Diversidad y Continuidad de los seres vivos. Compañía Editorial Continental. México, 1974 pág. 218).

(13).- Esta es la composición que atribuyen a la sopa primigenia, la inmensa mayoría de los científicos. Ver el panorama general en ENCICLOPEDIA SALVAT DE LAS CIENCIAS, tomo 17, pág.6.

Me dí cuenta de que podía girar mi estructura y fui haciéndolo lentamente hasta alcanzar una forma en espiral. Aquella nueva estructura molecular que Yo tenía, una doble cadena en espiral, era algo parecido a lo que hoy conocemos como ADN o ARN (14).

Me desplazaba por la masa acuosa, arrastrado por los movimientos de la misma, no de forma voluntaria; y Yo podía darme cuenta de que unas zonas estaban algo más templadas que otras, algunas hasta peligrosamente calientes. La cantidad de moléculas extrañas a mí era inmensa y existían por toda la masa. Esta observación me dejó encogido de emoción, pues Yo era capaz de distinguir entre lo que era Yo y todo aquello que me rodeaba y no era Yo.

La percepción de todas estas sensaciones, nuevas para mí (también Yo era nuevo para mí), me tuvo entretenido, concentrado y perplejo durante los primeros tiempos de mi existencia.

*(Si me expreso en masculino es porque hoy tengo este sexo; pero en muchos de mis ciclos vitales anteriores no he tenido ningún sexo, en otros he tenido el sexo femenino, y hasta en algunos de ellos he sido portador de los dos sexos. Concretamente en aquella primera toma de conciencia con mi individualidad no tenía idea de que existiera esa particularidad llamada sexo).*

Mi capacidad de asombro llegó al límite al descubrir de forma casual una de mis facultades más increíbles. Andaba Yo haciendo pruebas con la posibilidad de cerrar y abrir mi estructura espiral, cuando percibí que los extremos de mis dos mitades se separaban levemente; traté de separarlos voluntariamente más y más intentando desdoblarlos y ocurrió que, a medida que se iban separando en aquel medio acuoso, tan rico en moléculas muy parecidas a mí, algunas de estas moléculas, de las más pequeñas, se unían a uno u otro de los extremos de mi doble cadena, construyendo una copia de ella misma.

Intenté seguir separando mis dos mitades y vi con estupor que cada vez era más fácil el hacerlo, de forma que a partir de la mitad del proceso, éste continuaba por sí mismo casi sin contar con mi ayuda. Cuando ya estaba muy avanzado quise detenerlo y no fue posible. Me invadió un gran temor por ignorar lo que sería de mí; aquellas dos mitades formaban parte de mi soporte material, y si se sepa

---

(14).- Los Ácidos desoxirribonucleicos, ADN, presentes en los cromosomas de todos los seres vivos, y elementos básicos para la transmisión genética, están formados por largas dobles cadenas espirales de desoxirribosa (un azúcar) y ácido fosfórico, con un aminoácido (de entre cuatro distintos posibles: Adenina, Timina, Guanina y Citosina) unido a cada molécula del azúcar. Las dos cadenas se mantienen unidas por la atracción entre los aminoácidos de ambas. Los ARN, Ácidos ribonucleicos, son de estructura similar, en que el azúcar es la ribosa. Los ADN son responsables de la herencia genética y los ARN de la producción de proteínas. La estructura helicoidal de los ADN y ARN fue descubierta por Crick y Watson (1953), que recibieron por ello el Premio Nóbel en 1956.

rabán podría ser que Yo desapareciera, cosa que Yo no deseaba, por lo agradable que hasta ese momento había resultado el sentirme Yo.

Cuando se completó el proceso, y se separaron finalmente mis dos mitades, Yo seguía siendo Yo, y mi estructura material era una de aquellas dobles cadenas formadas, ni más ni menos de lo que era antes. Y la otra mitad era igual que Yo, pero no era Yo.

¿Entonces? Materialmente Yo me había duplicado, y posiblemente aquella otra parte sería también el soporte de otro ser, con su propia identidad y su propia conciencia. Yo no podía afirmarlo entonces; pero tiempo después tuve la evidencia de que efectivamente había sido así. En cualquier caso la experiencia de duplicación me había resultado muy atractiva y a partir de entonces la realicé siempre que las condiciones externas me lo permitieron (15).

Y durante unos cuantos millones de años fui perpetuándome, pasando de una estructura a otra mediante este mecanismo tan sencillo y tan gratificante.

En ocasiones las condiciones del medio no eran muy propicias para la duplicación, porque la temperatura no era adecuada o porque no había suficientes recursos para todos los individuos que deseábamos disponer de ellos. Muchos incluso se descomponían y desaparecían en el medio a causa de esas limitaciones, dando lugar a residuos no aprovechables directamente para construir nuevas cadenas.

La continua escasez dio lugar a que algunas moléculas se especializaran en producir recursos útiles. Tomando los materiales que había en aquella sopa, y con ayuda de la energía luminosa, construían elementos útiles, como si fuesen ladrillos, para la formación de nuestras estructuras (16).

A pesar de ello, había continuamente escasez. Fue por eso que Yo y otros muchos buscamos la forma de recoger parte de aquellos recursos y aislarlos de la codicia de otros individuos. Con los mismos recursos construimos, cada uno a nuestro alrededor, una barrera, una especie de membrana, que sólo podía ser atravesada por pequeñas moléculas en un sentido u otro bajo nuestro propio control, y supuestas unas condiciones favorables en el medio.

A partir de entonces mi existencia estaba mejor asegurada y mi estructura era mucho más compleja, ya que dentro de aquella barrera Yo fui organizando mis cosas; por una parte estaban mis recursos

---

(15).- La duplicación de las cadenas de ADN, según el esquema descrito, fue ensayado por primera vez en el laboratorio por Mendelson y Stahl en 1958, utilizando la bacteria *Escherichia coli* en un cultivo conteniendo nitrógeno radiactivo como trazador,  $N^{15}$ , que era incorporado a la cadena de las bacterias resultantes.

(16).- Se hace referencia a la acción sintética de las moléculas de clorofila, en medio extracelular y en beneficio de estructuras primigenias parecidas a los actuales bacteriófagos. Los fósiles de algas marinas fotosintéticas más antiguos son de hace unos dos mil millones de años.

alimenticios y por otra mis desechos.

En cuanto a los recursos estudié la forma de recibir del exterior cada vez moléculas más pequeñas, para lo que organicé también una sección de ensamblaje, donde poder preparar moléculas mayores que Yo necesitaba para mis duplicaciones. También desarrollé la destreza necesaria para almacenar y transformar moléculas energéticas, porque en mi continua actividad Yo consumía mucha energía y no podía estar a expensas de que pudiera conseguirla fuera de mi recinto.

El espacio dedicado a la duplicación, que era la parte más importante de mi estructura, lo envolví con otra barrera, a fin de separarlo del resto de mi organismo. Y aprendí también a colocar en mi cadena básica unos códigos que hacían posible el que, con cada duplicación, se transmitieran todos los conocimientos y habilidades que Yo había conseguido, para asegurar mi existencia con los menores riesgos.

Era desagradable el moverse arrastrado por las corrientes de agua y sin capacidad de movimiento cuando la masa estaba en reposo. Para resolver esa incapacidad aprendí a desplazarme gracias a la elasticidad de mi membrana, pues con movimientos de contracción de esta membrana lograba pequeños desplazamientos.

Pero eso no era suficiente y desarrollé unos flagelos, que Yo usaba a modo de látigo y con ellos podía desplazarme mayores distancias y con mayor efectividad que con las contracciones.

Finalmente desarrollé una técnica que consistía en usar de forma coordinada los dos medios de locomoción que ya había puesto a punto.

Yo me percibía a mí mismo como una identidad, un individuo, que se posesionaba de una determinada estructura y dirigía su comportamiento. Cuando aquella estructura era inservible para realizar sus funciones porque envejecía o sufría algún incidente o era inviable en el medio, Yo la abandonaba y buscaba una nueva estructura, fruto de una duplicación, para ocuparla y continuar mi trabajo. Y a través de todas aquellas estructuras Yo seguía siendo Yo.

Para entonces Yo era ya toda una Célula. Y aunque el trabajo hecho para llegar a ese estado se pueda contar en tan poco espacio, he de decir que el tiempo que me llevó el pasar de ser una cadena molecular aislada a ser una célula, superó los doscientos millones de años, en los que Yo fui pasando de estructura a estructura, conservando siempre mi propia conciencia y mi propia identidad.

En esta estructura de célula, el fenómeno de la duplicación era bastante complicado, pues tenía que preocuparme de que todos y cada uno de los elementos, que en millones de años yo había ido creando para asegurar mi existencia, se transmitiera a las células hijas, resultantes de la duplicación, cada vez que Yo me duplicaba; y además tenía que elegir en cual de ellas me iba Yo a instalar. Pero para evitar olvidos o desvíos, me preocupé de que las condiciones y

proceso en que había de llevarse a cabo la duplicación de la célula quedase, escrito en forma codificada en las cadenas de ADN.

Y lo hice tan bien entonces, que en líneas generales sigue todavía funcionando así, tanto en los seres monocelulares, como en los organismos superiores, formados por millones de células especializadas.

*Hoy soy Yo uno de esos seres y, aunque postrado a causa del desdichado accidente, en mi interior siento latir también el misterio de la Vida, presente en cada una de mis células y en todos mis tejidos y órganos, aunque en algunos de ellos sea sólo una vida vegetativa y como mortecina.*

## INTERIOR

Late oculta por el suelo,  
sube oculta por el tronco,  
llega oculta por el aire,  
pues viene oculta del cielo.

Y en un momento revienta  
y estalla en una aureola,  
que el interior de sí misma  
es horno en que se acrisola.

La Vida, misterio oculto,  
en cuya interioridad  
el hombre se estrella siempre,  
sin robarle su verdad.

Aquí están los seres vivos,  
pero en su interior, la Vida  
es del todo inasequible,  
es la batalla perdida.

Late oculta por el suelo,  
sube oculta por el tronco,  
sale oculta por el aire  
y oculta se marcha al cielo.

& & & & &

### III

## HUBO QUE ESPECIALIZARSE (hace 2.500.000.000 a.)

**Hubo que especializarse** para ser competitivo. Cuando cada célula debía realizar por sí misma todas las funciones, estaba cargada de limitaciones. Comenzamos, otros muchos y Yo, por hacer un tipo de duplicaciones en que las células hijas no se separaban entre sí, y tampoco se creaba un nuevo individuo, sino que Yo permanecía controlando la actividad de las dos células resultantes de la división celular; digamos que las dos constituían el soporte material de mi individualidad. Esto me permitía alojar en una de ellas las moléculas energéticas, con lo que esa primera célula se constituía en la gestora de los recursos energéticos de ambas. En la segunda estaba la sección de ensamblaje de pequeñas moléculas, para cubrir las necesidades constructivas de las dos. La idea era buena y funcionó bien.

Las funciones propiamente reproductoras continuaban estando en las dos; pero también especializadas: si se reproducía la primera daba lugar a dos células hijas del primer tipo, y si lo hacía la segunda, las células resultantes eran del segundo tipo. Implantar esta modificación me resultó bastante fácil, sólo tuve que hacer un pequeño cambio en los códigos genéticos alojados en las cadenas reproductoras. Pero poner a punto todo el sistema de especialización celular hasta que funcionara sin fallos necesitó mucho tiempo y el llevar a cabo muchas pruebas fallidas.

Tuve que desarrollar también un sistema de comunicación entre las células que vivían en una comunidad cooperativa u organismo pluricelular. Era necesario que, por ejemplo, cuando una célula necesitaba energía, lo hiciese saber a la célula o células especializadas en la gestión energética. Determinadas moléculas funcionaban a tal fin como mensajeros entre las distintas células (17). Todas aprendieron pronto el lenguaje común y Yo estuve unos millones de años habitando estas comunidades pluricelulares muy simples, en billones de ciclos vitales, ya que cada ciclo vital era muy corto, tanto por

---

(17) .- Los enzimas son catalizadores de las reacciones químicas que están en la base de los procesos biológicos. Tienen naturaleza proteica y pueden actuar dentro de las células (endoenzimas) o fuera de ellas (exoenzimas). Son activados por los coenzimas, cuando su acción es necesaria, por lo que estos coenzimas actúan como mensajeros químicos.

el envejecimiento normal, como porque las condiciones del medio no eran siempre las ideales y muchos de estos ciclos se abortaban en sus inicios; en lenguaje de hoy diríamos que en aquellos seres, como Yo era entonces, se daba una elevada tasa de mortalidad infantil.

La especialización celular resultó ser un éxito en lo relativo a la eficiencia. Era necesario seguir por ese camino, por lo que el paso siguiente fue el aumentar más y más el número de células de aquellas comunidades, agrupando en un mismo lugar las células que realizaban la misma función. Este fue el comienzo de los tejidos celulares y más tarde de los órganos especializados en determinadas funciones.

Cada una de estas etapas fueron para mí millones de vidas, en las que pude gozar contemplando cada uno de los avances que se producían en las estructuras que Yo creaba. En aquella época llegué a ser Yo el espíritu vital de algunos seres que alcanzaban un tamaño de hasta varios milímetros de longitud, lo que significaba el aumentar hasta mil veces el tamaño de mis primeras experiencias de vida.

Pero todos los cuerpos que hasta ese momento habían sido soporte de mi Yo, necesitaban de la luz para poder asimilar los recursos alimenticios; digamos que Yo, en todos aquellos, ciclos tuve un organismo que no era capaz de sobrevivir sin la presencia de la luz. Esto era un gran problema para lograr mi expansión por medios sin luz y, sobre todo, era un factor limitante de mi capacidad para aprovechar los recursos alimenticios; si no estaba por medio la molécula de clorofila Yo no era capaz de convertir la energía luminosa en compuestos energéticos, como la glucosa, que Yo necesitaba para muchas de mis funciones vitales (18).

Por eso creo que fue un salto adelante muy importante el día en que pude sencillamente aprovechar los recursos alimenticios del medio y transformarlos, sin necesidad de depender de la luz. Otros quedaron anclados en esa dependencia de la luz y llevaron a cabo un proceso evolutivo también importante, pero manteniéndose dependientes de la necesidad de tener clorofila. Yo pude optar también por esa posibilidad; pero al inicio de uno de mis ciclos me posesioné de un organismo que ya estaba preparado para vivir sin la luz. Me parecía muy atrayente esta nueva existencia que me permitía, por ejemplo, estar en capas más profundas del medio acuoso en que vivía, e incluso incrustarme en el medio más o menos sólido que formaba la base de aquel medio acuoso.

Siglos después pude darme cuenta de la importancia de la decisión que tomé en aquel momento, pues supe que en adelante formaría

---

(18).- Es un hecho generalmente aceptado el que la primera etapa de la evolución de los seres vivos estuvo ocupada por los seres autótrofos, algas verdes monocelulares capaces de sintetizar unas moléculas orgánicas muy simples, los azúcares, con la ayuda de la energía luminosa.

parte de un grupo de seres vivos, los animales, de existencia mucho más apasionante que los que seguían dependiendo de la luz, que formaron los vegetales. Bajo esta forma viví durante millones de años; en este planeta Tierra diríamos enterrado o soterrado, en cualquier otro cuerpo del universo esas palabras carecen de sentido.

No sé si ya lo he dicho antes; pero no se debe olvidar que en todos estos ciclos Yo estaba fuera del planeta Tierra.

Aquella vida en cavernas excavadas en el medio sólido subacuático era de lo más seguro porque los depredadores, que siempre han existido, lo tenían más difícil allí, y debo decir que fue éste uno de los periodos en que Yo me he sentido más seguro.

Los alimentos estaban siempre a mano (me doy cuenta de que me expreso con mi lenguaje de hoy, ya que por aquel entonces Yo desconocía lo que muchos siglos después sería la mano). Bastaba acercarse a la superficie de aquel medio sólido pastoso y tomar a placer hasta saciarse, pues el lecho acuoso era el lugar donde iban a parar todos los restos orgánicos de los seres que vivían en el agua.

El tiempo que no invertía en comer o descansar lo dedicaba a excavar nueva galería.

En cierto momento debí llegar tan lejos que cuando quise acercarme al lecho acuoso, excavando hacia arriba, el agua no estaba allí, y eso me costó la vida de aquel ciclo, dado que Yo necesitaba también respirar, cosa que hacía tomando el oxígeno disuelto en el agua. En aquella ocasión, cuando excavando mi galería llegué a la superficie del medio sólido pastoso, allí no estaba el agua, sino un medio gaseoso de donde Yo no podía cubrir mi necesidad de oxígeno, y mi cuerpo dejó de poder realizar sus funciones y acabó descomponiéndose.

Cada vez que esto ocurría, siempre al final de un ciclo vital, Yo quedaba liberado de mi cuerpo y andaba errante buscando una nueva oportunidad de ocupar otro cuerpo, de mi especie o de especies afines, para aprovechar mejor los comportamientos ya aprendidos y en buena parte inscritos en el código genético de los seres de mi especie. Esa oportunidad llegaba siempre pronto, pues bastaba estar al acecho del lugar y momento en que se iba a producir un nuevo cuerpo, de características similares a las del que Yo acababa de abandonar. Se trataba sólo de vigilar la actividad de los seres vivos de mi especie, y esa oportunidad se presentaba siempre.

Decía que la primera vez que me encontré con el medio gaseoso me costó la vida, y tantas veces como lo intenté después también, hasta que Yo desarrollé la manera de aprovechar el oxígeno directamente de aquel medio gaseoso, y entonces se ampliaron nuevamente mis posibilidades de conquista del medio.

Pero antes de contar cómo realicé esa conquista, quiero narrar un hecho muy importante que tuvo lugar durante la fase de mi vida en



la oscuridad, en el seno del medio sólido.

Hasta entonces Yo había carecido de sexo, o lo había ignorado; todos los individuos de las especies en las que Yo había vivido éramos asexuados; Yo no sabía si se había operado algún tipo de diferenciación en ese sentido. Sí que conocía otro tipo de diferencias, ya que unos individuos eran más veloces que otros o más hábiles para buscar recursos o para asimilarlos o para eliminarlos.

Hasta entonces se había avanzado bastante en el camino de la especialización celular, creando tejidos y órganos en los organismos pluricelulares en que Yo había vivido. Pero la función de la duplicación a nivel de individuo (entonces ya le llamábamos reproducción, en lenguaje químico por supuesto), se llevaba a cabo con el mismo nivel de especialización en todos los individuos de la especie. Un paso adelante podía ser el especializar a unos individuos en una parte de la reproducción y a otros en otra. Digamos que el objetivo era dividir la función entre dos individuos. Se trataba de la función más importante de la vida de aquellos seres y por eso merecía la pena asegurarla y diferenciarla. La especialización la realizamos a nivel celular, en cada individuo había unas células encargadas de esa función, y las de unos individuos eran distintas de las de otros dentro de la misma especie (19).

Esas células eran las portadoras de todos los códigos de comportamiento que hasta entonces habíamos establecido. Y era necesaria la fusión de esas dos células distintas para que se desencadenara el proceso de reproducción que llevara a dar uno o varios individuos hijos, con los caracteres de los dos que prestaron sus células sexuales para la reproducción mediante fusión.

A partir de aquella novedad Yo pude elegir antes de cada ciclo si sería macho o hembra en mi siguiente proceso vital. Durante unos siglos fue muy apasionante el llegar a ese momento de la elección, y Yo cambié de sexo muchas veces, pudiendo experimentar que las moléculas controladoras de procesos y de comportamientos, inducían en ambos sexos conductas distintas y permitían el sentir la existencia toda también distinta en un sexo que en otro (20).

Cuando Yo tuve contacto con el medio gaseoso por primera vez, era macho de una especie de minúscula lombricilla. Los machos de mi especie éramos muy activos excavando galerías; las hembras en cambio

---

(19).- La existencia de estas diferencias ya supone una diferenciación sexual a nivel intramolecular. De hecho en organismos monocelulares, como los paramecios, ya existe esa diferenciación, meramente cromosómica.

(20).- Las hormonas son ese tipo de sustancias que controlan muchos de los procesos del organismo; tales son la adrenalina, la insulina y el glucagón. Entre las hormonas más interesantes se encuentran las esteroideas, algunas de las que regulan el desarrollo de todo el proceso de diferenciación sexual. En el hombre las hormonas sexuales masculinas son los andrógenos, y el más notable de ellos es la testosterona; la más importante entre las femeninas es la progesterona.

tenían más tendencia a excavar junto a las galerías pequeñas cavidades circulares, que llenaban de células sexuales. Cuando los machos pasábamos junto a una de aquellas cavidades sentíamos como una necesidad de depositar allí también nuestras células sexuales, y por el contacto de ambas tenía lugar la reproducción.

Después de aquella experiencia, con frecuencia, tenía lugar mi contacto con el medio gaseoso y mi muerte. Para evitarlo desarrollamos un sistema por el que las células superficiales tenían la capacidad de captar el oxígeno de aquel medio gaseoso y transportarlo después al resto de las células del cuerpo como si se tratara de oxígeno del agua.

A partir de tener aquella posibilidad de respirar directamente del medio gaseoso, la experiencia de vivir se convirtió en algo mucho más apasionante, aunque también aumentó mucho la inseguridad.

*Es verdaderamente apasionante este fenómeno de la Vida; pero no nos queda otra salida que asumir también la inseguridad, que es consustancial al hecho de vivir.*

*Fruto de esa inseguridad es mi postración actual, asumida gracias al extraordinario fenómeno de rememoración que estoy viviendo, y que, de otra forma, también me colma de dicha.*

## LA VIDA

La Vida es :

Recordar el pasado sin ira ni amargura.

Amar todo aquello que sale de tus manos.

Crear en los viajeros que encuentras en la ruta.

Y esperar que al final del camino habrá una meta.

Y ha de ser :

El recuerdo un estanque de aguas claras.

El amor una lluvia fecunda y bienhechora.

La fe un manantial que dulcemente fluye.

Y la esperanza el cauce firme que al mar lleva.

Y cuando es :

El recuerdo un río atormentado.

El amor cloaca de aguas putrefactas.

La fe una fuente perennemente seca.

Y la esperanza una vana quimera.

La Vida entonces :

No merece recuerdo sino olvido.  
No es amable sino digna de desprecio.  
No es fiable en ninguno de sus logros.  
Y no te ofrece si no es desesperanza.

Pero Yo :

Recuerdo con placer lo que he vivido.  
Amo con pasión la luz de cada día.  
Creo con firmeza en mi proyecto.  
Y llegaré al final con las manos llenas.

Porque el Vacío y la Nada no existen,  
si nosotros llenamos el Tiempo y el Espacio.

& & & & &

## IV

**CAMBIAR DE AIRES**  
**(hace 2.400.000.000 a.)**

**Cambiar de aires**, después de vivir siglos y siglos soterrado, me hacía sentirme como un dios, porque esa experiencia llevaba acompañada otras varias muy interesantes.

La humedad de mi cuerpo se perdía muy rápidamente en el aire y había que protegerse de ello. Hasta aprender a cerrar los poros de mis células superficiales, mi piel, para evitar la pérdida de agua tuve que dar por perdidos muchos ciclos vitales.

La salida de la galería me dejaba expuesto a la intensa energía luminosa que llegaba a la superficie, procedente del mundo exterior (hoy ya sé de donde procedía). Y con esa energía luminosa llegada también una energía calorífica que aumentaba de forma peligrosa la temperatura de mi cuerpo. Pero periódicamente cesaba la llegada de luz y calor, y entonces la temperatura del medio gaseoso disminuía mucho, hasta el punto en que algunas de mis muchas vidas en aquella fase acabaron, en una oscura y fría noche, por un descuido mío.

Para evitar problemas Yo debía soterrarme cuando la luz y el calor empezaban a disminuir; si me descuidaba o no encontraba el sustrato adecuado para soterrarme, cuando llegaba la fase de oscuridad, Yo empezaba a tener dificultades para moverme y mi actividad vital desaparecía, porque no era posible el transporte de recursos por los canales de mi cuerpo, debido a que incluso el agua de mi cuerpo se tornaba sólida, y eso acababa con mi ciclo vital.

Pero merecía la pena vivir a pesar de todos aquellos riesgos, porque el sentir la luz y el calor sobre la superficie de mi cuerpo producía una sensación de placer que compensaba todos los riesgos que esta nueva vida acarrearía.

Por entonces Yo me trasladaba por la superficie sólida de aquel planeta, de la misma forma en que durante siglos lo había hecho soterrado en el mismo, o sea, reptando; pero la vida en superficie exigía mayor rapidez en las repuestas ante las condiciones cambiantes, y el disponer de un medio de traslado tan lento era un grave inconveniente para la supervivencia. Costó siglos de reflexión y de ensayos fallidos hasta encontrar un sistema para aumentar la movilidad en aquel medio.

Pero la movilidad se puede aumentar también y de qué forma si actúan sobre ti fuerzas que antes no has conocido y que pueden en

un momento cambiar para siempre tu destino...

Acababa Yo de iniciar un ciclo vital como reptante en la superficie de aquel planeta, después de abandonar mi último cuerpo en descomposición y de encontrar un nuevo soporte material para mi ser, cuando...

Sentí que mi fluido corporal sufría una fortísima agitación, como consecuencia de estar sometido a una enorme y repentina aceleración. Se había producido algún tipo de explosión en aquel planeta que me había fulminado al aire y colocado en el espacio, en el interior de una galería donde estaba alojada aquella larva que Yo acababa de poseer. Un trozo de materia sólida había sido lanzado al espacio. En su interior yo sentía en todas mis células una gran presión del líquido intracelular, que se resistía a someterse a esta aceleración, de forma que casi todo el líquido abandonó mis células y Yo, desecado, perdí momentáneamente todo tipo de conciencia de los hechos; perdí la conciencia, mas no la vida.

Recuperé la conciencia cuando cesó de actuar la aceleración; debía viajar a una velocidad constante de varios cientos de kilómetros por segundo; pero no tenía verdadera sensación de movimiento. Mi cuerpo estaba en el interior de la galería sin actividad vital aparente, desecado pero vivo.

En este estado Yo podía hacer sólo dos cosas, quedarme quieto en mi cuerpo donde no podía llevar a cabo ninguna acción a causa de su estado de desecación o bien realizar algún tipo de actividad extracorpórea, como salir de la galería y reconocer la superficie del sólido en que viajaba. Esto en principio fue interesante hasta reconocer la totalidad de aquel cuerpo. Por entonces ya se trataba de una roca totalmente desecada, de unos treinta metros de diámetro, porosa y negruzca, helada en la superficie no iluminada y con una alta temperatura en las zonas que recibían luz y calor; debía estar sometido a una cierta rotación porque las zonas iluminadas y oscuras iban cambiando con períodos constantes; digamos que en cada punto había un día y una noche, y una tras otra rotación se repetían monótonas. Mi cuerpo estaba alojado en una galería cerca del centro de aquella masa, por lo que su temperatura no sufría grandes oscilaciones. La galería se le había quedado un poco grande; al haber desaparecido el agua se había contraído y quedado adherido a una de las paredes de aquella mina. Yo hacía mis expediciones extracorpóreas y después de cada una de ellas volvía a penetrar en aquel cuerpo vivo, que no podría abandonar mientras viviera, aunque su vida no mostrase ningún tipo de actividad.

Por lo que después he sabido, aquella situación tuvo una duración temporal equivalente a lo que en nuestro lenguaje son mil trescientos millones de años. Un viaje de mil trescientos millones de años durante una sola vida; se trata del ciclo vital más largo que Yo haya vivido jamás.

Después de tomar posesión de aquella larva, Yo debía permanecer

unido a ella todo el tiempo que durase su vida y no podía abandonarla ni posesionarme de otro cuerpo sin haber acabado aquel ciclo vital; eran y son las leyes inmutables de la vida. Aquel cuerpo desecado estaba vivo, tenía vida latente y formaba parte de mi Yo.

Mil trescientos millones de años en una sola vida dan para mucho, y Yo tuve tiempo de conocer y reconocer perfectamente la roca en que viajaba y el universo que le envolvía. Y pude ser consciente de que había un cuerpo que destacaba sobre todos los demás, y que era el responsable de los días y noches sobre cualquier punto de aquel hogar viajero. Otros muchos cuerpos aparecían y desaparecían de mi campo visual; algunos en cortos periodos de tiempo y otros en periodos de cientos de miles de años.

Si no me hubiera aficionado a mirar al cielo habría muerto de hastío. Allí tenía lugar, a mi vista, todo lo que seguía teniendo algún interés; aquel universo se movía y Yo también, formando parte de él. Aquel movimiento tenía una dirección y un sentido, ya que cada contemplación que Yo fijaba en mi memoria nunca volvía a ser exactamente igual que la anterior. Y esa era mi gran esperanza, pues estaba seguro de no estar atrapado en un proceso cíclico para siempre. En algún momento mi situación, y la del ser al que Yo sostenía la vida, cambiaría; y no me quedaba sino esperar, en aquel cuerpo viajero, el final del viaje.

Durante un tiempo tan prolongado tuve muchas veces la oportunidad de ver cómo nos acercábamos a otros cuerpos o ellos a nosotros y finalmente se producía de nuevo el alejamiento mutuo.

(Si hablo en plural es porque durante mis reconocimientos tuve la agradable sorpresa de descubrir que Yo no viajaba solo. En aquel complejo de galerías había unos cuantos miles de seres similares a mí; muchos de ellos de mi misma especie. La comunicación entre los seres vivos tiene lugar usando los cuerpos como vehículo. En nuestra situación era imposible todo tipo de comunicación, con los cuerpos desecados, pero los principios vitales podíamos percibir la presencia de otros similares aunque sin poder comunicarnos. Muchos de los seres que habitaban aquel trozo de materia antes de ser arrojados de aquel planeta, murieron durante el proceso de aceleración y pérdida del agua; pero aun quedamos vivos aunque en estado precario, unos miles de nosotros).

Durante miles de días y noches pude observar cómo nos acercábamos paulatinamente a un cuerpo cuyo tamaño en mi cielo crecía sin cesar; cuando fue lo suficientemente grande pude escudriñar algunos de sus detalles y quedé maravillado de sus cambiantes y extraordinarios paisajes, con una riqueza de infinitas tonalidades de color donde destacaban y dominaban entre todos, los azules, verdes y blancos. Una ínfima sensación de aceleración, que Yo bien recordaba después de tan largo tiempo de movimiento uniforme, me vino a indicar que

estábamos atrapados por aquel cuerpo de los mil tonos. Sucesivamente la aceleración fue en aumento y girábamos cada vez a mayor velocidad alrededor de aquel planeta cuya contemplación hacía perder el sentido, por su extremada belleza.

Efectivamente acabé perdiendo el sentido, pero no por la contemplación de la belleza sino por el aumento más y más vertiginoso de la aceleración. La percepción de una aceleración tan potente me llenó de pavor y perdí todo interés por la experiencia extracorpórea, yendo a refugiarme en el interior de aquel cuerpo desecado cuya vida Yo debía sostener. Y allí, como me había ocurrido mil trescientos millones de años antes...perdí la conciencia, mas no la vida.

Recuperé el sentido cuando cesó de actuar la aceleración. También había cesado el movimiento y empezaba a sentir la humedad en mi cuerpo. El agua tibia penetraba por todas las cavidades de aquel lecho rocoso, o lo que quedaba de él, que no era más que un trozo del que había sido mi hogar en el espacio durante tantos siglos. En unos pocos minutos mi cuerpo se desprendió de la pared a la que estaba adherido y quedó vagando en la masa acuosa. El agua comenzó a penetrar a través de las membranas celulares reseca y llenó cada uno de los rincones de mi cuerpo. Los procesos físico-químicos propios de la vida se pusieron en marcha, como si el lapsus de latencia de millones de años no hubiera existido (21).

Arrastrado por la corriente salí del cuerpo rocoso y quedé nadando en una masa acuosa tibia y débilmente iluminada. Mi baja densidad me llevó suavemente hasta la superficie, donde la temperatura era algo mayor y la luz intensa. Ahora flotaba en una sopa enormemente rica en nutrientes, sobre todo minúsculos vegetales. Pero mi cuerpo no estaba aun preparado para asimilar nada del exterior.

Este planeta que nos acogía parecía tener, en el momento de nuestra llegada, unas condiciones climáticas similares a las que habíamos dejado atrás mil trescientos millones de años antes en nuestro anterior hogar, cuando nos vimos impelidos y expulsados hacia el espacio exterior de nuestro antiguo planeta.

Sin embargo no había señal de vida animal en el medio en que flotaba; tal vez aquí la evolución había tenido lugar solo en una vía, la vegetal.

Empecé a respirar pero había algo raro en el ambiente, algo para lo que Yo no estaba preparado; de vez en cuando me llegaba de aquella atmósfera un gas que me producía un molesto escozor, y que en poco tiempo dio lugar al término de aquel ciclo vital por incompa

---

(21).- La mayor parte de las noticias que tenemos de detección de vida en los meteoritos se refieren restos de cadenas de aminoácidos, o seres monocelulares; en algunos casos se habla de bacterias encapsuladas. Aquí se postula acerca de la llegada a la Tierra de un ser pluricelular en estado latente, con sus estructuras no dañadas de forma irreversible al perder el agua intracelular, y vuelto a la vida al ser rehidratado en la Tierra.

tibilidad con el medio.

Abandoné con gran pesar aquel cuerpo maltrecho que había sido mi soporte durante mil trescientos millones de años. Tantos siglos de esperanza para llegar a este planeta a recibir, como toda recompensa, una muerte casi inmediata (22).

Vagué, como espíritu errante sobre las aguas, buscando una oportunidad de cobijo en un ser similar al que venía de abandonar, y mi búsqueda fue infructuosa. No detecté ninguna forma de vida animal, por lo que decidí volver hacia la zona en que abandoné mi último cuerpo en descomposición. Allí, en la superficie de las aguas, la única presencia detectable era la de otros entes vivos similares a mí, incluso algunos de mi especie, todos buscando soporte material en que vivir y desarrollarse. Pero ninguna posibilidad de éxito porque todos los seres como yo habían muerto por la misma causa.

Descendí por las aguas en busca de mis orígenes y en las cavernas de la roca que nos trajo del exterior de este planeta había una numerosa colonia de seres vivos, descendientes de los que al llegar no habían abandonado su cobijo. Entre los más próximos a mi último cuerpo había algunos tipos de seres que podían respirar el oxígeno del aire y también el disuelto en el agua. En estas aguas había una gran riqueza de oxígeno, gracias a la gran abundancia de microscópicas plantas verdes que lo producían, y por otra parte no me fue difícil encontrar pronto un cuerpo donde alojarme, ya que los procesos reproductivos eran también muy abundantes.

Aprendí a salir de la roca y a controlar medianamente mi alojamiento en la masa acuosa. Y también aprendí que era peligroso ascender hasta la superficie del agua por los efectos nocivos de aquel gas ambiental; después he sabido que se trataba de anhídrido sulfuroso, un gas que hoy es responsable de la lluvia ácida y que entonces estaba presente en la atmósfera terrestre emanado de la múltiple actividad volcánica de aquellos tiempos.

El lugar ideal para disfrutar de las mejores condiciones de vida era la zona inmediatamente debajo de la superficie del agua; a unos pocos centímetros de la superficie había mucho alimento, oxígeno abundante, buena iluminación y una excelente temperatura. Había bas

---

(22).- Si se tiene por cierta la teoría del Big Bang de Stephan Hopkins, y el Universo está en expansión y los planetas de nuestro sistema proceden todos del Sol, se puede postular que ese planeta de evolución más temprana que la Tierra y que un día explotó, ocupaba en el sistema solar el espacio que hoy ocupa el cinturón de asteroides, que bien podrían ser los restos que allí quedan de aquella explosión. Si eso es cierto nuestro pasado más inmediato pudo ser Marte y nuestro futuro estará en Venus. Si por el contrario, es cierta la teoría que postula que las estrellas van aumentando de volumen y tragándose sus planetas más próximos, nuestro pasado es Venus y nuestro futuro será Marte, antes de que el Sol nos devore. Personalmente me inclino por la primera de las hipótesis, que viene avalada también por el efecto Doppler del espectro, que demuestra el alejamiento permanente de los astros.



tante calma en aquellas aguas y no parecían existir depredadores de animales de mi especie, por lo que la población crecía de forma vertiginosa. La misma superficie era el lugar en que la temperatura era la mejor para el desarrollo, y Yo cumplí sin sobresaltos en aquella zona múltiples ciclos vitales. A través de ellos fui desarrollando, como lo había hecho ya en otros tiempos, la capacidad de respirar el oxígeno del aire, estimulado por el hecho de que también el gas sulfuroso había disminuído y no estaba presente en la atmósfera permanentemente. De vez en cuando aumentaba de forma brusca y entonces causaba verdaderos estragos entre los que no eran capaces de sumergirse para tomar el oxígeno también del agua.

*No todos los vuelos tienen un final feliz, y aquel que me hicieron hacer en la carretera del Tibidabo también cambió mis aires para toda la vida, aunque Yo no soy hoy capaz de saber qué aires vitales eran mejores; los de mi planeta anterior, que no conozco o los del actual, que cada día amo más, a pesar de que haya gentes que no entiendan que Yo pueda amar esta forma de vida, para mí tan plena, a pesar de mis limitaciones, para muchos tan escasa.*

*Que nadie me pida cambiar mi nuevo estado de conciencia por mi antigua vida; éste me da mucho y aquella no sé lo que me daba.*

### EL BURRO DE LA NORIA

"La vida pudo venir de otro planeta".

La Vanguardia,07.04.85.

"La vida pudo venir de otro planeta";  
es un nuevo revés al egoísmo  
del Hombre-Narciso, dios de sí mismo  
y a punto de caer.

Fue el primero el saber que nuestra Tierra  
no era centro del Universo-cielo,  
sino bola que rueda sin consuelo  
de ser libre una vez.

Quedaba el creer que nuestra especie  
por un toque de Dios entró en acción  
para reinar sobre la Creación...  
y sólo era un sueño:  
no a imagen de Dios, sino del mono,  
¡ hijo del mono !, idura humillación  
para el que era el rey de la Creación !,  
¡ valiente y duro empeño !.

Y ahora se nos dice, ¡oh desencanto !,  
que obra tan excelsa cual la Vida,  
en un pedrusco, en germen, fue traída  
y aquí vino a caer,  
como pudo caer en otro sitio,  
que nadie vigilaba su caída,  
ni nadie, aquí, esperaba su venida  
ni... ¡ vaya usted a saber !.

Y es que el hombre se ha puesto de tal modo,  
rey-dios, centro-ombligo de la historia,  
que duro le ha de ser saberse escoria  
y poco más que eso;  
y así recibirá de desengaños,  
como palos el burro de la noria  
hasta vaciar el pozo de su historia,  
si sirve para eso.

& & & & &

## V

## LOS DEPREDADORES (hace 1.100.000.000 a.)

**Los depredadores** aparecieron como una verdadera plaga. Primero fueron sólo unos cuantos; pero su número aumentó considerablemente en unas pocas generaciones, a medida que los individuos de mi especie disminuían también con rapidez. Esta situación fue muy útil para que Yo me planteara por primera vez en mi existencia el fenómeno de la depredación, pues Yo mismo en ciclos anteriores y bajo forma de diversas especies ya había ejercido la depredación sin ser consciente de ello.

De hecho, desde el momento en que dejé mi camino evolutivo como vegetal, dependiente de la luz, y empecé a nutrirme de otra materia orgánica, en muchas ocasiones esa materia estaba dotada de algún tipo de vida; dicho sin rodeos, me alimentaba de otros seres vivos de los que Yo era un depredador, aunque nunca hasta este momento me había planteado esta circunstancia.

Tengo que confesar que en aquellos casos en los que Yo podía nutrirme de materia con o sin vida, siempre, sin excepción, obtenía mayor placer del hecho de alimentarme, cuando el alimento era un ser vivo de otra especie.

Sin embargo, en ciclos posteriores, en los que también Yo he practicado el canibalismo, alimentándome de seres vivos de mi misma especie, lo he llevado a cabo siempre con un cierto malestar, producido por el hecho de tener presente que Yo también podía ser objeto del canibalismo de mis congéneres, como así ocurrió en bastantes ocasiones.

En aquel estado del desarrollo de mi identidad, ya tenía la memoria genética un peso importante en el momento de llevar a cabo mis elecciones. Mi conducta y las decisiones que continuamente debía tomar en mi vida, estaban muy condicionadas por la carga genética recibida, aunque Yo no conservaba memoria de acontecimientos vividos en ciclos vitales anteriores, y cuando estaba dentro de uno de ellos, para mí, de forma consciente, sólo contaba la memoria que tenía de los acontecimientos de aquella presente trayectoria vital.

Al mismo tiempo, en cada uno de mis ciclos vitales, algunas de las conductas nuevas que Yo practicaba o algunos de los conocimientos que adquiría, y que eran útiles para mejorar mi adaptación al medio, quedaban inscritos, de manera completamente automática, en el

código genético de mis descendientes. Y doy fe de ello porque algunas de esas conductas que eran innovaciones voluntarias mías, las volvía a recibir Yo en ciclos posteriores como conductas condicionadas, a las que no podía oponerse mi voluntad.

La aparición masiva de los depredadores, cada vez que eso ha ocurrido a lo largo de mi historia, hacía muy difícil el encontrar un nuevo cuerpo cuando se había completado una vida y se trataba de buscar dónde seguir viviendo. Éramos muchos los buscadores y pocas las posibilidades de encontrar base corporal para todos.

En estas épocas era normal el que Yo pasase largos períodos de tiempo entre una vida y la siguiente. En tales períodos, Yo seguía teniendo mi identidad y mi grado de maduración, en función de las experiencias anteriores vividas y me proponía, antes de tomar nuevo cuerpo, cuáles deberían ser las circunstancias de mi siguiente ciclo vital, a fin de que me sirviera para adelantar cuanto fuera posible en mi maduración vital. Este planteamiento y planificación de mis sucesivas vidas ha sido una constante a lo largo de todos los siglos de que guardo hoy recuerdos (23).

También entre los seres de mi especie había unos más evolucionados que otros, en el sentido de ser más hábiles para la supervivencia, por ser más capaces de adaptarse a las circunstancias en que vivían. Cuando estos seres se disponían a procrear se producían verdaderas disputas entre los seres que pujaban por ocupar aquellos cuerpos tan bien preparados para la experiencia vital.

Las habilidades de cada ser vivo dependen tanto de la herencia genética recibida de sus progenitores como de la capacidad de su espíritu vital para aprovechar y hacer brillar esas posibilidades heredadas por vía química.

Esta es la razón por la que Yo intentaba buscar soporte corpóreo entre los seres de mi especie o especies afines: Cuando Yo había sido, millones de veces, durante varios siglos, un pequeño gusanillo acuático, de poco me habría servido el buscar para una siguiente vida el soporte corpóreo de un mínimo insecto volador; podía hacerlo, pero si lo hubiera elegido así no habría tenido ninguna

---

(23) .- Así se postula en la interesante obra LA VIDA ENTRE LAS VIDAS de Joel Whitton y Joe Fisher. Planeta Colombiana Editorial. Santa Fe de Bogotá, 1996. En ella se exponen los resultados de una investigación de trece años, a través de unas treinta historias clínicas contemporáneas. El período entre reencarnaciones se llama *bardo*. Es también el término que da nombre al libro tibetano de los espíritus del más allá: "El Bardo Thodol". Los ciclos vitales que se exponen en este relato no se ajustan al término de *reencarnación*, tampoco se trata de una *transmigración* de almas, sino con más precisión una *metempsicosis* en el sentido que la define Juan J. Bergua en su Estudio Preliminar de "El Libro de los Muertos de los antiguos egipcios". Clásicos Bergua. Madrid. 1976.  
La creencia en las reencarnaciones fue condenada por el Sínodo de Constantinopla en 543.

posibilidad de sobrevivir en esa forma y de nada me habría servido la experiencia para mi maduración vital. Era necesario que el progreso se produjera caminando paso a paso; no a saltos, que siempre resultaban mortales.

Los depredadores tenían, y tienen, un papel muy importante que jugar en la especie de las presas. Liquidan a los individuos peor dotados, peor preparados para sobrevivir a las dificultades, y de esa forma, los que perviven son los mejores, y la especie mejora considerablemente sus posibilidades para el futuro.

Pero la depredación, con frecuencia, adquiere unos matices verdaderamente crueles. En la etapa de mi desarrollo que ahora estoy recordando, la reproducción tenía lugar habitualmente mediante huevos que maduraban en el interior de uno de los dos sexos o, frecuentemente, en el mismo medio; cuando esto ocurría las hembras desovaban miles de huevos que directamente servían de alimento a las especies depredadoras, incluidos los adultos de la misma especie. Una manera de asegurar que algunos huevos llegaran a producir larvas era provocar el desove masivo y simultáneo de todas las hembras; sólo así, cuando había más alimento del que los depredadores podían consumir, era posible que algunos huevos llegaran a su madurez.

Estos conocimientos me vienen de la época en que Yo no era más que un pequeño invertebrado acuático de cuatro a seis milímetros de longitud. Y Yo he actuado siempre de acuerdo con ellos, aunque sin ser consciente de que formaban parte de mi herencia genética.

Los peligros que me cercaban en la superficie del agua eran tan grandes, que fui evitando el estar allí y me acomodé a las condiciones de unos centímetros bajo la superficie. Cuando esto lo repetí unas miles de veces acabó quedando inservible, atrofiado, el sistema de suministro del oxígeno atmosférico y permanecí unos siglos más como animal estrictamente acuático.

En este medio mi evolución se orientó hacia un aumento considerable de mi cuerpo y paralelamente para soportar mis distintos órganos y tejidos desarrollé un rudimentario esqueleto, un soporte consistente alrededor del cual se disponía toda mi estructura, que con los cambios introducidos pasaba de tener una simetría circular a ser claramente de simetría bilateral.

Mi esqueleto fue primeramente cartilaginoso, pero aprendí a incorporar en él cada vez mayor cantidad de calcio, con lo que fue ganando en dureza y resistencia, hasta ser casi completamente óseo. Sólo las uniones entre piezas continuaban siendo cartilaginosas, porque su consistencia blanda contribuía a un movimiento lubricado entre dichas piezas.

Los depredadores eran más voraces a medida que Yo tenía mayor volu-

men; naturalmente a mayor bocado, era más deseado. La mejor defensa de mi vida la tenía en la huida, por lo que desarrollé un sistema de locomoción muy eficaz en el medio acuoso. Consistía en combinar las contorsiones de mi cuerpo con el movimiento ordenado de un conjunto de aletas dispuestas de forma que me permitían tanto el acelerar como el parar o el cambiar de rumbo, con una rapidez que me daba la posibilidad de escapar de la voracidad de los depredadores. Y la verdad es que en muchos casos lo conseguía, aunque no siempre...

Para unos desplazamientos tan vertiginosos era necesario consumir una cantidad importante de energía, y para ello el tomar cantidades nada despreciables de oxígeno del agua. No bastaba el fluir del oxígeno por los poros de las células superficiales de mi cuerpo. Ideamos un sistema que consistía en que al desplazarme, una corriente de agua atravesaba mi cuerpo y un órgano especializado, la branquia, retenía el oxígeno del agua y entregaba a la misma los desechos propios de la respiración, principalmente el anhídrido carbónico (24).

A medida que mi cuerpo era mayor, también era más importante la demanda de oxígeno y la solución la obtuvimos multiplicando la superficie de intercambio de las branquias, dimensionándolas de acuerdo a las necesidades de cada etapa del desarrollo. Fue un gran logro este de las branquias, tanto que debidamente modificado serviría después para tomar el oxígeno del aire en las etapas de vida terrestre. Así pues, las branquias se desarrollaban en cada caso de acuerdo con las necesidades de oxígeno; estas necesidades estaban en función de la velocidad de escape y el volumen del cuerpo.

En esta etapa de vida acuática, dado que el medio era bastante homogéneo, me era relativamente fácil el pasar de una especie a otra, en el sentido de que cuando completaba un ciclo vital podía iniciar el siguiente en una especie distinta; siendo tanto más grande la posibilidad de éxito en esa nueva vida cuanto más similar era la nueva especie, sobre todo en volumen y hábitos de vida.

En unos doscientos millones de años que pasé totalmente en este medio acuoso, las características principales del mismo apenas si sufrieron alguna variación; si acaso unas ligeras modificaciones periódicas de temperatura; no me refiero a modificaciones estacionales, sino a varios períodos, más o menos largos, en los que la temperatura sufrió un importante descenso, y hubo que adaptarse también a esa situación, desarrollando una gruesa capa de grasa que

---

(24).- Los primeros vertebrados fósiles que se conocen, los agnatos, tienen también un sistema branquial y vivieron en la Era primaria, en los períodos Devónico y Silúrico, después desaparecieron y de ellos sólo quedan hoy dos especies parásitas, mixinas y lampreas. Los Teleósteos, peces con esqueleto óseo, se desarrollaron a partir del Terciario.

protegía del frío exterior.

Aunque no lo he indicado todavía, para aquella época Yo era aun lo que se dice un animal de sangre fría, esto es, con una temperatura corporal similar a la del medio en que vivía, y un medio más frío de lo habitual, lo que hacía era relentizar mis procesos vitales. En ocasiones ese efecto era tan intenso que llegaba a producirme la muerte... y había que volver a empezar.

En los últimos estadios de mi etapa acuática Yo era un tremendo depredador, tanto para especies de peces menores, como para los huevos y las crías de mi misma especie. Me acostumbré a la vida en la zona litoral y tampoco las especies vegetales escapaban a mi voracidad, ya que mantener mi enorme cuerpo requería una gran cantidad de energía que Yo necesitaba sacar de donde fuera, y no siempre era fácil el conseguirlo de presas animales que no se dejaban atrapar así como así.

Me acostumbré a tomar unas bocanadas de aire fresco en la superficie del agua y era un ejercicio muy placentero, a pesar de que el oxígeno del aire no me servía para cubrir mis necesidades respiratorias. Era tan agradable que fui ejercitándolo más y más. Yo entonces no lo sabía; pero en mi código genético estaba registrado el hecho de que Yo había pasado ya por una etapa de respiración aérea.

De vida en vida fui desarrollando de nuevo un sistema para aprovechar el oxígeno del aire, pero mi volumen actual no permitía sino la creación de un órgano similar a la branquia, y ése fue el origen del pulmón; primero uno solo, como adaptación de la vejiga natatoria y más adelante un segundo.

Al mismo tiempo fui modificando mis aletas y transformándolas en apéndices que me permitieran agarrarme a las rocas y desplazarme sobre ellas o sobre la arena; así fue como me vi transformado primero en anfibio y luego en reptil terrestre provisto de cuatro patas y respiración pulmonar. El cambio no se produjo de la noche a la mañana, ni de un siglo a otro (25).

Desde el momento en que empecé a tomarle gusto al oxígeno del aire, hasta que abandoné el medio acuoso, convertido en animal terrícola anfibio, provisto de branquias y un incipiente pulmón, transcurrieron los diez millones de años más excitantes de mi existencia, porque se trataba de pasar de un medio con unas condiciones bastante constantes, como ya he indicado anteriormente, al medio terrestre del que me llegaban estímulos cambiantes de un momento a otro, y había que estar preparado para afrontar esos cambios tan veloces.

---

(25).- Los peces ripidístenos, provistos de fosas nasales internas, que aparecieron en el Devónico Inferior y vivieron hasta el Pérmico, son considerados los precursores de los primeros vertebrados tetrápodos de vida terrestre, los anfibios.

Aprender a dar las respuestas adecuadas me costó perder muchos miles de vidas, y también me costó el desarrollar una serie de estructuras para hacer frente a las duras y cambiantes condiciones de esa forma de vida (piel dura, garras, pelos, plumas, capa de grasa superficial, etc); pero la riqueza e intensidad de las emociones que la vida terrícola me daba, superaba con creces los esfuerzos que mi ingenio había de hacer para adaptarme a ella.

*También ahora, el aprender a dar una respuesta adecuada en mi situación actual, me está costando el desarrollar nuevas habilidades para hacer frente a estas nuevas y duras condiciones ambientales que me han impuesto.*

*Pero también hoy, como entonces, la riqueza e intensidad de mis emociones supera con creces los titánicos esfuerzos que he tenido que hacer para adaptarme a este nuevo estado, y sacar adelante mi vida, a pesar de las muchas limitaciones que tengo.*

*Y el ansia que bulle dentro de mí por salvar todos los obstáculos que tengo en mi camino, está constantemente balanceándose entre el placer de la superación y la amenaza del fracaso.*

## SOMOS ANSIA

Somos sombra informe en el desierto,  
proyección de la nada  
en busca de un cuerpo que le defina límites.

Somos lapa errática en el mar,  
en lucha con las corrientes,  
suspirando por la roca a la que asirse.

Somos mariposa arrancada por el vendaval  
de la costa del paraíso,  
volando sobre el inmenso océano.

Somos el ansia de ser,  
persiguiendo la permanencia  
que no sabemos encontrar.

& & & & &



## VI

**ALEJÁNDOME DEL MAR  
(hace 850.000.000 a.)**

**Alejándome del mar** (según evidencias posteriores aquel no era un mar abierto sino un mar interior, en el centro de un continente) tuve que ir adecuando mi cuerpo paulatinamente, a las nuevas circunstancias que presentaba la vida en la tierra (26).

Fui perdiendo las branquias por desuso y aumentando de tamaño, gracias a la gran cantidad de alimento que la tierra fértil ponía a mi disposición. Para desplazar de manera ágil aquel cuerpo, y era necesario que el desplazamiento fuera ágil para escapar a los enemigos que siempre estaban al acecho, desarrollé unas potentes extremidades, sobre todo las posteriores; esto me permitía desplazarme a grandes saltos y llevar alguna ventaja a mis enemigos; también me permitían estas extremidades el empinarme para comer grandes cantidades de alimento vegetal, que era muy abundante a determinada altura y no tanto a nivel del suelo.

La reproducción seguía realizándose mediante huevos que depositábamos en el agua al principio; pero en el medio acuoso había numerosos seres que se nutrían de nuestros huevos, por lo que para asegurar la reproducción había de depositar una gran cantidad de ellos. A medida que nuestro cuerpo fue aumentando de volumen también eran más grandes los huevos y menor debía ser su número. Seguir depositándolos en el agua ponía en peligro a la especie, por lo que empe

---

(26).- Según se indica más adelante el posible lugar de llegada del meteorito a la Tierra fue alguna zona acuosa del centro del Continente asiático, podría haber sido el lago Baykal o cualquier otro de la zona. Uno de los últimos choques de meteoritos gigantes creó el cráter de Doulon, cerca del río Luan, en el límite de las provincias chinas de Hei y Mongolia Interior, al norte de Pekín. El cráter tiene un diámetro de 70 Km. y se originó con la llegada del meteorito a la Tierra hace 136 millones de años, en la transición entre el Jurásico y el Cretácico. El choque debió fundir cerca de mil kilómetros cúbicos de rocas (origen de las tectitas), desarrollando una cantidad de energía equivalente a la de todos los terremotos del mundo de los últimos mil años. Este fenómeno pudo estar en el origen de la desaparición de los dinosaurios, porque debió producir una especie de invierno nuclear, con una inmensa nube de polvo, oscurecimiento del sol y disminución considerable de la vegetación, que era la fuente de la alimentación de muchas de las especies de dinosaurios. (ATLAS DE LOS FENÓMENOS NATURALES, Philip Whitfield. Ed. DEBATE. Madrid, 1991. Pág. 45)

zamos a colocarlos en tierra, en zonas cálidas para que su maduración se realizara por el calor propio del sol. Fue un cambio muy importante porque esto nos libraba definitivamente de la necesidad de vivir en las proximidades del mar o de grandes masas de agua continental. Y también limitaba la reproducción a la estación cálida, para lograr la adecuada incubación solar (27).

Esta época como gran reptil, tuvo para mí una duración de cerca de ciento sesenta millones de años durante los que completé multitud de ciclos vitales. Cada vez que cumplía uno de ellos y moría al final del mismo, normalmente me encontraba en el seno de densas selvas, en cuyo suelo mi cuerpo se descomponía en parte y en parte quedaba enterrado por la gran masa vegetal que sobre él se depositaba. Mis restos fermentaban en unión de los restos vegetales y finalmente pasaba todo ello a formar parte de grandes bolsas de restos orgánicos, que con el tiempo dieron lugar a los combustibles fósiles que aun hoy se explotan, ya en forma de carbón, petróleo o gas (28).

Hacia el final de ese período cambiaron las condiciones ambientales y empezaron a escasear las selvas, que eran nuestras reservas alimenticias, por lo que muchos seres similares a mí dejaron de existir. Yo pasé también por una etapa muy difícil; pero finalmente pude superarla, haciendo una importante transformación de mi cuerpo y mis hábitos de vida.

El cuerpo de los individuos de mi especie se redujo a la décima parte de su volumen en sólo unos cinco millones de años, lo que significa el tener una altísima capacidad de acomodación. Al mismo tiempo modifiqué mi sistema de ingerir el alimento; ya que mis fuentes de alimentación tenían que ser muy diversificadas, me doté de piezas dentarias especiales para cortar, desgarrar y triturar.

La reproducción mediante huevos depositados en el medio dejó de ser segura; la escasez de recursos en general, hacía que más y más seres de distintas especies se disputasen aquel rico bocado, ya que un huevo contiene todo tipo de recursos para el ser que se supone se desarrollará dentro de él. Para asegurar la vida de los hijos había que cambiar el sistema.

Encontré como medio más seguro el no desprenderme del huevo cuan

---

(27).- Los grandes reptiles terrestres proliferan durante los períodos Jurásico y Cretácico; al final de éste desaparecen varios grupos (dinosaurios, ictiosaurios) y quedan sólo algunos grupos, que representan a los reptiles de menor tamaño.

(28).- El período Carbonífero se ubica entre los 350 y los 280 millones de años. En él existieron grandes insectos y anfibios, principales responsables, con los enormes vegetales, de los combustibles fósiles. Pero también en este período tuvo lugar la aparición de los reptiles, como especialización de un grupo de anfibios, y estos reptiles también formaron parte, aunque en menor medida de los combustibles fósiles.

do era hembra, por lo que una vez fecundado me lo quedaba en mi interior, y comunicándolo con mi torrente sanguíneo tampoco tenía que ser portador de gran cantidad de reservas, ya que Yo podría proporcionárselas a medida que fuese desarrollándose el embrión.

Y éste fue el origen de la placenta, un órgano tan importante para asegurar la reproducción en aquellas circunstancias que de no haber sido así habría desaparecido mi especie, como ocurrió con otras afines, por no ser capaces de ajustar sus necesidades y sus propios cuerpos a la brusca disminución de recursos del medio.

Con estas adaptaciones y otras por el estilo, que no me voy a parar a detallar, Yo estaba ya convertido en un Terápsido, un precursor inmediato del Mamífero que hoy soy. Y de estos importantes cambios no hace tanto tiempo, solamente unos trescientos millones de años que, comparados con mi dilatada existencia, no es mas que una pequeña parcela de ella.

(Esto de ser un Terápsido no me gustaría haberlo dicho, porque pretendo ir contando mi historia para que sea entendida por todo aquel que simplemente sabe leer, aunque carezca de cualquier tipo de conocimiento técnico; no volveré a usar ningún término de este tipo, lo prometo).

Llevar a cabo el desarrollo embrionario dentro de mi cuerpo de madre, cuando era hembra, permitía asegurar la vida del hijo en esa etapa; pero era necesario desprenderse de la carga del hijo, tan pronto como fuese posible, ya que los últimos tiempos del embarazo eran los de mayor peligro, no sólo para la vida del hijo sino también de la madre, por su reducida capacidad para escapar a sus numerosos enemigos.

En épocas anteriores, cuando el hijo maduraba dentro del huevo, podía quedar allí hasta alcanzar un desarrollo que le permitiera casi valerse por sí mismo cuando eclosionaba del huevo. Pero la etapa placentaria no podía prolongarse hasta ese momento, y lo que hicimos fue desarrollar las glándulas mamarias para que el hijo recién nacido pudiera seguir madurando fuera del vientre materno, y sin tener que preocuparse de buscar el alimento más allá del mismo contacto con su madre. Yo, como madre sentía también un placer especial cuando mis hijos tomaban el alimento de mis mamas, y ese placer con que me sentía retribuida aseguraba mi disposición a prestarme para que mis hijos extrajeran su alimento de mi cuerpo; eran los primeros síntomas de lo que podemos llamar el instinto maternal.

La aparición de las mamas en mi cuerpo de madre tuvo lugar hace solamente unos ciento setenta millones de años. Pero fue una innovación muy importante, como se ha puesto de manifiesto por las grandes posibilidades de conquista del medio que los seres dotados con

estas mamás han ejercido y ejercen sobre la Tierra (29).

Quiero recordar nuevamente que Yo, en mi trayectoria vital, he tenido el cuerpo de los seres más diversos; pero de ninguna manera se crea que he vivido vidas de todas las especies que en la Tierra han sido o aun son.

En los seres vivos se han dado varias líneas evolutivas y Yo he recorrido sólo una de ellas. Por ejemplo, nunca he vivido una vida de ave, pues pasé de anfibio a reptil, y de éste a mamífero de un cierto tipo.

En algún momento podría haber tenido el capricho de tomar un cuerpo de ave, en alguna de las ocasiones en que buscaba comenzar un ciclo vital; pero si lo hubiera hecho no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir, ya que me hubiera encontrado con grandes dificultades para acomodar mis habilidades a las órdenes que recibiría continuamente, procedentes del código genético de aquel ser que Yo nunca había encarnado; es como si pretendiera leer un libro escrito en un idioma desconocido para mí.

En una de mis primeras experiencias como mamífero, era Yo un pequeño cuadrúpedo, muy parecido a las actuales musarañas, o bien como pequeño un gato con el hocico prominente y el rabo más grueso; vivía en las partes altas de la selva, casi sin tocar tierra, y me alimentaba casi exclusivamente de insectos (otra clase de animales entre los que nunca he vivido). Era una época en que los insectos eran especialmente abundantes y de tamaño netamente mayor que los actuales.

Mi alimentación en los estadios anteriores como reptil también estaba basada en los insectos y en ese sentido, al desarrollar las mamás seguí mis hábitos alimenticios porque no había motivos especiales para un cambio, dada la abundancia del alimento disponible.

Los insectos tenían una amplia gama de depredadores; pero su tasa de reproducción era tan alta que no faltaba alimento a ninguno de ellos.

Unos pocos millones de años después, siendo Yo a la sazón un mamífero de mayor tamaño me vi obligado a cambiar de dieta porque pasamos en mi área geográfica un tiempo de extrema sequía y escasa riqueza vegetal; los insectos, que eran la base de mi alimentación, se nutrían casi exclusivamente de hojas de toda suerte de vegetales, y

---

(29).- Los primeros mamíferos eran muy pequeños y escasos, y vivieron casi cien millones de años sin tener demasiada importancia en el conjunto de los seres vivos y al amparo de los grandes dinosaurios. Fue la desaparición de éstos lo que hizo crecer y desarrollarse a esta clase de animales. Recientemente se ha encontrado en China el cráneo del *Hadrocodium wui*, que parece ser el más antiguo de los protomamíferos con una antigüedad de 195 millones de años (EL PAÍS, 25.05.2001).

al escasear éstos, también los insectos se resintieron, y con ellos toda la cadena alimentaria que sustentaban. Muchas especies de aves insectívoras desaparecieron para siempre, por su incapacidad para encontrar un alimento alternativo.

Entre los mamíferos insectívoros fue más fácil el sobrevivir, porque la mayoría de nosotros no éramos exclusivamente insectívoros. Yo por entonces, era capaz de comerme también los huevos de grandes aves y las raíces de algunas plantas que tenían un sabor especialmente fresco y dulce. Al mismo tiempo cazaba pequeños mamíferos del grupo de los primeros roedores.

La escasez de insectos sirvió para que me especializara como cazador de toda clase de huevos y crías de aves y reptiles, así como pequeños mamíferos, siempre que su tamaño y fiereza no fueran superiores a los míos. Completaba mi alimentación con hojas y tallos tiernos y diversos frutos (30). Desde entonces he mantenido un tipo de alimentación muy variada, como sigo teniendo aun hoy.

También la escasez de insectos unida a un cambio importante de las condiciones climáticas nos empujó a muchos a una enorme dispersión.

Por entonces Yo vivía en una zona que debió ser lo que hoy es Mongolia, en el Asia central, no lejos del Lago Baikal. Allí, durante millones de años pasé del agua (que no debía ser el mar, sino un gran lago) a la tierra, bajo la forma de anfibio y luego reptil. Allí seguía siendo Yo, en forma de mamífero insectívoro, el mismo individuo que ahora buscaba los escasos insectos entre las ramas de los árboles, de los que no me atrevía a bajar porque formaba parte de mi aprendizaje el que en el suelo los riesgos eran muy importantes.

El suelo y la noche eran mis grandes temores. Por eso emprendí un viaje hacia donde el Sol se escondía; si seguía al Sol, tendría algo más de día cada día; ese era mi razonamiento, aunque desgraciadamente hoy haya muchos científicos que me niegan la capacidad de razonar en aquel estado de mi progreso.

El viaje siempre hacia el Oeste, y hacia el Sur en la estación más fría, detrás del Sol, duró unos veinte millones de años.

Entonces Yo tenía otra forma y otras costumbres. Había aumentado de volumen, había aprendido a comer de todo y mi archivo nervioso era tan importante que mi cabeza y mi cráneo tuvieron que hacerse mucho mayores para contenerlo. Allí dentro debían estar acumuladas todas las conductas aprendidas desde mi origen, aunque Yo era ajeno a tanto conocimiento.

---

(30).- Los chimpancés son aficionados a la carne, que mastican mezclada con hojas, compartiendo la comida con otros chimpancés. Por lo general, el individuo que ha cazado la presa, se siente dueño de ella y reparte trozos de la misma entre los individuos de su grupo. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Ediciones folio, 1993 tomo 2, pág. 137).

En el viaje había perdido parte de la cola, y ahora tenía una cola corta y delgada que apenas si servía para nada. Otro cambio muy importante fruto de tan largo viaje fue el desarrollo de la visión binocular. Los dos ojos, que eran laterales, se fueron desplazando hacia el frente, gracias a mi manía de mirar con los dos ojos a cada enemigo o cada presa que encontraba en mi camino.

Mirar con los dos ojos a un objeto es muy importante porque permite evaluar la distancia a que se encuentra de ti, en una apreciación tridimensional, y eso cuenta mucho cuando se trata de alimentarte de una de las escasas presas que encuentras, o de evitar que se alimenten de ti.

También como consecuencia del viaje se llevó a cabo el desarrollo muscular de mis extremidades, tanto las traseras, que eran robustas después de dar tanto salto de rama en rama, como también las delanteras, de las que podía colgar mi cuerpo y balancearlo para lanzarlo hacia adelante en grandes saltos, en las selvas del camino. Ese poderoso desarrollo de las extremidades también era muy útil cuando, en el camino, desaparecía la selva y había que hacer largas carreras por la pradera, en la persecución o en la huida. Estos eran los períodos de mayor riesgo, en los que era importante mantenerse unidos al grupo.

Viajábamos y vivíamos entonces ya en grupos familiares, dentro de los que teníamos establecidos un amplio conjunto de formas de comunicación; mediante sonidos y gestos podíamos expresar a los demás nuestro miedo, alarma, ira, placer o pena, confianza, dominio o sometimiento, etc.

Se habían desarrollado también entre nosotros algunos sentimientos, el más importante de ellos el maternal; pero también los de solidaridad y ayuda mutua en el grupo; así, formaba parte de nuestra ocupación del tiempo ocioso el despiojarnos unos a otros. Los piojos eran una terrible plaga, que nunca pudimos erradicar, pero al menos los teníamos controlados, aunque con largas horas de dedicación a ello.

Hace unos veinticinco millones de años, Yo era el que acabo de describir, un corpulento mono antropoide (perdón por lo de antropoide, quiero decir, con cierto parecido a mi Yo actual), y me encontraba viviendo entre Arabia y el Cuerno de África.

Empecé a utilizar para desplazarme principalmente las extremidades traseras, mientras con las delanteras manejaba algún utensilio, con el que me auxiliaba para la defensa o el ataque.

Esta costumbre acabó dando mayor robustez a las extremidades inferiores, al tiempo que perdí parte del volumen y la fuerza en las superiores. En adelante creo que ya debo hablar de pies y manos, porque por entonces ya estaban suficientemente diferenciadas sus funciones.

Estoy hablando de cuando Yo, como especie similar a los actuales orangutanes o chimpancés, dominaba toda el África Oriental, Arabia y el Asia Menor, extendiéndome por el sur de Europa y norte de África hasta Egipto. Hace de ello entre diez y quince millones de años (31).

Estos eran los dominios de mi especie, y el territorio donde Yo podía encontrar una nueva posibilidad de vivir cuando había concluído un ciclo vital. Era posible, por ejemplo, el completar una vida en el Asia Menor, y vagar después de ella por los territorios que formaban el hábitat de mi especie, hasta encontrar un cuerpo y vivir la siguiente vida en la Península Ibérica o en el Magreb africano. De esta manera llegué a interiorizar muy bien todo el litoral del Mediterráneo, aunque en cada experiencia Yo no era consciente de los conocimientos que llevaba escritos en mi tejido nervioso.

Esta es la razón por la que a veces nos ocurre que nos resulta familiar un lugar en el que estamos seguros de no haber estado nunca antes. Es que sí hemos estado, pero en otras experiencias vitales anteriores. Y cuando eso sucede es que se está produciendo como un pequeño cortocircuito del sistema nervioso, y nos acude a la memoria aquella otra vez que estuvimos...

Tanta afición por caminar sobre los pies, acabó convirtiéndome en bípedo. La planta del pie se robusteció y perdí la capacidad de oponer el pulgar del pie a los demás dedos, así como a sujetarme por los pies rodeando con su planta las ramas de los árboles.

Mi vida empezaba a tener más sentido en tierra que sobre los árboles, a los que subía principalmente para descansar o dormir, por razones de seguridad, y también para buscar parte de mi alimento, frutos, huevos y crías de aves.

La vida en soledad carecía de sentido; vivíamos siempre en grupos familiares, con un macho dominante y varias hembras con todos sus descendientes, fuesen hembras o machos jóvenes. Los machos adultos se apartaban del núcleo del grupo cuando empezaban a disputar la autoridad del macho dominante, que era quien montaba y fertilizaba a todas las hembras de la familia tan pronto estaban disponibles para ello.

Teníamos una verdadera estructura social, con unos rangos establecidos, por cuyo mantenimiento o conquista luchábamos continuamente. A decir verdad, unos luchaban con mayor tesón que otros.

Ya desde mis inicios, y en todos los ciclos vitales posteriores, cuando Yo me encontraba en el tiempo entre ciclos, tenía que tomar una decisión sobre mi siguiente experiencia para mi mejor progreso

---

(31).- El Ramapithecus apareció en África hace diez o quince millones de años, y desapareció hace unos siete millones de años. Antecesor del Australopithecus africanus, es considerado por Bernard Campbell (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 2, pág. 136) como el más firme antecesor del Homo habilis.

en mi maduración vital. Debía decidir dónde, cuando y cómo debía comenzar y transcurrir el siguiente ciclo vital.

Desde el momento en que empezamos a vivir en grupos sociales estructurados, y hasta hoy, también forma parte de esa decisión el estrato social en que deseamos vivir, si es posible. Yo he deseado encarnar en ocasiones el papel de líder social; también a veces el de escoria social; pero Yo soy un ser de medianías y donde más cómodo me encuentro es en un rango medio, todo lo más en una segunda fila del estrato social. Y siempre que he podido he perseguido y ocupado esas posiciones.

Claro que una cosa es la decisión tomada antes de iniciar un ciclo vital y otra cosa será el desarrollo del mismo, porque en una convivencia social, la trayectoria y el rango social que cada individuo alcanza en el grupo no depende sólo de él. En primer lugar depende de sus actitudes y comportamientos; pero también en buena medida del eco que su conducta encuentra en los demás, y en ocasiones también de circunstancias que en nada tienen que ver con su conducta.

Consecuencia de ello es que Yo he pasado la mayor parte de mi existencia como individuo gris del grupo o de la masa social, y sólo en ocasiones he destacado en algún sentido. De estas ocasiones es de las que sobre todo hablaré en el resto de mi progreso vital; pero repito que aunque no mencione las grises y anónimas, ellas han sido la inmensa mayoría de las de toda mi existencia, y seguramente de las que me quedan hasta...la última de ellas.

Mi cráneo seguía creciendo y empecé a preguntarme sobre mí mismo, cosa que hasta entonces no había hecho, y se despertó en mí otra inquietud nueva: la capacidad de reflexionar acerca de la moralidad de los hechos, los propios o los ajenos. Y esto era capaz de hacerlo desde mi cuerpo de macho así como desde mi cuerpo de hembra, aunque los sentimientos eran distintos cuando era de uno u otro sexo.

Sé que la generalidad de los científicos actuales niegan la existencia de conciencia a los seres de mi condición; pero Yo conozco ahora lo que entonces pasaba por mi cabeza, y os animo, a vosotros y a todos los científicos que acepten mi reto, a que hagais la siguiente prueba, que por otra parte es bien sencilla:

Acudid a cualquier zoológico en que haya un chimpancé, sea joven o adulto; miradle directamente a los ojos y aguantad su mirada durante unos escasos veinte segundos. Y decidme qué os han dicho esos ojos. Después de esta experiencia estaréis de acuerdo conmigo, si además añado que Yo estoy situando la aparición de la conciencia unos cinco millones de años después de esa mirada. O lo que es lo mismo, unas doscientas mil vidas después de la de ese chimpancé del zoo, contando como vida media de aquellos antecesores del chimpancé unos 25 años.



*La vanidad humana carece de fronteras; nosotros somos los seres inteligentes y privilegiados poseedores de conciencia. El resto de los seres vivos se conducen gracias a su instinto y carecen de toda manifestación de conciencia y de inteligencia. Gracias a eso no son capaces de hacer los disparates que hace el hombre en uso de su libertad.*

*El hombre que me atropelló hace diez años no sé si lo hizo usando su libertad, su inteligencia o su instinto. Su conciencia debe ser especialmente comprensiva con sus actos, pues desde el primer momento no quiso saber nada de mí ni de mi suerte, y en estos diez años no he tenido noticia de él.*

*Como Yo subía al Tibidabo por la derecha de la carretera y su coche invadió mi camino, según me han dicho, su compañía de seguros pagó lo que debía y con ello debió quedar su conciencia de hombre en paz.*

## INSTINTO

¿En qué código está escrita  
la ley en el corazón ?;  
ante su firme tesón  
la razón queda proscrita  
y una oscura fuerza incita  
a cumplir la obligación.

El que al animal le han dado  
se dice "instinto salvaje",  
¿ cuál es el civilizado ?,  
¿ el del hombre despiadado  
que odia a muerte a su linaje  
y sin que nada le ataje  
destruye cuánto hay creado ?.

Instinto, ante tí me inclino,  
pues con tu fuerza brutal  
a la conducta animal  
das norte y marcas camino;  
al hombre en su desatino,  
podrías hacer igual.

Empezaron a venir tiempos muy duros. Tiempos en los que apenas si se veía en el horizonte otra cosa que no fuese hielo. Era muy difícil el buscar recursos alimenticios y tuvimos que refugiarnos en grutas naturales para no desaparecer. En las escasas temporadas que

el tiempo permitía salir de los refugios nos dedicábamos a buscar entre el hielo todo tipo de alimento, sobre todo a base de raíces y caza de animales; la mayor parte de las provisiones las enterrábamos en el hielo, para consumirlas durante la época de mayor rigor, en que solo había hielo a nuestro alcance.

Descubrimos que rozando nuestros cuerpos, unos con otros, podíamos luchar contra el intenso frío; también podíamos obtener calor rozando unas partes de nuestro cuerpo con otras. Y también rozando unos cuerpos con otros vimos que esos cuerpos se calentaban, aunque no todos de la misma manera; por ejemplo dos trozos de madera se calentaban más que dos trozos de piedra.

Un día, ocurrió como un milagro: Rozando dos trozos de madera de forma persistente, se calentaron tanto que empezaron a ennegrecerse y a desprender humo; después se consumían dando gran cantidad de calor y una llama. Yo no fui el primero en hacerlo; alguien lo había hecho por primera vez y corrió la voz durante decenas de años hasta que todos supimos hacerlo.

Pronto aprendimos a sacarle provecho al descubrimiento; no sólo era útil para calentarnos sino que nos permitía elaborar los alimentos y poder conservarlos durante mucho tiempo sin necesidad de la ayuda del hielo.

El descubrimiento que hicimos en esta época no fue propiamente el del fuego, sino el del método para domesticarlo y ponerlo a nuestro servicio.

Hace de esto algo más de un millón de años, y ese descubrimiento fue tan importante que en este corto espacio de tiempo, desde entonces a hoy, hemos avanzado comparativamente mucho más que en todos los millones de años anteriores.

& & & & &

## VII

**GRACIAS AL FUEGO  
(hace 1.500.000 a.)**

**Gracias al fuego** y al dominio del mismo por nuestra parte, habiendo aprendido a crearlo y a eliminarlo a voluntad, pudimos sobrevivir en aquella época de tan intenso frío y en otras varias similares que se repitieron unos siglos más tarde.

El fuego lo conocíamos ya desde hacía millones de años, como elemento natural que nos infundía pánico. Aparecía de vez en cuando por los territorios en que nos movíamos, provocando el espanto en todos nosotros.

No sabíamos ni cómo se producía ni cómo se controlaba; sólo sabíamos que aparecía sin avisar, mataba a miles de seres de toda especie, vegetal y animal, y cuando estaba saciado desaparecía dejando la desolación en la tierra. También de vez en cuando, y en puntos concretos, la Tierra se ponía enferma y vomitaba fuego, pero un fuego mucho más potente que el que aparecía en la selva, porque éste que vomitaba la Tierra devoraba también a las piedras.

Una vez que estuvimos en posesión del fuego, y sabíamos cómo crearlo y destruirlo, todas las demás especies animales de la Tierra nos consideraban superiores y nos temían.

Aprendimos a espantar a nuestros enemigos con el fuego y observamos que cuando él pasaba por una parte de la tierra, después crecían en ella con mayor vigor los vegetales que alimentaban a nuestras presas, e indirectamente a nosotros también.

Los seres de nuestra especie nos situamos en una posición de privilegio y dominio sobre todos los demás; ni nuestros enemigos más fieros osaban atacarnos cuando enseñábamos nuestro tótem, el fuego, en nuestras manos. Ocurrió en el entorno del mar Mediterráneo, sin que Yo pueda concretar más el lugar exacto, porque nunca llegué a saberlo.

Por aquella época ocupábamos, los monos llamados antropomorfos los continentes de Eurasia y África; éramos en conjunto ocho o diez variedades de la misma especie; nuestras escasas diferencias provenían de los distintos ambientes en que habíamos vivido durante siglos, y se limitaban al color de la piel, el volumen corporal, la forma y el tamaño de la cabeza, y algunas pequeñeces más.

Podíamos elegir, después de completar un ciclo vital, el iniciar el

siguiente en cualquiera de los grupos de nuestra especie, aunque no acostumbrábamos a hacerlo fuera de nuestro propio grupo, salvo en situaciones de gran dificultad para ello.

Pero el descubrimiento del fuego nos animó a transmitirlo a todo aquel que estuviera capacitado para manejarlo, y además de ello, se daba la circunstancia inexplicable de que cada individuo que aprendía a dominarlo, o sea, crearlo alimentarlo y extinguirlo, se sentía inflamado en deseos de transmitir a otros individuos su conocimiento.

La primera vez que Yo lo vi producir me causó una honda impresión. Habíamos visto que un grupo familiar vecino lo llevaba consigo en sus desplazamientos; nosotros le observamos durante días a cierta distancia y seguimos sus pasos. La mayor parte del tiempo, sobre todo de día, sólo veíamos el humo; pero durante la noche podía verse el brillo vivo de la llama o el brillo estático de las brasas.

Aquel grupo se desplazaba con seguridad, nosotros con temor. Llegaron a la ribera de un río y por ella estuvieron merodeando toda una luna creciente. Y nosotros no dejábamos de observarles; pero no podíamos acercarnos, hubiera sido interpretado como una provocación y nos habrían repelido fácilmente con aquel ingenio.

Una mañana el macho dominante salió de su grupo y se aproximó al nuestro, y con gestos amistosos nos invitó a unirnos a su grupo. No sabíamos como responder y estábamos algo confusos, ya que ese tipo de invitaciones no eran nada normales; pero era tanta la ansiedad que teníamos por conocer su fuego, y tanta la confianza que nos infundía aquel macho, que el dominante de nuestro grupo dio unos pasos hacia adelante y se unió con el que lo invitaba; detrás de ellos dos fuimos todos los demás. Yo era entonces una hembra en el grupo y llevaba a mis espaldas la cría de aquella primavera.

Llegamos a unirnos con aquel grupo y convivimos con ellos hasta que la luna llena empezaba a menguar. Pudimos ver cómo alimentaban el fuego y controlaban su fuerza; pero no sabíamos qué podría pasar si llegaba a morir. En presencia nuestra lo mataron con el agua del río, y él se quejaba lastimoso mientras moría. Entonces nos hicieron sentar a todos alrededor de los dos jefes de ambos grupos. Con gestos nos indicaron que iban a resucitar al fuego. Yo no podía creerlo; nadie de nosotros cuando moría podía resucitar. Nuestro jefe tomó un trozo de madera muerta y se dispuso a mantenerlo contra el suelo; el jefe del otro grupo, situado frente a él con otro trozo de madera, empezó a frotar el primero vigorosamente. El fuego vivo se hizo presente; primero se asomó en forma de humo y poco después devoraba con sus llamas los dos trozos de madera. Estas maderas servían para llevar el fuego de un sitio a otro. El jefe de aquel grupo tomó una madera encendida y la hizo pasar de mano en mano a cada uno de los individuos de su grupo. Ninguno de ellos hizo un gesto de temor o de asombro; esa operación ya la habían repetido muchas veces.

El jefe de mi grupo hizo lo mismo, con un temor contenido. Todos nosotros fuimos tomándolo y reteniéndolo un tiempo, hasta convencernos de que no representaba ningún peligro. Cuando llegó a mis manos todo mi cuerpo temblaba internamente, pero Yo no podía dar el espectáculo y aguanté, transformándose mi temor en sensación de poder y de gozo. A mis espaldas tiritaba mi cachorro, pero no saltó huyendo.

Nos separamos de aquel grupo y nos llevamos el fuego con nosotros. Nuestra vida había cambiado para siempre.

El mismo procedimiento seguimos nosotros, repetidas veces, con otros grupos que no sabían aun dominar el fuego, y en cada uno de aquellos encuentros didácticos, aprendimos a valorar más y más el enorme beneficio que suponía para nuestra vida el tener en nuestro poder un aliado tan maravilloso.

En menos de cinco mil años, toda nuestra especie conocía y dominaba los secretos del fuego y las posibilidades de usarlo en beneficio propio. Este hecho sirvió para igualarnos entre nosotros y para separarnos considerablemente de las demás especies animales. Desde entonces empezamos todos a frecuentar más el intercambio en nuestras distintas vidas. El aprendizaje y los caracteres diferenciales continuaban estando escritos en el código genético de cada grupo, transmitido de padres a hijos, y eso no ha variado hasta hoy, porque sigue dependiendo de los hábitos de vida y de los factores climáticos y geográficos; pero el sentimiento de unidad frente a los demás seres de este planeta, se reforzó considerablemente.

Nuestros hábitos de vida social cambiaron radicalmente con la posesión del fuego y el advenimiento de una época de clima muy duro. Hasta entonces estábamos organizados en grupos familiares con un macho dominante; los demás machos vivían marginados de la manada. Pero los machos, más corpulentos que las hembras, eran también más eficaces en la caza. Era necesario que todos los machos participaran en la caza, y para conseguirlo había que integrarlos en el grupo.

La integración pasaba por la participación en el banquete sexual. No conocíamos la relación entre el sexo y la reproducción; pero la relación sexual era apetecida, principalmente en tiempo de celo, aunque no exclusivamente y cada vez menos, sobre todo por los machos, que acabaron no teniendo un tiempo de especial celo, e iniciaban la relación por proximidad o imitación de conducta dentro del grupo.

El macho dominante tuvo que renunciar a parte de las hembras del grupo. Yo, que en varias ocasiones fui dominante en mi grupo, conozco con cuánto dolor se producía esa renuncia.

Y Yo, hembra también en muchos ciclos, recuerdo la forma en que era arrancada del dominio del macho dominante. El proceso empezaba alejándome de su sombra y de su vista y dejándome acariciar por alguno o algunos de los otros machos del grupo. Cuando había llegado varias veces al apareamiento con uno de ellos, éste cobraba bríos

para disputar la compañera sexual al macho dominante; y Yo, como hembra iniciaba el distanciamiento atraída por aquel macho en quien encontraba mayor calor y coraje que en el jefe dominante del grupo, que había de repartir los suyos entre tantas hembras.

Cada macho adulto acabó teniendo varias hembras, más o menos con carácter exclusivo, aunque según los grupos familiares, la promiscuidad era también muy común. Esto no ocasionaba ningún problema pues en la tribu había más hembras que machos.

La causa principal de muerte de los machos estaba relacionada con su actividad principal, la caza; las hembras morían por alguna circunstancia relacionada con el embarazo y el parto. Aparte de eso, de vez en cuando se cernían sobre nosotros, machos y hembras, todo tipo de enfermedades desconocidas, contra las que no teníamos otros medios de lucha que algunos remedios vegetales.

El resultado de todo ello era que, a pesar de que nacían más o menos el mismo número de machos que de hembras, en la edad adulta había muchas más hembras que machos; en su conjunto debían ser mucho más resistentes ellas que ellos.

En la relación sexual empezó a tener también una notable importancia la mirada, y en general la comunicación, verbal o no, por medio de la expresión del rostro de la pareja, y esto llevó a la desaparición de la cópula mediante monta de la hembra desde atrás, para generalizarse el acoplamiento frontal.

El macho dominante como tal desapareció, y en su lugar apareció la figura del líder del grupo o caudillo. Era un papel muy disputado y Yo tuve ocasión de serlo unas decenas de veces por aquella época. Ya no éramos una manada, sino una tribu, en la que desarrollamos también una conciencia social de pertenencia a la misma, muy necesaria para su defensa ante peligros de todo tipo, desde catástrofes naturales a la disputa de los mejores territorios por otros grupos de nuestra misma especie.

El fuego, como nueva arma de caza en grupo, permitía abatir animales de gran tamaño, como elefantes o mamuts, sin exponernos a grandes riesgos. El mayor riesgo era el de sucumbir abatidos por el mismo fuego que usábamos contra nuestras presas.

La estrecha convivencia desarrollada alrededor del fuego, en las etapas de clima glacial, nos hizo humanos, con un vivo sentimiento de pertenencia al grupo familiar o tribal, y dominadores sobre toda la Tierra, incluídos todos los seres vivos que habitaban en ella.

Podíamos permanecer durante largas horas junto a él, sabiendo que teniéndole a él las fieras permanecerían a distancia. Esta seguridad producía relajación y alegría en el grupo, despertándose los

deseos de comunicación.

Fue entonces cuando empezamos a desarrollar, al calor del hogar, un verdadero lenguaje verbal que iba más allá del puramente gestual que habíamos usado hasta entonces.

Nos aficionamos tanto a comer la carne asada al fuego, que en poco tiempo dejamos casi totalmente de comerla cruda. Era más sabrosa y se podía triturar muy fácil. Ya no necesitábamos grandes dientes y fueron perdiendo su tamaño, al mismo tiempo que nuestro cerebro seguía creciendo para poder almacenar tantos conocimientos como estábamos adquiriendo.

Con el fuego en nuestras manos podíamos marchar sin temor por toda la Tierra, sin necesidad de estar reclusos en los árboles y siempre temerosos de nuestros enemigos. Incluso el fuego nos permitía desalojar de sus refugios en tiempos de frío a otros animales como el león de las cavernas, el oso de las cavernas o el mamut lanudo.

Personalmente Yo, en este último millón de años de mi existencia, he tenido experiencias vitales en todo el planeta. Primero en Eurasia y África; cuando algunos de nosotros pasaron por el norte al continente americano, también allí; y cuando algunos otros, en un proceso mucho más lento, fueron avanzando por el sureste de Eurasia, de archipiélago en archipiélago hasta llegar a Australia, también allí fue posible vivir como humano, y Yo lo he hecho en múltiples ocasiones.

Gracias al fuego, por primera vez, en tantos siglos de historia, tuve conciencia de pertenecer a una gran familia, que se extendía por todo el planeta.

A partir de esta circunstancia nuestro progreso, en el plano material, se hizo a una velocidad mucho mayor y a una velocidad siempre creciente.

Desgraciadamente nuestro progreso moral no ha seguido los mismos derroteros, y a lo largo de toda esta última etapa como nueva especie, el carácter que mayor desarrollo ha experimentado ha sido nuestra capacidad depredadora. No hemos tenido piedad con los demás seres vivos, a los que hemos sometido y degradado, ni con los demás individuos de nuestra especie, a los que cada uno de nosotros trata de someter continuamente, y con todos los medios a nuestro alcance.

A partir de entonces se abría para el hombre en este planeta una nueva Era.

*Yo soy consciente de ello, y aunque sólo he dado unas pinceladas de mis vidas vividas en millones de cuerpos pertenecientes a una multitud de especies distintas, en cerca de tres mil millones de años, me voy a detener en contar algunas de las peripecias vividas en los ciclos vitales que, como nueva especie sobre la Tierra, he pasado*

en el último millón de años, antes de mi accidente en el Tibidabo, cerca de Barcelona.

Contaré, a modo de ejemplo, algunos hechos concretos, y sólo de algunas de estas últimas vidas como humano. Ante todo quiero dejar claramente expuesto algo que es necesario conocer para entender e interpretar correctamente los acontecimientos en los que Yo he participado como ser humano.

La especie humana es una y única. Me alegra saber que últimamente se ha confirmado esta idea al desentrañar los secretos del genoma humano. Pero Yo puedo dar fe de ello por otras circunstancias, y puedo explicarlo con otros argumentos menos científicos, pero más vivenciales.

Mi archivo cerebral es muy rico en recuerdos de esta última etapa de mi existencia, podría escribir muchos volúmenes si me lo propusiera; pero no pretendo mas que dar unas pinceladas de algunos momentos aislados de algunas de mis experiencias vitales acumuladas a lo largo de este último millón de años; estas pinceladas serán como estrellas fugaces en un cielo, que parece vacío y está pleno de existencias, aunque no resplandezcan a nuestra vista.

El fuego que arde dentro de cada uno de nosotros es el verdadero artífice de tanto cambio, y éste no nos alimenta sólo desde hace un millón de años, sino desde que el primer meteoro penetró nuestra estructura para organizar la materia.

Aquel fuego es el que aun nos alimenta y el que provoca nuestras grandezas y nuestras contradicciones; es el que consume cada una de nuestras vidas para hacerla renacer de sus cenizas.

## FUEGO

Leño,  
pudiendo quemarse ahora  
hasta ser brasa dorada,  
¿ para qué seguir el sueño ?.

Chisporrotea,  
es la corteza del pino  
queriendo extinguir la llama,  
pronto será pura tea.



Brasa,  
madurez sonrosada del amor,  
alma inquieta, brillo fugitivo,  
devota rendición, piedad en casa.

Humo,  
se desprende tembloroso,  
dudando entre arder o huir;  
su mismo dilema asumo.

LLama,  
cálido esplendor del leño,  
que aspira siempre a subir  
porque el cielo le reclama.

Pavesa,  
la locura incontrolada,  
capaz de provocar un cataclismo;  
la pasión sobre la mesa.

Ceniza,  
el espíritu ha volado,  
se ha extinguido la pasión,  
la eternidad es plomiza.

& & & & &

## VIII

**EL HIELO NO AYUDA MUCHO  
(hace 600.000 a.)**

**El hielo no ayuda mucho** a que florezca la vida, aunque es un medio extraordinario para su conservación.

En algunas de mis vidas en esta Tierra no conocí otra cubierta sobre el suelo que una capa de hielo (32), espesa y dura en la estación fría, y más fina y hasta quebradiza en la templada. El Sol hacía el milagro de estos cambios. Cuando se prolongaba mucho la época fría nosotros le pedíamos al Sol un poco más de calor; y lo hacíamos repetidamente hasta que conseguíamos que nos oyera y se apiadara de nosotros, debilitando al hielo. Cuando la delgadez de la capa de hielo nos lo permitía, lo rompíamos y apartábamos de las zonas más abrigadas, y allí crecía abundante la vegetación. Entonces usábamos cualquier tipo de vegetal para nutrirnos, incluso a veces con riesgo de la vida, porque no todas las plantas iban bien para nuestro cuerpo. La única manera de sobrevivir era aprovechando todos los recursos vegetales y la escasa caza.

Los animales de mayor tamaño, parientes de los actuales bisontes, toros o antílopes, vivían como nosotros reclusos en abrigos del terreno, saliendo en busca de algo que comer tan pronto el tiempo lo permitía. También nosotros podíamos provocar su encuentro. En los primeros tiempos eso lo conseguíamos bailando con nuestras lanzas alrededor de una cabeza de la presa deseada, que guardábamos con nosotros en la gruta. Más tarde, cuando aprendimos a pintarlos en nuestras cavernas, antes de salir de caza nos adueñábamos de su imagen posando sobre ella nuestras frentes. Con mucha frecuencia estos sortilegios daban resultado, y podíamos abatir alguna de aquellas bestias.

Entonces nos aplicábamos sobre ella y separábamos cuidadosamente cada una de sus partes para poder aprovecharlo todo. Su piel nos servía de abrigo. Su carne nos la comíamos cruda o purificada por el fuego, y en caso de que sobrara la conservábamos durante días, después de haberla purificado en el fuego o secado al aire. Los ten

---

(32).- En el último millón de años han tenido lugar cuatro grandes períodos glaciares, conocidos por los nombres de cuatro ríos alemanes, Gunz, Mindel, Riss y Würm, en cuyos valles fueron estudiados por primera vez. El último de ellos, Würm, empezó hace unos 80.000 años para acabar sólo hace unos 15.000. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 77, 45.).

dones eran de gran utilidad en la construcción de nuestras herramientas y armas, por ejemplo, para sujetar las puntas de lanza. Con la grasa untábamos nuestros cuerpos para hacerlos escurridizos a nuestros enemigos, y también con la grasa mezclábamos la sangre y polvos minerales que usábamos para representar en nuestras cavernas las escenas de la caza, o simplemente las imágenes de nuestras presas. Con los huesos fabricábamos herramientas y objetos de adorno. Los dientes y pezuñas eran muy apreciados para cuentas de collar, con que obsequiábamos a nuestros caudillos.

Pero no todos los días era posible obtener una gran presa, y entonces, cuando no disponíamos de suficiente carne, aumentábamos nuestra dieta vegetal a base de raíces, hojas, bayas y nueces.

También pasamos por épocas de sequía y escasez en las que era muy difícil sobrevivir, y muchos de nosotros moríamos sin llegar a la madurez, y en ocasiones no teníamos para llevarnos a la boca otra cosa que la carne de nuestros muertos.

Hasta unas doscientas veces, fui Yo en esa época muerto a palos o a golpes de piedra, para ser inmediatamente descuartizado y devorado por los adultos, cuando sólo era una tierna criatura.

Llegué a desarrollar una conducta de defensa instintiva siendo niño, que consistía en acercarme siempre con recelo a los mayores, incluso a los de mi grupo; era una manera de evitar el riesgo de ser devorado por ellos, por mis propios mayores cuando el hambre no les daba otra alternativa.

Hubo una larga etapa de tanta escasez, en que para evitar que los ciento veinte habitantes de mi caverna murieran de hambre, se conjuraron los cinco ancianos del grupo y una noche salieron todos ellos de la caverna para morir congelados y ofrecerse en comida a los demás. Al siguiente día comíamos todos su carne en silencio y con pesar, pero nos salvamos. Yo era entonces en el grupo una hembra joven, y tuve que matar, con gran pesar y con mis propias manos, a tres de mis hijos después de nacer para que el grupo sobreviviese, y para evitar que hubiera más bocas pidiendo algo que comer.

Fueron épocas muy duras, en las que sobrevivir era un milagro cada día, y el número de individuos de nuestra especie no hacía más que disminuir.

En las zonas en que el clima era más severo y el hielo más persistente, acabaron por sucumbir todos los individuos de mi especie; tal ocurrió en Europa, donde durante siglos, después de la desaparición de los humanos, no hubo otras grandes bestias que aquellas que podían alimentarse, directa o indirectamente, de los productos del mar, tales como focas y osos. Lo supimos cuando desde África volvimos a internarnos en el norte del Mediterráneo, una vez que las extremas condiciones climáticas desaparecieron al menos del sur de Europa.

En estas etapas tan difíciles, mi grupo y Yo pudimos ir vivien-

do en el África central y oriental. Allí nos encomendábamos y ofrecíamos sacrificios a los dioses, pidiendo enfebradamente su ayuda, sobre todo a los dioses Sol, Fuego, Madre Tierra, Trueno y Rayo.

Y así conseguimos sobrevivir, abandonando los lugares donde los hielos continuaban siendo persistentes, tan pronto teníamos noticias de que había otros territorios de clima más benigno (33).

Por mi parte, Yo probaba a cambiar de zonas, después de cada ciclo vital; pero llegué a la conclusión de que, más o menos, las cosas estaban muy difíciles en todas partes. Por eso durante las etapas glaciares Yo permanecía en el mismo grupo, encarnándome una y otra vez, hasta que el clima mejoraba. Era entonces cuando Yo me permitía el cambiar de zonas geográficas y de grupos humanos, porque en esas condiciones era más probable el sobrevivir a pesar de tener una mala adaptación sobre todo en las primeras experiencias en un grupo o hábitat nuevo para mí.

Afortunadamente después de cada una de estas etapas glaciares, llegaban las de clima templado y abundantes lluvias. Entonces no hacíamos más que holgar y reproducirnos. Algunas de nuestras hembras podían tener hasta diez o doce partos en su vida, y con suerte la mitad de los hijos llegaban a su edad fértil.

De estos tiempo de clima tan dulce tengo hermosos recuerdos.

Los más jóvenes, machos y hembras jugábamos, juntos en las praderas, y conocíamos desde pequeños nuestras semejanzas y nuestras diferencias. Cuando la hembra joven sentía el primer calor en su vientre buscaba el acoplamiento con los machos jóvenes del grupo, formando parte del juego. Cuando era madre (Yo lo fui en muchas ocasiones y aun me enternezco con el recuerdo de aquella criatura buscando mi pecho cálido y alimentándose de él), pasaba a formar parte de las hembras adultas que tenían como principal ocupación recolectar frutos del campo y alimentar y mantener el fuego.

---

(33).- El hombre de Cro-Magnon aparece en el macizo central francés, en múltiples refugios de la Garganta del Infierno, que forma el río Vézère hace 30.000 ó 40.000 años, sin aparente continuidad con los antiguos habitantes neanderthales, que también ocuparon esos refugios. La teoría sobre la ubicación del Paraíso Terrenal en Oriente Medio, de donde llegaron los hombres a Europa, refuerza la idea de que en el último período glacial las condiciones en la Europa interior fueron tan duras que provocaron la desaparición de los hombres de Neanderthal en grandes extensiones del continente europeo. Hasta podría ser que todos los neanderthales hubiesen desaparecido de la totalidad del planeta como consecuencia de la dureza del último período glacial, y sus hábitos alimenticios, ya que los grandes herbívoros, como los renos, eran su principal fuente de proteínas a la que tenían que seguir en sus migraciones. Al faltar los pastos escasearon los herbívoros y los neanderthales desaparecieron. Los cromañones en cambio se nutrían de conejos, carpas y pájaros, menos dependientes del clima que los herbívoros (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 8, 127).

La recolección era una ocupación vital para el grupo y de importancia creciente, pues si al comienzo de mi historia como mamífero la alimentación estaba constituida casi exclusivamente por insectos, más adelante introduje los vegetales, y en muchas etapas de esta época el alimento vegetal llegó a representar hasta el 70 u 80% del total de mi dieta (34).

En cuanto a mantener el fuego, lo primero que aprendimos fue a alimentarlo. Lo capturábamos del bosque o del volcán cuando aparecía en estos lugares y lo alimentábamos día y noche con vegetales, vivos o muertos, para que no muriera. Muchos siglos más tarde, cuando aprendimos a crearlo, ya no necesitábamos mantenerlo siempre vivo y las hembras adultas nos libramos parcialmente de una tarea muy esclava.

También Yo fui niño, y me miraba, desde que dejé de mamar, en el espejo de los machos adultos de mi grupo, que no hacían más que cazar y discutir por la posesión de las principales muestras de poder, el dominio sobre el resto del grupo, principalmente las hembras del mismo y la dirección de las operaciones de caza.

No reconocía a mi padre; de hecho no sabía que mi existencia tuviera algo que ver con alguna intervención de algún macho.

Jugaba con otros de mi edad y competíamos lanzando piedras y palos, como lanzas, con sus puntas endurecidas al fuego. Dos factores eran valorados en aquellos juegos: la distancia a que éramos capaces de llegar y la puntería a unos blancos elegidos al azar.

Las hembras estaban menos capacitadas que nosotros para competir y permanecían más pasivas. Nosotros, los machos jóvenes, competíamos buscando también con ello el despertar la admiración de las hembras mejor dotadas. Llegado el momento en que alguna de aquellas hembras mejor dotadas mostraban, con su timidez, el sentir su vientre cálido, competíamos por ella y, si era necesario, nos la disputábamos sin excluir la lucha física hasta que uno de los competidores desistía de acercarse a ella; era algo similar a lo que veíamos que hacían también los machos, dominantes o no, del grupo.

Como macho adulto, Yo puedo recordar con gran nitidez algunas escenas, que de alguna manera quedaron marcadas en mi memoria con rotundidad por haber participado en ellas intensamente.

Me veo en cuclillas junto a la pared de la sala de las ceremonias, en el fondo de la caverna. Enfrente hay un palo clavado en el suelo que soporta una calavera; es mi padre y Yo soy el jefe de esta tribu gracias a él. Delante de él, a ambos lados, arden dos antor

---

(34).-A esta conclusión se llega estudiando el comportamiento de tribus actuales de cazadores-recolectores, no agricultores (tales como los Kung del desierto del Kalahari en Sudáfrica), que viven en condiciones parecidas a las de nuestros ancestros de hace doce a quince mil años en zonas semidesérticas.

chas que hacen con su luz que él se mueva y me hable.

Fue uno de los cazadores más diestros, y Yo me había incorporado al grupo de los adultos en la anterior primavera, después de mi iniciación. En la iniciación me había apadrinado él, y por eso sería mi padre, vivo y muerto, hasta el final de mis días.

Salimos de caza en la mitad de la estación cálida. Teníamos casi acorralada con el fuego a una pareja de osos de las cavernas. Por donde no estaba el fuego y tenían que salir les esperábamos con nuestras lanzas. El macho se lanzó hacia nosotros y de un gran salto desarmó a nuestro jefe; mi padre, que estaba a un lado se adelantó y le lanceó en el cuello, pero no pudo evitar el zarpazo de sus patas delanteras sobre su pecho. Los demás acabamos con el oso herido, pero mi padre tenía el pecho abierto y murió a los pies del oso y junto a su jefe a quien salvó la vida. Yo estaba abatido.

Despedazaron el oso mientras Yo y mis tres mejores amigos, incorporados como Yo a los adultos en primavera, nos apartamos del grupo para buscar flores para mi padre. Volvimos con una buena cantidad de malvas y jacintos, con los que cubrimos su cuerpo, al que ya le habían arrancado la cabeza para llevarla al hogar.

Después colocamos sobre las flores grandes piedras para evitar que otras bestias descuartizaran lo que quedaba de mi padre.

Cuando llegamos al hogar lloró todo el mundo. Comimos la carne del oso y bailamos alrededor de la cabeza de mi padre. Yo dormí aquella noche sobre la piel del oso y junto a la cabeza ensangrentada de mi padre.

A la mañana siguiente nos sentamos los machos adultos alrededor del fuego. Yo tenía a un lado al jefe, aun lloroso, y al otro coloqué sobre una piedra plana la cabeza de mi padre. A propuesta del jefe todos decidieron que Yo comería el seso de mi padre para que no se perdiera su valor. Así lo hice, y después el jefe de la tribu, me mostró sumisión y me rogó que aceptase la decisión que acababa de tomar y comunicaba ahora a todos, y que no era otra que renunciar a su autoridad en favor mío; indicó a todos los adultos que Yo era ya el jefe, después de haber comido el seso de mi padre.

De esto hace ya ocho primaveras, y aquí estoy Yo, querido y respetado como jefe de mi tribu, pidiendo valor y astucia antes de cada expedición; y ahí está él frente a mí, escuchándome y prometiéndome protección.

Entre su cabeza y mi cuerpo, apoyado en la pared de la sala, hay cinco sepulturas que pertenecen a los cinco jefes de la tribu que han muerto desde que habitamos esta caverna. Cuando yo muera también me enterrarán junto a ellos, con mi lanza y con el cráneo de mi padre si Yo lo deseo.

Por fin, los tiempos de hielos casi permanentes se fueron un día y no volvieron más, al menos en una buena parte de la Tierra.

Gracias a las incesantes súplicas que dirigimos sobre todo al Sol, todo este suplicio se acabó hace ya más de sesenta mil años, al menos para partes importantes del planeta; aunque no en todas partes se retiró el hielo al mismo tiempo (ver 31). Tuvo mucha importancia la intensidad con que cada uno de los distintos grupos veneraban al Sol, porque Él estuvo detrás de la desaparición de ese flagelo para cada uno de los pueblos que habitaban la Tierra.

Los largos siglos de encierro en refugios naturales para soportar las duras condiciones ambientales, nos sirvieron para madurar en nuestro progreso en múltiples aspectos:

Nuestra estatura aumentó paralelamente al volumen de nuestro cerebro.

Desarrollamos un lenguaje verbal en muchas horas de convivencia junto al fuego.

Nos dotamos de un montón de armas y utensilios de piedra, hueso, marfil, asta y madera.

Cuando Yo tuve la percepción de que los malos tiempos se acababan me propuse como idea fija el buscar el refugio nocturno del Sol. Para ello empecé a seguirlo; pero siempre se me escapaba , y llegué a la conclusión de que si lo buscaba cada mañana por allá donde él se levantaba, acabaría por encontrar su madriguera. Estas deducciones las hacía Yo cada vez que había de elegir mi futura experiencia vital. Naturalmente durante el transcurso de ésta Yo no era consciente de mi destino, como ahora tampoco lo soy.

Fue así como hace unos cincuenta mil años emprendí un rumbo siempre hacia Oriente, de vida en vida, desplazándome desde el Mediterráneo oriental, por el Asia Menor al Irán y la India .

Y siempre buscando el Sol de la mañana pude llegar al Mar de la China Meridional, bordeando por el sur la cordillera camboyana.

Durante generaciones tuvimos que vivir en las costas buscando nuestros recursos más en el mar que en la tierra. Una selva espesa y llena de toda clase de fieras nos hacía difícil el penetrarla.

Allí aprendí por primera vez las artes de la navegación. Aprendimos a buscarnos el alimento en el mar, utilizando unas balsas de cañas de bambú atadas con juntos y lianas vegetales. Más adelante utilizamos también pequeñas piraguas o chalupas de cañas de bambú, cosidas con plantas fibrosas

Inicialmente pescábamos con pequeñas lanzas desde las balsas, pero aprendimos a construir útiles más apropiados como la lanza arponada.

Con unos conocimientos del mar rudimentarios, Yo me encontraba en el sur de Malasia, desde donde partían continuamente expediciones en dirección sureste, para habitar los muchos y fértiles archipiélagos

que había en aquella dirección, según iban anunciando los que volvían de expediciones anteriores o sus descendientes.

Yo tuve mis dudas sobre el rumbo a seguir, porque hacia el norte aun quedaban grandes zonas con hielos, donde la alimentación y el desplazamiento eran muy difíciles; pero el mar también tenía sus riesgos, y después de haber muerto ahogado seis u ocho veces siendo sólo un niño, decidí que por entonces mi camino de progreso se encontraba hacia el norte.

Estas deliberaciones y esa decisión hube de tomarla hace cerca de treinta y cinco mil años viviendo por entonces en la región de Sunda, de la que por entonces formaban parte las actuales Java, Sumatra, Borneo y Filipinas, unidas todas ellas al continente de donde Yo procedía.

Cuando fue posible porque el hielo lo permitía, me fui desplazando hacia el norte por la zona costera del Asia oriental, a la que también estaba unido el actual archipiélago japonés.

Siempre hacia el Norte y al Oriente íbamos siguiendo la caza de la que dependíamos.

Ya muy al Norte, desapareció todo resto de paisaje arbolado, y pasábamos decenios detrás de manadas de mamuts, bisontes, caballos y caribús que barrían la amplia tundra buscando su alimento. Así llegamos a una extensa zona donde ya era terriblemente difícil seguir hacia el norte, también para aquellas bestias, y continuamos hacia Oriente, siempre en grupos familiares de 30 a 50 individuos, por unas planicies llenas de pequeños lagos en los que podíamos pescar como si del mar abierto se tratase.

En una parte del año era casi siempre de día y el Sol no nos abandonaba. Entonces las praderas se cubrían de verde florido y multitud de aves venían de todas partes a anidar allí. En estos periodos nuestra alimentación era casi exclusivamente a base de huevos y carne fresca, acompañada por algunos tipos de plantas tiernas cuyo agradable sabor y buen proceder sobre nuestros cuerpos ya conocíamos.

Inexplicablemente para nosotros, encontrábamos entre la hierba del campo, incluso en las partes altas de las colinas, gran cantidad de caparazones de mariscos y conchas de almejas y mejillones, que a mí me tenían totalmente desorientado, porque la presencia de estos restos la asimilaba Yo a la presencia también del mar, y en aquella tundra no aparecía el mar por ningún sitio.

*Qué gran tesón el de aquel periodo de mi vida, en pos de una meta, que trascendía a la escasa temporalidad de una vida.*

*Cuántas dificultades y cuántas vidas sacrificadas por una idea más potente que el mismo instinto de conservación.*

*Si algún ejemplo apropiado y del mismo orden puedo encontrar entre otras especies animales, ése es el que dan las hormigas y los demás insectos sociales, a cuya conducta rindo mi veneración.*



## HORMIGAS

Van las hormigas  
por la estrecha vereda  
con su fatiga;  
acumulando el trigo  
van las hormigas.  
Las hormigas se mueren  
en su faena;  
las hormigas se mueren  
y el trigo queda.

Van las hormigas  
por su sendero;  
tira que tira  
hacia el granero  
van las hormigas.  
Y en el camino  
no se preguntan  
quién sembró el trigo  
que tanto buscan.

Sufre la hormiga  
en su andadura;  
sopla la brisa  
por la llanura.  
Y en las alas del viento  
la hormiga vuela;  
vuelan las hormigas  
y el trigo queda.

Aceptan las hormigas  
su extraño sino  
desconociendo el dueño  
de su destino.  
¡ Cuántas hormigas  
de nuestra especie  
también viven y mueren  
sin conocerle !.

## IX

**ESTÁBAMOS EN BERINGIA**  
**(hace 25.000 a.)**

**Estábamos en Beringia;** hoy lo comprendo perfectamente (35).

Cada verano, al final de la etapa luminosa empezaban a ser más cortos los días y nosotros sabíamos que nos esperaba un duro y oscuro invierno para el que nos preparábamos con todo tipo de provisiones, desde leña para nuestros hogares, a base de estiércol que recogíamos por las praderas, hasta multitud de huevos y carne de aves y bestias.

También las aves sabían que los días de sol se acabarían y emprendían la huida. Lo que en esta tierra nos asombraba era que, como si estuvieran locas, unas marchaban hacia Levante y otras hacia Poniente, y eso no concordaba con lo que nosotros habíamos aprendido durante milenios sobre el comportamiento de las aves (36). Las bestias, de las que fundamentalmente vivíamos, seguían hacia Levante y nosotros detrás de ellas.

En el período más duro del invierno casi desaparecía la caza y muchos de nosotros también si no teníamos las suficientes reservas de carne.

Hacia el final del invierno volvían los caribús en grandes manadas y nosotros salíamos a su encuentro disfrazados de caribú, con su piel y sus cuernos, y nos aproximábamos a ellos siempre contra el viento para que no nos detectaran por el olor. Cuando estaban a nuestro alcance nos lanzábamos sobre ellos, y siempre lográbamos acabar con algunos de los menos ágiles para escapar.

Bien recuerdo que una primavera fue especialmente lujuriosa, y el verano que le siguió hasta algo seco. La tundra pantanosa había que

---

(35).- Hace de 20.000 a 28.000 años, Siberia y Alaska estuvieron unidas por un puente de tierra de unos 1.500 Km. de ancho, creado al descender cerca de 90 metros el nivel del mar, por la gran acumulación de agua en los glaciares. En aquellas tierras quedaron restos de su anterior situación como fondo marino. (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, tomo 11, 13-16. Ediciones folio, 1994).

(36).- Las aves migratorias, al final de su etapa reproductora, y antes de la llegada del invierno buscan climas más cálidos hacia el sur. Desde Beringia algunas aves buscan ese clima en Asia y algunas otras en América. El por qué lo saben ellas.

dado a nuestras espaldas, y hacia el sur se extendía un territorio que tenía de particular el que su costa y su mar quedaban a Poniente de la tierra, como Yo no había visto en los últimos tres mil años.

(Esta reflexión tuve ocasión de hacérmela después de mi primera muerte en aquel territorio, y preparándome para mi siguiente ciclo, para el que decidí poner rumbo hacia el sur, siguiendo aquella costa en cuyo mar se sumergía el sol, inexplicablemente, cada tarde).

Como ahora he sabido, de esto hace unos veinticinco mil años, y Yo estaba en el Continente Americano, al que llegué sin saberlo, siguiendo a los animales de los que dependía mi existencia.

Por la costa occidental americana, los hielos llegaban aun hasta el nivel del mar y no nos permitían avanzar hacia el sur siguiendo la costa. Sin embargo en el interior de aquel territorio había un amplio valle entre montañas que disfrutaba de un clima algo benigno; por él dirigieron sus pasos los mamuts, caribús y caballos que nos precedían, y por él fuimos nosotros detrás de ellos (37).

Por estos parajes, y siguiendo un corredor por valles templados entre montañas permanentemente heladas, en unas veinte generaciones desplazándome hacia el sur pude llegar a los valles y llanuras mexicanas.

Allí permanecí unos tres mil años que fueron de los más serenos y sin sobresaltos de mi reciente historia. Los frutos del campo, la caza y la pesca eran muy abundantes. Actuábamos en bandas para abatir a las grandes presas como los mastodontes, caballos, camellos, bisontes y tapires, usando lanzas arrojadizas, con puntas de hueso o piedra, talladas en distintas formas: lisas, acanaladas, lanceoladas, etc.

Pero tampoco necesitábamos depender de esas grandes bestias para sobrevivir. La tierra era rica, el clima benigno y, durante milenios, los grandes animales habían vivido sin la presencia de su principal enemigo, el hombre.

Cuando Yo llegué a México con mi grupo, sólo unas decenas de grupos familiares habían venido antes que nosotros y llevaban por estas tierras entre mil y dos mil años. A varias de aquellas tribus tuve ocasión de conocer porque vivían en las fronteras de nuestros territorios, y ellos individuos sabían muy poco de sus antepasados, aunque entre lo que podían recordar estaba el hecho de que habían llegado del norte como nosotros.

Aprendimos a vivir en armonía con la naturaleza y con nosotros mismos: Aquellos animales sabían que su vida estaba orientada a mantener al hombre, y nosotros les honrábamos y frecuentemente nos

---

(37).-En la época a que se refiere el pasaje, el camino más probable fue el escabroso curso del río Yukon, que lleva al valle del Mackenzie, y siguiendo éste, a través de la región de los lagos, desembocar en las Grandes Llanuras, al este de las Montañas Rocosas.

dirigíamos a ellos para rogarles que siguieran ayudándonos a vivir en su compañía. Algunos de ellos, como los salmones venían periódicamente a nuestro encuentro y se sacrificaban voluntariamente para que no nos faltara el alimento. Nosotros aceptábamos con agrado su entrega y antes de comerlos los obsequiábamos con hermosas palabras de agradecimiento (38). Después de comer su carne devolvíamos a las aguas sus huesos para que volvieran a regenerar su cuerpo y su espíritu inmortal tuviera un soporte donde vivir.

En los primeros tiempos la caza era muy fácil porque las bestias no nos reconocían como enemigos, y podíamos acercarnos a ellas y matarlas cuando teníamos necesidad de su carne. No acostumbábamos a matar más que para abastecernos, y aun así Yo lo hacía siempre con pesar, viendo la amistosa disposición de aquellas bestias hacia nosotros, que al fin y al cabo éramos unos intrusos en sus territorios.

En poco tiempo aprendieron a temernos y no se dejaban matar tan fácilmente. Huían tan pronto nos divisaban, y con el tiempo, algunas de ellas se convirtieron en temibles enemigos para nosotros, y éramos nosotros los que debíamos huir si queríamos conservar la vida.

Aquí encontramos también enemigos y presas que Yo no había encontrado nunca en mi larga existencia; entre los primeros estaban el puma, el jaguar y el coyote, y entre las segundas el perro de las praderas, el mastodonte, la llama y el tapir.

Los pastos eran tan ricos que en aquellas praderas algunas bestias vivían en manadas de miles de individuos. Nosotros organizábamos la caza con el menor riesgo posible.

Rodeábamos la manada dejándole una única salida por donde había un barranco de dos o tres metros de profundidad. Con grandes voces les asustábamos y se precipitaban en tropel sobre el barranco; algunos tropezaban y caían y sobre ellos se precipitaba un montón de piezas caídas y pisoteadas por los que huían.

Cuando desaparecía la manada nosotros sólo teníamos que acudir al barranco a rematar los animales malheridos que no eran capaces de levantarse.

Con tal abundancia de provisiones no estábamos obligados a desplazarnos continuamente para buscarnos el sustento, por lo que vivíamos temporalmente en pequeñas aldeas, cerca de los lagos y ríos donde también acudían grandes presas en busca del agua; formábamos núcleos tribales con un caudillo, que con frecuencia era también el jefe

---

(38).-Los indios tlingit todavía en el siglo XIX creían que los salmones, cuando iniciaban el viaje para el desove, se estaban sacrificando en beneficio del hombre, y les agasajaban con discursos de alabanza y agradecimiento. (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 11, 82).

religioso de la tribu.

Los hombres nos dedicábamos a la caza y las mujeres a la recolección y a la cría de los hijos. Como recolectora, en muchas de mis experiencias como mujer, conocí algunos productos que eran nuevos totalmente para mí, quizás el más interesante de todos el maíz, que era la base de nuestra dieta de vegetales y abundaba en las amplias llanuras no lejos de nuestras pequeñas aldeas, por lo que podíamos alimentarnos con la caza y los vegetales que nos circundaban.

La caza de grandes bestias empezaba a ser cada vez más escasa, y algunas de ellas, que no aprendieron o no quisieron defenderse de nosotros, acabaron desapareciendo de aquellas tierras; así ocurrió con el mamut, el mastodonte, el camello y el caballo. Cuando empezaron a escasear estas bestias nosotros aumentamos nuestra actividad de caza menor y disfrutábamos de la abundante pesca en los ríos y lagos, donde además había multitud de aves, cuyos huevos y crías también eran parte importante de nuestra dieta, junto con los frutos del campo.

En estas labores tenían una importancia creciente las mujeres, que con el tiempo pasaron a ser las que ordenaban toda la actividad de nuestros grupos, y las que tomaban la iniciativa en nuestros desplazamientos. Acabaron siendo las auténticas organizadoras del conjunto de la vida de nuestros grupos familiares. Yo tuve la fortuna de ser varias veces el marido de mujeres jefes de un clan, y siempre me consideré apreciado y bien considerado por ellas. Y como mujer también ocupé unas cuantas veces el lugar de matriarca en algunas de aquellas tribus; y tengo que confesar que jamás, en toda mi existencia como hembra humana, me he sentido tan querida y valorada como en aquellas circunstancias.

Y en mi larga experiencia he encontrado más capacidad para el liderazgo en aquellas mujeres, y en mí cuando era una de ellas, que en muchos de los hombres jefes de tribu, que antes y después de aquella época Yo he conocido y aun encarnado.

También las restantes mujeres del grupo familiar, lugar que Yo ocupé muchas veces en aquella época, éramos muy estimadas porque éramos nosotras las transmisoras del linaje de nuestra familia, y los hombres tenían que venir a vivir a la casa de nuestras madres cuando debían tomar como pareja a una de nosotras.

Periódicamente abandonábamos las aldeas y emigrábamos en busca de territorios donde la caza o el suelo fuesen más ricos e hicieran más fácil la existencia.

Dentro de cada grupo familiar había como una decisión unánime de avanzar siempre hacia el sur detrás del ganado. El clima era cada vez más dulce y las tierras más ricas en bestias de todo tipo y en plantas con frutos exquisitos.

Pero Yo decidí volver hacia el norte en sucesivos ciclos y luego al suroeste, con el propósito de conocer mejor cómo era el mundo de

los archipiélagos y de los pueblos marineros, que había formado una pequeña parte de mi pasado, especialmente en mi transcurrir por las costas asiáticas, buscando el Levante y el Sol de la mañana.

Esta vuelta no era nada fácil porque la corriente humana avanzaba en dirección contraria como Yo había hecho unos tres mil años antes. Para conseguir mi objetivo lo que tuve que hacer fue ir dando saltos en mis sucesivas experiencias vitales. Nacía dentro de un grupo familiar que viajaba hacia el Sur o Levante y durante mi vida avanzaba digamos que doscientos kilómetros y acababan mis días; entonces buscaba iniciar un nuevo ciclo quinientos o mil kilómetros hacia el Norte o a Poniente, sabiendo que retrocedería unos cientos de kilómetros en la nueva vida. Tampoco podía dar grandes saltos porque las pautas de conducta del código genético diferían bastante de los ciclos anteriores y me encontraba con pocas posibilidades de tener una vida medianamente feliz, por falta de capacidad de adaptación. Esto era así, aunque Yo entonces no lo comprendía en absoluto, ni en mis análisis en los períodos entre vidas, que en adelante llamaré bardos (ver 23), ni tampoco en mi ciclo vital, en que todos estos conocimientos debían estar en las capas profundas de mi cerebro y totalmente inalcanzables para mi conciencia, según ahora he sabido.

Con este procedimiento, dando dos o tres pasos hacia el Noroeste, durante el bardo, y uno hacia Sureste, en un grupo familiar, llegué a encontrarme de nuevo en Beringia, unos dos mil años después de iniciar mi retorno hacia Asia, desde las llanuras mexicanas.

Desde mi anterior paso por estas tierras Yo andaba muy obsesionado por averiguar por qué el Sol era tan caprichoso que en aquellas nuevas tierras, desde que pusimos rumbo sur, se acostaba siempre en el mar, mientras que en toda el Asia que Yo conocía se acostaba en las montañas o llanuras del continente. En mis sucesivos bardos me preguntaba una y otra vez la causa de esa diferente costumbre del Sol, pero no podía encontrar una respuesta. Y me proponía el observar cualquier detalle importante en el siguiente ciclo vital. De esta forma fue como observé con gran asombro que estando en Beringia el Sol dormía en la playa, lo que era nuevo para mí. Durante cerca de doscientos años le vi día tras día que se levantaba por un extremo de la costa, la recorría de punta a punta y, cansado, se acostaba en el otro extremo.

Mi proyecto vital en aquella etapa consistía en marchar hacia Poniente, como ya he indicado, por lo que Yo, con los míos o en mi bardo, seguía también una ruta paralela a la costa.

En determinado momento empezó a desviar el Sol su rumbo hasta que acabó levantándose por el mar y durmiendo en el continente, como Yo, en mi barbo, recordaba que había ocurrido unos miles de años atrás. Entonces saqué la consecuencia correcta: era el momento de cambiar también de rumbo y seguir la costa en dirección sur.

En unas decenas de ciclos vitales y algo más de tres mil años me situé de nuevo en el extremo suroriental del continente (39), con un clima absolutamente tórrido y húmedo. Allí no había primaveras ni inviernos y el día y la noche eran invariables durante años y años; pero lo que no faltaban eran feroces enemigos a nuestro grupo, desde el temible tigre que nos perseguía día y noche, siempre al acecho, y nos impedía separarnos del mar bajo pena de acabar entre sus garras, hasta el no menos temible mosquito, del que había miles para martirizar a cada uno de nosotros. Para hacer nuestra vida medianamente soportable no teníamos más salida que echarnos en los brazos del mar.

Desde este lugar, durante milenios los hombres se arrojaron al mar para buscar una mejor vida. La mayor parte de ellos sirvieron para alimentar a las fieras marinas; pero con el tiempo fueron mejorando los medios con los que se enfrentaban a los riesgos de los vientos y las olas y algunos o sus descendientes tuvieron la suerte de regresar y contar que en dirección sureste había en medio del mar unas tierras paradisíacas, donde no había que sufrir el acoso tan terrible de las fieras y los mosquitos.

En mi paso por esta zona del planeta diez o doce mil años antes, Yo no había llegado hasta aquí, sino que atravesamos la tierra por la cordillera camboyana, hacia el Mar de la China. Sin embargo sí que pudimos oír de otros grupos que conocían la circunstancia, el que hacia el sureste había tierras esplendorosas dentro del mar, y fue entonces cuando Yo, en mi bardo, me propuse vivir esa experiencia y emprender algún día la aventura existencial del mar. Y ahora llegaba el momento que Yo había deseado desde que abandoné la feliz existencia en el continente americano.

De tiempo en tiempo se hacía a la mar una expedición de tres o cuatro chalupas con todo un grupo familiar. El objetivo era alcanzar la primera isla en dirección sureste, antes de perecer.

Tuve la oportunidad de sobrevivir durante días enteros a bordo de frágiles chalupas de gruesas cañas de bambú sujetas con fibras vegetales; sin otros medios de subsistencia que el agua de lluvia que recogíamos en pieles tendidas sobre el suelo de la chalupa y la pesca que conseguíamos con pequeñas lanzas arponadas.

También tuve la desgracia de naufragar unos cientos de veces y acabar mi experiencia vital devorado por grandes cetáceos o con mis carnes desgarradas, fibra a fibra, por multitud de pequeños peces, que seguían mi cuerpo en descomposición durante días, hasta que no

---

(39).-Ese extremo sur del continente asiático estaba situado hace 18.000 años muy cerca de la isla de Timor, ya que Filipinas, Borneo, Sumatra, Java y el cordón de islas al oriente de Java, incluyendo Bali, estaban unidas al continente, como consecuencia de la glaciación y el descenso del nivel del mar.

quedaba de él más que su estructura ósea.

Llegué hasta el sureste de Australia, después de una travesía marítima de poco más de dos mil quinientos años, en múltiples escalas por los archipiélagos del Pacífico, bordeando siempre las islas en su contorno suroriental.

En algunos casos después de acabar una aventura vital en una isla, buscaba y encontraba la manera de continuar mi existencia en otra isla del archipiélago, por lo que puedo asegurar que este viaje hacia el corazón del Pacífico no lo hice totalmente navegando. Aproveché también mis períodos de bardo para hacer en ese estado pequeñas travesías, sobre todo entre islas relativamente cercanas y habitadas por individuos que no diferían mucho en sus costumbres y nivel de progreso.

Cuando llegué al continente australiano, que para mis conocimientos no era más que una isla más en el seno del mar, hice, de vida en vida, lo que ya estaba acostumbrado a repetir en cada nueva tierra: seguir su costa en dirección contraria a las agujas del reloj. (Es un decir con lenguaje de hoy, ya que es claro que entonces no había relojes que girasen en ninguna dirección, y el único reloj era el biológico que llevábamos y seguimos llevando dentro cada uno de nosotros, y del que Yo no he tenido conocimiento hasta esta segunda parte de mi actual ciclo vital; y éste reloj no tiene agujas).

Así, en unos cientos de años, y descubriendo que esta tierra marítima era mucho mayor que las que había encontrado hasta entonces, llegué a las cercanías del actual lago Mungo (40).

En Australia encontré algunos animales que se diferenciaban bastante de los que ya había conocido Yo, en mi larga experiencia por el resto del planeta.

Aquel parecía ser un territorio que debía llevar millones de años aislado, y la evolución de los animales había seguido allí su propio camino. Allí aprendí a cazar el canguro sin otras armas que una lanza con propulsor y un boomerang (41).

Permanecí en aquel territorio, algo más de dos mil años, vagando de una parte a otra del mismo y sobreviviendo de los frutos de la caza y la pesca, así como de la recolección de los productos vegetales de la tierra.

---

(40).-Hasta 1968 se pensaba que los primeros pobladores de Australia, los antecesores de los modernos aborígenes, habrían llegado allí hace solamente 8.000 ó 10.000 años. Pero en esa fecha se encontraron en Nueva Gales del Sur, en la región del lago Mungo, esqueletos y útiles que se remontaban por lo menos a los 27.000 años de antigüedad. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 9, pág.41).

(41).-El propulsor de lanzas es un utensilio usado por los aborígenes australianos y los esquimales para aumentar el alcance de la lanza. Consiste en un palo terminado en un gancho donde se apoya la lanza y que actúa a modo de prolongación del brazo del lanzador. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 78, pág.164).



En aquella zona nadie tenía noticias sobre la existencia de otras tierras más orientales o más al sur, y aunque las hubiera no nos empujaba nada a internarnos en el mar. El clima era alternativamente templado y cálido. Había numerosa caza y pocos competidores; la pesca en la costa era abundante, la tierra era generosa en frutos y Yo podría haber continuado allí hasta el día de hoy, si mi espíritu inquieto no me hubiera empujado a buscar siempre algo nuevo con que enfrentarme.

No todos los entes vivos tenemos las mismas características, ni las mismas inquietudes respecto a nuestra existencia. Me consta que hay hombres y mujeres de hoy que han repetido sus ciclos vitales durante milenios en un área geográfica reducida (pienso que sus períodos de bardo deben ser muy aburridos, sin sentir la necesidad de emprender nuevos caminos en sus siguientes experiencias); pero Yo soy así y no puedo evitar el plantearme continuamente nuevos retos en mi existencia milenaria.

Por estas circunstancias me plateé en un bardo muy importante para mi desarrollo futuro (en verdad todos los bardos lo eran), volver al Mediterráneo. Después de haber terminado varios ciclos consecutivos como cazador y recolector, hombre o mujer, y sin grandes incidencias ni experiencias que hicieran progresar de forma notoria mi personalidad, creí que sería interesante conocer cómo vivían los descendientes de aquellos que dejé a orillas del Mediterráneo, cerca de cuarenta mil años atrás, cuando Yo tomé la decisión de buscar el refugio nocturno del Sol, avanzando un poco hacia el Oriente cada mañana y en cada nueva vida.

Decidí volver, siempre un poco más al norte y al poniente, y mil quinientos años después me encontraba en la amplia desembocadura de los ríos Ganges y Brahmaputra, luchando con escasos medios entre sus inacabables ramales, por avanzar siempre un poco más detrás del Sol en su ocaso.

La vuelta fue bastante más segura que la ida, pues en los años transcurridos entre uno y otro periplo por los archipiélagos, el tamaño de los barcos había aumentado un poco y los hombres habíamos depurado, generación tras generación, nuestros conocimientos y habilidades para sobrevivir períodos más largos en el mar.

De hecho Yo podría haber vuelto en un solo día, tomando cuerpo en la India después de la muerte en Australia; pero eso tenía sus riesgos, y me habría costado acabar muchas vidas en la inmadurez, ya que las habilidades, inmunidades y otras características de cada pueblo se transmiten por la vías químicas de padres a hijos, y no resulta nada fácil la aventura de tomar cuerpo en un grupo humano muy distinto del tuyo.

Es por esto que mis peregrinajes por el planeta se han hecho

empleando mucho tiempo en cada uno de ellos. Y por otra parte, ¿por qué debo tener prisa si desconozco cual es mi meta?.

*Es ésta una pregunta que me he formulado muchas veces en los últimos diez años, atado a esta silla de ruedas y sin poder comunicarme con los demás, si no es con la ayuda de mi ordenador.*

*(Ahora he ganado un poco de libertad porque desde hace dos años tengo mi silla motorizada y un portátil que me permite también salir a un parque y escribir al aire libre mientras oigo el canto de los pájaros. Ya sé que esto no suele valorarse por el común de la gente; pero Yo no estoy en ese grupo).*

*Un día dejaré por escrito mis inquietudes acerca de esa desconocida meta, hacia donde camino; por el momento sólo quiero hacerme la siguiente reflexión:*

### HILVANADOS AL TIEMPO

Estamos enclavados en la noche,  
hilvanados al tiempo,  
sin poder escapar hacia el futuro  
ni arrancarnos el fardo de la historia,  
esclavos del momento que nos llena,  
presintiendo su ausencia  
inminente y certera.

Y la noche del olvido se nos lleva  
como viento implacable,  
después de nuestro último momento,  
oscuro y tenebroso,  
sin que una piadosa aurora nos alumbre.  
Y sólo el recuerdo nos redime  
de tan negro destino.

& & & & &

## X

**HACE ONCE MIL AÑOS**  
**(hace 11.000 a.)**

**Hace once mil años**, me encontraba en una hermosa y fértil llanura, cruzada por mil ríos; pero donde la vida era fácil solamente a la orilla de aquellos cauces de agua. Entrar en ellos era exponerse al riesgo cierto de morir degollado por terribles bestias acuáticas que no dejaban de observar cada uno de nuestros movimientos con sus ojos penetrantes.

Los cruzábamos cuando, después de ofrecerles en banquete dos o tres de los individuos de nuestro grupo, teníamos la intuición de que aquellas bestias estaban saciadas, y aun así sólo nos atrevíamos a subir a las barcas fuertemente armados y ahuyentando con nuestras lanzas a las feroces bestias para evitar que ni siquiera se aproximaran a nuestras frágiles canoas de caña de bambú.

Eran dioses a los que temíamos terriblemente y que sólo se aplacaban cuando habían recibido nuestra ofrenda. De nada servía que estuviesen saciados de aves acuáticas que eran abundantes y durante las noches caían en sus fauces como moscas (42).

Yo fui cruzando esta red de ríos en varias de mis vidas. En una ocasión tuve la desgracia de caer de un árbol y partirme un brazo, mientras recolectaba frutos con las mujeres de mi grupo. Llegó a soldar de nuevo; pero quedó en una posición que me resultaba casi inútil. Estaba a punto de ingresar en el grupo de los cazadores adultos; pero Yo sabía que en esas condiciones tenía pocas posibilidades en mi grupo, y más bien representaba una carga que una ayuda. Una mañana entraron cuatro adultos a mi choza de ramas, cuando aun dormía y me tomaron dos por los pies y dos por las manos. A la puerta esperaba el jefe religioso del grupo, el chamán, bailando una danza ritual. Siguiéndole a él en sus contorsiones rituales, y conmigo en volandas, llegaron hasta la orilla del río. El chamán terminó su danza mientras los hombres continuaban manteniéndome en el aire; tomó agua del río con su mano y mojó mi frente, y acto seguido aquellos cuatro individuos, tomando impulso, me lanzaron cuatro o cinco metros dentro del agua, justo donde esperaban mi caída dos

---

(42).- El cocodrilo palustre mide unos 5 metros de largo y es el más feroz de los cocodrilos y es considerado sagrado por algunas sectas de la India, y hasta finales del siglo XIX se le ofrecían víctimas humanas para aplacar su furor. (ENCICLOPEDIA SALVAT DE LAS CIENCIAS. Pamplona, 1969. 5, pág.173.)

feroces cocodrilos. Se suponía que Yo debía comprender que eso era necesario, y lo había visto hacer muchas veces; pero era la primera vez que me sucedía a mí y no lo comprendía. Mi último recuerdo de aquella experiencia terrorífica fue el verme en vuelo sobre el río, mientras allá abajo podía ver unas fauces abiertas que esperaban la ofrenda. Poco después estaba ya en el bardo y el corazón, que no estaba conmigo, aún me parecía que brincaba enloquecido; pero era sólo una apariencia.

Después de una experiencia tan dramática, permanecí en el bardo unas cuarenta primaveras estudiando cómo y dónde debería vivir mis próximos ciclos para aproximarme a la meta que entonces tenía decidido alcanzar.

Durante aquel período de bardo pasé del Golfo de Bengala al Mar Arábigo siguiendo las costas de Indostán. Después de volver a las Bocas del Ganges, seguí por el valle de este río buscando una ruta interior que me pareciera conveniente y que me pudiera llevar al mismo Mar Arábigo. Seguí el Ganges aguas arriba y después el Yamuna hasta que se volvía muy escabroso en las estribaciones del Himalaya. En aquel punto continué unos cientos de kilómetros al noroeste hasta que encontré el río Suttlej, tributario del Indo, que me llevó al deseado Mar Arábigo.

Volví a mi punto de partida, donde había tenido una muerte tan trágica, y con estos conocimientos de la ruta que podría seguir mi existencia en los siguientes siglos, decidí empezar mi próximo ciclo unos kilómetros aguas arriba, en el punto de unión de los ríos Ganges y Brahmaputra.

Durante los siguientes dos mil años realicé unos sesenta ciclos, la mayor parte de ellos muy incompletos; desplazándome siempre en la proximidad de los ríos, del Ganges al Indo como tenía previsto. Las enfermedades de todo tipo me agobiaban continuamente, y muchas de aquellas vidas acabaron en plena inmadurez.

Con mucha frecuencia el Ganges se salía de su cauce e inundaba las amplias llanuras donde nosotros vivíamos, provocando la muerte de miles de animales y de muchos de nosotros; entonces no teníamos otra defensa que el subir a los árboles, disputando aquellos refugios con las fieras, y esperar a que las aguas bajasen de nivel. Algunos de nosotros, faltos de fuerzas, después de días y noches en los árboles, caíamos al agua y allí terminaba nuestro suplicio.

Casi cada primavera tenía lugar un episodio de este tipo, que Yo no comprendía, y no teníamos otra explicación que el atribuirlo a la mala voluntad de los dioses, principalmente al padre Ganges.

Ahora creo que más se debería al rápido deshielo de las grandes masas de hielo que aun cubrían las montañas del Himalaya, al norte del valle del río.

Cualquiera fuese la causa, al menos cinco de mis vidas en aquel valle

del Ganges tuvieron ese desenlace.

Cuando pasé al valle del Indo, las inundaciones no eran tan frecuentes ni tan funestas para nosotros, que pensábamos que el padre Indo tenía con nosotros una gran benevolencia a consecuencia de nuestro buen comportamiento con sus hijas predilectas, las vacas.

En efecto, en este valle tuve el primer contacto con animales que convivían a nuestro lado sin molestarnos ni ser molestados por nosotros. Se trataba de las vacas, que para nosotros eran seres sagrados y tenerlos a nuestro lado era una garantía de que seríamos bien tratados por los dioses, especialmente por el padre Indo.

Al final de este período me encontraba en el Mar Arábigo, como Yo había decidido en aquel importante bardo, después de una horrible muerte en las aguas del Ganges.

En dos mil años más de migración hacia el Oeste, buena parte de ellos sin alejarme del mar, porque en él siempre encontraba algo con que poder sobrevivir, llegué a la desembocadura del río Tigris, en el fondo del Golfo Pérsico.

No lejos de allí, en las estribaciones de los Montes Zagros pudimos capturar un grupo de ovejas, que en poco tiempo se acostumbraron a vivir en nuestra compañía. Junto a nuestras chozas de abobe y ramas, levantamos unos pequeños muros que delimitaban el aprisco para que pasaran la noche a resguardo de los lobos que no cesaban de rondar por las colinas. De día las conducíamos hacia las praderas donde podían alimentarse, crecer y reproducirse con mayor rapidez y menos riesgos de ser atacadas por los lobos, que viviendo sin nuestra ayuda. Pronto aprendimos que éste era un buen método para tener siempre la carne disponible.

Y viendo la rapidez con que sus hijos crecían mamando la leche de sus tetas, nosotros también les imitamos, sacando la leche con nuestras propias manos en vasijas de barro, y encontramos que aquel líquido blanco, tibio y dulce llenaba de fuerzas nuestro cuerpo.

Desde entonces tuvimos siempre un rebaño de ovejas a nuestro lado, y Yo fui pastor en muchas de las vidas que tuve cuando llegué con mi ganado y mi grupo tribal a esta región de Sumeria, que así se llamaba la fantástica región que encontré hacia la desembocadura del río Tigris.

Allí tuve Yo la inmensa alegría de domesticar por primera vez dos nuevos animales, con la ayuda de mis ovejas.

Las cabras salvajes pastaban por las colinas no lejos de nuestra aldea, y con relativa facilidad se dejaban cazar; mucho más fácil era capturar a sus crías vivas recién nacidas, y separadas de sus madres e integradas a nuestro rebaño de ovejas se amamantaban con alguna de ellas que estuviese criando también; aquellos chotos eran aceptados de forma natural como hijos por las ovejas y ellos tam-

bién las adoptaban a ellas como madres.

Ellos mamaban con afán y las ovejas dejaban que lo hicieran, como también nos dejaban hacerlo a nosotros, que competíamos con sus hijos por la leche de sus ubres. Así fue como llegamos a tener rebaños mixtos de estos dos animales tan útiles, que nos proporcionaban carne y leche para nuestro sustento, piel y lana para nuestra vestimenta, y multitud de utensilios que podíamos fabricar con sus huesos y sus cuernos (43).

En una experiencia posterior, unos trescientos años después, Yo era un niño de sólo ocho años cuando los adultos salieron en primavera a cazar el jabalí. Fue un día de suerte y volvieron a la aldea con tres hermosos ejemplares y cuatro pequeñas crías vivas de unos pocos días de vida. En nuestro rebaño las ovejas estaban en su época de parto, y había varias que amamantaban también a sus crías. Nos regalaron aquellos jabatos a los niños para jugar con ellos hasta que murieran, como era tradicional que se hiciera. Pero tuvimos la buena idea de acercarles una vasija con la leche de nuestras ovejas y cabras, y parecía que a ellos les gustaba tanto como a nosotros. Aquellos jabalíes fueron la base de un rebaño de ellos que pudimos criar y multiplicar, y que en sucesivas generaciones se fueron diferenciando de los que continuaban salvajes, al llevar un régimen de vida distinto. Y así pudimos tener nuevos rebaños de cerdos, que ayudaron durante muchos siglos y hasta nuestros días a cubrir nuestras necesidades de carne.

Cuando tuvimos la suficiente experiencia con aquellos animales, supimos claramente la relación que había entre la monta por parte de los machos y el parto de las hembras. El color, tamaño, docilidad y otras características de los machos las tenían también las crías. Y sabiendo esto pudimos seleccionar los machos para obtener animales con características convenientes para nosotros. Con ello, en unos cientos de años, los animales domesticados empezaron a diferenciarse notablemente de los que no lo habían sido.

En muchas ocasiones recibí como regalo un pequeño cachorro de lobo al que Yo adopté para criar con leche de mis ovejas, y cuyo sentido gregario hizo que él me adoptara a mí como jefe, permaneciendo a mi lado como auxiliar en la caza y en el pastoreo hasta el final de

---

(43).-Oveja, perro, cabra y cerdo, fueron los cuatro primeros animales que domesticó el hombre, entre los años 8.500 y 7.000 a.C. Salvo el perro, que parece Fue domesticado en Norteamérica por primera vez, como cachorro de lobo capturado en una operación de caza, los otros tres lo fueron en esta zona geográfica y en el período mencionado. Parece que las ovejas actuales descienden del musmón asiático, parecido a la oveja, pero con menos lana. Las cabras, descienden del bezar, más grueso y pesado, y el cerdo descien de del jabalí (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, págs. 77 y 78).

sus días. Dejándome además una descendencia de perros domésticos, de inestimable valor como compañeros en el pastoreo, y como amigos.

Por aquellos años, generación tras generación, viví siempre como pastor y entre pastores.

La vida de pastor dejaba mucho tiempo libre para observar lo que pasaba a nuestro alrededor. Así pudimos ver que había un tipo de plantas que apreciaba especialmente nuestro ganado; eran aquellas que después de florecer producían unos granos de alto valor nutritivo para el ganado, y también para nosotros; además cuando estos granos caían al suelo regeneraban nuevas plantas, y estas nuevas plantas crecían mejor y daban mayor cantidad de granos cuando el invierno y la primavera eran lluviosos.

Aprendimos a mejorar el rendimiento de los cultivos, enterrando siempre las semillas mayores y más sanas de la última recolección.

Todas estas observaciones nos condujeron también a domesticar muchas de aquellas plantas y a criarlas en nuestro provecho y en el de nuestros ganados. De esta forma pudimos cultivar el trigo y la cebada que crecían en estas tierras de manera natural, y también las lentejas, los guisantes y las algarrobas. Cuando los años eran secos aprendimos a desviar el agua de los ríos para que no faltase a nuestros cultivos.

En algunas de mis vidas siguientes Yo dejé de ser pastor para dedicarme plenamente al cuidado de la tierra, ya que lo más normal entre nuestras familias era el algunos individuos se dedicasen al pastoreo y otros a la agricultura.

Con esta organización y estos progresos, Yo con los míos éramos capaces de producir bastante más de lo que necesitábamos para vivir, tanto de carne como de granos vegetales.

Cuando Yo llegué a esta privilegiada zona del planeta ya existían ciudades donde vivían muchas personas que no tenían necesidad de producir sus propios alimentos, porque el proceso que acabo de indicar que realizamos nosotros, ellos ya lo habían llevado a cabo unos cientos de años antes de que Yo llegase aquí al nacer en una familia de pastores que vivía justamente en las llanuras que separan los ríos Tigris y Éufrates cerca de su desembocadura en las aguas del Golfo Pérsico.

La primera vez que Yo visité una ciudad fue cuando entré en Lagash (hoy Al-Hiba), para cambiar granos de cereales por vasijas de cerámica, y sentí una gran admiración por aquellas gentes que sabían hacer otras cosas que no eran cazar, pescar, pastorear o cultivar la tierra, que era todo lo que Yo era capaz de hacer.

En el siguiente bardo me propuse el nacer en una familia de ceramistas en aquella ciudad, y así pude hacerlo sin necesidad de esperar mucho en el bardo, porque el buen nivel de vida de estas gentes les permitía el tener una prole abundante.

No fue muy afortunada mi primera experiencia urbana. El sexto de ocho hermanos, desde que pude moverme con algo en las manos empecé a trasladar cargas de un lado a otro; bloques de barro desde la balsa a las mesas de trabajo; piezas de cerámica de las mesas al sol y después al horno y desde éste al patio; y leña desde el campo al horno. Mi padre y mi hermano mayor eran los alfareros. Cuando murió mi padre se incorporó al oficio el hijo de mi hermano mayor. Los demás hombres de la familia estábamos allí como pura fuerza de carga a cambio de tener asegurados el alimento y el refugio donde dormir.

Cuando se presentó la ocasión, que eligió mi hermano porque mi padre ya había muerto, casé con la hija de otro alfarero y mudé de casa para vivir con los padres de mi esposa; pero aquello sólo fue un cambio de dueño, y pasé el resto de mis días ayudando a enriquecerse a mi nueva familia, a los que también dejé cinco hijos para que siguieran engrandeciendo con su trabajo el oficio de alfarero en aquella ciudad sumeria de Lagash (44).

Cuando de nuevo me encontré en el bardo, lo primero que hice fue reconocer mi error al elegir mi anterior ciclo vital, y decidir que por entonces las ciudades no estaban hechas para mí, como no fuese para visitarlas e intercambiar con sus artesanos los productos de mi trabajo en el campo.

La vida rural me proporcionaba mayores satisfacciones (Yo no sabía entonces que un día habría de abandonarla casi definitivamente); además de que el trabajo resultaba como un juego muy entretenido, teníamos siempre tiempo libre para danzas ceremoniales, ritos religiosos, apacibles charlas y otros pasatiempos.

Me reincorporé a mi vida rural y fui cambiando de ubicación en los siguientes ciclos, por las estribaciones de las montañas que forman la Media Luna Fértil, y desplazándome durante unos tres mil años por las llanuras que alimentan los ríos Tigris y Eúfrates, hasta el norte de la actual Siria. Estuve viviendo por el Valle del Jordán hasta el Mar Muerto, y en Egipto, donde pasé unos mil de los citados tres mil años. No es que tuviese una vida nómada, no; sino que fui cambiando de lugar, de vida en vida.

Desde que conocí las grandes ventajas de la vida sedentaria ya no he sino nómada, más que cuando me he visto obligado a ello, por las necesidades del pastoreo o porque nuestras tierras no eran fértiles como para permitirnos seguir viviendo de ellas.

También me he visto obligado a cambiar de lugar muchas veces como

---

(44).-Lagash fue una de las ciudades-estado de Mesopotamia - literalmente "tierra entre ríos" - situada en la proximidad del río Shatt al Gharrâf, que no es sino un enlace acuático entre Tigris y Eúfrates, que cruza la inmensa Mesopotamia, y en cuya ribera se alineaban las principales ciudades-estado del quinto milenio antes de Cristo. (ATLAS HISTÓRICO DEL MUNDO. John Haywood, pág. 23. Könemann Verlagsgesellschaft GmbH. Colonia, 2000).



consecuencia de la ambición humana, propia o ajena; pero ya habrá lugar de hablar de esto.

Cuando hablo de mi vida rural no quiero decir que viviese con mi familia en la soledad del campo. Solíamos vivir en pequeñas aldeas, donde dos o tres familias patriarcales, con un total de 100 a 150 personas; teníamos todo cuanto necesitábamos para vivir de un modo envidiable, casi como en un paraíso; un ejemplo de estas aldeas es Jarmo, en las primeras estribaciones de los Montes Zagros, al noroeste del actual Irak, donde Yo viví hasta cinco ciclos consecutivos cambiando de una familia a otra, tres como hombre y dos como mujer; quien sabe si habría continuado cinco mil ciclos más, si mi espíritu inquieto y aventurero no me lo hubiera impedido.

El trabajo de hombres y mujeres en aquellas aldeas era en parte común y en parte específico de unos u otras. Como hombre, Yo era responsable de llevar a cabo continuamente las faenas del campo. Las mujeres se incorporaban para ayudar cuando había que darse prisa para hacer determinada minada labor. Por ejemplo para la recolección de los granos, que llevábamos a cabo hombres y mujeres casi por igual. En los tiempos libres hacía pequeñas labores artesanales, elaborando algunos útiles para el trabajo agrícola o para el uso doméstico, e incluso algunas piezas suntuarias como anillos o collares de hueso.

Como mujer, Yo trabajé siempre como responsable del trabajo de la casa, principalmente de todo lo relativo a la elaboración y conservación de los alimentos, desde la carne a los granos, así como de la elaboración diaria de la comida para el día y de la preparación de la harina y del pan cuando era necesario, que no era cada día. Con los hombres de mi familia compartía, en la medida que unos y otros podíamos, el cuidado de los animales domésticos (45).

La fecundidad en los animales, la maternidad en la mujer y la fertilidad de la Madre Tierra eran ideas que provocaban nuestro asombro y nuestra adoración. Por eso adorábamos el falo del uro, que era el animal de mayor fuerza fálica que conocíamos (46).

---

(45).-El arqueólogo Robert J. Braidwood, de la Universidad de Chicago, en diez años de excavaciones (1948-1958), encontró multitud de restos de todo tipo; entre otros semillas de dos tipos de trigo y uno de cebada, que por su posición correspondían a los primeros cultivados, lo que indicaba que Jarmo estaba habitada en los inicios de la agricultura, hacia 7.000-10.000 a.C. (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 13, págs.15-31).

(46).-El uro, antepasado del buey doméstico, fue una bestia terrible de carácter fiero, largos cuernos y una altura superior a 1.80 m. Fue domesticado hacia 6.500 a.C. en el Próximo Oriente, probablemente en Grecia o Anatolia (Turquía). (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, págs.77 y 87).

La adoración y respeto que sentíamos por él llevó a que este animal perdiera todo temor hacia el hombre y acabó siendo un fiel compañero, cuyas hembras nos regalaban con su néctar cremoso.

Sospechábamos que su fuerza fálica podía provenir de sus grandes y colgantes testículos, por lo que los hombres, deseosos de aumentar su vigor, cortábamos esos testículos y los comíamos crudos en los ritos ceremoniales que dedicábamos a la fecundidad.

Bien seguro que no estábamos equivocados, porque aquellos uros que quedaban sin testículos perdían toda su fiereza y se tornaban en mansos animales con gran apego al hombre y que nosotros podíamos utilizar para montar y arrastrar troncos y piedras para nuestras casas, y ellos se prestaban con gusto, sabiendo la utilidad que tenía para nosotros su inmensa fuerza (47).

Por lo mismo venerábamos a las madres gestantes y celebrábamos cada año la llegada de la primavera; cuando la Gran Madre nos brindaba todos los frutos de su fertilidad, nosotros le ofrecíamos sacrificios al tiempo que bailábamos las danzas ceremoniales.

La maternidad era uno de los fenómenos por el que sentíamos un fervor sin límites. En nuestras casas teníamos estatuillas de madres con los atributos de la maternidad, los senos y la vulva, muy pronunciados. Tenían también grandes ojos, porque ellas eran las que vigilaban nuestra infancia para que fuera feliz y sin sobresaltos.

Eran bastantes los casos de niños que morían porque alguna desgracia se cebaba en ellos; entonces los enterrábamos acompañados de aquellas estatuillas con ojos muy abiertos para que les acompañasen en su nuevo destino y no tuvieran ya más desgracias.

En uno de mis ciclos en aquella época, era Yo un niño con once años que ayudaba a mi familia guardando el ganado cerca de la casa. Entre mis cabras había una que andaba siempre a mi lado; Yo veía que andaba a punto de ser madre y lo fue de dos hermosos chotos. Aquellos chotos eran como mis hermanos menores, y jugaban todo el día con su madre y conmigo; pero ellos mamaban continuamente y Yo tenía hambre.

Me habían enseñado que no debía tomar la leche directamente de las ubres de los animales sino de las vasijas de cerámica, pero Yo tenía hambre y en las colinas no había vasos de cerámica. Apartando a los chotos bebí la leche de las ubres de la cabra. Algún tiempo después me vinieron unas fiebres muy grandes que nadie podía quitarme. Yo sabía que era un castigo por no respetar a mis mayores, y sabía que iba a morir; no tardó mucho en visitarme la muerte, aunque fue aquella una muerte sin grandes sufrimientos; la intensa fiebre ayudó a sacar mi espíritu de aquel cuerpo, así de sencillo.

---

(47).-Los uros, ya extinguidos, fueron los antecesores de todas las razas de bóvidos que hoy existen. Han vivido hasta tiempos bien recientes, pues el último de que se tiene noticia fue matado en Polonia en 1627. (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, pág. 89).

Cuando me encontré en el bardo pude visitar y ver aquel pequeño cuerpo en su tumba; junto a él había una estatuilla maternal con grandes ojos, y contemplándola Yo encontré una gran paz (48), y decidí que en el siguiente ciclo Yo iba a ser mujer, para poder ser madre, aunque ya lo había sido antes en innumerables ocasiones; pero la vista de aquella estatuilla me llenó de ternura y no pude evitar el intenso deseo, como si hubiera de ser la primera vez.

Después de un corto bardo de sólo dos primaveras, en que recorrí toda el Asia Menor buscando donde iniciar una vida de mujer, elegí finalmente el nacer en Hacilar, una aldea situada sobre una colina, en la proximidad de los montes Tauro, al sur de Anatolia.

Vivía allí una pequeña comunidad formada inicialmente por dos hermanos con sus esposas y los hermanos de éstas; con sus hijos y los hijos de éstos.

Yo era la tercera hija de un hijo de uno de aquellos dos mayores de la aldea; por eso, a mis doce años aquel verano, formaba parte de los cuarenta y cinco individuos de la tercera generación viva en aquella aldea donde mi abuelo había muerto el invierno pasado. Además de mis tres hermanas, Yo tenía dos hermanos menores. Vivíamos en la primera planta de la casa de mi abuela. En la planta baja vivía mi abuela y mi tío, mayor que mi padre, con su familia, su mujer y seis hijos, que eran mis primos. Nuestra casa era muy confortable, con muros de arcilla y paja, y techo de madera cubierta de tierra impermeable. No llovía mucho, pero era importante que el agua no alcanzase a la madera del techo para evitar que se pudriera.

Junto a nuestra casa había otra de una sola planta donde vivía otro hermano de mi padre con su segunda mujer y siete hijos; su primera mujer murió en el parto del cuarto hijo, por lo que los otros tres ya eran hijos de la segunda.

Como nuestra casa habían tres más en la aldea, que albergaban a otras tres familias patriarcales como la mía. Aquel verano había en la aldea cinco personas vivas de la primera generación, veintisiete de la segunda y cuarenta y cinco de la tercera. De las setenta y siete personas eran cuarenta y dos mujeres y treinta y cinco hombres. No estaban incluidos los dos niños que nacieron después del verano, aunque aquel verano ya se veía que estaban allí.

En esta aldea tuve una infancia feliz, a la sombra de mi madre y de mi abuela, ayudándoles y aprendiendo todo de ellas.

En Hacilar teníamos un horno para cocer el pan y otro para cocer la cerámica.

---

(48).-Estatuillas de alabastro de mujeres gruesas, con ojos espectrales y datadas en 6.000 a.C. se han encontrado en Tell es-Sawwan (Irak), y otras con ojos grandes y saltones, esculpidas en piedra, de 3.000 a. C. se encontraron en las ciudades de Sumer, muchas de ellas en tumbas de niños, se supone que en sustitución de sus madres. (ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, pág. 100).

La aldea toda estaba guardada de las fieras por una pequeña muralla de metro y medio de alto, muralla franqueada por dos puertas, una al norte y otra al sur. En su interior había varios patios donde los niños jugábamos de día y el ganado se guardaba de noche. Cuando el último habitante había vuelto del campo se cerraban las dos puertas y todos podíamos dormir tranquilos (49).

Había una familia de ceramistas que eran los que mejor vivían porque tenían su casa llena de todo sin necesidad de cultivar ni criar, ya que venían de otras aldeas con cestos llenos de grano o con huevos y animales para cambiarlos por vasijas de cerámica.

Mi familia era de agricultores y pastores, y Yo aprendí desde pequeña a ordeñar ovejas y cabras, a moler trigo y cebada, a preparar la masa y cocer el pan, a secar higos y ciruelas en el terrado, y a jugar muchos días con los chicos y chicas de mi edad, y mayores, y menores.

Un día descubrí que mi vientre se estaba curvando y se lo dije a mi madre. Mis padres me dieron en matrimonio a uno de mis mejores amigos, y que no era primo mío; con él viví hasta que murió al ser mordido por una serpiente mientras segaba el trigo, dejándome de regalo siete hijos que me llenaron de nietos, que me llenaron de alegría.

Dejé aquel cuerpo de anciana feliz cuando ya servía para poca cosa. Y al retornar al bardo quise repetir una existencia parecida, y lo intenté por tres veces; pero ninguna de ellas tuvo la suerte que aquella anterior, y cambié de propósitos.

Dejé Anatolia y decidí desplazarme hacia Oriente por los Montes Tauros hasta una aldea donde, durante el bardo, pude conocer que fabricaban útiles con una piedra rojiza y brillante que no se rompía al ser golpeada con otra piedra, pero cambiaba de forma; no se rompía sino que se moldeaba.

La aldea era Çayönü, y allí tuve Yo el primer contacto con el cobre, y pude comprobar con asombro que aquel material podía cambiar de forma sin romper, y golpeándolo se podían hacer hachas y cuchillos, tan finos como nunca hubiéramos soñado hacer con piedras (50). Lástima que era un poco blando y se gastaba muy rápido su fino perfil y hasta se doblaba cuando lo usábamos para cortar y moldear algunos tipos de madera, como la encina, algo duros.

---

(49).-La primera cerámica conocida de Hacilar data de 5.750 a.C.y tuvo producción cerámica espectacularmente decorada durante más de quinientos años, hasta que un incendio destruyó la aldea.(ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, págs. 104-110).

(50).-Aunque se ha encontrado en una cueva de Irak una cuenta de cobre con una antigüedad de 9.500 a.C., los primeros útiles de metal son los encontrados en las excavaciones de Çayönü, donde también se ha hallado un suelo de terrazo de 9.000 años de antigüedad.(ARQUEOLOGÍA DE LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES, Op. cit., tomo 14, pág. 111).

Tuve la oportunidad de ser hijo de un artesano, y en mi edad adulta también artesano que aprendió a trabajar el cobre, moldeándolo a golpe de piedra. Como artesano fui una persona admirada por mis vecinos, la mayor parte de ellos agricultores y ganaderos que me pedían que les hiciese azadas, hoces y cuchillos de cobre, a cambio de los que Yo recibía carne y granos y pieles, en cantidades superiores a las que toda mi familia podía necesitar.

El grado de felicidad y satisfacción personal que allí alcancé, sólo lo he repetido en contadas ocasiones desde entonces.

Cada luna llena, durante dos noches, dejaba las puertas de mi casa abiertas, y colocaba junto a ellas mis reservas sobrantes para que las tomase cualquiera que las necesitara, que no eran muchos, ni en años de escasas lluvias porque nuestros cultivos estaban asegurados contra la escasez de agua, mediante un sistema de riego muy sencillo, pero muy eficaz.

Para el carpintero hice gubias, y alfileres para las mujeres, y collares para los hombres de la aldea. Y todo el mundo quería llevar colgado un trozo de la piedra roja y brillante, que no se rompía nunca y que cuando perdía su brillo bastaba frotarla suavemente para que lo recuperara.

Se decía y se creía que protegía de las desgracias, y cuando alguien moría se colocaba en su tumba cualquier objeto, vasija, adorno o figura de la piedra roja, para que no le ocurrieran otras desgracias después de la muerte.

El siguiente ciclo vital lo inicié en Çatal Hüyük, un poco más al norte, donde pude trabajar el cobre haciéndolo muy blando y más fácilmente moldeable con ayuda del fuego.

Çatal Hüyük, bien visto no era una simple aldea, sino toda una ciudad organizada con cerca de cinco mil habitantes cuando Yo nací allí, en el seno de una familia dedicada intensivamente a la metalurgia del cobre.

Había muchos artesanos que trabajaban la obsidiana y el hueso y comerciaban con ellos. La obsidiana, piedra negra y volcánica, era traída desde Acigöl, a más de 150 Km de Çatal Hüyük, y con ella fabricábamos excelentes utensilios cortantes, y también joyas y espejos.

Otro grupo de artesanos muy numeroso era el de los tejedores, que usaban principalmente lana y lino como materias primas para preparar hermosas telas para nuestras mujeres y para envolver a nuestros muertos.

Sin embargo había pocos ceramistas, y realizaban unas decoraciones poco complejas, en relación con lo que se hacía en otras zonas cercanas, como Hacilar.

Pero lo más notorio de Çatal Hüyük era su religiosidad. Había en la ciudad un santuario por cada tres viviendas y en estos santuarios hacíamos todo tipo de rituales: de la fertilidad, de la caza,

de los difuntos, de la Gran Madre, etc. Hacíamos ofrendas continuamente y los santuarios estaban repletos de obsequios que utilizaban los funcionarios que dirigían y organizaban los ritos. Y las personas más notorias de la ciudad eran enterrados en estos santuarios rodeados de los objetos que más estimaron en vida, y de estatuillas de los dioses a los que más veneraban.

Los santuarios estaban dedicados a muchas de las especies de animales mayores, que al mismo tiempo eran los dioses a los que venerábamos, bien para que se prestaran a la voluntad de nuestro pueblo y contribuyeran a su bienestar con su trabajo o con su sacrificio, o también para rogarles que no tuviesen un comportamiento feroz con nosotros.

Mi vida en Çatal Hüyük fue también una experiencia esplendorosa como artesano del cobre, aunque no tuve la suerte de casar bien porque mi mujer, y madre de mis cinco hijos, era tan poco generosa que prefería que se nos estropeasen los alimentos sobrantes antes que darlos a quien tuviera más necesidad de ellos, y esa conducta me preocupaba porque temía que acabaría acarreándonos la pérdida de la protección de nuestros dioses.

Construimos nuestro propio horno para fundir el cobre, independientemente del que tenían mis padres que pasó a ser de mi hermano mayor. Y llegamos a ser muy bien considerados en la ciudad. Junto a nuestra casa vivía el lugal de la ciudad, y teníamos con él unas relaciones muy cordiales (51).

De toda la ciudad y de aldeas vecinas venían los agricultores para que Yo les hiciese todo tipo de útiles para su trabajo. A cambio de ello recibíamos tal cantidad de alimentos que no podíamos acabar con ellos. y teníamos todas nuestras vasijas siempre llenas, en la primera planta de nuestra casa.

La mayoría de las casas de la ciudad tenían dos plantas con paredes de adobe y techos de maderos y cañas cubiertos de tierra; la nuestra también, y tenía la entrada en la segunda planta, por el terrado plano de la primera. El terrado servía de terraza y de centro de charla; también para secar los frutos y para dormir al aire libre las noches en que la temperatura lo permitía; todo ello le desgastaba mucho y requería una reparación anual, que realizábamos en la época en que se retiraban las lluvias.

En la planta baja, junto a las plataformas para dormir y enterrar nuestros difuntos, teníamos las vasijas para guardar los alimentos. Y nosotros teníamos siempre el almacén totalmente lleno. Pero mi mujer no entendía que entregáramos lo que nos sobraba ni que

---

(51).-Lugal es una palabra sumeria que significa "gran hombre". No era un rey como autoridad política, ni tampoco era el "en", como señor o jefe religioso. Era meramente una autoridad secular dentro de la comunidad, y vivía en una gran mansión, é-gal, que se tradujo como palacio. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 76, pág. 156).

dejáramos de percibirlo por nuestro trabajo.

Siempre andaba temerosa de que vinieran tiempos peores, que nunca llegaron, y con ese temor guardaba cualquier cosa que cayera en sus manos y que creyera de posible uso en esos malos tiempos que esperaba (52).

Sin embargo tenía una habilidad fuera de lo común para tejer cestos con los juncos y cañas que nuestros dos hijos mayores se encargaban de traerle del río. Y era muy hábil en el manejo de la piedra de moler y para preparar las gachas de leche. Pero su tacañería me sacaba de quicio, porque nunca pude llegar a comprenderla.

Murió con unas fuertes fiebres diez días después de nacer nuestro quinto hijo; la enterramos en el santuario junto a nuestra casa, como persona notable, con la sepultura llena de sus joyas y todas las provisiones que pudimos meter en ella, para que no le faltase nada en su nuevo estado.

Yo casé con su hermana, quien me dio tres hijos más y me libró de mis preocupaciones de conciencia, gracias a su generosidad.

En mi vejez, sentado a la puerta del taller, escuché a mis hijos hablar de cómo unos artesanos griegos lograban endurecer el cobre y con esa preocupación me fui a la tumba.

*En mi juventud de hoy, clavado en mi silla, como geranio en su maceta, fijo mi atención en un aspecto concreto del recuerdo que guardo de aquellas dos mujeres; hijas de la misma madre y tan distintas en su actitud ante el apego a los bienes materiales y ante las miserias y necesidades de los demás.*

*Cada vez tengo más claro que en esta vida sólo nos sirve lo que servimos; sólo van a contar en nuestro haber los servicios que hemos prestado a los demás; ese es el grano, lo demás es paja que arrastra el viento.*

---

(52).-La fundición del cobre de Çatal Hüyük, en Turquía, hacia el 6.200 a.C. representa el ejemplo más antiguo de metalurgia encontrado hasta la fecha (ATLAS HISTÓRICO DEL MUNDO, Op. cit., pág. 14).

## SERVICIO

Somos un copo de nieve  
que hoy se forma y cae al suelo  
y mañana se deshace,  
y pasado se evapora  
y vuelve a subir al cielo.

Y entre el caer y el subir  
está el morir por amor,  
el germinar y el crecer,  
el ser savia en el rosal  
y ser aroma en la flor;  
ser sangre del gorrión,  
calmar la sed del cordero,  
cantar en una cascada,  
ser la lágrima del niño  
o el sudor del jornalero.

& & & & &



## XI

**UN GRAN PROGRESO (1ª Parte)  
(hace 103 a.)**

*Un gran progreso como el que tuve la fortuna de realizar en aquellos mil años en la Media Luna Fértil, no lo he podido repetir más en tan corto tiempo. Pues del nivel allí alcanzado he podido disfrutar, en buena medida, hasta la fecha.*

*Y para reafirmar este criterio, quiero en este punto traer a colación algunos de los recuerdos que me acuden del último ciclo vital de que tengo memoria, antes de esta vida actual, de cuya primera mitad no guardo recuerdos.*

Nací en 1898 en una aldea situada en la ladera suroriental de la cadena montañosa de los Filabres, en Almería; una aldea orientada al sol del invierno, que tiene veranos tórridos como corresponde a su latitud e inviernos muy crudos de acuerdo con su altitud, unos 900 metros, sobre el mar; se sigue llamando desde su origen, Marchal del Abogado y es una pedanía de Serón, pueblo agrícola y productor de excelente jamón, y cuenca minera muy importante, casi desde el momento en que Yo nací.

El Marchal fue fundado por mi abuelo y otros dos propietarios de tierras de regadío cuando construyeron sus casas cerca de sus bancales para tener más cerca su trabajo y sus provisiones. Mi abuelo, hacia 1840 ya sabía leer y escribir, lo que era una gran ventaja frente a sus vecinos, y junto a los agrimensores marcó las lindes de las propiedades de cada uno de los vecinos. Por su habilidad en la defensa de sus derechos de propiedad, era apodado El Abogado, y de ahí el nombre del Marchal.

Al pie de la aldea corre, y entre gruesas peñas se despeña por un barranco, un pequeño cauce siempre escaso de agua, pero suficiente para sacar de él con una acequia y una balsa de riego, el agua necesaria para alimentar los bancales de la huerta, que se extiende a los lados y por debajo de la aldea, hasta el mismo barranco.

En la huerta, junto a los bancales tenemos toda clase de frutales: perales, cerezos, manzanos, higueras, nogales, almendros, etc.; y enredadas a muchos de estos árboles como trepadoras, hermosas parras, con uvas rubias y negras en las primeras semanas de cada otoño.

Sobre la aldea, y en las lomas colindantes, entre tierra baldía

de esparto y bojas, que sólo es utilizable para el pastoreo, hay también buenos pedazos de secano que los años de lluvia llenan nuestros graneros.

Cada familia tiene sus propios bancales, sus trozos de secano, sus animales en sus corrales (conejos, gallinas, cerdos y uno o un par de mulos o burros), y algunas ovejas y cabras, debidamente marcadas, en el rebaño comunitario, que vuelve cada noche a la aldea para ser ordeñado y para dormir en el corral común.

La acequia, antes de su entrada en la balsa, pasa bajo una enorme encina comunitaria, la Carrasca de la Poza, a cuya sombra lavan los trapos las quince o veinte mujeres adultas, entre esposas, viudas y mozas, que hay en la aldea; lo hacen por turnos informales, poniéndose de acuerdo para no acudir al mismo tiempo más de seis, que son las seis plazas que existen en las seis losas de pizarra que hay en la Poza. Allí lavan los trapos textiles y los sociales de la aldea, y unos y otros los tienden al sol sobre lo juncos y cardos que jalonan las dos orillas de la acequia.

Otro sitio para lavar los trapos, sólo los sociales, es la fuente; está a trescientos metros de la aldea, acequia arriba, bajo una peña, junto al barranco.

Las mujeres acuden allí con sus cántaros de arcilla, que llevan y traen apoyados en la cadera. No suelen ir solas, y cuando una necesita agua va pasando con su cántaro vacío de casa en casa hasta que encuentra compañía, porque el tiempo de ir y venir y el tiempo de esperar a que los cántaros se llenen con el escaso hilillo de agua de la fuente, son tiempos preciosos para lavar y ventilar los trapos de este pequeño grupo social.

Por eso El Marchal huele siempre a limpio, a pesar de que a lo largo de su calle principal, no faltan nunca excrementos de distintas especies de animales, y a pesar de que no hay letrinas, ni agua potable, ni red de saneamiento. Tampoco hay electricidad, pero nadie la echa en falta porque no existe ningún tipo de electrodoméstico y la noche es para charlar al calor del fuego y, cuando éste no hace falta, a la luz de un candil de aceite o de un carburo, o para dormir a la luz de las estrellas; en El Marchal no hay tejados y los terrados son planos y de tierra roya (launa), y muchos tienen una claraboya con cristal, por donde se puede estar viendo el cielo estrellado desde la cama, hasta que el sueño se apodera de nosotros.

Los hombres trabajamos de sol a sol en las tareas del campo, propias de la estación:

En primavera limpiamos colectivamente los quinientos metros de acequia y la balsa de riego. De cada familia acuden un par de hombres a la cuadrilla de trabajo; Yo fui la primavera pasada con mi padre y este año han acudido dos de mis hermanos. Después cada uno se ocupa de arreglar, sembrar, escardar, regar, etc. sus propios bancales; los secanos ya están sembrados de cereal desde el otoño

pasado.

En verano la siega colectiva es un ritual casi religioso, ayudando a los vecinos para recibir después su ayuda y estableciendo unos turnos en función de la madurez de las cosechas de cada secano.

Después de la siega, la trilla de las cosechas se hace en la era comunitaria, también por turnos y con ayuda de los vecinos, así como de sus mulos y burros.

Una tarea muy importante que hemos de hacer después de encerrar el cereal y la paja es reparar cuidadosamente los terrados.

A una hora del pueblo en burro, cerca de los Peñones del Castellón hay unas buenas canteras de tierra roya (launa), que no es más que pizarra fuertemente meteorizada; es casi polvo, pero con la estructura laminar de la pizarra. Esta tierra puesta en nuestros terrados es absolutamente impermeable porque el agua resbala por sus microláminas sin descender a niveles inferiores.

La reparación que se ha de hacer es muy sencilla pero sumamente importante, y es imprescindible hacerla antes de que empiecen las primeras lluvias del otoño, y con ellas las goteras si no se han tomado medidas.

Con la ayuda de mulos y burros cargados con serones de esparto, traemos desde los Peñones del Castellón la tierra roya y con espuestas también de esparto, la extendemos y compactamos allí donde el terrado manifiesta tener alguna pequeña grieta, producida por dilataciones o movimientos de la estructura.

En otoño recogemos la cosecha de almendras y las limpiamos en largas jornadas nocturnas amenizadas por la agradable charla de los vecinos que vienen correspondiendo a nuestra ayuda. Y también preparamos los secanos; aquellos que han tenido cosecha de cereal los labramos con nuestros arados romanos y los sembramos de leguminosas, lentejas o garbanzos o permanecerán un año de barbecho; los que estuvieron de barbecho el pasado año los sembramos de cereal, trigo o cebada, y más raramente de centeno.

En invierno gastamos muchas horas dando de comer al ganado que con la nevada abundante no puede salir al campo, y aprovechamos para trabajar el esparto, con el que hacemos el calzado, las esparteñas, y multitud de otros útiles como cestos, espuestas, cantareras, serones, cuerdas de todo tipo y hasta soplillos para avivar el fuego.

Y en todo tiempo hacemos nuestras fiestas y nuestros bailes; ya tenemos nuestro calendario y conocemos los de las aldeas vecinas, pues para los jóvenes tiene su morbo el acudir a ellas, ya que solemos buscar pareja en otras aldeas, pues en la nuestra casi todos somos consanguíneos en segundo o tercer grado, y dicen que una pareja de consanguíneos puede tener hijos tontos.

Yo no fui a ninguna escuela ni sabía leer cuando hice el servicio militar en Granada. Tampoco me hacía falta, decía Yo, para hacer bien lo que tenía que hacer en mi pueblo; pero en Granada me daba vergüenza firmar con las huellas de los dedos y en el cuartel me

dieron la oportunidad de aprender a leer y a firmar, y la aproveché. No aprendí a escribir de corrido porque eso era ya demasiado para mí. Pero aprendí una cosa muy importante que fue el saber valorar lo que significaba el no ser analfabeto total. Sólo el poder tomar una pluma o un lápiz para firmar sin tener que imprimir las huellas, ya era mucho para mí.

Tengo treinta años y hace cinco años, después de terminar las faenas del campo en el verano, me traje a casa a la que era mi novia hacía tres años. Se vino a vivir con nosotros y mi familia la aceptó como una hija y hermana más.

Cuando pudimos, fuimos al Ayuntamiento de Serón y también a la Iglesia de La Loma para dar fe de lo que ya habíamos hecho; y también cuando pudimos hicimos nuestra propia casa con la ayuda de nuestros familiares y vecinos que así nos querían obsequiar por nuestra unión.

Nuestra casa está cerca de la de mis padres, en esta aldea no hay nada lejos, y en ella vivimos hasta hoy con nuestros dos primeros hijos, que no creo que sean los últimos, pues mi mujer es fuerte y enérgica, y no le importa tener los hijos que Dios quiera; de cualquier manera, tener más hijos es tener más fuerza productiva y más fuente de riqueza, aunque esto de la riqueza no es nada que me quite el sueño, porque ¿qué mayor riqueza puedo tener que vivir en este paraíso rodeado de gente que me aprecia, y donde el día que Yo falte sé que será llorado con lágrimas sinceras y limpias?

*He pedido a mi madre que telefonee al Ayuntamiento de Serón para obtener información de la aldea del Marchal, que he podido encontrar en un atlas. Y le dieron los siguientes datos:*

*"La aldea del Marchal está hoy casi deshabitada; sólo vive allí un pastor que utiliza la aldea como un inmenso corral, y una tozuda vieja y viuda que vive allí sola porque se niega a morir fuera de donde murieron sus mayores. Pero en sus mejores tiempos, por los años cincuenta, tuvo cerca de un centenar de habitantes y hasta una escuela con quince o veinte alumnos. El abandono de los vecinos tuvo lugar coincidiendo con el cierre de las minas de hierro, en las que muchos de ellos trabajaban"*

*La existencia real de esta aldea no me garantiza el que los recuerdos que llegan a mi mente hayan sido vivencias reales de mis vidas anteriores, si existieron.*

*La confirmación de la realidad o entelequia de las imágenes que acuden a mi mente es uno de los mayores retos que tengo planteados.*

*El día que Yo pueda demostrarme, aun no sé de qué forma, que todo esto que revivo, lo he vivido verdaderamente antes, habré resuelto el mayor problema que inquieta mi conciencia, y mi vida tomará enton-*

ces una orientación nueva.

Todos estos recuerdos son los que tengo de haber vivido en el primer cuarto del siglo veinte en una zona agrícola de Europa, pero muy lejos en el tiempo y en el espacio de Sumer. Sin embargo, si quisiera mentir y dijese que todas estas experiencias son las que viví en Sumer hace más de seis mil años, cualquiera las podría creer, porque son completamente verosímiles.

Pero Yo he traído a colación estos recuerdos tan recientes para demostrar dos cosas:

En primer lugar, que los progresos vitales a nivel personal y social que Yo hice en Sumer, fueron tan profundos que en líneas generales han estado vigentes, y aun están, en muchas partes del mundo rural, tanto en países de África o Asia como en Europa o América.

En segundo lugar quiero resaltar el sentimiento de pertenencia al grupo social que también en Sumer alcanzó un alto nivel y que ha permanecido durante milenios en estas sociedades rurales de nuestro mundo. Estos sentimientos de cohesión social han sido barridos y eliminados por las sociedades llamadas cultas, industriales o postindustriales y tecnológicas del primer mundo.

Mientras escribo esto leo hoy en la prensa esta noticia: "Un individuo armado con un cuchillo penetró ayer en una escuela de Osaka, Japón, y asesinó a puñaladas a ocho escolares de entre seis y ocho años e hirió a otros dieciocho y tres profesores. Confesó a la policía que estaba harto de todo y quería ser condenado a muerte" (53).

La noticia me ha impresionado pero no es una novedad. En los diez años que estoy vivo desde mi accidente y en los ocho en que sé leer nuevamente, esa escena se ha repetido, con pequeñas variantes en varias ocasiones, siempre en el mundo "civilizado": En Estados Unidos, Suecia, Inglaterra, y ahora Japón.

Ni por un momento imagino que estas cosas pudieran ocurrir en sociedades tan cohesionadas como lo eran la de Sumeria de hace seis mil años y la del Marchal del Abogado de hace cuatro días.

Y Yo me planteo esta la pregunta: ¿qué es realmente el progreso?. Pero no quiero contestarla por ahora; para hacerlo tendría que buscar y analizar a fondo los avances reales que ha hecho el hombre en los últimos seis mil años. Si lo hiciera podría llevarme una decepción.

Porque estamos llenos de contradicciones, ellas son nuestro tormento y con ellas convivimos, aunque no tenemos por qué aceptarlas sin protestar y sin luchar por resolverlas.

---

(53) .-EL PAÍS, 9 de Junio de 2001, pág.8.

## CON MÚSICA Y LLANTO

Con lágrimas afables de alegría  
y aquellas de la angustia más taimada,  
llenamos una copa cada día,  
que al final sólo tiene agua salada.

Con música y llanto, un soplo y un risco,  
de luz y tiniebla, entre pena y alegría:  
soy noche y soy día.

Como noche y día, de luz y tiniebla,  
un soplo y un risco, entre pena y canto:  
soy música y llanto.

Con música y llanto, como noche y día,  
de luz y tiniebla, entre pena y risa:  
soy roca y soy brisa.

Como roca y brisa, de música y llanto,  
la noche y el día, entre pena y gozo:  
soy luz y soy pozo.

Como luz y pozo, un soplo y un risco,  
de música y llanto, entre noche y día:  
soy pena y orgía.

Soy roca y soy brisa,  
soy noche y soy día,  
soy luz y soy pozo,  
soy pena y orgía,  
y música y llanto.

Y en mi algarabía  
parezco un demente,  
pues todo lo soy simultáneamente.

& & & & &

## XII

## ENDURECER EL COBRE (hace 4.000 a.)

**Endurecer el cobre** no es tarea fácil, y hay que pagar un caro precio por conseguirlo. Esto es lo que pude conocer inmediatamente al entrar en el bardo, después de mi experiencia como fundidor en Çatal Hüyük.

*Como ya he dicho, en mis bardos, Yo programo el futuro de mis ciclos vitales y tomo las decisiones oportunas, aunque durante el desarrollo de esos ciclos Yo no soy consciente de ello.*

*Ahora, gracias a este estado especial de conciencia conozco todas estas circunstancias.*

Durante el bardo visité las principales fundiciones de las ciudades donde los artesanos intentaban obtener un cobre más duro que el que se venía usando, tanto en Anatolia como en las islas Cíclades: Ciftlik, Acigöl, Hacilar, Grotta, Pelo, etc. Para ello utilizaban en la fundición aquellos materiales que les parecían más oportunos.

Algunos de ellos lograron obtener un cobre duro de una piedra negruzca que tenía incrustados unos cristales casi blancos, y que con el fuego se volatilizaban parcialmente y atacaban el alma de los artesanos hasta matarlos. Después he sabido que aquel asesino volátil era el arsénico, un poderoso veneno (54). Pero en las minas de cobre que había cerca de Hacilar, algunos fundidores encontraron un mineral negruzco, con aspecto más amorfo que el habitual y al fundirlo daba un tipo de bronce mucho más dúctil que el cobre y también más duro, sin producir mortandad entre los fundidores (55).

Como para aquellas fechas Yo estaba ya cansado de morir prematuramente, opté por realizar mi siguiente ciclo en Hacilar, donde ya, en siglos anteriores había vivido, aunque ahora estaba tan cam

---

(54).-El material que fundían probablemente era la tenantita, un sulfuro mixto de cobre y arsénico, que al fundir incorporaba parte del arsénico aleado con el cobre, dando un tipo de bronce, bastante más duro que el cobre; pero parte del arsénico se desprendía produciendo con frecuencia la muerte de los fundidores por inhalación. (ENCICLOPEDIA SALVAT DE LAS CIENCIAS, Op. cit., tomo 7, pág. 79).

(55).-El mineral citado es la estannina, sulfuro triple de cobre, hierro y estaño, que fue la base del primer bronce. (ENCICLOPEDIA SALVAT DE LAS CIENCIAS, Op. cit., tomo 7, pág. 78).

biada que no la iba a conocer.

Hacilar no era ya una aldea de unas decenas de habitantes, ahora era una pequeña ciudad de cerca de tres mil personas, por donde pasaban continuamente caravanas de comerciantes que venían de Mesopotamia e iban a Grecia, y también en dirección contraria.

Había muchos agricultores; pero también había un buen puñado de artesanos, principalmente ceramistas, fundidores y tejedores.

Algunos de sus habitantes comerciaban con las gentes que llegaban a la ciudad. Era por tanto un buen lugar para iniciar mi próximo ciclo, dados los propósitos que Yo tenía para él.

No tuve que esperar mas que tres primaveras, hasta tener la ocasión de nacer en una familia de artesanos fundidores en Hacilar.

Desde bien pequeño ya participaba con mis hermanos mayores y mi padre en las tareas de la fundición. Allí aprendí a reconocer el tipo de mineral que fundido daba lugar al bronce. Era un mineral muy escaso en la zona y la demanda que teníamos de herramientas cortantes muy alta; para este tipo de útiles, el nuevo metal era incomparablemente mejor que todos los materiales usados anteriormente. Se dejaba trabajar mejor que el cobre y su dureza permitía hacer cuchillos y hachas muy cortantes y de larga duración.

Yo hice varios viajes, acompañando a los arrieros que iban con una reata de veinte a treinta burros, a recoger el mineral a una distancia de seis jornadas. Aprendí a distinguir por pequeños detalles este mineral de otros muy parecidos, pero que no producían un bronce tan duro. En mis burros, Yo llevaba cerámicas, tejidos y ámbar para pagar el mineral a los mineros que lo buscaban y limpiaban para nosotros.

Siendo aun joven conocí en Hacilar dos nuevos inventos maravillosos; el más importante era la rueda de alfarero, que permitía con muy poco esfuerzo hacer vasijas con una redondez perfecta; me produjo un gran asombro el ver cómo un objeto tan simple podía facilitar y perfeccionar tanto nuestro trabajo. El segundo invento había llegado de Egipto con una caravana de comerciantes; era la balanza de dos platillos, otra maravilla para asegurar la justicia en los intercambios comerciales. Con ella se evitaban muchas discusiones acerca de la cantidad de productos a dar o recibir a cambio de otros. La balanza, con su equilibrio silencioso, sentenciaba pronto todos los pleitos.

Aquí, en nuestra fundición, oí decir a los egipcios y fenicios que venían a por nuestro bronce, que ellos tenían un nuevo sistema de navegación, sin tener que extenuarse hasta morir luchando con los remos. Tenían un dios, el del Viento, que les llevaba los barcos sobre el mar, mientras los hombres descansaban, tumbados en la cubierta. Para venir a Hacilar habían dejado sus barcos en Éfeso, y allí podría verlos.

También me dijeron que minerales como el que nosotros fundíamos, los traían otros fundidores de las tierras del mar occidental. La



noticia era tan importante que varios de los fundidores de Hacilar preparamos gentes y provisiones y con un centenar de hombres y muestras de nuestro mineral, acompañamos a los egipcios hasta Éfeso.

Éfeso era una ciudad ideal para la actividad marinera. Estaba situada al pie de dos colinas con murallas que la protegían de los ataques por tierra. Y por mar no era fácil atacarla porque su puerto, totalmente interior, comunicaba con el Mar Grande por una estrecha vía de agua, defendida también desde tierra por un recinto amurallado, y que desembocaba en la bahía que tenía el nombre de la ciudad.

Avistamos el puerto desde la parte alta de la ciudad, poco después de entrar en ella por la puerta oriental. Había, entre otros pequeños botes de pesca, veinte barcos anclados con sus altos palos y sus velas recogidas. Sólo tenían espacio para seis remeros, que trabajaban en las maniobras de amarre y salida del puerto.

Pedimos que nos enseñaran el arte de navegar con aquellos barcos y así lo hicieron, pues tomando uno de ellos navegamos todo un día por la bahía con viento suave. Esperamos varios días a que se levantase un viento más fuerte y salimos de la bahía hasta el mar abierto y en dos días de navegación pudimos hacer escala en varias de las pequeñas islas del mar Egeo. Este barco con buen viento desarrollaba una velocidad que ni el más numeroso equipo de fornidos remeros podría realizar. Y lo asombroso del sistema era que con la misma dirección del viento podíamos ir a su favor, en su contra o de través. No se entendía cómo podía ser; por eso explicaron los egipcios que era muy importante la acción del dios del Viento, al que habría que ofrecer sacrificios, incluso humanos, si era necesario, para tenerlo siempre favorable.

Permanecimos tres lunas en Éfeso y negociamos con los egipcios el comprarles diez de sus barcos para emprender viaje a occidente en busca del mineral. Llegamos a un acuerdo y enviamos mensajeros a Éfeso para anunciar nuestra partida.

Con diez barcos veleros cargados de ámbar y un pequeño conocimiento de la navegación a vela, hace cuatro mil años, partimos ciento cuarenta hombres hacia el occidente. Nos acompañaban veinte expertos navegantes fenicios; según ellos debíamos pasar hasta tres veces por un mar tan estrecho que podría verse tierra a ambos lados del barco (56). Después del tercer estrecho, debíamos seguir la costa, e introducirnos por el segundo gran río, que era navegable

---

(56).-Se trataba de los estrechos de Messina, al norte de Sicilia, Bonifacio, al sur de Córcega y Gibraltar, sur de la Península Ibérica. La tierra buscada de las minas de estaño era Tharsis, en la cuenca del río Odiel (Huelva), donde ya en esta época se explotaban las minas para obtener oro, plata, cobre y estaño, habiendo permanecido abiertas hasta la segunda mitad del pasado siglo XX. (HISTORIA DE ESPAÑA, Joseph M. Walker. EDI MAT LIBROS. Madrid, 1999, pág. 51).

en su primer tramo. Allí encontraríamos quien nos diera noticias de tan precioso mineral, con sólo enseñar a sus gentes las muestras que llevábamos con nosotros.

Entre el segundo y tercer estrecho, cuanto más avanzábamos, más persistente era el viento, ya del Este, ya del Oeste. Y quisieron los dioses enviarnos una enorme tormenta que destrozó dos de nuestros barcos, lanzándolos contra unos acantilados; pudimos salvar el resto porque no lejos de allí encontramos una ensenada en la embocadura de un río, al abrigo de todos los vientos. Cuando amainó el temporal partimos de aquel buen refugio; pero como no todos podíamos seguir en los barcos que quedaban, dejamos allí treinta hombres, con el encargo de recoger lo que pudieran de la carga de los barcos destrozados, y con ella como tesoro debían buscar la ayuda de los habitantes de la región para sobrevivir. Nosotros les volveríamos a encontrar a nuestra vuelta, si lográbamos volver.

Continuamos nuestro periplo hasta el final, perdiendo otro barco con sus hombres en el bravo mar que apareció ante nosotros después de pasar el tercer estrecho. Arribamos al primer gran río y seguimos costeano hasta una gran ensenada, con una colina dentro del mar. En la colina, expediciones anteriores de fenicios y cretenses habían construido una pequeña fortificación donde ahora vivían de la pesca cinco o seis familias, unas cincuenta personas, que nos recibieron con grandes algaradas. La aldea no tenía ni nombre, que Yo sepa; más tarde se llamó Gadir (hoy Cádiz).

Celebramos con ellos el encuentro porque conocían nuestra lengua y porque recibieron una gran alegría al saber de donde veníamos. Nosotros también nos alegramos porque nos dieron muy buenas noticias sobre el objeto de nuestro viaje. Teníamos la meta muy cerca y se ofrecieron a venir con nosotros algunos de ellos.

Dejamos en la aldea a cinco de nuestros hombres que no estaban bien de salud y tomamos a cinco de ellos como guías. Y después de cargar provisiones alimenticias, principalmente pescado desecado, y con una semana de festejos en el recuerdo nos hicimos a la mar.

Costeano en una mar poco honda, en poco más de un día llegamos al río señalado, y sin necesidad de preguntar a nadie, porque los guías que venían con nosotros eran los mejores conocedores de la zona, llegamos aguas arriba hasta un gran ensanchamiento del río en cuyo final un pequeño salto de agua impedía seguir navegando.

Descargamos los barcos mientras unos mensajeros avisaban a los habitantes de Tharsis de nuestra llegada.

Como si les hubieran avisado unos años antes, tenían gran cantidad de mineral preparado en los patios de sus casas. Lo fueron cargando en burros y transportándolo a nuestros barcos, al tiempo que llevaban a sus casas los productos que traíamos para realizar el comercio de intercambio: ámbar, tejidos de lana, cestos de lino, herramientas y útiles de obsidiana, cobre y cerámica, etc.

No faltaban entre los productos de nuestra oferta semillas de cereales, de vid y de olivo, que ya eran ampliamente empleados en nuestro país.

Les dimos a probar del líquido de la uva fermentado, que no conocían, y les explicamos cómo podrían prepararlo: simplemente dejándolo reposar durante dos o tres lunas en un recipiente de madera cerrado. Y prometieron hacerlo.

Les entregamos también, y les enseñamos a usar, tres ruedas de alfarero y media docena de balanzas de platillos, que para ellos eran absolutamente desconocidas.

Hicimos una gran amistad con aquellas gentes, hasta el punto de que seis de los nuestros tomaron mujer y se quedaron allí, mientras que diez de sus mujeres tomaron maridos entre los nuestros y nos acompañaron en la vuelta.

Hasta salir de allí con nuestros siete barcos, cargados del apreciado mineral transcurrieron dos lunas y un creciente de la tercera luna.

Llegamos de vuelta a Gadir y recibimos la mala noticia de que habían muerto tres de los cinco enfermos que dejamos en ella. Y no fue por falta de cuidados pues sus sacerdotes no dejaron de hacer conjuros y abluciones ni un solo día; incluso ofrecieron sacrificios de sangre a sus dioses, pero no fue posible cambiar su voluntad y así nos lo expusieron apenados.

Encomendamos nuestros muertos a nuestros dioses, dejamos allí a los guías que nos habían acompañado y ofrecimos a ellos y al resto de la población algunas de las prendas que nos quedaban aun de las que traíamos de nuestra tierra.

Y después de cuatro días de relajado descanso y de reparar algunas pequeñas cosas de nuestros barcos, pusimos rumbo al este con viento de proa.

Al enfrentarnos al tercero de los estrechos, que ahora a la vuelta era el primero, nos encontramos súbitamente con un fortísimo viento de poniente que nos llevaba en volandas, y a no ser por las olas gigantescas que levantaba, habríamos llegado a la bahía en que dejamos a nuestros hombres en un par de días.

Pero los dioses a veces nos dan ayudas que nosotros no somos capaces de administrar. Y así fue como en este ir en alas del dios Viento, tres de nuestros barcos, que posiblemente llevaban más carga de la conveniente, quedaron varados y medio descompuestos en la amplia bahía a que nos fueron a arrojar aquellas aguas embravecidas(57).

Al segundo día el viento cambió en un visto y no visto, y empezó a soplar del levante y con menor fuerza.

Algo más de dos lunas nos costó dejar a punto de navegar a dos

---

(57) .-Con toda probabilidad se trata de la bahía de Algeciras, situada al Oeste de Gibraltar.

de los barcos; el tercero y casi la totalidad de su carga tuvimos que abandonarlo. También perdimos en el episodio a diez hombres de las tres tripulaciones.

Cuando tuvimos todo a punto partimos y en cuatro días de suave viento de levante llegamos a la ensenada en que nuestros hombres montaban guardia día y noche para vernos aparecer (58).

Habían pasado siete lunas completas desde que los dejamos aquí. Partíamos en los primeros días de la luna de primavera y ahora estábamos entrando en un nuevo invierno.

Habían muerto tres de los hombres que dejamos y el resto había tomado contacto con los naturales, de carácter abierto y bien dispuestos para prestar cualquier ayuda. Teniéndolos como guías, se internaron por el país y habían conocido donde había oro y plata, que cambiaron por ámbar; y también encontraron alguna cantidad del mineral que nosotros andábamos buscando para fundir el bronce. En las proximidades de estas minas construyeron, con ayuda también de los naturales, una pequeña aldea a la que llamaron El Argar. Estaba en una colina, junto al río y dominando un amplio territorio, rico en caza y en posibilidades de cultivo.

El invierno era tan suave en estos parajes que las viviendas no necesitaban especiales medidas de protección contra el frío. Dejamos los barcos con un retén de guardia, al abrigo de aquella ensenada, donde ni el viento de levante ni el de poniente podía dañarlos, y marchamos el resto de los hombres tierra adentro en busca del lugar donde ya habitaban los nuestros.

Nos recibieron con júbilo tanto ellos como los naturales del país que también vivían allí. Cinco de nuestros hombres habían tomado mujer entre las del país y no deseaban partir. Y como diez o doce de nosotros llegamos con fiebres y dolores de vientre, decidimos pasar aquí el invierno conociendo el territorio y partir después de celebrar las fiestas de la primera luna llena de primavera.

Pero Yo no llegué con vida a la primavera. Mi fiebre fue a más y una terrible descomposición del intestino me llevó de esta vida entre grandes retortijones y punzantes dolores, cuando sólo faltaba una luna para las fiestas de invierno (59).

---

(58).-Probablemente se trata de la desembocadura del río Almanzora, un refugio a resguardo de los fuertes viento del Levante y del Poniente, tan frecuentes en la zona. Por otra parte no se halla lejos de Rodalquilar, donde se explotaba el oro. El Argar, que parece ser la aldea que fundan conjuntamente con pobladores nativos, y que con el tiempo daría lugar a la cultura argárica, no está lejos de allí, cerca del río Antas y de Garrucha. Este punto, por su situación es el mismo en que fenicios y luego griegos establecen la colonia de Baria, hoy Almendricos (Almería).

(59).-Los pueblos de agricultores, cada uno a su manera, celebraron desde muy antiguo la entrada de las estaciones, coincidiendo con los dos equinoccios, de primavera y de otoño, y los dos solsticios, de invierno y verano. Estas fiestas han transformado su sentido pero se siguen celebrando en los pueblos modernos bajo distintas formas, religiosas o laicas.

*El destino nos gasta esas bromas, y a veces, cuando nos parece que dominamos la marcha de los acontecimientos y la vida nos sonríe, un coche se nos echa encima, o una fiebre traicionera cambia para siempre el rumbo de nuestra vida.*

*Por eso, observarnos a una cierta distancia de nosotros mismos y con un cierto excepticismo, es una buena terapia.*

### HELADA

Me ha dejado el alma helada,  
machacada  
y la vida triturada,

el conocer que el amigo,  
( i me maldigo !),  
no podrá quedar conmigo.

Se irá con la ventolera,  
marrullera,  
de una fiebre traicionera.

Y mis campos se han cubierto  
como un muerto  
que se va quedando yerto.

Tal vez con la primavera,  
la hechicera,  
haya vida en mi pradera.

Tal vez un día, mi amigo,  
tal vez, digo,  
me podrá encontrar contigo.

& & & & &

**XIII****MORIR EN EL ARGAR  
(hace 4.000 a.)**

**Morir en El Argar** era un asunto que ni se me había pasado por la cabeza, ni cuando programé y decidí realizar mi ciclo en Hacilar, ni cuando inicié mi viaje en Éfeso. El Argar no existía aun; pero aunque hubiese existido, hay cosas que Yo no puedo contemplar en mis bardos.

Puedo decidir donde iniciar y en que forma mi ciclo si es posible; pero el cómo transcurrirá y acabará no depende sólo de mí, sino también de los demás que intervienen en mi vida. Y con mucha frecuencia depende también de circunstancias ajenas a la voluntad de ninguno de los protagonistas de los hechos que se derivan de esas circunstancias.

En el bardo posterior a mi muerte en El Argar, Yo podía haber decidido nacer en Hacilar; pero decidí que mi aventura, si podía ser, debería continuar allí donde se había interrumpido. Y no tuve grandes problemas para ello, de manera que cuando después de las fiestas de la luna de primavera partían los seis barcos que quedaban, con 118 hombres y diez mujeres, Yo ya había anidado en el vientre de una nativa, casada con uno de los doce de nuestros hombres que prefirió quedarse en estas tierras, con el encargo de construir una base para apoyar a próximas expediciones.

Nací en El Argar con la tercera luna llena de otoño. Y días antes, días después que Yo, nacieron en la misma aldea otros tres niños y tres niñas. Siete nacimientos de las doce parejas que se formaron en el otoño anterior.

Tuve una infancia feliz, en un clima paradisíaco y sintiéndome querido y mimado, no solo por mis padres sino por el resto de los adultos de la aldea. Los niños éramos como un tesoro de cuya custodia todos eran responsables. En mi familia éramos tres hermanos y tres hermanas; Yo era el mayor de todos y en cierta medida responsable también de los demás. En nuestra aldea los hombres simultaneaban la búsqueda de oro, que encerraban en vasijas bajo las losas del suelo de sus viviendas, con la de estaño que amontonaban frente a sus casas en espera de que volvieran los mercaderes de oriente, como habían prometido.

El resto del tiempo lo dedicaban a la caza en los montes, a un lado y otro del río, junto al que estaba la aldea, en una pequeña

colina.

Las mujeres y los niños cultivábamos junto al río frutas y cereales y pastoreábamos un pequeño rebaño de ovejas y cabras, del que obteníamos lana, leche, quesos y carne.

En la aldea había dos clases de familias, según eran los hombres. En unas pocas familias, la mía entre ellas, los hombres procedían de oriente, y tenían los pelos rizados y los labios más gruesos que los demás. El resto de las familias tenían los pelos lacios y los labios más delgados. Eran las únicas diferencias apreciables

Por las noches nos sentábamos al fresco en la puerta de una de las casas de la aldea y los hombres de Oriente, uno de los cuales era mi padre, nos contaban maravillosas historias de los mares y de las tierras de Oriente.

Íbamos a ver el mar y a pescar a la ensenada, y mi padre decía que un día u otro vendrían barcos de Oriente, para recoger el oro y el estaño y nos traerían tejidos exóticos, y bien seguro que también traerían los últimos inventos que se hubieran hecho.

También nos enseñaron las tumbas donde estaban enterrados los navegantes que murieron en el último viaje, poco antes de nacer Yo. Habían muerto de tremendos dolores y fiebre, provocada por la comida de unos mariscos y peces que les ofrecieron los naturales de Abdera (Adra), en su última escala antes de arribar a nuestra ensenada, cuando volvían de Tharsis cargados de estaño para fabricar el bronce en Oriente.

Las tumbas formaban un conjunto de ocho o diez dólmenes, en una colina hacia levante, que era visible desde la aldea. Nos explicaron que debajo de aquellas piedras había enterradas unas vasijas de barro, y en cada una de ellas estaba el cuerpo de un navegante con sus objetos personales y con las ofrendas que sus compañeros vivos le habían hecho para que su muerte fuese menos cruel.

Algunos restos del último naufragio se guardaban en algunas casas de la aldea: palos, maderas, vasijas, ámbar, obsidiana, etc. En mi casa teníamos un gran trozo de vela de lino, que mi madre de vez en cuando ponía sobre sus hombros, queriéndose imaginar cómo le quedaría una túnica de este tejido tan exótico; pero mi padre no le consintió nunca el usar aquella tela para algo que no fuese aquello para lo que fue hecha; él decía que tal vez podrían necesitarla los barcos que llegasen, que según él llegarían el día menos pensado.

Tantas cosas oímos contar de aquellos navegantes legendarios que cada noche soñábamos que venían los veleros, y no pasaba día que fuésemos a la ensenada, que no excrutásemos la lejanía con un afán no desinteresado; y más de una vez hubo alguien que gritó: "Allí están", sin que nadie preguntase: "¿Quiénes?", porque en la mente de todos estaban las imágenes nítidas de los que nunca habíamos visto.

Siguiendo el consejo de mi padre, tomé por esposa una mujer fornida, morena y con el pelo negro y rizado, hija de un antiguo marino

de Oriente, como Yo, y nacida a treinta pasos de mi casa dos lunas después que Yo.

La amé como un obseso, y me amó como una loca. Yo estaba orgulloso de aquella mujer que lo mismo sabía pescar que cuidar de su casa y de su huerto. Con el mismo esmero y entusiasmo ordeñaba y hacía los quesos que sacrificaba los animales para preparar su carne para nuestra comida. Nunca la conocí enfadada o insatisfecha. Sonreía a todos y por nada, y su compañía era el mejor premio que pudiera recibir de los dioses hombre alguno.

Tuvimos tres hijos varones, uno cada verano, con la cosecha. Y cuando Yo me las prometía más felices, de anciano con aquella mujer y una prole numerosa, caí de una burra que dio un mal paso en el descenso hacia el río, con tan mala suerte que me abrí la cabeza contra una roca y moría a la mañana siguiente.

Desde el bardo lo presencié todo; mi mujer quería quitarse la vida y ser enterrada conmigo; pero la sensatez de mis hermanos y la necesidad que tenían de ella sus tres hijos, lo evitaron.

No quise, por un tiempo, ni abandonar el bardo ni la aldea. También Yo, aun en el bardo, seguía estando trastornado por aquella mujer, que se negó a tomar por marido a otro que no fuese hermano del difunto, pero mis hermanos estaban casados y no existía esa posibilidad.

Dos años después de mi muerte llegó a nuestra costa una flotilla con no menos de treinta veleros, y más de doscientos hombres. Los barcos quedaron anclados en la ensenada y los hombres iban y venían de la aldea continuamente, con gran regocijo de los aldeanos, parte de ellos reconocieron relaciones de parentesco con algunos de aquellos navegantes.

Varios de estos navegantes permanecieron en la aldea varios días sin volver al barco, pernoctando en las casas de los aldeanos invitados y agasajados por ellos.

En la que había sido mi casa pasó dos noches un navegante que en todo se parecía a mí, según confesaba mi viuda acaloradamente. Finalmente partieron hacia Tharsis todos los barcos y sus tripulaciones y El Argar quedó como trastornado por la visita.

Tardaron en volver más de un año y cuando llegaron de regreso mi viuda era ya madre de una hermosa niña de cinco lunas.

El padre la reconoció inmediatamente como fruto de su afecto por mi viuda e hizo las gestiones necesarias para tomar aquella mujer y sus cuatro hijos y embarcarlos rumbo a Oriente.

Yo continuaba en mi bardo aturdido. Incapaz de tomar una decisión. Acompañé a los barcos en su viaje hasta Oriente. Fui testigo de la pasión de aquellos dos amantes. La misma que Yo había tenido y recibido de ella. Mis tres hijos veían a su nuevo padre como el único, lo que no me producía el menor disgusto porque eran demasia-



do pequeños cuando Yo los dejé. Yo estaba como atado en mi bardo al casco de aquel velero, y así llegamos a Éfeso, ellos en su nido de amor y Yo en mi bardo.

Aquel navegante no era de Hacilar, sino un pescador de Éfeso, contratado por los fundidores de Hacilar para aquel viaje.

Su compromiso con ellos terminó cuando quedó toda la mercancía en tierra, ya que el transporte hasta Hacilar, a lomos de camellos y burros la harían otras gentes.

Mi viuda y su familia quedaron a vivir en una pequeña vivienda de los padres de él, muertos en su ausencia, y que se propusieron ampliar para acoger a la nueva y numerosa familia.

Yo sé todo esto porque desde mi bardo estaba continuamente con ellos, y por eso supe que aquella mujer iba a tener una hija. Era mi oportunidad y mi reto, y decidí dar el paso adelante, sin reflexionar en pros y contras, y antes de que fuese tarde.

A este respecto quiero recordar que desde el momento en que empiezo una vida formo parte de ese ciclo, y no dispongo de forma consciente de otros recuerdos que aquellos que proceden del propio ciclo vital. Lo que ahora me está pasando es un trastorno de la mente, una secuela más de mi trágico accidente en la bicicleta.

Durante mis estancias en el bardo puedo recordar mis ciclos pasados, y también puedo presenciar el devenir de los acontecimientos que tienen lugar allá donde estoy. Puedo desplazarme de un lugar a otro con sólo desearlo, y con estas informaciones decido cuando y cómo empezar un nuevo ciclo.

Lo que no conozco es nada del futuro, por lo que mi elección puede ser un acierto o una desgracia.

Nací en Éfeso en el seno de una familia donde ya había cuatro hermanos mayores que Yo. De aquella vida de niña en las calles de Éfeso, guardo un hermoso recuerdo que puedo concretar en dos palabras: juego y risa.

En mi casa era Yo el juguete y me gustaba serlo. Mi padre, mi madre y mis tres hermanos mayores me tomaban como si fuera una bola de juncos y me arrojaban por los aires o me tiraban de uno a otro o me daban volteretas, y Yo enrojecía y babeaba con una risa escandalosa e incontenible. Era como si tuviese cuatro padres y una madre que sólo vivían para hacerme feliz. Mi hermana, que era algo mayor que Yo no recibía tanta atención y siempre estaba un poco celosa, queriendo ocupar mi lugar. Fue una de las infancias más felices que Yo recuerdo haber vivido.

Salía a la calle con mi hermana, y mis vecinos no tenían mas que ojos y atenciones para mí. Cuando volvía a casa y encontraba a mi madre preparando la comida para toda la familia, me tiraba corriendo a su cuello y ella me levantaba en vilo. Me besaba y me abraza-

ba con fuerza y Yo sentía en su pecho brincar su corazón emocionado, al unísono con el mío.

Cuando tuvimos edad para ayudar a mi madre en sus muchas obligaciones, mi hermana y Yo nos entregábamos con ganas de aligerar a nuestra madre un poco; pero ella siempre me halagaba más a mí, hasta Yo lo notaba, a pesar de que las dos habíamos trabajado por igual. A la primera ocasión que se presentó, mi padre entregó a mi hermana en matrimonio al hijo de un pescador que se pasaba los días enteros en la mar o arreglando redes en la barca. Y mi hermana tenía que ocuparse de la casa y los animales domésticos, ovejas y cabras, que le daban mucho trabajo.

Con este casamiento Yo tuve la impresión como de que en mi familia tenían prisa por quedarse conmigo, sin la sombra de mi hermana. A partir de entonces mi padre y mis hermanos todavía tenían más atenciones para mí, ya sin el temor de ofender a nadie; y mi madre me besaba y abrazaba mucho más apasionadamente.

La primavera había sido lluviosa y las olivas en otoño eran muchas y hermosas. Para recogerlas, los hombres apaleaban los árboles; y hombres y mujeres, con las rodillas en tierra íbamos cogiéndolas del suelo y echándolas a los cestos de junco. Trabajábamos en cuadrillas y debajo de cada árbol se formaba una tertulia mientras se iban llenando los cestos. El suelo era pedregoso y con frecuencia había que apartar algunas piedras para recoger las olivas.

Una de aquellas piedras me molestaba para colocar la rodilla en tierra. Aparté la piedra y seguí recogiendo las olivas.

Sentí un pequeño pinchazo en la rodilla y empezó a dolerme inmediatamente. Me incorporé y vi caer al suelo un escorpión amarillento, que conocí por haberlos visto antes más de una vez en aquellas tierras pedregosas. Chillé espantada y me desmayé.

Los que trabajaban conmigo, incluidos dos de mis hermanos, hicieron por mí cuanto sabían; pero el veneno había llegado muy lejos y, a pesar de que me llevaron a toda prisa al pueblo, donde me podrían ayudar mejor, antes de llegar ya había muerto.

Cuando entré en el bardo tuve interés en conocer lo que seguía pasando en mi casa de Éfeso. Y quedé absolutamente conmocionada, si se puede decir así para una persona que, teniendo conciencia, no tiene órganos materiales que se conmocionen.

Mi madre fue avisada por un joven que corría delante, y salió a las puertas de la ciudad. Cuando me vio se abrazó a mi cuerpo y al notarlo muerto, se tiraba de los pelos queriendo arrancarlos. Estuvo los dos días siguientes, día y noche desvariando y enloquecida. Tuvieron que alejarla de mí para que recuperara parte de su sentido. Pero nunca más, en el resto de sus días volvió a sonreír.

Los dos de mis hermanos que trabajaban conmigo en la recogida de las olivas, quisieron quitarse la vida sintiéndose culpables por no

haber previsto el accidente. Si no lo hicieron fue por el auxilio de sus esposas y por evitarles el dolor de la viudedad.

El tercero de mis hermanos y mi padre estaban navegando por el Mar Occidental y no se enterarían hasta que volvieran.

Yo podría comprenderlo estando en el bardo; pero tampoco lo comprendía, ni aun hoy lo comprendo. Yo sabía que aquella que era mi madre había sido antes mi esposa. Y mis tres hermanos habían sido mis hijos en mi ciclo anterior. A esas relaciones atribuyo los sentimientos tan profundos y la dedicación tan total que me ofrecieron los cuatro en vida y ese dolor tan desgarrado que sentían con mi muerte. Creo que es así pero no tengo nada en que sostener ese criterio.

Sé que a veces me encuentro una persona a quien veo por primera vez y sin que haga ella méritos para ello, Yo me entrego a ella desde el primer momento de nuestro encuentro. Y sé que a veces, me encuentro a alguien que sin que haya hecho nada especial, Yo trato de rehuir. También sé que la mayoría de las veces no ocurre ni una cosa ni la otra.

Y no sé el por qué de esas reacciones de aproximación o de rechazo irracional; pero si no se puede explicar por una relación anterior, no encuentro ninguna otra explicación.

Tuve un bardo tan emotivo que no podía concentrarme en lo que debía ser mi ocupación en aquel estado: Reflexionar, buscar información y decidir sobre mi próximo ciclo. Y no pude adelantar hasta que la que había sido mi madre murió; fue a la tercera primavera después de mi muerte, y sin haber podido recuperarse del golpe.

Cuando pude hacerlo, la primera decisión que tomé fue el no volver a realizar ningún ciclo vital que pudiera verse interferido por las relaciones establecidas en el anterior o anteriores.

Con esto aclarado, antes de tomar otras decisiones, salí de la región de Éfeso y marché al valle del Jordán, a una ciudad donde Yo había vivido ya varias veces en etapas anteriores.

*Si pudiéramos vivir lo que queremos y como queremos...la vida sería otra vida; pero ésta es como es, aunque a veces nos deje con la miel en los labios, con los proyectos a medias, o con la sangre helada.*

*Porque Yo tengo helada la sensibilidad de medio cuerpo, no me siento por ello más desdichado. A veces veo en la red algunos contenidos de carácter sexual o reclamos que a mí me dejan indiferente. Y esto es así gracias a que la parte de mi cuerpo que podría llenarse de confusión y reclamar su parte en el banquete de la vida, está helada. No sé si tengo que estar contento por eso o debería lamentarme. Me estoy perdiendo una parte del banquete, y también tengo*

*erradicada una fuente de frustraciones, porque éstas surgen cuando hay grandes distancias entre deseos y posibilidades de ser satisfechos. Yo a los diez años de mi nueva vida, y en mi situación, también puedo tener mis ambiciones, centradas en otros objetivos.*

### SI LLEGARA A VIVIR

Si llegara a vivir los treinta años,  
quisiera recalar sin cicatrices,  
sin traumas que perforen mi corteza,  
por donde se me entren las manías  
y dé en mi madurez un fruto huero.

Si llegara a vivir el medio siglo  
quisiera poder ver ya casi hecha  
la obra más fecunda de mis manos,  
antes de que flaquee su firmeza  
y me encuentre incapaz de concluir.

Si llegara a vivir ochenta años  
quisiera usar bastón y barba blanca,  
y mirada serena y voz humilde,  
y poder pasear por la avenida  
para echar de comer a las palomas.

Y si llego a vivir un siglo entero  
quisiera no sentir bullir el odio  
por ningún recoveco de mi alma,  
y que no me pesara en la memoria  
otra carga, que aquella de los besos.

Y si llego a vivir eternamente,  
y espero confiado que así sea,  
quisiera persistir enamorado  
de las cosas pequeñas que he tenido  
y de aquellos que viajan a mi lado.

## XIV

**JERICÓ ERA SU NOMBRE  
(hace 3.950 a.)**

**Jericó era su nombre**, y Yo siempre pensaba en ella con dulzura, a pesar de los duros días que me tocó vivir allí, tres mil años antes.

Era una ciudad-oasis fortificada, cuyos muros Yo ayudé a levantar tres mil años atrás; y que no había visitado desde entonces porque temía volver a repetir unos trabajos y agobios tan terribles como los de aquellos días. Sin embargo ahora estaba muy cambiada y me decidí a iniciar un nuevo ciclo, aunque no en la ciudad misma sino en las tierras fértiles que le circundaban.

Tres mil años atrás, Jericó era el oasis donde venían los pueblos del norte con su jade y sus obsidianas a intercambiarlos por los productos que llegaban del sur, como hematites, conchas marinas y sal del Mar Muerto. Jericó, un oasis de verdor con sus abundantísimas y cristalinas aguas, daba cobijo, descanso y sosiego por unos días a los mercaderes del norte y del sur. Y cobraba por ello unos estipendios (60).

Así acumuló en unos decenios una riqueza que era apetecida, incluso con violencia, por todos los pueblos vecinos, que carecían de ella. La comunidad de Jericó, unas dos mil personas, se organizó para construir una muralla defensiva, que no pudiese ser des-

---

(60).-Jericó está en el Valle del Jordán, en el centro de la Gran Falla de África Oriental que corre desde el Líbano al mar Rojo. Toda la comarca está a alturas interiores al nivel del Mediterráneo. Jericó a 350 metros bajo el nivel del mar tiene un clima tórrido. Pero desde la más remota antigüedad ha sido favorecido con un abundante manantial que aun hoy da unos 4 000 litros por minuto y que convierte en un vergel a esa parcela del desierto. Y por eso ha sido muy estimado por múltiples pueblos de las más diversas culturas a lo largo de la historia. Los primeros pobladores de que se tiene noticias fueron los natufienses, hacia 9.500 a.C, que llegaron a construir la primera ciudad fortificada del mundo, según los conocimientos que hoy se tienen, rodeándola de una muralla de dos metros de ancha y al menos siete metros de alta, con una torre adosada a ella de diez metros de diámetro y de la que queda una ruina de diez metros de altura. Y esto fue unos cinco mil años antes de que se construyeran las pirámides gigantes de Egipto. Jericó está situada en una zona de alta actividad sísmica, por lo que ha visto derrumbarse sus murallas varias veces a consecuencia de violentos terremotos. Tal vez uno de ellos hacia 1.500 a. C., cuando narra la Biblia que fueron destruidas por las trompetas de Josué (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 27, pág. 33).

truida ni por los enemigos del desierto colindante, ni por los dioses del Averno, como ya lo había sido la primera que se construyó.

Allí fui Yo a parar hace tres mil años, en uno de mis primeros ciclos al llegar al Creciente Fértil, cuando Jericó llevaba empeñado ciento veinte años en la construcción de sus defensas.

Antes de tomar ahora ninguna decisión, quiero después de salir de Éfeso, recordar desde mi bardo aquella experiencia extremadamente dura y no exenta de una dulzura sublime.

Había Yo nacido en una aldea cercana a Jericó, en el seno de una familia de pastores, que aprovechaba los abundantes pastos circundantes al oasis que era Jericó. Había tomado por mujer a la más hermosa joven de la aldea y, mientras no tuviésemos hijos, pasábamos juntos los días con el rebaño y solazándonos con nuestro amor.

Continuamente venían caravanas de camellos, cargados de productos exóticos, ya de Beihda al sur de Jericó, ya de Byblos al norte. Todas venían acompañadas de un buen número de esclavos, que eran una buena mercancía en aquella ciudad. Y todas entraban a la ciudad por una u otra puerta, cambiaban en ella sus mercaderías y salían de regreso a sus tierras cuatro o cinco días después.

Con frecuencia se detenían a nuestro lado y nos ofrecían alguno de sus productos a cambio de poder ordeñar nuestro rebaño o de llevarse algunos de nuestros corderos o chotos. Así pudimos hacernos con algunas puntas de lanza de obsidiana que eran muy bien valoradas en nuestra aldea y dos conchas marinas que guardábamos como tótem, aunque de nada sirvieron para evitarnos la desgracia que se cernía sobre nosotros.

Un mal día, digo que debía serlo, llegó a nosotros una caravana que venía de Byblos; y debieron pensar que si entraban a la ciudad con dos esclavos más, sería más provechoso su viaje.

Después de ordeñar nuestro rebaño prometiendo dos puntas de lanza a cambio, no solo no pagaron lo prometido sino que se echaron sobre nosotros y nos ataron con el resto de los esclavos.

Fuimos vendidos en Jericó como fuerza de trabajo, para contribuir a la construcción de la muralla. Yo pasé a engrosar el número de los obreros de la cantera en el río, y mi esposa hubo de quedarse en la ciudad, como fuerza auxiliar para los constructores de la muralla.

Del río que corría no lejos de Jericó teníamos que arrancar, y arrastrar hasta la ciudad, piedras cuyo peso no nos permitía el poder levantarlas. Tres tipos de trabajadores contribuían al avance de la obra: los que trabajaban en el río arrancando y dando forma a las piedras, los que las transportaban y los que propiamente construían la muralla.

Yo fui alojado en el río, y ni para dormir volvíamos a la ciudad. Allí mismo nos traían el alimento, el indispensable para reponer las fuerzas que necesitábamos aplicar, y dormíamos, siempre vigilados, en los escasos refugios naturales de las orillas del río.

De esta forma Yo no tenía ninguna oportunidad ni siquiera de ver a mi esposa, y por noticias de los porteadores de piedras, conocía que estaba viva en la ciudad y que alguna vez se la veía sirviendo agua a los trabajadores de la muralla.

Y así, con grandes dolores y en jornadas que duraban mientras el Sol nos daba su luz, la gigantesca obra avanzaba gracias a unos cientos de esclavos que nos íbamos dejando allí la vida, siendo reemplazados los que morían por nuevos esclavos que traían las caravanas de mercaderes, conociendo que aquí había un buen mercado. Y cuando eso no era suficiente, se reclutaban entre los pueblos de la zona, que no tenían ni el espíritu belicoso, ni las armas que tenía el ejército de Jericó.

Tres primaveras pasé en aquella cantera, y adquirí tal habilidad en obtener de las piedras la forma deseada, que mis guardianes consideraron que sería más útil en la ciudad, como constructor de la muralla, que en el río como cantero y picapedrero.

Me enviaron a la patrulla que trabajaba en la muralla y aprendí pronto a saber buscar el sitio de cada piedra, y cómo mejor colocarla en su sitio. Y aprendí también a preparar aquella argamasa o mortero que, como efectivo pegamento, se usaba para unir las piedras. Primero calcinábamos la piedra mármorea, y la golpeábamos hasta pulverizarla; después la mezclábamos con agua y arena y resultaba una masa que al endurecer unida a las piedras, éstas formaban como una sola piedra con la misma masa.

En comparación con el anterior, este era un trabajo bueno y hasta atractivo porque Yo veía crecer la obra de mis manos; pero aquella argamasa era malvada para nosotros y muchos de los que la preparaban sufrían de quemaduras horrendas o terminaban ciegos y había que arrojarlos fuera de las murallas de la ciudad, al mundo de la mendicidad (61).

En mi escaso tiempo libre podía pasear por la ciudad, que Yo no conocía más que de verla desde los campos vecinos en mis tiempos de pastor.

Las casas tenían los suelos enyesados, y por las calles corría por sus cauces el agua del manantial vecino que llegaba a la ciudad

---

(61).-Hacia el 7.000 a. C. ocupó Jericó un pueblo llamado del suelo enyesado, que usaba el mortero, preparado como se indica en el texto. El mármol o piedra caliza, calcinada produce la cal viva que debía producir por su alta causticidad muchas bajas entre aquellos esclavos, y especialmente ciegos por el polvo de la cal viva. Aun en tiempos de Jesús de Nazaret, debían permanecer en parte esas condiciones, y en Jericó narran los Evangelios dos curaciones de ciegos (Mt. 20,29-34; Mc. 10,46-52; Lc. 18, 35-43) y el pasaje de la conversión de un rico mercader, Zaqueo (Lc.19,1-10), lo que también da a entender que en este tiempo de Jesús, la ciudad de Jericó seguía siendo un centro comercial (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 27, 35).

a través de una gran acequia en parte levantada del suelo para salvar los barrancos y fallos del terreno. Vivir allí habría sido un hermoso sueño si Yo no tuviera la condición de esclavo.

Además de mis duras jornadas de trabajo había algo muy sombrío en mi vida: Pasaban los días y Yo no tenía noticias de mi mujer, a pesar de que intenté buscarla o conocer su paradero desde el primer momento en que llegué a la ciudad.

Dos lunas habían pasado desde mi llegada, cuando un día apareció una mujer arrugada y envejecida, con un cántaro y un jarro dando agua a los obreros de la muralla. Yo no la conocí; ella a mí sí. Se echó a mi cuello y llorando me dijo que desde el día que nos separaron, mientras había mercaderes en la ciudad la obligaban a ejercer como cortesana para ellos, y sólo salía con agua a las murallas cuando no había mercaderes para los que trabajar (62).

Había pensado suicidarse; pero no lo había hecho antes de poder explicármelo. Una vez que me había visto y Yo conocía los hechos, no quería seguir viviendo. Me lo dijo sin mostrar rencor hacia nadie, llena de ternura hacia mí y asumiendo su trágico destino. Me dejó el cántaro y a su lado el jarro lleno de agua fresca; me dio un beso y me dejó la boca llena de dulzura, y sin decir una palabra más, se arrojó de la muralla cabeza abajo contra una enorme piedra que le partió el cráneo.

A mí me permitieron quedarme con su cabeza rota, antes de exponer a las aves de rapiña, para su consumo, el resto de su cuerpo descuartizado.

Sorbí los sesos dulces de aquella cabeza ensangrentada, y durante la noche hice algo de lo que no dí cuenta a nadie:

Limpié la cabeza sacando las carnes de su cara y los pelos de su cabeza, y con la argamasa caliza modelé sobre los huesos las facciones de su cara, pero no las de aquella cara arrugada y triste que Yo había visto aquel día, sino las de aquella otra lozana y de mirada chispeante que Yo veía en el cielo, cuando ella me tumbaba sobre el prado, y se echaba sobre mí, mientras nuestro rebaño llenaba sus ubres de leche. Coloqué en las cuencas de sus ojos aquellas dos conchas marinas que Yo guardaba como un tótem, y las pegué con la argamasa.

Esperé hasta que la masa endureció y después lo cubrí todo, a modo de paño mortuorio, con una fina capa de arcilla.

---

(62).-En las ciudades que eran un centro del comercio debía ser común el que viviesen en ellas cortesanas para atender a los mercaderes. En la misma ciudad de Jericó unos cuatro milenios más tarde, en tiempos de Josué, había al menos una cortesana, Rahab, que después de la caída de las murallas y la toma de la ciudad por los israelitas, fue salvada con toda su familia de la destrucción y de la muerte por haber acogido y escondido a los dos espías enviados por Josué a la ciudad, antes de ser tomada y quemada, pasando "al filo de la espada a hombres y mujeres, niños y viejos, bueyes, ovejas y asnos" (LIBRO DE JOSUÉ, 2,1-22 y 6,15-25).



A la mañana siguiente nadie sabía lo que ocultaba aquella bola de barro, por lo que me fue fácil el buscarle un lugar entre las rocas de la muralla y aplicarle mortero como a cualquier otra piedra.

Seguí trabajando unos días más, hasta que la muralla creció lo suficiente como para que su cabeza estuviera bien sepultada (63).

Entonces, a la hora del día en que ella había aparecido ante mí, me coloqué donde ella llenó el último jarro de agua, y me arrojé, cabeza abajo, sobre la misma piedra que ella.

Y allí debe estar aquella mujer que me dejó una dulzura que Yo he trasladado a Jericó, y cuando después, en mis bardos, me he acordado de Jericó siempre he sentido que la dulzura de aquella mujer llenaba la ciudad; y Yo no sé pensar en Jericó sin que se me llene la boca de dulzura.

Después de tres mil años volví a Jericó, buscando desde mi bardo donde iniciar un nuevo ciclo. La muralla que Yo ayudé a construir había sido parcialmente destruida por un gran terremoto mil años después, y la ciudad sin defensas fue saqueada por sus enemigos ansiosos de sus riquezas; y los que no fueron hechos prisioneros o pasados a cuchillo, abandonaron la ciudad en busca de lugares más seguros.

Mas de mil años estuvo sin habitantes y como ruina abandonada. Yo sé que es una ruina llena de dulzura, porque está entre sus piedras, el dulce recuerdo de mi amada.

No, Yo no quería vivir en Jericó; aunque no podría reconocer en mi vida ni cosas ni hechos de ciclos anteriores, ya tenía experiencia de la forma en que influían ciertas presencias de otros ciclos en el que se estaba desarrollando. Yo no quería vivir en Jericó; pero quería estar cerca de él, y de ella. Era como una tentación y sucumbí a su magnetismo.

Nací hace poco menos de cuatro mil años en las proximidades de Jericó, en una familia de pastores y agricultores de las fértiles tierras que riega la fuente que mana sin cesar, desde antes que viviera en la comarca el primer hombre.

Las gentes de la aldea habían llegado allí del norte hacía sólo unos trescientos años, buscando pastos y agua para sus ganados, y al encontrar un oasis tan fértil y casi abandonado, se posesionaron de él y dejaron de hacer una vida nómada con sus ganados. La hierba crecía durante todo el año y estableciendo regadíos en las tierras abandonadas que mostraban señales de haberlos tenido siglos antes, la región podía convertirse en un vergel. Y esa figura presentaba

---

(63). -En las excavaciones realizadas en Jericó por la británica Kathleen Kenyon en 1953 se encontraron hasta siete cráneos enyesados como el descrito, con una antigüedad de 8.000 años, todos ellos con rostros distintos, meticulosamente modelados para reproducir el rostro que su propietario había tenido en vida (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 27, pág. 38).

trescientos años después en que Yo vine a nacer aquí.

Mi padre me contaba desde pequeño historias maravillosas de primitivos pobladores de las ruinas que asoman medio enterradas en la colina que hay junto a la fuente. Él las había oído de su padre a la sombra de las palmeras y las higueras, junto a la fuente. Mi padre no era emprendedor; pero era un buen observador y paciente y amable con sus hijos.

Soy el hermano mayor de una familia con cinco hembras y tres varones. Mi madre murió cuando amamantaba a la más pequeña de mis hermanas, porque no pudo soportar la carga de la casa y la crianza de sus hijos; la vimos cómo se debilitaba y un día se marchitó sin hacer ningún ruido.

La enterramos en la cámara del pozo, que ya estaba preparado y pintado para estos casos. Allí podría permanecer para siempre, sin que las aves del cielo ni los ladrones de tumbas pudieran quebrar su reposo (64).

Ella era la que tiraba de la familia, y en su ausencia y con la pérdida de ánimo de mi padre, alguien debía tomar las riendas de aquella casa. Y ése fui Yo.

Seguimos amamantando a mi hermana con leche de nuestras cabras y se crió tan fuerte como todos los demás.

Yo hice que un carpintero de Jericó me construyera una prensa para el aceite y mis hermanas hacían quesos que mi hermano pequeño, el séptimo de los ocho, cambiaba en Jericó por alcuza de cobre.

Llegadas las fechas de la sazón de las olivas, toda la familia, menos mi padre que cuidaba el ganado sin otra ayuda en aquellos días, acudíamos a recogerlas del campo, apaleando los olivos.

Tomábamos también las olivas de otros agricultores, con la promesa de convertirlas en aceite en nuestra prensa. Y así lo hacíamos después de terminada la recogida.

Preparábamos el aceite, y del total obtenido entregábamos el que debíamos en pago a las olivas de los agricultores; apartábamos en tinajas de arcilla cocida el que íbamos a necesitar hasta la próxima cosecha, y el restante lo metíamos en las alcuza de cobre hasta llenarlas, y mis hermanas se encargaban de venderlo a la entrada

---

(64).-Los últimos pobladores de Jericó de la antigüedad, que llegaron hacia el 3.000 a. C. eran más primitivos que las culturas que lo habitaron en milenios pasados. Y como curiosidad horadaban la roca caliza con grandes pozos cuyas paredes decoraban, y en galerías subterráneas enterraban a sus muertos acompañados de aquellos objetos que habían tenido en vida, así como cerámicas y royas. Ocuparon la ciudad hasta la destrucción de la misma provocada por Josué 1.500 años después de esta historia. Y desde entonces ha permanecido en ruinas y abandonada, como cumpliendo la maldición bíblica recogida en el libro de Josué, hasta que en tiempos modernos ha vuelto a ser ocupada como ciudad residencial (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 27, pág.41).

misma de nuestra casa, por donde pasaba el camino que salía de Jericó en dirección norte. Allí vendíamos el aceite y los quesos. La leche fresca, recién ordeñada, la vendía Yo cada mañana y cada tarde, con la ayuda de mi tercer hermano y quinto de los ocho, paseando nuestro ganado por la aldea. El balido de las ovejas y el graznido de las cabras actuaban de pregoneros y las mujeres salían con sus jarros de cobre o de arcilla y sobre ellos ordeñábamos cabras u ovejas a petición de nuestras clientas.

Cobrábamos unas monedas de cobre, que sumadas a las que obteníamos por el aceite y los quesos, y las esporádicas por la ventas de algunos borregos y chotos, daban para mucho más de lo que necesitábamos.

Estaba previsto que la próxima primavera Yo tomaría por esposa a una joven, hija de uno de nuestros vecinos a quienes regularmente vendíamos aceite a cambio de sus olivas. Ella conocía mi trabajo, pero no mucho más de mí; Yo conocía su recato y no mucho más de ella. Mi padre tuvo la delicadeza de consultarme antes de establecer el compromiso, y Yo di mi aprobación; ¿qué otra cosa podría hacer, habiendo tenido mi padre esa atención conmigo?.

Hizo un invierno frío y más lluvioso de lo habitual. Aquella mañana subimos a Jericó mi hermano y Yo con nuestro ganado, vendimos la leche y seguimos conduciendo el ganado por entre las ruinas de lo que fue antaño la antigua Jericó.

Subí a una pequeña muralla de piedras para dominar la ubicación de todas nuestras reses; al otro lado la pared era más profunda y el fondo estaba lleno de grandes bloques pétreos, posiblemente desprendidos de la muralla que Yo estaba pisando.

Había llovido y aun el cielo amenazaba con seguir descargando agua y frío. Di un mal paso y caí hacia adelante. Lo último que pude ver fue una enorme roca que me esperaba ocho o diez metros más abajo. Lo último que oí fue un estallido que me ensordeció para siempre.

Sí, cuando volví al bardo tuve la confirmación de un presentimiento que nunca se había hecho presente en mi conciencia, durante el ciclo que ahora había concluido:

Me acababa de abrir la cabeza por segunda vez en la misma roca. Y es que nunca debí volver a Jericó, mi dulce Jericó, a pesar de todo.

Llegué espantado a mi bardo por el mal final que tuve en Jericó, y que Yo podía haber evitado renunciando a volver donde tenía tan fuertes ataduras.

Veinte primaveras en el bardo, contemplando el fluir de la vida en distintas zonas del planeta, pero sin que ninguna situación me comprometiera a mí, serenaron mi ánimo alterado, y finalmente decidí continuar mi senda en la vida, iniciando un ciclo en una región donde nunca había vivido.

*¿Qué hechos han ocurrido en mis ciclos anteriores para que el destino colocase un coche en mi camino al subir al Tibidabo?*

*¿O tal vez mi accidente no tiene nada que ver con experiencias anteriores?*

*Hoy por hoy son preguntas sin respuesta; pero por lo que voy desenterrando de mi pasado no me extrañaría nada que mi actual desgracia tenga alguna relación con situaciones antes vividas; si descubro esa relación prometo contarla, y en caso contrario, cuando este ciclo termine, será mi primer interrogante al llegar a mi bardo. Si el destino existe y puso en mi camino el coche asesino, lo sabré.*

*¡Lástima que los que lean este relato se quedarán sin saberlo!*

## DESTINO

Cada vez que el Sol se asoma  
una esperanza renace,  
un enigma se esclarece,  
la materia se sublima  
y la vida se estremece.

Cada vez que el Sol se apaga  
un descanso en el camino,  
un paréntesis se abre  
para volver a cerrarse  
en el libro del Destino.

Y los ciclos se repiten,  
¿ hasta cuándo ?, ¿ para qué ?;  
y avanzamos cada día  
por una ruta marcada,  
¿ hacia dónde ?. No lo sé.

& & & & &

## XV

**EN EGIPTO**  
**(hace 3.875 a.)**

**En Egipto** estaban ocurriendo cosas que me parecían importantes. No es que Yo tuviera intenciones de protagonizar grandes hazañas; pero me gustaba estar cerca de donde éstas tenían lugar. Y Egipto se estaba convirtiendo en un foco de atracción para los habitantes de la región del Mediterráneo oriental.

Hasta el momento Yo no había conocido la escritura, y en Egipto era fácil acceder a ella. Bastaba querer, esforzarse y ser constante.

Elegí a mi padre porque, siendo hijo de unos emigrantes cananeos, se esforzó para aprender el noble oficio de tallar la piedra, y lo hacía muy bien, y era felicitado continuamente por la fidelidad con que reproducía a hombres y animales.

Él no sabía leer, y se le partía el alma de envidia cuando veía las inscripciones jeroglíficas y sólo podía interpretarlas en función de las figuras que en ellas aparecían.

Por ello se conjuró con su joven esposa a que a sus hijos les darían la oportunidad de ser escribas, para que fueran tan sabios como el gran Imhotep, que levantó en Saqqarah la pirámide escalonada del faraón Zoser.

Desde el bardo presencié la escena y me propuse el ser su hijo, si tenía esa oportunidad. Pero no sería inmediatamente porque ella ya tenía un hijo en el vientre, y en él anidaba ya un espíritu femenino que Yo no podía suplantar.

Nací varón, como segundo hijo en la familia, con una hermana mayor que Yo, el cuarto año del reinado de Sesostris III (65), en Saqqarah, cerca de Menfis y no lejos de Gizeh, donde habían sido levantadas seiscientos años antes las pirámides gigantes de Keops, Kefren y Mikerinos.

---

(65).-El rey Sesostris III pertenece al Imperio Medio, dinastía XII, y reinó entre 1878 y 1841 a.C. por lo que El nacimiento tiene lugar en 1874 a.C. (HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE. Ed. Planeta.Barcelona, 1987. Tomo I, Apéndice XII.

Cuando Yo tenía tres años nació mi hermano pequeño y mis padres no tuvieron más hijos porque vivíamos en una pequeña casa de barro, junto al río y cerca de la cantera donde mi padre daba forma a la piedra.

Él se marchaba al despuntar el día llevándose en un pañuelo dos panes de *durah* cocidos el día anterior en las brasas por mi madre, una pequeña alcuza con aceite para el pan, dos cebollas y un trozo de pescado seco; ése era su almuerzo, que tomaba al mediodía, antes de echar una pequeña siesta que era el único descanso que hacía. Yo lo sé porque a partir de que cumplí los diez años, era Yo el que le llevaba la comida al mediodía, después de terminar mis clases de escritura (66).

Acudía a la escuela de escribas toda la mañana, y allí además de aprender a leer y escribir con los signos jeroglíficos y hieráticos, supe también como preparar los papiros y curtir la piel.

Me enseñaron que si la piel de cabra o vaca se dejaba sumergida en orina, también de cabra o vaca, durante una noche de luna llena, el calzado que después se podía hacer con ella, o el documento que sobre ella se escribiese, tendría una duración mucho mayor que si no se hacía el tratamiento.

El proceso, que Yo aprendí de los pastores y curtidores de las aldeas próximas a Saqqarah, consistía en lo siguiente:

Habíamos de empezar recogiendo y guardando la orina de los animales destinados al sacrificio, durante los siete días de luna creciente anteriores al señalado para el sacrificio; los sacrificábamos el primer día de luna llena al amanecer, arrancándoles la piel después de ser sacrificados y secándola al sol durante tres días; al anochecer del tercer día sumergíamos la piel seca dentro de la orina que teníamos guardada en unos grandes recipientes de arcilla cocida, y la dejábamos expuesta toda la noche a la luz de la luna llena.

Al amanecer del día se sacaba y se dejaba secar al sol antes de fabricar el calzado o destinarla a la escritura. El calzado preparado con la piel así tratada nos protegía de las heridas y torceduras, así como de la picadura o mordedura de las pequeñas bestias,

---

(66).-Era el tipo de comida frugal que solía hacer el resignado siervo egipcio, que al tiempo se sentía orgulloso forjador del mañana, como recogió más tarde el Libro de los Muertos:

"El ayer me ha creado;  
hoy es el día de hoy,  
y yo soy el creador del mañana"

Las clases superiores podían incluso permitirse el beber vinos de importación. (MARAVILLAS DEL MUNDO. Salvat Ed. Barcelona, 1980. Pág. 17).

En cuanto a la escritura, a la más antigua la jeroglífica, hacia 3000 a.C. sucedieron dos tipos, la hierática para usos religiosos y la demòtica, hacia 700 a.C. para usos comunes (ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL. ED. ISTMO. Madrid, 1979. Tomo I, pág. 23).

gracias a la protección de la Luna y del espíritu del animal sacrificado.

El saber leer y escribir abre las puertas de otros muchos conocimientos. En la escuela logré entender, al leerlo, el funcionamiento de nuestro calendario.

Nuestro año tiene doce meses de treinta días, y cinco días adicionales (los epagomenes) que dedicamos a nuestros dioses Osiris, Horus, Set, Isis y Neftis.

Los meses se agrupan de cuatro en cuatro formando las tres estaciones: inundación, invierno y verano. El primer día de nuestro año solar es el primero de la inundación, en la época más calurosa del año (67).

Aprendí también que el hombre tiene tres partes, el cuerpo que todos vemos, el *ba* o espíritu y el *ka* o alma creadora. Y la unión de *ba* y *ka* forman el cuerpo inmaterial, que viaja tras la muerte en la Barca de Ra hasta llegar a la presencia de Osiris, donde se pesa su corazón para evaluar su vida.

Cuando terminaba mis clases recogía la comida para mi padre y se la llevaba a la cantera. Me quedaba con él hasta que Horus (el Sol) se escondía, admirando la perfección con que daba forma a la piedra, con un martillos y un cinceles de obsidiana y de bronce.

Los demás obreros y los capataces admiraban también su destreza y le pasaban a él los encargos más delicados que recibían, tanto de la corte del Faraón Sesostris, como de los sacerdotes de los templos de Saqqarah e incluso de los principales de la ciudad y de otras ciudades, que se preparaban su morada para después de la muerte.

Él esculpió para admiración de los siglos venideros, entre otras, la estatua de nuestro faraón Sesostris III y la Tríada de Horus, Osiris e Isis (68). Y era tanta la ilusión que tenía en los estudios que Yo realizaba que me hizo una estatua, dándole el título de El escriba de Saqqarah, a semejanza que ya existía del Imperio Antiguo. Y tengo dispuesto que esta estatua me acompañe en mi morada última.

---

(67).- El primer día del año así fijado se producía entre el 19 y el 21 de Julio de nuestro calendario. Esa variabilidad no les satisfacía y lo hicieron coincidir con el momento en que la estrella Sirio, asociada a Isis, coincidía con el Sol. Pero el curso de Sirio es un cuarto de día menor que el curso solar, con lo que sólo se daba una coincidencia de los dos calendarios cada 1.460 años. (HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE, Op. cit., tomo I, pág 124).

(68).-La primera de las obras, en cuarcita roja y muy deteriorada se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York; las estatuas de los tres dioses están hechas en oro y lapislázuli y se conservan en El Louvre de París. (HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE, Op. cit., tomo I, págs.145 y 215).

Mi padre, a quien Yo adoraba, murió durante la crecida del Nilo, en el primer mes del año, cuando Yo tenía catorce. Una noche llegó a casa vomitando sangre, y así continuó tres días más, hasta que quedó pálido porque su cuerpo no tenía más sangre para vomitar, y se marchó en la Barca de Ra.

Los mejores sacerdotes-médicos de Saqqarah visitaron nuestra casa para poner remedio a su enfermedad, pero lo único que pudieron hacer fue aliviarle algo los dolores y prepararlo para subir a la Barca y presentarse ligero de peso ante Osiris. Mi madre decía que la piedra que trabajaba lo había reventado por dentro (69).

Celebramos sus funerales y enterramos su cuerpo en un hipogeo excavado en una colina próxima al Nilo porque no teníamos fortuna para embalsamarlo. Incluimos en su tumba los martillos y cinceles con que había trabajado; los capataces no pusieron ninguna resistencia a que lo hiciéramos.

Él solía decir que "la vida y la muerte contienen un mensaje que sólo saben descifrar los dioses o los iniciados". No sabía leer, pero era un sabio filósofo.

Fue entonces cuando Yo decidí ser sacerdote-médico de Toth para que los pobres tuvieran también quien les enseñara a preparar su viaje hasta la presencia de Osiris, porque la muerte es la mejor oportunidad que tenemos para renovarnos, si sabemos prepararnos para ella.

Empecé a trabajar como escriba para que mi familia pudiera sobrevivir. Al mismo tiempo mi hermano menor, que había heredado las habilidades de mi padre, empezó a ir a la cantera, ocupando su lugar, aunque no era respetado como él lo fue, y recibía de vez en cuando algún bastonazo del capataz.

Con mi hermano trabajando de escultor estaba asegurado el sustento de mi familia y Yo podía orientar mi trabajo de escriba hacia la medicina.

Para ser sacerdote-médico acudo a la Casa de la Vida de Menfis, dependiente del Templo, que también tiene un jardín botánico, un laboratorio y una biblioteca, todo ello a disposición de la escuela médico-sacerdotal.

Para esto han venido conmigo mi madre y mi hermana; mi hermano queda en Saqqarah, trabajando en la cantera donde está ganando prestigio, guiado desde el Amenta por nuestro padre (70).

---

(69).-La silicosis complicada con tuberculosis era muy frecuente entre los trabajadores de las canteras, y causa frecuente de muerte prematura; hoy sigue siendo, aunque ahora es menos frecuente la complicación tuberculosa.

(70).-El Amenta (El Más Allá) es el lugar donde permanecen nuestros antepasados, una vez que han sido juzgados ante Osiris, y desde el que guían e intervienen en la vida de los mortales (LE LIBRE DES MORTS. Ed. Seghers, París, 1979. Pág. 19).



A la Casa de la Vida acuden diariamente los enfermos que son asistidos gratuitamente, porque gracias a ellos adquirimos el arte médico-quirúrgico. Y también atendemos a los peregrinos que acuden al Templo y que necesitan de nuestra ayuda.

En la Casa de la Vida Yo puedo aprender de un cuerpo de médicos muy diestros en aplicar todo tipo de recursos, desde la cirugía al encantamiento, para alejar la muerte de los hombres.

Mi guía como médico y como sacerdote y como mago es el dios Toth, el dios-luna, maestro de las artes mágicas y escriba de los dioses. Sé que para que mis conjuros, exorcismos y sortilegios hagan efecto necesito tener la ayuda de los dioses, y especialmente la ayuda de Toth y de Horus, el dios de la salud.

Antes de iniciar mis estudios hice juramento de no revelar ninguno de los procedimientos, remedios, conjuros, sortilegios o fórmulas secretas que aprenda, y que sólo están al alcance de los estudiantes de estas artes.

Hace un par de años que he ingresado en el equipo médico que se encargará de la momificación de nuestro faraón Sesostris III el día que muera, y para estar preparados hacemos semanalmente un ejercicio de momificación con el cuerpo de alguno de los obreros o campesinos que nos entregan sus familias porque no pueden soportar el gasto de enterrarlo en un hipogeo.

Y ya conozco el proceso completo de momificación o embalsamamiento, que consta de los siguientes pasos:

Con un gancho de cobre se extrae todo el cerebro que se pueda extraer por las ventanas de la nariz; el resto lo disolvemos con drogas especiales, cuya composición no puedo confesar.

Extraemos las vísceras del cuerpo a través de una pequeña incisión que practicamos en el costado izquierdo. Lavamos el vientre interno con vino de palmera y lo rociamos con sustancias aromáticas; todo ello hecho a través del costado.

A continuación lo rellenamos de mirra triturada y de otras sustancias aromáticas. Lo cosemos y ponemos a secar durante sesenta días en sal, para sacar el agua de piel, huesos y cartílagos.

Finalmente le lavamos el rostro con leche y rezamos los conjuros necesarios para que el *ba* y el *ka* tomen posesión de la momia; la envolvemos con finos vendajes entre los que introducimos piedras preciosas u otros amuletos que tuviera en vida el difunto, para asegurar su conservación, pues si llega a descomponerse, también en ese momento de disocian el *ba* y el *ka*, y el difunto se aniquila.

Cuando se trate del faraón también desecaremos en sal las vísceras antes de colocarlas en los *canopos* bajo la protección de los cuatro hijos de Horus, protectores del hígado, pulmones, estómago e intes-

tino (71).

Hay una multitud de tratamientos, curas, conjuros y fórmulas que forman el el cuerpo de la ciencia médica.

Entre las curas he de tratar una herida abierta distintamente que una herida gangrenosa, y una luxación distinta a una fractura; y no es que ésta sea más grave que aquélla, porque si se trata de una luxación de una vértebra del cuello y el enfermo pierde el control de sus piernas y brazos, y su orina se escapa gota a gota, el médico deberá decir: "Esta es una enfermedad contra la que no se puede hacer nada", porque es una luxación que sólo los dioses pueden curar.

Tengo un gran formulario para aplicar cada remedio en su caso preciso, y así puedo sanar migrañas, dolor de muelas, coriza, calvicie, restreñimiento, bronquitis, mordedura de cocodrilo o picaduras de pulgas.

Dado lo popular que es la calvicie, explicaré una fórmula (que no es secreta), infalible para aquellos que sean constantes. Cheché, madre del rey Teti la preparó como sigue: Se cuece largo rato en aceite de oliva una pata de perro, con un hueso de dátil y un casco de asno. Con el aceite de la cocción se unta la cabeza dos veces al día durante los meses de la inundación y al verano siguiente habrá nacido el pelo.

Todos estos remedios los preparamos los médicos en una de las salas del Templo, el Asit, en presencia siempre del Sacerdote Mayor de ese Templo, y acompañándonos de los conjuros precisos en cada caso. Sólo así preparados, son eficaces nuestros remedios.

Para las distintas enfermedades de los ojos conozco una serie tan larga de remedios, como lo es la de enemigos de nuestros ojos en el Bajo Egipto: luz, moscas, calor y hasta la arena del desierto que en ventolera no cesa de producir tuertos y ciegos entre nuestro pueblo.

Por ello el dios Toth que curó el ojo de Horus hecho sesenta y cuatro pedazos por Seth el malvado, y el dios Amon, que abre los ojos y libra del estrabismo, entregaron a nuestros oculistas "El Libro de los Ojos", donde está escrito cómo ser infalibles en el tratamiento del pterigion (conjuntivitis), blefaritis, oftalmía de Egipto (tracoma), cataratas o la enfermedad de aquellos que ven la oscuridad en pleno día (ceguera), aunque esta enfermedad es con frecuencia un castigo de los dioses, que solamente los dioses pueden curar.

---

(71).-Los procedimientos y fórmulas que se citan en este apartado han sido adaptadas de EL DIARIO DE LA MEDICINA de A. Soubiran y J. de Kearney, en versión española de J.R. Masoliver y M. García. Barcelona, 1963. Los canopos eran vasos de arcilla con estatuillas de los hijos de Horus. En el Museo de El Cairo se encuentra una colección de la XII dinastía, encontrada en Saqqarah (HISTORIA DE LA MEDICINA Y DE LOS MÉDICOS. J.C.Sournia. Jarpyo Ed. Madrid, 1997. Pág. 45).

Para la mujer hay una medicina especial, para tratar los problemas especiales de su estado. Así, su fecundidad se puede acrecentar comiendo mandrágora de Palestina, pero si un hombre la come no le hará efecto. Y del mismo modo hay métodos para saber si una mujer podrá concebir, o para saber si ha concebido y qué ha concebido. o para no concebir o para conocer su esterilidad. Puedo explicar como ejemplo esta prueba, que tampoco es secreta: Se habrá de colocar en la vagina un diente de ajo o un bulbo de cebolla, y dejarlos allí toda la noche; si a la mañana siguiente el olor del ajo o de la cebolla se ha comunicado al aliento es porque es fértil, en caso contrario no podrá concebir jamás.

En esta especialidad de la medicina para la mujer están también incluidas las recetas para su higiene íntima y para su belleza; así podemos recomendarle unos baños de asiento o inyecciones y fumigaciones a la matriz.

Finalmente como a cualquier mujer gustará saber cómo engrandecer sus ojos y aumentar su belleza, indicaré lo que practican todas nuestras jóvenes, y no tan jóvenes, en Egipto. Las campesinas menos afortunadas pintan alrededor de sus párpados un trazo grueso con lodo del Nilo, hollín, negro de humo o carbón vegetal; pero desde las mujeres de los artesanos y funcionarios hasta la mujer e hijas del faraón lo hacen con sulfuro de plomo o galena, que las hace mucho más bellas, y que al ser más graso también es más permanente y mucho más caro.

Terminados los estudios he pasado por una dura ceremonia de iniciación, en la que de nuevo he jurado guardar todos los secretos aprendidos en los tratados médicos que se conservan en el Templo.

Por eso no puedo dar a mis pacientes todas las explicaciones que me piden acerca de los remedios, exorcismos o conjuros que Yo les prescribo.

Ellos confían en que Yo les cuidaré en la vida y también en la muerte; pues en efecto, cuando llega por fin la muerte, rodeamos el cadáver de toda clase de amuletos, alimentos, perfumes y vendas mágicas para librarle del temor a la muerte. Le colocamos bajo su cabeza el libro de la "Salida del Alma hacia la plena luz del Día" (72), para ayudar a su espíritu a realizar el viaje en la Barca de Ra.

Si además es persona principal y lo ha previsto en vida, también podremos momificarlo y enterrarlo en la mastaba que él se habrá preparado para esta ocasión.

Durante los estudios he vivido en el Templo, pero una vez acabados,

---

(72).-Es el verdadero título del Libro de los Muertos, así llamado por Ricardo Lepsius al publicar en 1842 la primera versión del "Ritual funerario", des cubierto por Champolion entre los papiros egipcios del Museo de Turín.

podría vivir con mi familia fuera del Templo si no fuera sacerdote, pero no es mi caso, porque Yo soy sacerdote-médico.

Me he casado con una joven de Saqqarah que me amaba en secreto, como Yo a ella, desde que éramos unos muchachos. Ella también iba a la cantera a llevar la comida a su padre y allí nos conocimos y nos amamos en tardes inolvidables.

He pedido respetuosamente al faraón nuestro dios, que me otorgue el cargo de sacerdote-médico del Templo funerario de Zoser, en Saqqarah, que ha quedado vacante por la muerte del Sacerdote Mayor. Nuestro faraón Sesostris III me lo ha concedido y he venido a vivir de nuevo a Saqqarah con toda mi familia; pero ahora, gracias a mi cargo, vivimos en el Templo, también mi madre y mi hermana (73).

El cargo de sacerdote-médico es generalmente hereditario, de padre a hijo; pero no es normativo que así sea, por lo que hay excepciones, y Yo he sido una de ellas, gracias al buen recuerdo que nuestro faraón Sesostris tiene de mi padre, su escultor. Ahora debo procurar que con mi hijo, si me lo dan los dioses, se cumplan las normas no escritas del comportamiento social de nuestra sagrada profesión.

Aquí atiendo gratuitamente a los enfermos del pueblo y cobro un salario del estado por ello. De los señores principales acepto algunas atenciones, ya que no debo cobrarles, y con ello se sienten mejor atendidos, aunque no es rigurosamente cierto, porque mi dedicación a mis enfermos es la misma en todos los casos, tengan o no atenciones especiales conmigo.

He atendido al hijo del anterior sacerdote-médico del Templo, aquejado de un fuerte dolor de migraña. Le he aconsejado hervir un cráneo de siluro (pez del Nilo) en aceite, y frotarse la cabeza durante cuatro días. En agradecimiento me invita a un banquete en su casa, acompañado de mi mujer.

Acudimos a su casa esa misma noche, cenamos abundantemente y bebemos también en abundancia un "vino de importación, año XXIII" según está escrito en el ánfora, y acabamos con unas copas de un

---

(73).-Se trata del templo funerario del rey Zoser, dentro del complejo funerario levantado por Imhotep en el Imperio Antiguo, III dinastía, que incluye la pirámide escalonada de 62.2 m de altura, el templo, patios, edificios de ornamentación, una segunda tumba fuera de la pirámide, y el complejo del jubileo donde se celebraba cada treinta años (una generación) la ceremonia de la regeneración del ka. Imhotep es el más célebre de los cientos de médicos egipcios conocidos. Era consejero del Rey Zoser y fue escriba, arquitecto, poeta y médico. Los egipcios le veneraban por sus curaciones y le dedicaron muchos santuarios, el más importante el de Menfis, hacia 2.600 a.C. Su estatua como escriba puede admirarse en el Museo del Louvre. (HISTORIA DE LA MEDICINA Y DE LOS MÉDICOS, Op. cit., pág. 46).

vino muy aromático, "vino de Butó, año XIX" (ver 66), que sólo está al alcance de unos pocos afortunados. Cuando ya está muy avanzada la noche Yo empiezo a sentirme mal. Mi estómago se mueve revuelto, sudo abundantemente y empiezo a ver borrosa la luz de las antorchas que iluminan la mesa. Oigo decir a mi anfitrión "no debiste aceptar el cargo del Templo que me correspondía a mí", y ahora comprendo lo que me está pasando.

Aquella noche fuimos envenenados mi mujer y Yo. Cuando perdimos el conocimiento nos sacaron a la calle y a unos pocos pasos de aquella casa nos degollaron y abandonaron.

Toda la ciudad de Saqqarah creyó que habíamos sido víctimas de unos desalmados salteadores y lloró nuestra muerte. Yo moría a los veintiseis años de edad, en el año treinta del reinado del tercero de los Sesostris. Y lo que más siento de aquella muerte prematura es el no haber podido colaborar a embalsamar a nuestro faraón Sesostris, Horus viviente.

Mi hermano me hizo una hermosa estela funeraria que colocaron en mi última morada en el Templo de Toth, junto a mis pertenencias y a una numerosa colección de shabti para que me sirvieran en el campo de juncos (74). Mi esposa se enterró en un hermoso hipogeo junto al Nilo, pintado también por mi hermano.

Todo lo que supe de estos acontecimientos, posteriores a mi pérdida de conciencia, lo fue desde mi bardo, como ahora estoy, después de haber repetido varios ciclos vitales como médico-sacerdote-hechicero-mago-brujo y hasta copero del faraón Amenemes IV (75).

Como en mi bardo tengo que ser honesto con mi conciencia, no puede ser de otra manera, he de decir que en todos esos ciclos dediqué mi ciencia al servicio de las clases más afortunadas, y me serví de los cuerpos de los miserables siervos para adquirir mis conocimientos.

A los señores principales, los sacerdotes-médicos los iniciábamos en todo tipo de rituales para librarse de las enfermedades, sobre todo de la peste, que de vez en cuando se desataba por toda la región. Y en caso de muerte también les aleccionábamos sobre el ritual más conveniente. Por todo ello tomábamos sus obsequios en

---

(74).-Hace referencia a la Estela funeraria del funcionario Mentuhotep, labrada sobre caliza y pintada en cuatro registros, donde aparecen las ofrendas a Osiris y la familia del difunto, padre, madre y hermano. Se conserva en Liverpool, Museos del Condado de Merseyside. (HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE, Op. cit., tomo I, pág. 233).

(75).-Amenemes IV, el penúltimo rey de la dinastía XII, reinó entre 1.798 y 1790 a.C. lo que ayuda a fijar la duración del período egipcio de este relato en poco más de un siglo (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 65, pág.8).

moneda o en especie, y siempre ganábamos en veneración y en vanidad de nuestro propio ego.

Después de mi vida como copero decidí vivir, aunque fuese por una sola vez, como un simple siervo, que no esclavo.

Nací en un hogar de agricultores, en los fértiles campos que circundan Tebas, allá donde no está el Nilo; como mis padres estaban sometidos al pago de unos tributos tan altos, no podían con lo que les quedaba de sus cosechas, ni dar de comer a sus hijos si no era robando al faraón parte de lo que debían entregarle por trabajar las tierras del estado.

Para poder subsistir mis padres alquilaban a sus hijos, como fuerza de trabajo, en los muchos proyectos de construcción que se venían realizando en Tebas, a cambio de que alguien les calmara el hambre que ellos no podían calmar.

Y así fui usado, desde que tuve energía, como fuerza bruta de trabajo; frecuentemente transportando o golpeando piedras, para el mejor reposo post mortem de mis respectivos señores.

Y nunca encontré un médico a mi disposición para librarme de los males de esta vida, o para aleccionarme sobre como viajar mejor en ninguna barca de ningún dios Ra.

Y cuando mi cuerpo quemó todas sus energías, en servicio de la vanidad de personas a las que no conocía, se dejó caer a la sombra de una enorme piedra y no volvió a levantarse por sí mismo. Otros miserables siervos como Yo, que no esclavos, lo arrojaron después de muerto a una fosa común, para mantener limpia la hermosa tierra de Egipto.

*Yo puedo hoy, desde este asiento sobre ruedas y delante de mi ordenador, comprender muy bien el origen y el contenido verdadero de aquella fe de mis ascendientes egipcios, de los unos y de los otros, de hace más de tres mil setecientos años.*

*Aquellos que todo lo tenían, habían de mantener el status; los que carecían de todo, no tenían más consuelo que esperar a ser liberados de sus desgracias por la muerte.*

*Y puedo comprenderlo, gracias al accidente que borró los registros de mi memoria en esta vida presente. De no haber sido así nunca habría tenido acceso a estos conocimientos, que habrían quedado almacenados en las capas más profundas de mi cerebro, sin que Yo nunca hubiera sido consciente de ello.*

LA FÉ

Llegamos indefensos a la vida,  
sin defensa por la vida caminamos  
e indefensos de la vida nos marchamos.

Y no puedo comprender  
cómo, sin fé,  
se puede soportar  
destino tan fatal.

Transcurre nuestra vida en lucha incierta,  
detrás de conseguir dinero y fama,  
y cuando nos bajan a la tumba  
ambos logros se quedan en la cama.

Y no puedo comprender  
cómo, sin fé,  
se puede soportar  
destino tan fatal.

& & & & &

**XVI****KEFTIU****(hace 3.720 a.)**

**Keftiu** fue la primera idea que se me hizo presente al entrar en el bardo, después de mi desgraciada experiencia como siervo, en el seno de una de las sociedades más civilizadas y cultas de la época, en este hermoso planeta.

Keftiu era el término que usaban los egipcios para nombrar a los minoicos de Creta, quienes a sí mismos no se nombraban de ninguna forma, que haya llegado hasta nosotros.

En mis ciclos como médico-sacerdote, Yo había oído hablar frecuentemente de Keftiu, y ahora de trataba de profundizar en su conocimiento (76).

Mi experiencia en Egipto había sido en cierto sentido desilusionante. Había experimentado en carne propia cómo la cultura y los bienes que ella produce son patrimonio de unos pocos, y éstos generalmente no los ponen al servicio de su pueblo, sino que usan también a ese pueblo en servicio propio.

Estaba decidido a interrumpir mi experiencia en Egipto, y deseaba iniciar una vida allá donde no tuviese muchas oportunidades para explotar a los demás, porque si las tenía, acabaría haciéndolo.

Tengo la idea de que el mar hace más generosos a los pueblos que la tierras interiores; eso me ha enseñado la experiencia que tengo ya acumulada, aunque carezco de fundamento para defender esa idea.

He recorrido todas las tierras del Mar Egeo, desde Lerna y Micenas en la Península hasta la más pequeña de las Cíclades y las islas del Mar Jónico, incluida Rodas. Y he encontrado que Creta reúne

---

(76).-Los cretenses de esa época fueron llamados minoicos por primera vez en 1904 por Arthur Evans, arqueólogo inglés que dedicó 35 años de su vida a la excavación y reconstrucción de Cnosos, el mayor de los palacios de Creta, con más de 250 estancias en varias plantas. Los minoicos llegaron a Creta hacia 7.000 a.C., tal vez desde Anatolia, hablando un idioma indoeuropeo. Aprendieron a escribir hacia 2.000 a. C., pero su escritura no se ha logrado descifrar hasta la fecha, por lo que conocemos muy poco de ellos a pesar de que existen numerosos documentos, encontrados a lo largo del siglo XX (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 29).

En este tomo se encuentran las fuentes de esta nota y las siguientes hasta 92, salvo indicación en contrario).



las mejores condiciones para proseguir mi vida, dado mi actual estado de progreso y de ánimo (77).

Quisiera aprovechar lo mejor que pueda aquellas habilidades que ya he adquirido y que han quedado de alguna manera formando parte de mi esencia. Estoy discurriendo sobre la posibilidad de iniciar mi próximo ciclo en Creta, cerca del palacio de Cnosos.

He recorrido toda la isla y es el lugar del mundo donde en estos momentos se vive mejor, y donde se sabe gozar de la vida, como en ningún otro sitio. He visitado los palacios que hay distribuídos por toda la isla; desde la punta oriental en Cato Zagro, hasta la falda sur del monte Ida, el mayor de Creta, donde destacan los hermosos complejos de Hagia Tríada y Festo. Pero la región más atractiva es la comprendida entre los montes Ida y Dicté, donde se encuentran Vatipetro, Amniso y sobre todos ellos Cnosos. En esta región hay un terreno ondulado con un excelente clima donde se encuentran los cultivos más extensos y más productivos del olivo y de la vid (78).

Alrededor del palacio de Cnosos vive una población de artesanos y de comerciantes no inferior a dos mil personas, que atienden todas las necesidades del palacio y de sus continuos visitantes.

Todos los palacios de la isla forma una alianza y mantienen un ejército que controla el comercio no sólo de las islas vecinas, sino con la Península y también con los pueblos occidentales del Gran Mar. Y todas las islas del Egeo que quieran comerciar con las demás han de pagar un tributo a Creta, sea en dinero o en especie, en hombres, animales o cosas, según las necesidades del reino (79).

Creta es el primer productor del mundo en aceite de oliva y tiene amplios cultivos de vid; pero está muy poblada, con más de cincuen

---

(77).-Entre el 3.000 y el 1.100 a. C. floreció en el Egeo una cultura con varios centros en sucesivas etapas. Primero fueron las islas Cíclades, en particular Naxos, Melos, Thera y Siros; después fue Creta y finalmente Micenas, en la Península del Peloponeso. Hacia el 1.100 A.C. casi desaparecieron, para renacer en la Grecia antigua 400 años más tarde (v. 76).

(78).-El cultivo de la vid y el olivo son las principales riquezas agrícolas de la isla. En Cnosos se encontraron más de 400 pithoi, tinajas de 1.80 metros de altura, para el almacenamiento de aceite, con una capacidad total de 235.000 litros. Estos cultivos generaron un aumento muy importante de la población, lo que no ocurría en el norte de Grecia, con cultivos de trigo y cebada, y brindó la posibilidad de que parte de la población pudiese dedicarse a otros menesteres como construcción, deportes, artesanía, comercio, navegación, etc. (v. 76).

(79).-Parece que llegaron a desarrollar una potencia naval que les permitía controlar el comercio de toda el área, exigiendo tributos por ello; acabaron con la piratería y parece que eran crueles con sus enemigos a los que sacrificaban sin piedad, aunque no dejaron en sus excelentes frescos escenas de guerra o de violencia. Debían tener un gran sentimiento de seguridad porque sus palacios no están fortificados. Por otra parte eran muy devotos y sacrificaban, en sus ceremoniales rituales, animales e infantes humanos (v. 76).

ta mil habitantes y necesita muchos otros productos para cubrir sus necesidades; necesita oro, cobre, estaño, cristal, piedras preciosas, ámbar, marfil, alabastro, lino y, sobre todo, esclavos para maniobrar en su agricultura y en su industria. Todas esas mercancías se comercian en sus aguas y recibe el justo tributo por permitirlo a los países tributarios.

Andaba valorando todas estas informaciones cuando se me presentó la oportunidad, que aproveché, de nacer como hijo varón de un artesano que trabajaba la madera de olivo, para la construcción y para fabricar útiles de uso común por los habitantes de la isla.

Nací siendo el segundo hijo de la familia y el primer varón. Mi hermana era dos años mayor que Yo y fue sacrificada al dios de la fecundidad, unas semanas después de mi nacimiento. Me sentí muy querido por mis padres y eso me hacía muy feliz. Mi padre era una persona muy apreciada en palacio, porque siempre tenía el ingenio necesario para encontrar una solución mejor que la que le pedían para reparar, cambiar, ampliar o modificar cualquier estancia de palacio. Él había ideado y dirigido la construcción de parte del palacio, especialmente toda la cara oriental donde estaba el mégaron del rey y de la sacerdotisa (80).

Desde pequeño Yo le acompañaba siempre que no estaba jugando con mis amigos en la calle.

Además, cuando llegaban las fiestas de las tauromaquias era muy valiente y era capaz de voltear por encima del toro sin titubear, mientras dejaba sin respiración a toda la corte y sus invitados, incluyendo a la sacerdotisa y a minos, el rey (81).

Mi madre era muy guapa, y a pesar de que no pertenecía a la corte, la llamaba con frecuencia el ministro de asuntos de palacio para oír su opinión sobre como organizar algunas celebraciones y colaborar en ellas.

---

(80).-Los sacrificios infantiles a los dioses, como aquí se citan parece que fueron muy comunes entre los minoicos, y así se deduce de las excavaciones de Cnosos.

Cnosos, como el resto de los palacios minoicos se construyó alrededor de un patio central, con las estancias de los reyes (mégaron) en el ala oriental y los almacenes en la occidental. Las salas públicas estaban en el segundo piso, en la zona occidental (v. 76).

(81).-Los minoicos eran un pueblo festivo, que entre otras celebraciones organizaban tauromaquias, que más que sacrificar a los animales, parece que consistían en burlarles saltando sobre ellos, como demuestra en fresco hallado en Cnosos en 1900. Esta fiestas se pensó que se habrían hecho en el patio central del palacio; pero recientes excavaciones han encontrado en Cnosos y en otros palacios de Creta un patio, fuera de la estructura del palacio que pudo haber sido su "plaza de toros" (v.76).

Entonces mi madre se ponía su mejor corpiño, que le dejaba sus pechos prietos y brillantes al descubierto; se lo ataba muy apretado a la cintura para que ésta resultara más estrecha y destacara mejor el volumen de sus pechos. Se vestía su falda de volantes y sobre ella su delantal bordado con bolsillo de faltriquera. Se acababa de vestir con sus collares, pulseras y tocado; me tomaba de la mano y nos íbamos a palacio. Mientras ella despachaba con el ministro Yo podía caminar con libertad por los pasillos y por el patio central (82).

Entre las visitas que hacía con mi padre y las que hacía con mi madre, llegué a conocer muy bien el complejo palacio, y a mí me conocían desde minos, el rey y su hermosa esposa la sacerdotisa Pasífae, hasta la última cocinera.

Sí, Pasífae era muy hermosa y también ella pensaba lo mismo de mí, pues cuando sólo tenía Yo seis años, recuerdo que me tomaba en sus brazos y me apretaba contra sus pechos cálidos y duros, mientras me comía a besos y me repetía en todas las variaciones posibles que era muy hermoso, y Yo advertía su pasión. Me pidió con vehemencia, que cuando visitase palacio con mi padre o mi madre no dejara de visitarla. A mí me gustaba su entrega hacia mí, porque era la persona más importante de palacio; ni minos, el rey, mandaba tanto como ella. (83).

Pero tanto acaloramiento me cansaba, y algunas veces fui a palacio procurando de que no me viese ninguna de sus damas, a las que tenía indicado que si aparecía por palacio me condujesen a su presencia.

Yo me dí cuenta de que tanta pasión podía ser peligrosa para mí, y en muchas ocasiones dejé de ir a palacio dando alguna excusa a mis padres.

Cuando tuve los diez años empecé a manejar la sierra, el martillo y el buril en la carpintería, y mi padre decía que tenía una habilidad nada común.

En toda la isla había una gran demanda de prensas para el aceite, y me especialicé en su construcción e introduje algunas novedades sencillas, creo Yo, pero muy estimadas por los agricultores que decían que con ello aumentaba bastante el rendimiento en aceite, al

---

(82).-El vestir desenfadado era la norma entre los dignatarios, hombres y mujeres, como aparecen en los numerosos frescos y en las estatuillas encontradas. Las mujeres son de hermosos rostros y mirar desenfadado como en los mejores tiempos de la corte francesa, hasta el punto de que el rostro de una hermosa joven, encontrado en Cnosos, con pelo rizado y grandes ojos perfilados al estilo egipcio, se le conoce con el alusivo nombre de La Parisina (v.76).

(83).-En la parte occidental de Cnosos estaba la llamada sala del trono, que por ser pequeña y poco iluminada, se ha pensado que más que trono de un rey parecía ser un santuario, y que el supremo mandatario tal vez no fuese un rey sino una sacerdotisa, siendo el minos (traducido como rey) un segundo cargo, como rey-consorte (v.76).

realizar mejores prensados con menor esfuerzo. De toda la isla venían a encargarme prensas y tuve que ampliar el taller para poder atender todos los encargos.

Empecé a trabajar muy intensamente y visitaba menos el palacio; pero a medida que Yo crecía, más pasión ponía Pasífae en buscarme, y rogó a mi padre que fuese Yo, que ya era un excelente artesano según ella, quien atendiera sus demandas de mantenimiento o modificaciones en las estructuras de madera de sus aposentos.

No tuve otra posibilidad que aceptar su petición y a partir de entonces perdía Yo más fuerzas en el palacio que en la carpintería.

Muy a mi pesar, creo Yo, empecé a encontrar muy atractiva la ocupación que me daba Pasífae, aunque a decir verdad, me gustaba más atender a los requerimientos de su hija Ariadna, la de lindas trenzas, que era más o menos de mi edad, y que sospechó que Yo tenía algunas habilidades que a ella le irían bien; me hizo llegar a ella para arreglar una ventana de sus aposentos, y cuando entré con mis herramientas en la mano, la encontré tan oferente que me ruboricé, pero ella se echó a mi cuello y desde entonces hube de arreglar sus ventanas con frecuencia y con gran placer por mi parte (84).

Los dos habíamos crecido casi juntos a pesar de nuestra gran diferencia social, y secretamente Yo la admiraba desde niño, y tal vez ella a mí. Pero nunca pensé en que tendría la oportunidad de estar con ella en su lecho, y solicitado por ella.

Ariadna conocía la pasión malsana que Pasífae sentía por mí, pero no podía hacer nada para acabar con ella, y llegamos los tres a una situación de estabilidad en la que Yo creo que Pasífae no conocía la pasión limpia que nos ataba a mí y a Ariadna.

Yo procuraba dedicar a la carpintería todas las horas que podía, y a petición de los alfareros de Camares (85) construí un torno de alfarero, similar a uno que ellos habían visto en Anatolia; pero cuando estuvo terminado, descubrieron que Yo había incorporado algunas modificaciones que mejoraban notablemente su funcionalidad.

En los siguientes meses construí tornos de alfarero, ceo que para todos los artesanos establecidos en Creta, que no eran menos de dos docenas.

---

(84).-El nombre de pueblo minoico y cultura minoica, lo tomó Evans de la leyenda griega del rey Minos, en la que aparecen las figuras de Pasífae y Ariadna, como esposa e hija del rey. Ariadna, la de las lindas trenzas, es citada bajo ese apelativo por Homero en el canto XVIII de La Ilíada. Pero no es posible asegurar que haya existido nunca un rey llamado Minos, sino que más bien *minos* podría ser el término con que se nombraba al rey (v.76).

(85).-Eran unos excelentes alfareros que nos han dejado multitud de piezas decoradas, siendo entre los varios estilos el más famosos el llamado de Camares con una decoración lineal muy profusa, con dos o tres colores sobre fondo oscuro (v.76).

Me concentré en solucionar otros problemas ajenos a la carpintería y llevé a cabo algunas de mis ideas con notable éxito.

Ideé un sistema para tener agua en palacio permanentemente hice construir unas tuberías de arcilla cocida que traían el agua recogida en unos depósitos o balsas desde una considerable distancia.

La eliminación de las aguas fecales era un problema también importante y construí unas conducciones desde cada sala de baño hasta un desagüe general que las apartaba de palacio y las vertía en un barranco, sin molestias para nadie.

Introduje las bañeras de arcilla cocida en los principales baños de palacio, empezando por los de Pasífae, la sacerdotisa, minos, el rey, y su hija Ariadna.

Nunca tuve una habilidad especial para pintar, pero por mi conocimiento de tantas técnicas distintas, me hice cargo también del equipo de pintores que decoró con hermosos frescos las principales estancias de palacio. Y me preocupé de que uno de nuestro mejores artistas hiciese un retrato mural de la persona a quien Yo en secreto amaba, Ariadna (86).

Mi fama de inventor y artista se extendió como el agua, y venían a pedirme consejo y opinión o a encargarme construcciones de los artificios más diversos. Así inventé entre otras cosas unos depósitos de grano para guardar varias especies de grano en un solo depósito con varios compartimentos, pudiendo vaciar un grano u otro sin que en ningún momento se mezclasen entre sí (87).

Inventé y construí un sistema para alimentar las prensas de oliva o los lagares de uva de manera continua sin que un obrero tuviera que estar alimentando las máquinas.

En otro sentido mis relaciones con palacio seguían teniendo un alto nivel de actividad, y de riesgo para mí.

En particular Pasífae me recriminaba porque no la visitaba con toda la asiduidad que ella deseaba. Yo me excusaba con mi intensa dedicación al taller de carpintería y demás trabajos de mantenimiento de palacio, lo cual era verdad, pero no era toda la verdad.

Aquella mujer, hermosa ciertamente, y de una abundante humanidad, tenía siempre el ánimo a punto y Yo no conocía la forma de saciarla. Me confesó su deseo insaciable, y me pidió que viniera a reparar sus aposentos con un joven aprendiz que había en la carpintería, y que no era de mal parecer. Así lo hice y este aprendiz me aligeró el trabajo en buena medida a partir de entonces.

---

(86).-Hace referencia a la figura de La Parisina, mencionada en la nota 82.

(87).-En la isla de Melos se ha encontrado una escultura en piedra de unos 15 cm. que parece ser la maqueta de un depósito de las características del descrito; va montado sobre unos pilares que protegen el grano contra la humedad y los roedores (v.76).

Veinte años atrás, hubo una disputa con Atenas porque comerciaba con el norte de África sin tributar a Creta, y a instancias de Pasífae se pactó un tributo anual de veinte jóvenes atenienses. Cada año por primavera cuando llegaba el tributo, Pasífae, la sacerdotisa, era quien lo recibía eligiendo para su servicio tres de ellos, que no eran liberados de su dominio hasta la primavera siguiente, al ser reemplazados por parte del nuevo tributo.

Los palacios de todas las ciudades de Creta colaboraban al sostenimiento de nuestro señor de Cnosos, nuestro minos, el rey. No era tributo porque ya existía una norma de reparto entre todos los palacios, de los tributos recibidos de otros países; era una pleitesía, atenciones que los demás palacios tenían con nuestro señor, para tenerle más propicio a conceder determinados favores, ya personales, ya sociales.

El señor de Vatipetro regaló a nuestro señor de Cnosos un hermoso toro blanco para sacrificarlo al dios Poseidon en las fiestas de primavera. Era extremadamente bello y el primero que nacía de estas características en la isla, desde que se tenía memoria de ello.

Minos, mi señor, quedó tan prendado del toro que determinó el no sacrificarlo, sino guardarlo para tener el gozo de verlo cada día y para exhibirlo en las tauromaquias de palacio. Pasífae, la sacerdotisa, estuvo de acuerdo también en reservar el toro para actos especiales.

A mí se me encargó el adaptar uno de los establos, junto al patio, de los que se usaban sólo en las tauromaquias, para cuadra permanente de aquel hermoso animal. El establo estaba en el lado oriental del patio, entre la cámara lustral y los almacenes de grano. Y así lo hice, con gran gusto de mis señores, que elogiaban la presteza y el afán que puse en ello cada vez que pasaban a ver al toro que era casi a diario, especialmente Pasífae, a quien se podía ver, no sólo emocionada, sino incluso turbada en presencia del toro.

En las fiestas del solsticio de verano celebramos las mejores tauromaquias del año, y en ellas participan los mejores artistas de toda la isla, y el patio central de Cnosos se llena hasta que no cabe un alma más. Los invitados de mis señores ocupan los palcos del primer piso, alrededor de todo el patio, y el pueblo y los visitantes que llegan a Cnosos, llenan hasta reventar los soportales junto a las columnas y el patio, reservando sólo su centro para los toros y los artistas.

Como cada año, desde que Yo tengo memoria, mi padre actuaba en las tauromaquias, en uno de las acrobacias más arriesgadas y más celebradas por todos los asistentes. Consistía en bailar con el toro agarrado a sus cuernos y cuando estaba más furioso soltarle y citarle de frente para saltar volteando sobre su lomo cuando se arrancaba y embestía

Aquel año empezó la tauromaquia con la exhibición del toro blan-

co. Pasífae no permitió que nadie le burlase ni bailase con él. Se le dejó salir al patio, y dar un par de carreras mientras el pueblo y los invitados aplaudían con gestos patentes de admiración. Se volvió a encerrar y dio comienzo la tauromaquia como era de costumbre.

Hacia el final era el momento en que actuaba mi padre, y lo hizo con la misma maestría y seguridad de siempre, frente a un fiero toro negro, cuya piel brillaba a los rayos del Sol del mediodía, como la piedra pulida de obsidiana.

Llegó el momento del último volteo sobre el toro. Le citó situado frente a él y simultáneamente se lanzaron hacia el encuentro mi padre y el toro. En el impulso para saltar sobre el toro resbaló y quedó entre sus cuernos. Lo que siguió no lo puedo describir, sólo indicaré que para limpiar las losas del patio de su sangre y de los restos de sus vísceras, tuvieron que cambiar las losas.

Se suspendieron las fiestas y se prepararon los ritos funerarios, que tuvieron lugar dos días después en el santuario de las Dobles Hachas, dirigidos por la sacerdotisa Pasífae y en presencia de un reducido número de personas por las reducidas dimensiones del santuario.

Después honró todo el pueblo a mi padre en el mismo patio donde derramó su sangre, y le enterramos en uno de los tholoi circulares que había a unos cientos de metros de Cnosos. Era uno de los más grandes, con gruesas paredes de piedra y un techo de madera hermosamente decorado. Estaba destinado sólo a personas importantes, y la sacerdotisa Pasífae determinó con la aprobación de minos, el rey, que mi padre ocupara aquel tholos. Junto a su féretro colocamos una hermosa escultura de arcilla que se hizo por los mejores alfareros, representando el baile que mi padre danzaba con el toro, y una segunda en que él hacía la acrobacia de voltear al toro, aquella que no pudo hacer el día que murió (88).

En los funerales acompañó a mi familia todo el pueblo con nuestros señores y su hija Ariadna al frente.

Cuando terminaron los funerales junto al tholos, Pasífae, que había dirigido toda la ceremonia, hizo el último rito ofreciendo al Sol el alma de mi padre. Entonces, al despedirnos se acercó a mí y me dijo que deseaba verme en palacio a la mañana siguiente.

Acudí a su cita, pero no se trataba de algo habitual; me recibió en la galería y de su mégaron y me invitó a sentarme frente a ella; cerró las puertas y entonces, a media voz, y con la respiración alterada por la emoción, me confesó sin rodeos su propósito:

Quería ser poseída por el toro blanco. Para ello debía Yo cons

---

88).-Tholos como el descrito se han encontrado en Creta cerca de 80; uno de los más grandes es el descrito que se encuentra en Camilari. Todos ellos han sido saqueados a lo largo de siglos, por lo que cuando se han querido investigar sólo se han encontrado en ellos los objetos que los sucesivos ladrones habían desechado (v. 76)

truir en madera una vaca blanca de tamaño natural, que permitiera el que ella se escondiese en sus entrañas, de forma que el toro al montar la vaca pudiera penetrarla a ella. Sería un secreto entre nosotros, y diríamos que se trataba de conseguir la semilla del toro, para sembrarla en todas las vacas de Creta y conseguir una descendencia de aquel toro como no existía en el mundo. Yo sería recompensado en oro o especie, con lo que desease.

Salí aturdido de aquella cita; pero Yo conocía muy bien a la sacerdotisa y sabía que ante mí tenía sólo dos posibilidades a elegir, o la aceptación del encargo o la muerte, una muerte pronta pero sin poder saber por donde verla venir.

Consulté a Ariadna, sobre el proyecto tan loco de su madre y ella consultó, en el mas absoluto secreto, a la sacerdotisa que dirigía el oráculo de Amniso, con quien le unía una antigua amistad. La respuesta fue tremenda. El dios Poseidon estaba muy enfadado con minos, mi señor, por negarle el sacrificio del toro blanco, y se había vengado de él hiriendo el corazón de su mujer con aquella pasión tan ciega, a la que nadie se podría oponer.

Ariadna me contó entre llantos desconsolados, el resultado de la consulta, y de mutuo acuerdo decidimos que Yo debía elegir el seguir viviendo (89).

*La pasión encendida de algunas mujeres ha causado verdaderos estragos, según relata la historia; también la de los hombres, pero son menos los casos de pasión loca y destructiva en los hombres que en las mujeres.*

*Yo siento pasión por las personas y también por las cosas; pero una pasión intelectual. Y no me arrastra la bestia del sexo porque está muerta; aunque no sé si se trata de una suerte o una desgracia. Presumo que con ello me estoy ahorrando muchos sinsabores; pero cuando veo en el parque los arrumacos de las parejas de enamorados también paso mis momentos de envidia; quiero pensar que envidio la ternura y no la pasión carnal que hay detrás de ella.*

*Eso es lo que quiero pensar, pero no me gusta ser como el avestruz y meter la cabeza debajo del ala para no conocer la realidad que me circunda; también sé que, a causa de mi situación, me estoy perdiendo una parte del banquete de la vida, la pasión carnal, en lo que tiene de venturosa locura.*

---

(89).-La leyenda del rey Minos, indicada en la nota 84, cuenta que al rey le regalaron un toro blanco para sacrificar a Poseidon y como era tan bello, Minos no quiso sacrificarlo y lo guardó. Poseidon enfurecido hizo que la esposa del rey, Pasífae se enamorara del toro, y su pasión le llevó a convencer al inventor Dédalo de que le hiciese un maniquí en forma de vaca, dentro del cual pudiera ella esconderse para recibir al toro. Como se ve y se verá más adelante, la leyenda está ligeramente alterada en el relato.



## SI TE VEO VENIR

Si te veo venir, paloma al viento,  
resuenan campanillas en mis sienes;  
si te acercas a mí, cual nave a puerto,  
el faro de mis ojos humedeces.

Si al oído me cantas un te quiero,  
enciendes el volcán de mis deseos,  
y en mi cuerpo presiones inauditas  
arrojan hacia tí un río ardiendo.

Si me tomas, te tomo y nos tomamos,  
el caballo salvaje de mi pecho  
se encabrita y relincha desbocado,  
galopando al compás de tu jadeo.

& & & & &

## XVII

**PASÍFAE**  
**(hace 3.700 a.)**

**Pasífae** presentó a minos, el rey, aquel proyecto de sembrar la semilla del toro blanco por toda la isla de Creta y mi señor alabó el ingenio de la idea, aunque no estaba muy seguro de su éxito, pues opinaba que eso de sembrar toros no era lo mismo que el sembrar cepas de vid.

Yo empecé a trabajar en el mismo palacio con un equipo selecto de mis hombres y en un mes tuvimos la vaca a punto de hacer las primeras pruebas.

La parte trasera del animal-estatua se abría como una puerta por un plano vertical, desde el lomo y dividiendo en dos las patas traseras, hasta el mismo suelo. En el interior de esta puerta quedaba un hueco donde se podía colocar una tinaja con la boca coincidiendo con lo que exteriormente era la vagina del animal.

También se podía alojar allí, en lugar de la tinaja, una persona que, colocando sus pies dentro de las patas del animal, podría estar de pie, y si se inclinaba hacia adelante debajo del lomo de aquella estatua, podría dejar su zona sexual coincidiendo con aquel orificio vaginal de la estatua. Para que esto pudiera ser, la persona debería tener las medidas adecuadas. En este caso era la estatua la que tenía las medidas adecuadas, pues fue hecha tomando Yo en secreto las medidas justas a mi señora Pasífae.

Empezamos las pruebas y de día ensayábamos colocando la tinaja en su lugar y sacando al toro para que viese la vaca blanca. El toro se acercaba, olía la vaca y se retiraba sin mostrar el menor interés. Creímos que se trataba del olor de la pintura y lo corregimos con éxito untando la estatua con orina de vaca.

De noche Yo ensayaba con mi señora Pasífae. Entraba normalmente por la puerta meridional, explicando mi entrada por la urgencia en terminar el proyecto, y me dirigía a los establos; allí acudía embosada Pasífae y se introducía dentro de la estatua. La única modificación que tuve que hacer fue el colocar unos tacos de madera, a modo de casco, en las patas traseras para que Pasífae se alzara medio palmo, con lo que encajaban todas las piezas del montaje.

Para el día destinado a la operación de la monta, Pasífae propuso el hacerle al toro y a la vaca previamente los rituales de la

fertilidad, que haría ella como sacerdotisa, en mi presencia para el caso de que se necesitara mi pericia en algún momento.

Quedamos solos los dos con la vaca y el toro en dos establos contiguos. Se colocó ella en su lugar y Yo abrí la puerta del toro, que tras oler hocico, panza y vagina de la vaca se lanzó sobre ella empujando con toda la fuerza de sus riñones. Yo estaba colocado delante de la vaca, y por las ventanas nasales de aquella estatua Yo percibía la respiración acelerada de mi señora y a continuación unos bramidos tan fuertes que se hubieran oído en el patio, a no ser por el gentío que lo llenaba esperando que concluyese la ceremonia de la fertilidad que estaba teniendo lugar en los establos. Pasífae bramaba de placer y resoplaba como una verdadera vaca; y así continuó mientras el toro empujaba y hasta que, hartó el toro, la desmontó.

Yo dejé reposar unos momentos a ambos, aparté el toro hacia su establo y abrí la puerta para que saliera mi señora. Salió por su propio pie, sin la ayuda que había necesitado durante los ensayos.

Colocamos entre los dos el ánfora en su sitio y avisamos que ya podían sacar la vaca al patio. Allí llegó entre el griterío del pueblo congregado; detrás íbamos los dos, Yo algo preocupado y ella radiante.

Se dio suelta al toro, pero se desentendió totalmente de aquella estatua y el acto fue una decepción. Se intentó varias veces después, en días sucesivos con el mismo resultado y finalmente se desistió de la idea dejando la vaca abandonada en el establo contiguo al toro.

Por entonces mi señora Pasífae estaba ya esperando descendencia, ignorándose quien pudiera ser el padre, dadas sus costumbres promiscuas; y cundió por todo el palacio el rumor de que el hijo que esperaba era fruto de su relación con el toro, relación que la gente comentaba en voz baja, cómo consecuencia de alguna indiscreción de alguna de las personas que habían colaborado en su locura. Y este fue el punto en que Pasífae se asustó y me ordenó destruir la vaca, y a menos, el rey, le convenció de la conveniencia de sacrificar el toro blanco a los dioses para que fuesen propicios con ella en su inminente parto.

Así se hizo y tres meses después parió mi señora con gran dolor una criatura orejuda y fea, con un ojo mirando al este y el otro al poniente, pero que en nada tenía que ver con toro alguno, ni blanco ni negro. Sin embargo, como ella estaba tan avergonzada del punto a que le había llevado su locura y de lo que se andaba diciendo se la criatura que había parido, decidió no dejarla ver y criarla en el mayor de los secretos.

Para ello dispuso Pasífae que se acondicionara una estancia cerca de la entrada norte del palacio, la parte más alejada de las

estancias reales, donde escondería aquel desfigurado hijo, mientras ella confesaba a minos, el rey, que su hijo había muerto de una fiebre repentina y simulaba los funerales con un muerto ajeno buscado para la ocasión.

Sin embargo, su instinto de madre le llevaba dos veces al día a apartado aposento para amamantar a la criatura, hasta que pudo comer por sí mismo con ayuda de una doncella que le acompañaba noche y día.

Ariadna y Yo, con la complicidad de una doncella, acudíamos periódicamente para conocer la forma en que se desarrollaba aquella criatura. Y pudimos constatar que cuanto más se desarrollaba más horrible parecía; más se despegaban las orejas de su cabeza y más escandalosos resultaban aquellos ojos desvariados.

A partir de un momento empezaron a notarse claros indicios de subnormalidad, mientras los rumores por toda la isla sobre la relación de Pasífae y el toro aumentaban y se ilustraban con todo tipo de fantasías, tanto sobre las relaciones como acerca de sus consecuencias, pues se hablaba claramente de un hombre-toro que crecía en secreto en palacio.

Ariadna y Yo no podíamos aguantar aquella presión y decidimos acabar con esta situación tan comprometida, que un día u otro sería descubierta por mi señor y padre suyo, con unas consecuencias que no nos atrevíamos a imaginar.

Por mi trabajo al frente de las construcciones, ingenierías y mantenimientos del palacio, Yo podía entrar de día y de noche sin que nadie sospechase nada; siempre tenía Yo una buena razón que dar: una ventana que no cierra, una tubería rota y el agua que corre por donde no debe, una puerta atrancada que no se deja abrir, etc. Por eso no tuve ninguna dificultad para entrar a media noche, armado con un buen puñal. Entré por la entrada sur que era la única que quedaba practicable durante la noche, protegida con una numerosa guardia. Crucé el patio de sur a norte; pasé delante de la sala del trono y la sala lustral, vacías a esas horas, y por el pasillo delante de los almacenes seguí hasta la puerta del aposento donde Yo sabía que estaba aquella horrible criatura, acompañado de una doncella. Abrí cauteloso la puerta y vi que la doncella dormía profundamente. Saqué el puñal y mientras con una mano tapaba la boca y nariz de aquel inocente para que no emitiera ruido alguno, con la otra le asesté un solo corte en el cuello, permaneciendo con la mano en su boca y el cuchillo en su sitio hasta que se desangró totalmente y quedó flácido su cuerpo.

Con el mismo sigilo acudí a los aposentos de Ariadna y nos descolgamos los dos por una ventana de la cara oriental, como teníamos concertado con dos emisarios de Amniso, que nos esperaban para conducirnos a su palacio.

En Amniso quedamos tres días escondidos en los aposentos de la

sacerdotisa, hasta que se organizó la pequeña caravana que nos había de conducir hasta el mar, y llevarnos hasta alguna de la Cíclades, donde empezaríamos una vida nueva.

Partimos de noche de Amniso acompañados de seis hombres que nos llevaron hasta el Mar Grande y embarcamos rumbo a Naxos, la mayor de las Cíclades y llegamos allí después de una breve escala en Thera, para descansar durante una semana de la presión de Cnosos y del vaivén de las olas del mar.

Cediendo a nuestros ruegos, nos desembarcaron en una solitaria bahía del sur de la isla y los dejamos marchar rumbo a Ceros, donde querían reposar unos días antes de volver a Creta.

Allí, sentados en la playa, cara al mar podíamos intuir que que teníamos frente a nosotros, detrás del horizonte sur, todo nuestro pasado que deseábamos enterrar.

Y nos pareció la forma más eficaz de hacerlo el sustituirlo por otro pasado, que si no era más real, sí que estaba más acorde con nuestros propósitos, que eran el evitar cualquier responsabilidad que Yo pudiera tener en la muerte de aquel hermano tardío de Ariadna, que el pueblo de Cnosos relacionaba con las inclinaciones sexuales de la sacerdotisa Pasífae (90).

Fue entonces cuando inventamos al hombre-toro, con su hambre de efebos y doncellas griegas, y al príncipe Teseo, y al ovillo de hilo, que Yo nunca necesité porque conocía el palacio mejor que Ariadna. Nunca hubo una fuga con un Teseo inexistente y ningún abandono de Ariadna en Naxos. No hubo nada de eso, pero era una historia creíble, y era lo que pretendíamos para alejar de nosotros el riesgo, más que posible, de una persecución por parte de la sacerdotisa.

El final de nuestra historia inventada era que, abandonada Ariadna en esta playa, me encontró a mí, un pescador de Ceros que había naufragado, destruyéndose el barco contra un acantilado; nos enamoramos al conocernos, prometiéndonos compartir nuestras vidas.

Con nuestra historia reconstruida emprendimos el camino de Grotta, la capital de la isla, en la dirección que nuestros liberadores nos habían indicado, y alcanzamos Grotta en media jornada. Establecimos contacto fácil porque hablábamos lenguas muy parecidas, y contamos, a quien lo solicitaba, nuestra historia, aquella que teníamos bien aprendida porque nos la repetimos varias veces en el

---

(90).-Sigue la leyenda diciendo que Pasífae concibió y parió un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro al que llamarían Minotauro y que vivió en un recinto oscuro bajo el palacio de Cnosos, alimentándose de doncellas y efebos que Atenas debía enviar como tributo. Pero un joven príncipe griego, Teseo, decidido a terminar con el tributo, se hizo incluir entre los jóvenes que partían de Atenas como tributo a Creta. Ya en Creta se enamoró de Ariadna y recibió un ovillo de hilo para que fuese a matar al Minotauro y pudiese encontrar el camino de regreso. Teseo mató al Minotauro y escapó con Ariadna, abandonándola en Naxos (v.76).

camino hacia Grotta.

Nos establecimos cerca del puerto en una mísera casa abandonada, y ayudábamos en las faenas de pesca a cambio de poder alimentarnos; pero no estábamos acostumbrados a una vida tan dura y nos arrepentimos muchas veces de haber abandonado la cómoda vida de Cnosos.

Ariadna resultó estar embarazada, a pesar de su extrema debilidad por el intenso ejercicio y la mala alimentación. Nos aprestábamos a recibir nuestro hijo cuando Ariadna enfermó con unas fiebres inoportunas y no hubo remedio vegetal ni sangría de hechicero que pudiera salvarla, ni a ella ni a la criatura que se llevó en su vientre y murió con ella.

Yo sufrí un duro golpe, encontrándome entre gentes extrañas, sin medios propios con que vivir y sin la persona por quien Yo había hecho la locura de matar y de huir de los míos.

En el primer barco que hizo escala en Grotta rogué que me llevaran como marino que conocía las artes del mar. No era del todo cierto, pero hubiera asegurado conocer de memoria el nombre de todas las luminarias del cielo con tal de salir de allí.

Subí al barco prometiendo que trabajaría sólo por la comida, y sin conocer bien hacia donde navegaba. Una vez a bordo supe que era un barco comercial que llevaba tejidos, cerámicas y útiles al occidente del Gran Mar, para traer estaño, esclavos y oro desde allí.

Dos días después llegamos al puerto de Phylacopi, en la isla de Melos, y esos dos días fueron suficientes para que el capitán del barco descubriera mi escaso conocimiento de las artes de la vida marinera, por lo que viendo que Yo sería más una carga que una ayuda, decidió desembarcarme en aquel puerto.

La escala del barco duró el tiempo necesario para descargarme a mí y algunas mercancías y cargar unas vasijas de cerámica que ya estaban preparadas en el puerto.

La ciudad estaba situada a lo largo de un acantilado, con el mar a sus pies, y denotaba el haber sido mucho mayor en épocas anteriores por la cantidad de casas vacías y medio en ruinas que albergaba; en una de ellas encontré Yo cobijo. Había en la ciudad dos alfarerías y allí pude ocupar mi tiempo para preparar el barro con mis pies y transportarlo con mis hombros, a cambio de compartir con los alfareros su comida (91).

Desde la ciudad podía verse a nuestros pies el puerto, con una docena de botes de madera y tres pequeños pesqueros. Al fondo se

---

(91).-Phylacopi sucedió como centro cultural a Grotta y Pelo, hacia el 2.300 a.C. y su apogeo duró hasta el 2.000 a.C., pudiendo haber tenido varios miles de habitantes. Pero situada en una pequeña isla, Melos, la más oriental de las Cíclades, con escasos recursos agrícolas, no tenía posibilidad de mucho crecimiento y hay indicios de que incluso llegó a ser caníbal. A causa de la piratería empezó a declinar con el comienzo del segundo milenio, y hacia 1.700 a.C. no era ya ni sombra de lo que había sido 500 años antes (v.76).

podía ver el mar hasta sus confines, de modo que cualquier barco que se acercase era seguido por sus visitantes desde horas antes de llegar a puerto.

Eran pocos los barcos que hacían escala aquí, aunque los naturales decían que en tiempos pasados eran muchos más. Unos tres meses después de mi desembarco, llegó un barco que estábamos esperando para cargar nuestra cerámica y lo avistamos en el horizonte. Pusimos en marcha el transporte de nuestras vasijas con ayuda de algunos ciudadanos y cuando el barco llegaba al puerto teníamos toda la carga situada allí. Era el atardecer y decidieron cargar con las primeras luces del día siguiente para partir después.

Yo quedé a dormir en el puerto para evitar cualquier acto de piratería con nuestra cerámica, y para ayudar en la carga desde el amanecer. Me obsequiaron invitándome a comer y beber vino del que llevaban en el barco, antes de dormir, y me contaron que venían de Maliá en Creta, donde habían conocido el desastre de Cnosos.

Aunque Yo no confesé que era de aquella isla, sino de la de Ceros, mostré el suficiente interés para que me contaran cuanto sabían de tal desastre.

Me contaron que habiéndose enamorado la sacerdotisa Pasífae de un hermoso toro blanco, que estaba destinado a Poseidon, parió un hombre-toro, y habiendo huido su hija Ariadna con un príncipe ateniense después de matar al monstruo, enloqueció la sacerdotisa y Poseidon hizo temblar toda la isla destruyendo sus palacios, y la sacerdotisa, conociendo la furia de Poseidon, y enloquecida por él, prendió fuego al palacio por sus cuatro costados, teniendo que huir la mayoría de los habitantes que pudieron salvarse, y quedando vivos entre las ruinas la sacerdotisa, el rey y una pequeña corte de servidores.

Con el incendio, dijeron que habían desaparecido todas las industrias que rodeaban al palacio, y la ciudad había quedado a merced del hambre y de los saqueos (92).

El vino que había bebido me salvó de enloquecer Yo también aquella noche. ¿Qué habría sido de los míos y de tantas personas como me querían y Yo quería en aquel palacio?.

Mi vida en Phylacopi siguió languideciendo y cuando vi que mi final no estaba lejos, preparé y limpié una de las tumbas que había vacía, de las muchas excavadas en el acantilado. Pedí a mi patrón que me dejase morir en un rincón de la alfarería y le rogué que enterrasen mi cuerpo en aquella tumba, a la que ya había tomado cariño.

---

(92) .-Parece que hacia 1.700 a.C. un potente terremoto destruyó todos los palacios minoicos siendo pasto del fuego algunos, entre ellos el de Cnosos. Después de un corto período de decaimiento, la mayoría de estos palacios fueron reconstruidos con mayor esplendor del que habían tenido en su primera época (v.76).

Regresé al bardo después de una larga vida, larga en acontecimientos, con múltiples cambios de fortuna; pero no en años, que no fueron más de los necesarios para llenarlos con tantas y tan variadas experiencias.

En el bardo me mantuve el tiempo necesario para serenar mi vida, después de una experiencia tan dilatada en el tiempo, y de suerte tan cambiante.

Y para alcanzar ese estado de serenidad fueron necesarios no menos de cincuenta años.

*Siempre ha sido la fortuna una diosa traicionera. Con muy pocos esfuerzos, y menos escrúpulos, te sube a la gloria o te hunde en la miseria.*

*Mi situación, por grave e importante que a mí me parezca, no es sino una de las mudanzas caprichosas de la diosa fortuna; ¿por qué habría de tomármelo Yo a mal o darle mayor importancia de la que tiene?.*

## NADA

"Y la noche se amontona  
sin esperanza de día".  
Miguel Hernández.

Con lo poco que sé que somos,  
no seré pretensioso pensando  
que dejaré tras de mí una obra inmortal.

Sólo aspiro a que después de mi partida  
quede en mi habitación un hálito de mi voz,  
una reverberación, un eco,  
durante unos minutos de ese tiempo eterno;  
después...NADA.

Otros vendrán y borrarán las huellas,  
y el tic-tac del reloj seguirá imperturbable.

& & & & &



## XVIII

## LA ATLÁNTIDA (hace 3.620 a.)

**La Atlántida** (93) no era precisamente un nombre que conociese de nada, cuando estuve en el bardo. Sí tenía para mí un significado especial Acrotiri, una hermosa ciudad que visité desde el bardo, y que no había tenido oportunidad de conocer cuando hice escala en la isla de Thera, acompañado de Ariadna y de nuestros salvadores, en el viaje hacia Naxos.

En aquella ocasión permanecemos escasos días, de una forma discreta, porque Acrotiri era una ciudad tributaria de Cnosos, y nuestra identificación allí podía haber sido nefasta.

Yo tenía interés en ejercer en Acrotiri alguna de las artes que había conocido en Cnosos, sin poder practicarla (94).

Había un rico mercader en Acrotiri, amante de la pintura, que había hecho decorar su hermosa casa con sugerentes frescos, encargados a los mejores artistas de la ciudad, aquellos que estaban al cuidado

(93).- La Atlántida ha sido emplazada en los sitios más diversos desde el norte de Europa hasta el centro del Atlántico, de donde toma su nombre. Pero el lugar más probable de su emplazamiento, según los últimos conocimientos es la isla de Thera, hoy Santorini, la más meridional de las Cíclades. La hipótesis es del arqueólogo griego Spyridon Marinatos, que trabajó en ella desde 1932 hasta 1974, en que murió de accidente en las excavaciones de Acrotiri. Thera tiene forma de arco, de 18 kilómetros de diámetro, media luna creciente, con unos acantilados de 300 m. de altura y en su centro hay unas pequeñas islas que contienen volcanes aun activos. La leyenda empezó en 590 a.C. El ateniense Solón visitaba Egipto y recibió de los sabios egipcios la historia escrita en papiros de un imperio insular que se había hundido en un solo día. Los descendientes de Solón lo fueron transmitiendo hasta llegar a oídos de Platón, quien lo dejó escrito en sus diálogos. Platón o Solón dieron a ese imperio insular el nombre de Atlántida, lo que ha llevado a confusión durante siglos, asignando varios emplazamientos a la mítica tierra, desde el centro del Atlántico al centro de África, pasando por el Mar del Norte (Revista HORIZONTE, núm. 14. Enero 1971). Pero el conocimiento actual del fondo del Atlántico no permite darle esa ubicación (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 30. En este tomo se encuentran las fuentes de esta nota y las siguientes hasta 107, salvo indicación en contrario).

(94).- Los habitantes de Thera, como en las restantes islas del Mar Egeo, se alimentaban de forma mayoritaria de los productos del mar, aunque eran unos importantes productores de aceite de oliva, del que una parte pagaban como tributo a Creta, junto con parte de las riquezas obtenidas en su actividad comercial (v. 93).

de la conservación y renovación de las pinturas del palacio de Acrotiri.

Me propuse el nacer en aquella familia, pero pasaban los años y no me llegaba la oportunidad. El comerciante tenía tres hijos varones y no pensaba en nueva descendencia. Había que dejar mi proyecto para más adelante y me encarné en un cuerpo de niña, hija de unos pescadores que vivían en el puerto de Acrotiri.

Tenía dos hermanos mayores, que pronto se incorporaron a la pesca con mi padre, mientras Yo ayudaba a mi madre a secar el pescado al sol y a reparar las redes. Cuando tuve edad, aprendí de una vecina a hilar la lana, y pude conocer a su hijo mayor que pastoreaba el rebaño entre los olivares, que ascendían por la montaña, por encima de Acrotiri. A menudo le acompañaba con gran gozo de ambos.

Quedé preñada y me mudé a vivir a la casa de mis vecinos donde dormía en un jergón junto al de mi marido. Parí como las ovejas, en primavera, una criatura que amamanté con gran placer, pero el resto de las obligaciones que conlleva la crianza, las hicieron entre mi madre y la madre de mi marido, porque Yo andaba más al apego de mi marido, y de sus ganas de tenerme a su lado en sus largas jornadas de pastoreo, que al de la crianza.

A causa de ese apego, creo Yo, volví a parir en la primavera siguiente. La criatura era varón como el primero, y mientras lo amantaba empecé a tomarle más apego al que ya empezaba a caminar. Y Yo creo que este segundo vino a encaminar mi vida de madre, porque a partir de entonces dejé de ir cada día con las ovejas.

También tuvo algo que ver la madre de mi marido, quien empezó a quejarse de su condición de ama de cría, mientras Yo holgaba con su hijo. El caso es que no volví a parir hasta dos años después, también en primavera. Esta vez fue una niña y nunca pude recuperarme de aquel parto; me quedó una debilidad que me acompañó durante todo el verano, y cuando llegó el invierno me vinieron unos escalofríos y una fiebre que me llevó al bardo en una semana.

Desde aquí pude conocer que mi marido se volvía a casar con una amiga que jugaba conmigo en el puerto cuando éramos niñas, y ahora había quedado viuda de un pescador que se tragó el mar.

Pero Yo no estaba en el bardo para seguir atada a la familia que había dejado atrás, sino para considerar la mejor manera de proseguir mi senda hacia el futuro.

Recordando los propósitos no satisfechos de mi último período de bardo, puse mi atención en la familia de aquel rico comerciante de Acrotiri.

El menor de sus hijos había partido de viaje hacia Occidente y no volvió nunca, y nadie supo dar noticia de lo que hubiese pasado con él. El mayor había muerto en un enfrentamiento con unos piratas que le abordaron cuando llevaba a Creta el tributo, en aceite y oro,

que anualmente debía pagar su padre por comerciar en las aguas del Mar Egeo.

El segundo de los hijos se había hecho cargo del mercadeo, apartando a su padre, que estaba ya muy avanzado en años. Este hijo se había casado con una bella joven, de rojos labios y largo pelo negro suelto sobre su espalda. Como primer fruto habían tenido una hija en todo parecida a su madre. Estaban queriendo tener un varón que continuase la tradición comercial de la familia, y Yo me mantuve muy atento hasta que un cuerpo anidó en aquella mujer y pude ocuparlo. Era varón y era Yo.

Cuando nací y mis padres supieron que Yo era varón, después de la recuperación del parto, lo celebraron con un banquete al que invitaron a lo más selecto de la ciudad de Acrotiri. Este verano del 2001 d.C., hace exactamente 3.650 años de ello (95).

Era tal la ilusión que mi padre tenía en que Yo diese continuidad a su comercio, como él había dado al de su padre, que desde que intuyó que tendría capacidad de aprender, me hizo enseñar por el mejor escriba de la ciudad, que venía cada día a casa para pasar conmigo la mitad de la jornada.

Pronto aprendí la escritura y lectura, y con ellas las demás ciencias y artes, mostrando una gran capacidad y afición por la pintura, lo que a mi padre no le satisfacía del todo.

Entonces Yo le propuse que diera igual oportunidad a mis dos hermanos menores, cosa que hizo, y los tres aprendimos de aquel escriba todo lo necesario para comerciar y relacionarnos con los distintos pueblos que viven en las islas del Mar Grande, incluyendo también a los egipcios y los micénicos, con quienes teníamos también estrechas relaciones comerciales (96).

Con la tranquilidad de que a mi padre no le iba a crear un problema, le dije que Yo quería profundizar en los conocimientos de las artes, y dejar que alguno de mis hermanos continuara su ejemplo y tomara las riendas del mercadeo, cuando a él le pareciera oportuno.

No le gustó mucho por las ilusiones que él había puesto en mí; pero accedió a ello porque era un hombre afable y comprensivo, como no era común entre los que Yo conocía de su edad y posición. Más bien se trataba de hombres enérgicos y tozudos, cuya opinión era la

---

(95).-El dato permite fijar el nacimiento en Thera, exactamente en 1.649 a.C.

(96).-Su situación intermedia entre Egipto y Micenas en el Peloponeso les permitía comerciar con ambos. Posiblemente eran ellos los que recibían por parte de los egipcios la denominación de *keftiu*, y recibían sus visitas con frecuencia hasta que en un momento determinado faltaron del todo y para siempre; esto dio lugar a que los egipcios crearan una teoría sobre su desaparición, tal vez apoyados en noticias de otros viajeros de la zona o en algunos efectos de la catástrofe que llegaron a Egipto. La explosión del volcán Krakatoa en el Pacífico sur, en 1.883, se hizo sentir en barcos que navegaban a 2.500 kilómetros de allí, y Thera fue una isla tres veces más grande que la de Krakatoa (v.93).

única válida en cualquier tema que se suscitase. Mi padre era la excepción y Yo se lo agradecí todos los días de mi vida.

Empecé a trabajar como ayudante de un pintor que restauraba los frescos del palacio de Acrotiri, después de los serios deterioros producidos por el último terremoto (97).

En sólo unos meses de trabajo aprendí los secretos de los pigmentos, el modo de mezclarlos para obtener un color o efecto deseado y la técnica de aplicación en los frescos. Mi maestro y patrón decía a mi padre que Yo tenía una habilidad y un gusto especial para el arte de la pintura. Pero, por la atención que ponía mi padre en escucharlo, se veía que hubiera estado más contento si igual afición la hubiera orientado Yo a conocer los secretos del comercio.

Por entonces sufrimos un terrible terremoto, seguido de una gran explosión del volcán que coronaba la montaña de Thera (98). Todas las pinturas de la casa de mis padres se destrozaron de tal manera que las dimos por inservibles y Yo preparé las paredes para hacer una nueva decoración.

Por respeto, pinté en primer lugar a la sacerdotisa de Acrotiri haciendo las ofrendas, y después pinté a mi madre, con su pelo moreno y largo, y su mejor falda de volantes (99). Cuando mi padre vio el retrato que Yo había hecho de mi madre se llenó de orgullo y contaba a todos sus amigos la habilidad que su hijo tenía para el arte de la pintura. Desde entonces nunca más sintió arrepentimiento por permitirme el ejercer de artista y no de comerciante. Invitó a sus amigos más próximos a venir a casa, y cada uno de los elogios que ellos pronunciaban los recogía él con un orgullo que se le veía en los ojos.

Me animó a seguir decorando toda la casa, y así lo hice en la medida que pude, porque los terremotos eran cada vez más frecuentes y el volcán no nos dejaba dormir tranquilos; ya había cubierto toda la isla, y la ciudad de cenizas, tres veces en los dos meses últimos y cada una de sus explosiones era más potente que las anteriores. La última vez, en plena primavera, acabó con todos los brotes tiernos de las plantas por lo que el verano se presentaba sin res

---

(97).-Según la hipótesis de Marinatos debió ser frecuente la actividad sísmica de la isla, desde meses o años antes de la gran explosión (v.93).

(98).-Antes del desastre Thera tenía forma circular con una montaña volcánica de unos 1.500 metros de altura, coronada por un volcán con un pequeño cráter. Las laderas de origen volcánico debían ser muy fértiles, permitirían alimentar a una población cifrada en unas entre 30 y 80 mil personas en toda la isla, acostumbradas a las frecuentes explosiones del volcán y los movimientos sísmicos (v.93).

(99).-Los frescos desenterrados por S. Marinatos en Acrotiri, bajo una capa de cenizas volcánicas que en algunos puntos supera los 60 m. de altura, representan personajes de la vida real, retratos o autorretratos, como la dama que se describe (v.93).

tos de vegetación en la isla, y es esas condiciones era muy difícil el seguir viviendo en ella (100).

Yo reponía los desperfectos de mis frescos después de cada terremoto o cada explosión, pues los dos castigos afectaban a las pinturas. Seguí pintando y decoré el resto de la casa con cabras de las que Yo había visto en los prados de Thera, cuando había prados. También puse escenas de campos floridos y de pesca, conocidas por mí. Y, excitado por las narraciones de mi padre, puse en las paredes también algunas escenas de navegación y de caza en el país de los hombres de color, con quienes también comerciaba mi padre (101).

Los primeros días del verano se repitieron los terremotos con mayor intensidad y el mar se enfureció y entró en la ciudad llevándose hombres y animales de la parte del puerto y las zonas más cercanas al mismo, que eran las más pobladas de la ciudad (102). Nosotros, como las personas principales de la ciudad, vivíamos en la parte más alta, cerca también del palacio.

La sacerdotisa de Acrotiri, consultó a las familias sobrevivientes acerca de la conveniencia de abandonar la ciudad, y era tal el miedo que arrastrábamos desde hacía muchos meses y la imposibilidad de seguir viviendo en una isla sin vegetación, que todos estuvimos de acuerdo en tomar nuestras pertenencias y marcharnos hacia Creta. Los reyes de Cnosos a quienes pagábamos un tributo nos aceptarían entre los suyos. Un día se nos dio de tiempo para tomar lo imprescindible y los objetos de valor. Yo no pude llevarme lo que más amaba, la obra de mis manos (103).

---

(100).-Las primeras lluvias de ceniza que cubrieron la isla fueron en primavera porque muchas vasijas en que se guardaba grano se encontraban casi vacías, y algunas de las semillas que contenían presentaban síntomas de germinación, con pequeñas raicillas (v.93).

(101).-Entre otras escenas de la vida común, como boxeo, fabricación de queso o transporte de agua en cántaros sobre la cabeza, se han encontrado también escenas de caza donde aparecen leones y personas de color con peñados propios del norte de Libia, así como escenas de una batalla naval, donde aparecen sus cascos ilustrados con leones, pájaros y flores (v.93).

(102).-S. Marinatos postula que algunos de los grandes terremotos pudieron estar acompañados de potentes tsunamis (olas gigantes) que arrastrarán a partes importantes de la población, situada en las partes más bajas de la isla (v.93).

(103).-El abandono organizado de la población se justifica porque, entre los abundantes restos encontrados en una escasa media hectárea que se ha desenterrado, no han aparecido ni cadáveres ni objetos de valor; hay gran cantidad de vasijas y utensilios que utilizaron, así como sus casas profusamente decoradas en muy buen estado de conservación, bajo la espesa capa de *tefra*, variedad de ceniza volcánica que ha protegido durante cerca de tres mil años los restos de esta increíble civilización (v.93).

Todos los barcos disponibles en la ciudad se pusieron al servicio de la evacuación. Salimos unas dos mil personas en una flota de no menos de treinta barcos de todos los tamaños.

Aquella tarde y noche navegamos sin poder alejarnos mucho de la isla porque habíamos de ir a la marcha de aquellos más lentos, para no dejarlos abandonados a su suerte.

La noche fue una de las más largas que Yo conocí en Thera; pero por fin se hizo de día y a lo lejos se veía aun el volcán humeante. El sol brillaba en todo su esplendor cuando pudimos ver una enorme llamarada que ascendía sobre el volcán; siguió una espesa nube de humo que subía veloz y descendía mansamente cubriendo el mar y haciendo desaparecer la isla de nuestra vista.

Llegó algunos minutos más tarde a nosotros un fuerte viento y un rugido ronco, tan difuso que era difícil conocer su origen. En las alas del viento llegó una negra nube que oscureció el sol hasta hacerse de noche en plena mañana.

El mar se encabritó como nunca se había visto, y los barcos perdieron su formación por culpa del viento y de las furiosas olas. Sobre nuestro barco se desató un tormenta de barro que lo cubrió depositando sobre él tal cantidad de tierra que el barco no podía con su peso y se hundía visiblemente. La desesperación cundió entre las personas que trataban de encontrar algún refugio, pero no era posible hallarlo. El barco escoró y se inclinó a un lado, preparándose para hacer su último viaje hasta las profundidades del mar. Yo supe entonces que iba a morir, y la última idea que pasó por mi mente fue el pensar en la imagen de mi madre con su falda de volantes, y en lo que Yo hubiera podido hacer si no tuviera que morir a mis veintitrés años acabados de cumplir (104).

Entré al bardo con la preocupación de conocer lo que estaba pasando con los demás barcos y pude conocer desde allí que la inmensa mayoría de ellos habían corrido ya la misma suerte que el mío, y los escasos que aun no se habían hundido estaban luchando en un mar nocturno y furioso por seguir a flote.

Nadie. En unas horas no quedó nadie con vida y ni un solo barco a flote. El secreto del final de los últimos habitantes de Thera se lo comió el mar.

Me desplacé desde el bardo hasta la isla y, en la oscuridad de aquella noche permanente, pude observar que habían cambiado los contornos de las costas de Thera. Ya no había en el centro de la isla

---

(104).-Este dato (v. 95) permite dar como la fecha de la gran explosión el año 1.626 a.C. (ATLAS HISTÓRICO DEL MUNDO, Op. cit., pág. 14. Könemann Verlagsgesellschaft GmbH. Colonia, 2000). Otros autores (v.93) fijan como fecha de la catástrofe el 1.450 a.C.; pero también pudieron producirse dos grandes cataclismos separados en el tiempo. El primero hizo inhabitable la isla y provocó la evacuación, y el segundo acabó sepultando la isla hasta dejar lo que hoy queda de ella.

una montaña volcánica. Había sido tragada por el mar, y en su lugar salía del mismo mar una columna de vapor y gases que subían unos cientos de metros sobre el mar y, desde la altura, se extendían por el horizonte arrastrados por los vientos. De la isla sólo quedaba emergente una franja en forma de media luna creciente, que comprendía la zona donde había estado Acrotiri. De la ciudad no quedaba resto alguno porque la franja emergente estaba cubierta de una espesa capa de ceniza que aun seguía cayendo con intensidad.

Partí de allí como alma en pena y acudí a Creta, con el fin de reconocer si estaba afectada también. Toda la isla estaba cubierta por una capa de unos tres dedos de espesor, suficiente para crear un grave problema en los cultivos de olivo y sobre todo de vid.

Los intensos terremotos habían dejado también sus huellas y la totalidad de los palacios estaban seriamente dañados.

Visité las demás islas de las Cíclades, Ceros, Naxos, Siros, Melos, y todas estaban muy afectadas, incluso Ceos, la más nórdica y alejada de Thera (105).

Yo no podía sufrir en el bardo, a pesar de la inmensidad de las calamidades que presenciaba, pero tampoco podía contemplar aquello serenamente. Y me costó mucho tiempo ponerme a realizar lo que Yo debía hacer en mi bardo.

*Un buen día tengo que pararme para hacer un balance de mi vida; para poner en un platillo el amor que he puesto a veces en mis actos y en otro la indiferencia o el olvido. En un platillo pondré los gozos y placeres que he acumulado y en otro los padecimientos y dolores. Mis grandezas en uno (si algunas hubo), y en otro mis miserias.*

*Y cuando todo lo tenga medido y pesado haré las sumas y las restas oportunas y sabré si finalmente el resultado es positivo o negativo. Pero creo que retrasaré cuanto pueda este trabajo porque no me tienta tanto el conocer el final como Yo mismo quiero hacerme creer. En cualquier caso me gustaría que este balance lo hiciera alguien por mí en algún momento, sería más imparcial, y me comunicara el resultado para sacar Yo mis propias conclusiones, al margen de premios o castigos.*

---

(105).-El fenómeno debió afectar seriamente a las demás islas de su entorno, principalmente en la región suroriental, pues durante la época del año en que ocurrió, el verano, los vientos dominantes en la zona son los del noroeste. Como los evacuados debían dirigirse a Creta, donde esperaban encontrar protección, no hacia el noroeste, de donde procedían sus enemigos, los micénicos, es más que probable su total aniquilamiento por la furia del mar y la lluvia de cenizas.

Creta, que se encuentra escasamente a 100 kilómetros, sufrió la destrucción de todos sus palacios, y sólo Cnosos tuvo, después de una parcial reconstrucción, una escasa población, quizá micénicos, que acabó abandonándolo un siglo después, probablemente por las duras condiciones de la vida en la isla, habiendo quedado seriamente dañada su agricultura por la intensa lluvia de ceniza (v.93).

## DESPRENDIMIENTO

Colgados del vacío de la nada  
y atados por el hilo de la vida,  
nos mecemos en lúdica movida.

Y un buen día que el viento se nos gira,  
el aliento se nos corta y se nos para  
al saber lo que el destino nos depara:

que el hilo de la vida se ha partido  
y palpamos el vacío a nuestro lado  
y al abismo descendemos en picado.

El dolor abre brechas en el alma  
dejándonos exánimes e inertes,  
causando en la caída muchas muertes.

Desprendidos del hilo de la vida  
y con el alma rota y desolada,  
después de tanta angustia, ¿no habrá nada ?.

& & & & &



**XIX****VIVIR LA VIDA  
(hace 3.300 a.)**

**Vivir la vida** no es lo mismo que programarla. Cuando en mis períodos de bardo establezco una programación, en base a las informaciones que tengo, tanto de ciclos anteriores como de la realidad social y personal del lugar donde decido iniciar una nueva experiencia, no puedo sospechar los cambios que se derivarán de las circunstancias que se presenten y de las actuaciones de las personas con que voy a convivir. Es por eso que a veces, en estos bardos, me planteo que para qué sirve una programación y una toma de decisiones, si la realidad supera después todo ello.

En mis últimos ciclos, las circunstancias me habían llevado a estar cerca de los protagonistas de la historia de aquellos pueblos; pero los protagonistas de la historia son por lo general una minoría. La inmensidad de las gentes que forman los pueblos no protagonizan otra cosa que su propia experiencia, con una escasa influencia en la de sus coetáneos.

Me pregunto desde mi bardo, después de tanta agitación y padecimiento, si tal vez será más placentera la vida de los seres que no mueven otra historia que la suya de cada día, y pueden nacer, vivir y morir, sin crear más que un leve influjo en aquellos que están más próximos a su deambular.

Los seres que serán anónimos instantes después de su muerte, o tal vez incluso en vida, quizá pueden permitirse el gozar más, de lo poco o lo mucho que tienen, sin que nadie se fije demasiado en ellos para hacerlos padecer.

Vivir la vida de los seres más anónimos que pudieran existir y conservar el anonimato hasta la muerte, como hombre y como mujer, era la experiencia que me tentaba y que acepté, sospechando que eso podía también significar sufrimiento y dolor durante todos los días de la vida. Pero sabiendo que también esta decisión y esa experiencia formarían parte de mi progreso en la senda de la vida.

Elegí hacia el Occidente la cercana tierra de Sicilia, una enorme isla si se la compara con las que Yo conocía de mis últimos ciclos, incluida Creta. En su costa oriental estaba Siracusa, y unos kilómetros al Norte Tapsos. Ambos puertos eran los que acogían las expediciones navales procedentes del Oriente, tanto de Creta o de las

Cíclades, como últimamente de Micenas. Pero Yo no tenía intención de vivir la vida agitada de una ciudad o villa portuaria, con el riesgo de alteraciones en mi programa de vida, por la acción de gentes extrañas, cuya intromisión en mi vida ni tenía prevista ni deseaba.

Hacia el interior de la isla, a unos veinte kilómetros de Siracusa había una pequeña aldea, Castelluccio, donde apenas vivían ciento veinte personas, del pastoreo y la agricultura. Me pareció un lugar y unas condiciones ideales, teniendo en cuenta lo que Yo deseaba hacer en mi próxima vida (106).

Estamos en pleno verano y hace un calor que funde las piedras, es media tarde y he subido hace un rato del barranco con las ovejas, y las cabras, después que ellas y Yo hemos sesteado a la sombra de los chopos.

Soy ya un poco mayor para seguir haciendo de pastora, pero es que no he tenido otras oportunidades. Para la gente de la aldea soy simplemente la chica del Sorejao.

Mis cuatro hermanos mayores se casaron y ya tienen una buena caterva de hijos cada uno. Para todos ellos Yo soy la chacha; para mi padre, mis hermanos y sus mujeres Yo soy la niña; para el resto de la aldea, ya lo he dicho, la chica del Sorejao.

Mi padre cuando joven, y aun hoy, era muy belicoso, y un día se metió en disputa con otros tres mozos de su edad, y entre los tres le cortaron, con un cuchillo de bronce, una oreja para que guardara un recuerdo para siempre de ellos. Desde entonces es el Sorejao, por no decir el Desorejado, que es muy largo; los sicilianos hablamos así, ahorrando letras, ya que no podemos ahorrar otras cosas.

Yo nací en una choza con paredes de barro y techo de madera, cubierta de losas; estamos a un tiro de piedra de las últimas casas de Castelluccio. Aquí vivían mis padres y sus cuatro chiquillos, y Yo, que desde que nací soy la chica del Sorejao. También vivían las ovejas y las cabras en el aprisco de piedra, junto a la choza. Y nosotros vivíamos de ellas.

Mis cuatro hermanos se casaron y se fueron a vivir a la aldea; bueno uno no, el segundo se fue sin casarse a Ognina, cerca de Siracusa, y allí se casó con la hija de un pescador. Se fue de vergüenza, porque la moza que él quería se casó con otro y lo dejó plantado. Ognina está a media jornada de nuestra aldea y vienen aquí cada año una vez, por las fiestas de primavera, mi hermano, su mujer y tres chiquillos que ella ha parido seguidos. Mi padre y mis hermanos han estado también en Ognina, pero Yo no.

---

(106).-La aldea de Castelluccio fue excavada a finales del siglo XIX, y la descripción de su ubicación hace referencia a la que aparece en ORÍGENES DEL HOMBRE, Ediciones folio, 1995 tomo 53. En este tomo se encuentran las fuentes de esta nota y las siguientes, salvo indicación en contrario.

Mi madre murió siendo Yo niña y muy chica. Muy chica soy todavía, y algo feucha, es lo que dicen de mí; y por eso no me he casado a pesar de que tengo ya veinte años; pero ningún mozo de la aldea se ha interesado por mí, y Yo no conozco a otros fuera de la aldea.

Ahora vivimos en la choza mi padre y Yo, y un perro. Mi padre tiene ya cuarenta y tres años y está viejo, el perro no. Estamos más anchurosos que cuando vivíamos todos aquí; pero también la vida es más aburrida.

Cuando éramos todos chicos, las noches de invierno eran muy largas y mi padre nos quitaba el frío, hasta que nos dormíamos, con historias muy bonitas, que él sabía porque se las había contado su padre.

De todas ellas la que mejor se sabía era la del rey Cócalo, que la contó muchas veces para que la aprendiéramos nosotros y la contáramos a nuestros hijos. Pero Yo no tengo hijos y se la cuento a mi perro, no para que la aprenda, que no soy tan tonta, sino para que no se me olvide.

Decía mi padre que Cócalo era el rey de Sicilia de hace muchos años, y un día llegó un artesano ateniense llamado Dédalo de la isla de Creta, que no está lejos de Sicilia por el levante. Dédalo trabajaba en Creta al servicio del rey Minos, y abandonó la isla sin permiso del rey y se vino a Sicilia. El rey de Sicilia le encargó construir la fortaleza de Camico en Inkion, al estilo de las de Creta.

El rey Minos vino a Sicilia buscando a Dédalo y lo encontró haciendo la fortaleza, y entonces pidió al rey Cócalo que le devolviese a Dédalo; pero nuestro rey lo escondió para que no lo encontraran hasta que terminara la fortaleza, y le fue dando largas al rey Minos. Cócalo le ofreció a Minos un baño con doncellas y él aceptó; pero al baño no acudieron doncellas sino las hijas de Cócalo que ahogaron al rey Minos en agua hirviendo. El rey Cócalo dijo que había sido un accidente y entregó el cadáver a los cretenses, que lo enterraron cerca de Agrigento, otra ciudad de Sicilia hacia el poniente (107).

Yo me quedé bien sabida la historia, y a veces sueño con ella, y que soy una hija de Cócalo y estoy enamorada del rey Minos; pero él me desprecia porque soy chica y fea, y entonces yo le baño con agua hirviendo y le ahogo. Pero el agua quema en mis manos y me despierto, y estoy en el barranco, a la sombra de un chopo, y a mi lado sigue durmiendo el perro.

---

(107).-Encontramos en Sicilia la continuación del mito griego del rey Minos.

Esta versión se conoce gracias al historiador griego Diodoro Sículo, y la descripción que da en ella del trono del rey Minos corresponde, con gran fidelidad al plano de la Tumba del Templo, excavada en Cnosos en la primera mitad del siglo XX (v.106).

En este barranco de aquí abajo, enfrente de mí, hay una risca de piedra caliza y en ella hay cavadas muchas tumbas de hace muchos años. Muchas de ellas están vacías porque han sido saqueadas por las gentes, buscando tesoros, aunque sólo encontraban cuatro cosillas de nada y cerámicas.

Mi padre me tiene dicho que limpie una buena tumba de esas vacías para que cuando él muera lo enterremos aquí y pongamos delante una buena losa de esas que pesan tanto, para que no la pueda abrir cualquiera. Yo le he dicho que voy a limpiar dos, una grande y una chica, y también le he dicho que si muero Yo primero quiero que me entierren en la más chica de las dos, con mi perro. Mis hermanos también lo saben, que quiero enterrarme aquí, donde estoy viviendo desde que nací (108).

Subiendo del barranco a la llanura, donde pastan las ovejas, y las cabras, se puede ver muy bien hacia el norte, en los días claros, el monte Etna, que es la montaña más grande de la isla y dicen que es la responsable de los pastos tan abundantes que tenemos en Sicilia. En invierno tiene nieve de la mitad para arriba; pero Yo no he visto la nieve de cerca nada más que unas pocas veces, porque aquí hace mucho frío, cuando hace, pero nieva una vez cada cuatro o cinco años. El monte Etna tiene un volcán en lo alto. Es como una chimenea por donde sale humo casi siempre y dicen que, a veces, también fuego y piedras; pero Yo no lo he visto nunca (109).

Yo salgo por la mañana con el ganado, después del ordeño que hacemos mi padre y Yo, y él se va a la aldea con la burra a vender la leche; y con la leche que sobra hacemos quesos trabajando por la noche, después del ordeño de la tarde. Y eso todos los días, incluso en las fiestas de primavera cuando viene mi hermano de Ognina; las ovejas tienen que comer cada día, y las cabras también.

Me llevo en el morral cualquier cosilla para comer al mediodía, y no vuelvo hasta la caída del Sol. En invierno y en verano. En verano es mejor porque echamos la siesta las ovejas y Yo, y el perro, bajo los chopos del barranco, con agua y sombra. En invierno los

---

(108).-Cerca de Castelluccio se encuentran cientos de tumbas colectivas excavadas en la roca caliza, entre 1.800 y 1.400 a.C.. Constan de dos cámaras ovoides cerradas por un bloque de piedra, muchos decorados con motivos espirales. En su interior había cerámicas y placas de hueso talladas, con otros objetos funerarios (v.106).

(109).- El Etna, con sus 3.340 m de altura sigue siendo hoy el dueño de la vida de los sicilianos. Es el volcán más importante de Europa y se le conoce actividad permanente desde tiempos prehistóricos. Las erupciones más importantes del siglo pasado tuvieron lugar en los años 1.950 y 1.956. Sus cenizas extendidas durante siglos por toda la isla la convierten en una región muy fértil (DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SALVAT 4).

días son más duros; menos mal que son más cortos, y no echamos la siesta.

Hoy no he estado sola en la siesta; hay un viudo en la aldea, de la edad de mi padre, bueno un poco menos, y no tiene quien le lama, pobrecillo. Tiene unas cabrillas que las saca cada día alre-

dedor de la aldea; pero cuando tiene ganas de estar conmigo, las arrea hasta el barranco, donde sabe que sesteo, y viene para acá.

Comemos juntos lo que tenemos y después nos revolcamos un poco, a veces también antes de comer, depende de las ganas. Sus cabras y las mías ya se conocen porque sestean muchas veces juntas. Él dice que Yo soy como flor de baladre, pero que ya se conforma (110). Yo también me conformo; hay lo que hay.

Después de la siesta él toma sus cabras y sigue su camino, Yo sigo el mío.

Esta tarde se empieza a estar aquí un poco mejor, cuando el sol ya no calienta tanto y hace un poco de vientecillo, pero no mucho; estoy contenta con lo que tengo y tampoco me importa lo que no tengo.

Arreo al ganado poco a poco hasta el aprisco y ordeñamos como cada día, mi padre y Yo; pero Yo estoy muy cansada y se lo digo a mi padre, y además me duele la barriga. Mi padre me dice que me levante la falda y cuando lo hago él ve que tengo la barriga muy hinchada; Yo ya lo había visto hace algún tiempo, pero no le daba importancia. Se pone muy nervioso y tira por los suelos los trastos de hacer el queso. Se acuesta sin comer nada y Yo en mi jergón a su lado, también sin comer.

No puedo dormir porque mi padre tampoco duerme; pero no me pregunta nada. Se levanta a media noche, sale a la calle y vuelve a entrar. Yo tengo los ojos cerrados como durmiendo, pero no estoy dormida y lo observo todo, aunque no tengo tiempo de reaccionar a tiempo de salvarme. Mi padre levanta una gran piedra y me aporrea en la cabeza, pero ¿por qué?.

Y otra vez en el bardo, antes de lo que la naturaleza hubiera previsto, y Yo deseado.

Mi padre, en esa vida acabada, no pudo soportar la vergüenza que caería sobre él. Desconocía mis citas con el viudo y creyó que toda la aldea pensaría que era él, el responsable de mi preñez.

Cargó mi cuerpo en la burra y la piedra con que me había matado y me condujo al barranco donde estaban las tumbas excavadas en la risca. Me arrojó desde arriba y me dejó donde caí, colocando la piedra ensangrentada junto a mi cabeza.

---

110).-Flor de baladre, variedad de uva de grano grueso, oblongo, rojizo y hollejo basto (VOCABULARIO ANDALUZ. A. Alcalá Venceslada. Ed. Gredos, Madrid, 1980).

Era el amanecer y bajó a la aldea diciendo que Yo no había regresado la noche anterior y necesitaba ayuda para encontrarme. Pronto se corrió la voz de que la chica del Sorejao se había perdido y salieron en tropel a buscarme. Me encontraron, claro que me encontraron y me enterraron en la tumba que Yo había limpiado. Y el viudo no dijo ni pío.

Después de esta vida anónima, quise cambiar de escena, aunque no de intención, porque estaba decidida a vivir a fondo la experiencia de mujer sin nombre. Y repetí, sin abandonar la isla de Sicilia en Siracusa, como huérfana que tuvo que hacerse cortesana en el puerto, recibiendo a los micénicos en sus expediciones, para no morir de olvido universal y de hambre. Como los malos tratos y la penuria eran las flores que recibía cada día, tampoco llegué a morir de vieja. Una mañana me encontraron muerta en la arena de la playa, acurrucada dentro de un viejo bote abandonado, y me dieron sepultura simplemente echándome a la fosa común, con todos los sin nombre de Siracusa.

En el siguiente ciclo nací, como varón, en el puerto de Thapsos, muy cerca de Siracusa. Mi padre era pescador y Yo le ayudé en el mar desde bien joven. Mi madre y mis dos hermanas mayores vendían el pescado paseándolo por la ciudad cada tarde.

Una día salimos temprano a la mar como de costumbre, y a media mañana nos abordó un barco micénico que había salido de Siracusa y navegaba hacia Lerna, en el Peloponeso. Nos tomaron como rehenes para trabajar de remeros esclavos; andaban escasos de ellos para su larga travesía y nosotros éramos cuatro brazos muy baratos. Mi padre no pudo aguantar la angustia, de pensar en su mujer y las dos hijas abandonadas a su suerte y murió en mitad de la travesía. Lo arrojaron al mar sin que Yo me enterase hasta que ya era tarde para verlo.

Yo aguanté aquel viaje y los que siguieron, porque el resto de mi vida la pasé, sin pisar tierra, atado al remo. Ni mis propios compañeros de dolor conocían mi nombre; Yo era el único esclavo siciliano entre los treinta y seis remeros del barco, por eso me llamaban, ahorrando energías, el Sichi (Sichi en su forma de hablar).

Aguanté unos cuantos años siendo el Sichi, hasta que ya no pude más y reventé durante una escala en Pylos, al Occidente del Peloponeso.

Aquellos piratas que me esclavizaron mantuvieron mi cadáver escondido en la bodega del barco, hasta que se hicieron a la mar y poco después de abandonar el puerto de Pylos, pasé a engordar los peces, aquellos a los que no pude seguir pescando hasta el resto de mis días, como hubiera deseado.

*Cuando llegan a mi mente los recuerdos, tan repetidos, de situaciones desgraciadas por las que he pasado, a causa de la maldad de mis semejantes, no me dan ganas de pensar sino que la vida es una gran*

*noche en la que sólo brillan, lejanas y extrañas al dolor, unas pocas estrellas.*

*Y para que unos pocos seres humanos sean felices deben renunciar a su dosis de felicidad unos miles de otros seres, que tienen el mismo derecho que los primeros, pero no las mismas posibilidades.*

*No es nada optimista la idea; pero aun así, la realidad con frecuencia la supera.*

## NOCTURNO

La noche misteriosa me obsesiona  
con su manto de estrellas vigilantes  
presidiendo el fluir de los minutos.

Y yo me encierro en mí,  
sin un ruido extraño que me altere,  
sin una luz que las formas resucite.

Y puedo preguntarme con sosiego  
por todo lo que inquieta mi ignorancia  
y la última razón de mis latidos.

La noche, gran señora, no se inmuta  
y escucha imperturbable mis lamentos  
que acoge como madre comprensiva.

Y responde elocuente su silencio  
a todas las cuestiones planteadas,  
que sólo de este modo hallan respuesta.

Y devuelve la dulzura a mi semblante  
el saber que el silencio de la noche  
acoge en su seno mis tormentos.

& & & & &

## XX

**EN LA CIUDAD DE PYLOS**  
**(hace 3.235 a.)**

**En la ciudad de Pylos**, según oí entre los ayes de angustia con los que me andaba muriendo, había uno de los más hermosos palacios que jamás se hubieran visto.

Lo pude comprobar durante el bardo. Era el palacio de Néstor Nelida (hijo de Neleo).

Néstor era un rey respetado por sus vasallos, y piadoso con sus enemigos. Había casado con Eurídice, la mayor de las hijas de Climeno, y ya tenían una numerosa prole de hijos e hijas.

Ocupar el cuerpo de una persona que nace sin cobijo, entre las hierbas del campo, para ser una desgracia de criatura, explotada y maltratada por sus semejantes, y vivir sólo miserias hasta su muerte, es una meta bastante sencilla de alcanzar, basta proponérselo, porque nunca hay excesivos competidores en el mundo inmaterial del bardo. Pero pretender nacer en un palacio formando parte de una élite social, no es tan asequible. Estos sitios son muy vigilados desde el bardo, donde esperan miles de espíritus para encontrar una oportunidad de encarnarse en esos seres privilegiados.

Yo tenía interés en ocupar el lugar de uno de los hijos o hijas de Néstor y Eurídice. Conocía las dificultades, y por lo mismo utilicé una estratagema para evitar ser sorprendido por cualquier competidor.

Néstor y Eurídice ya estaban decididos a no tener más hijos, pensando sobre todo en el riesgo del parto; el último de Eurídice, en el que había nacido "la bella Policasta", fue un parto muy complicado, y estuvo la madre cercana a la muerte (111). Tres años hacía de ello y nadie esperaba otro embarazo, tampoco entre los vigilantes del bardo. Fue entonces cuando Yo, desde el bardo, induje en Eurídice la idea de seducir a su marido Néstor. Aquella noche, cuando Eurídice ordenó sacar las mejores copas para obsequiar a su marido, supe que mi inducción había dado resultado.

---

(111).-Este apartado incluye numerosas citas textuales entrecomilladas de La Odisea y de La Ilíada. Las versiones utilizadas han sido: LA ILÍADA, de Ed. ORBIS. Barcelona, 1982. LA ODISEA, de AKAL Ed.Madrid, 1981. La Ilíada y La Odisea fueron escritas por Homero, 500 años después de ocurrir los hechos que en ellas se relatan, hacia el 750 a.C.



Cenaron y bebieron abundantemente y se retiraron al lecho cuando ambos habían perdido el control de sus actos; Eurídice no del todo, ya que inició el ritual de acercamiento y asedio a su marido.

Para entonces estaba Yo alojado ya en el vientre de Eurídice, esperando acontecimientos. Una idea fija tenía presente: si aquella noche concebía Eurídice, hembra o varón, Yo sería el hijo o hija de aquellos reyes de Pylos (112).

En mi cobijo pude percibir las tensiones musculares, relajaciones, estertores, humedades y olores de aquel vientre, y asistir a los ayes, gemidos y suspiros sensuales de la holganza placentera de aquella mujer.

Tan pronto estuvo la semilla en el nido, Yo llené aquel cuerpo y me apresté a madurar con él. Mi astucia había dado resultado.

Cuando nació hubo grandes fiestas, y se sacrificaron bueyes, y se quemaron sus "pingües muslos en honor de Zeus vertiendo sobre ellos el negro vino con copa de oro, sobre la ardiente llama" (Il.c.11).

Era un niño dulce y de trato agradable, y gocé de la alegre compañía de mis hermanos y cuñadas, todos los días de mi niñez. Y sobre todo me deleité hasta la extenuación con los juegos que mi hermana Policasta, la menor de todos antes de que yo naciera, preparaba siempre para mí.

Era Yo sólo un infante, con sólo dos años, cuando mi padre y dos de mis hermanos partieron a vengar la injuria que Paris, príncipe troyano, cometió con Menelao, rey de Esparta, arrebatándole a la hermosa Helena.

Mi padre regresó doce años después, y de entonces guardo Yo los primeros recuerdos de él, porque los de la primera infancia no los tengo en la memoria.

Le conocí cuando ya era un venerable anciano, cuyos sabios consejos seguí todos los días de mi vida, por lo que fui llamado "alumno de Zeus y príncipe de hombres".

Como crecía sin conocer a mi padre, mi madre se ocupó muy bien de que Yo conociera sus hazañas y la forma en que llegó a ser el rey de Pylos y "gloria insigne de los aqueos".

---

(112).-El palacio de Pylos fue descubierto en 1939 por el norteamericano Carl Blegen, y en él se encontraron una inmensa cantidad de documentos de incalculable valor gracias a que cuando fue pasto de las llamas hacia 1.200 a. C., fue abandonado, enterrado en sus propias ruinas e ignorado durante treinta y dos siglos, por lo que no ha sido objeto de los saqueos a que otros lo fueron. Baste decir que aparte de numerosas piezas de oro, plata y bronce se encontraron 700 tablillas de arcilla escritas en el enigmático lenguaje conocido como lineal B, que fueron cocidas por el fuego, gracias a lo que se han conservado, y han servido para identificar el lineal B con el proto-griego. En una sala había 2.853 copas de pie alto y multitud de cerámicas (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit. tomo 30. Aquí se están las fuentes de esta nota y siguientes hasta 117, salvo indicación en contrario).

Me contó mi madre como empezó a existir este reino de Pylos. Mi abuelo Neleo, era un príncipe de Beocia, al norte de Grecia, que tuvo que huir de su casa, perseguido por su hermano que temía le arrebatara el trono, y protegido por "Palas Atenea, la deidad de los ojos zarcos" y por un puñado de valientes guerreros llegó hasta las playas arenosas donde hoy se asienta Pylos. Construyeron la ciudad y su palacio, con la ayuda de muchos de los habitantes de los pueblos vecinos a quienes ofrecieron protección contra los tenaces piratas que frecuentaban la zona.

Por muchos años, decía mi madre, Pylos fue el menos fuerte de los reinos establecidos en el suroeste del Peloponeso, y otros pueblos le disputaban sus rebaños y ofendían a sus gentes. En una ocasión se negaron los campesinos eleos a pagar los tributos de su defensa al reino de Pylos, y mi padre salió a la lucha con sus hermanos y sus hombres, y el dardo que arrojó mi padre mató a Itimoneo, que defendía sus vacas, y los demás campesinos huyeron. Y los hombres volvieron a Pylos con "un espléndido botín: cincuenta vacadas, otras tantas manadas de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, otros tantos rebaños copiosos de cabras y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas de ellas con sus potros". Recuerdo exactamente el botín porque cuando mi madre me contaba estas cosas Yo recibía ya clases de los más reputados maestros de Pylos, y era especialmente hábil para el manejo de los números.

Quizá en ayuda de los eleos, y como represalia, entró en la ciudad "el fornido Heracles" al mando de los epeos insultando y ofendiendo a todos sus habitantes y "dio muerte a los principales ciudadanos". De los doce hijos de mi abuelo, sólo mi padre quedó con vida.

Engreídos los epeos siguieron ofendiendo e insultando a los pilios, hasta que se planteó una dura batalla en las riberas del río Alfeo, en la que mi padre fue el primero en matar a un epeo, "al belicoso Mulio, casado con la rubia Agamene, que conocía cuantas drogas produce la vasta tierra".

Mi abuelo Neleo murió muy anciano poco tiempo después y mi padre llegó a ser el rey de Pylos cuando era muy joven aunque robusto y hábil en el manejo de caballos y hombres (113).

Agamenon, rey de Micenas y hermano de Menelao pidió ayuda a mi padre y a otros muchos caudillos griegos, para vengar la afrenta que Paris había cometido contra Menelao.

---

113).-Cuando Homero habla de los aqueos en sus dos epopeyas se está refiriendo a los micénicos, que no son sólo los habitantes de Micenas, sino al conjunto de pueblos de la zona cuya cultura se extendió por todo el Mar Mediterráneo entre 1.600 y 1.100 a.C. sustituyendo en su hegemonía a los minoicos o cretenses. A veces esta cultura se llama *heládica* derivada del nombre de Grecia, *Hellas*, en griego (v.112).

Mi padre partió, al mando de pilios, alfeos, ciparisos, anfigenios, helios y dorios, "con noventa cóncavas naves" rumbo a Ilion, en las costas de Asia (114).

Con él partieron dos de mis más queridos hermanos:

El divino Trasímedes, intrépido, magnánimo y domador de caballos como mi padre. Y el prudente Antíloco, que nunca más retornaría a Pylos, víctima del "hijo ilustre de la resplandeciente Eos".

En Pylos quiso dejar mi padre al resto de sus hijos e hijas. Equefrón, con Estrato, Perseo y Areto, todos con el encargo de librar a nuestra respetable madre de cualesquiera intrigas que pudieran urdirse dentro o fuera de Pylos, para hacerse con su honor o con su trono, en una ausencia que presumía larga. El resto de las hijas, al amparo de sus maridos y ocupadas en el gobierno de sus casas. La menor de todas ellas, "la bella Policasta", y Yo mismo, el menor de todos sus hijos e hijas, quedamos al amparo de nuestra querida madre en el suntuoso palacio de Pylos (115).

Doce largos años pasaron entre su partida y su regreso, diez de ellos en la dura contienda contra Ilion, para vengar la afrenta a Menelao.

En este largo período de ausencia no tuvimos más que esporádicas noticias, por ocasionales viajeros, que nos anunciaban ora que vencen los teucros, ora que vencen los aqueos; con lo que no tuvimos noticia cierta del resultado de los combates, ni de quienes eran vivos y quienes muertos, hasta que regresaron los combatientes.

En Pylos recibimos con un gran gozo a mi anciano padre quien llegaba consagrado con los laureles de la victoria, y rodeado de la admiración de todos los caudillos que con él combatieron. Pero todos lloramos amargamente la pérdida de mi amado hermano Antíloco y celebramos en su honor unos juegos fúnebres, que duraron ocho días y en los que participaron los más eximios atletas aqueos.

En los meses siguientes, mi padre nos dio punto por punto noticias de la batalla, recogiendo Yo por escrito la relación precisa de todos los combatientes, con sus orígenes y sus naves. Llegamos a contar pueblos de ciento setenta y cinco procedencias distintas, y

---

(114).-Ilion, conocida en el mundo occidental como Troya, es el nombre griego de la ciudad, de la que era rey Príamo, siendo Paris su hijo y raptor de Helena, la reina de Esparta. El nombre de La Ilíada deriva de Ilion. hoy es la aldea turca de Hissarlik (v.112).

(115).-La descripción del palacio y de sus enseres se han conocido al descifrar las tablillas del lineal B. Se sabe que sus techos y paredes estaban profusamente decoradas de frescos y sus suelos pintados, y poseía sillas taraceadas con paneles de oro o marfil. Carecía de fortificaciones porque se sentían seguros, rodeados por una una extensa red de ciudades y aldeas ligadas a Pylos por juramento y por necesidad de defensa mutua. Era un centro militar y administrativo, una instalación industrial y un almacén. En sus mejores momentos había allí hasta cuatrocientos herreros que trabajaban el cobre, y cientos de esclavas como lavanderas (v.112).

una flota compuesta por un total de mil ciento veintiseis naves, todas al mando de Agamenon, rey de Micenas y hermano del rubio Menelao. Esta relación de participantes y de hechos acaecidos quedó en el palacio de Pylos para ser consultada por los aedos y cantada por todos los pueblos aqueos, para su gloria y la admiración de generaciones venideras (116).

Siete años han pasado de la cruenta batalla de Ilion, y la vida en Pilos ha vuelto a la normalidad. No así en otros palacios de otros reyes que no supieron dejar su trono bien guardado, y cuando regresaron se encontraron con muy desagradables sorpresas; tal ocurrió con Agamenon que a la llegada a Micenas encontró no sólo el abandono de la infiel Clitemnestra, sino la muerte a manos del usurpador Egisto. Y alguno de los más notables contendientes aun no ha regresado ni se tiene noticia alguna de su paradero, ni se sabe si es vivo o muerto.

Tal sucede en el trono de Ítaca, según hemos sabido anoche por boca de Telémaco, hijo amado de Odiseo de Ítaca. Allí lucha Penélope con los pretendientes al trono que abandonó Odiseo para marchar con los suyos a Ilion, donde fue uno de los más destacados y sagaces guerreros; pero no se han tenido noticias de él en los últimos siete años y los pretendientes al trono luchan entre sí por conseguir el trono y los favores de "la discreta y prudente Penélope".

Penélope da esperanzas a todos sus pretendientes, y ha prometido el decidirse por uno de ellos tan pronto acabe un lienzo que está tejiendo para sudario del héroe Laertes, pero la astuta y fiel esposa desteje de noche el lienzo que teje de día.

Palas Atenea, "la de los ojos claros", disfrazada de mercader da a Telémaco la noticia de que Odiseo, su padre, está vivo y retenido en alguna isla del Mar Egeo, por lo que Telémaco ha partido en su búsqueda, guiado por "Atenea, la de brillantes ojos". La primera escala de su viaje es Pylos, con la esperanza de que mi magnánimo padre le dé noticias que puedan ayudar a su empeño.

Mi amado padre le ha relatado todos los detalles del regreso de los valerosos aquenios, sin omitir las desgracias ocurridas a Agamenon.

Le hemos mostrado la relación de todos los pueblos aqueos que participaron en la batalla de Ilion,, con el número de sus naves y

---

(116).-El protagonista del relato encarna a Pisístrato, el menor de los hijos de Néstor. La relación a que se refiere es el llamado Catálogo de las naves. La leyenda narra que las dos epopeyas, Ilíada y Odisea, fueron transmitidas oralmente por los aedos (trovadores), durante 500, y puestas por escrito finalmente por Homero. Pero dada la complejidad de las obras, sobre todo por el gran número de personajes y nombres de lugares que aparecen en ellas, parece más verosímil el que fuesen puestas por escrito con ayuda de los propios protagonistas, como aquí se postula en lo concerniente a La Ilíada (v.112).

le hemos permitido llevarse ese documento para poder ir, si fuese preciso, a todos y cada uno de los pueblos pidiendo noticias de su bien amado padre. Sólo después de hacer eso y no obtener noticias aceptará que lo han hurtado los dioses o ha recibido la visita de Moira y se encuentra en el Hades (v. 116).

Telémaco es robusto como Yo, y de mi misma edad; es intrépido y a la vez "hermoso cual un dios", y ha despertado en mí un profundo sentimiento de admiración.

Mi padre dispuso, después de un largo día de conversaciones, que "se acostara en torneado lecho, bajo el sonoro pórtico, y que a su lado durmiese Yo, único de sus hijos que se conserva mozo". Así lo hemos hecho y en su compañía he gozado de dulces sueños.

Esta mañana, Policasta, mi bella hermana, lo ha conducido al baño, y después que lo ha lavado y ungido con óleo suavísimo, le ha vestido un hermoso manto y una túnica, y Telémaco ha salido del baño "con el cuerpo semejante al de los dioses".

Mi padre ha dispuesto que Yo acompañe a Telémaco en su viaje y hemos hecho ya todos los preparativos.

Mis hermanos Equefrón y Areto han traído una novilla y mientras Perseo sostenía el vaso para recoger la sangre, mi padre imploraba a Atenea y arrojaba al fuego los pelos de la víctima. Trasímedes el magnánimo descargó un hachazo sobre el cuello de la novilla, mientras mi amada madre y mis hermanas y cuñadas proferían las plegarias. Finalmente Yo la he degollado y descuartizado, cortándole los muslos, según el rito, para cubrirlos de grasa y rociarlos de rojo vino, antes de quemarlos a los dioses.

Hemos comido y bebido, y después de uncir al carro los caballos de hermosas crines, hemos partido veloces por la llanura, dejando atrás la excelsa ciudad de Pylos.

Después de dos jornadas de veloz carrera llegamos a "la cavernosa Lacedemonia" y encaminamos nuestros pasos "a la morada del glorioso Menelao", donde somos bien recibidos y obsequiados tan pronto damos a conocer nuestra procedencia y nuestro destino.

Pero no recibimos noticias ciertas del padre de mi prudente amigo, y el rubio Menelao Atrida nos permite ir a la cama a gozar de los dulces sueños. Las esclavas nos aparejan los lechos bajo el pórtico, con blandos tapices y lanudas colchas, y allí dormimos dulcemente Telémaco y Yo, mientras el Atrida se retira al interior de su morada, y "Helena, la más bella de todas las mujeres, reposa a su lado".

A mí me visita pronto el dulce sueño y caigo en sus brazos; pero entretanto, según me refiere Telémaco moviéndome con los pies para despertarme antes de que despunte Eos, él ha recibido la visita de Atenea, la deidad ojizarca, y le ha dado noticias ciertas de su padre, que está en Ítaca, en casa de un porquerizo porque no quiere ir a su palacio no vaya a ser víctima de los pretendientes de Penélope.

Siguiendo los sabios consejos de la hija de Zeus, nos despedimos de nuestros huéspedes, recibimos sus obsequios y ponemos en marcha nuestros briosos corceles, que vuelan gozosos por la llanura, y en dos jornadas estamos en el puerto de Pylos. Allí despido a mi amado amigo, que monta en su bajel con todos los obsequios y víveres que venían en el carro, incluyendo la relación de las naves hecha por mí, para conocimiento de su sagaz y aguerrido padre. El bajel despliega sus velas y pone rumbo a Ítaca, y Yo vuelvo con los caballos de hermosas crines hacia la ciudad de los pilios.

Los tiempos y los hombres han complicado grandemente nuestra existencia en Pylos. Con frecuencia somos objeto de ataques y saqueos por cuenta de piratas desalmados, que no tienen otro menester que surcar con sus negras naves las agitadas aguas de nuestro Mar Egeo. Cuando no es asaltado nuestro palacio, lo son las tierras y casas de nuestros pacíficos campesinos y hemos de salir de la ciudad en su urgente auxilio.

Han pasado tres años del momento en que despedí con desgarró del corazón a mi siempre amado Telémaco en el puerto de Pylos, y por fin recibo buenas noticias de su regreso a Ítaca. Unos mercaderes fenicios, que regresan de Sicilia, han hecho escala en Ítaca y han visto y conversado con mi amigo, quien les ha contado, para que me lo refieran, la exitosa hazaña de su regreso y el de su amado padre, el sagaz Odiseo, al trono de Ítaca. Los dioses les sean propicios a estos navegantes por tan gratas nuevas.

Tras la marcha de los fenicios recibimos otras no tan cordiales visitas. Una expedición de cinco flotas piratas que han unido sus fuerzas y nos asaltan de noche asesinando indiscriminadamente a hombres y mujeres, entre ellos, y en primer lugar a mis ancianos padres y a todos mis hermanos y hermanas, con la excepción de mi hermana Policasta y Yo mismo, que somos tomados como botín de guerra y llevados, con otros objetos de valor, a sus bajeles.

Cuando abandonamos la ciudad, y atado al palo mayor, puedo ver desde el mar, que el palacio y la ciudad toda son una luminosa y trágica antorcha, en la negrura de la noche.

No he sabido nada de mi amada hermana Policasta desde que nos separaron, llevándonos en distintas naves.

A mí me han sometido a todo tipo de calamidades. He sido obsequiado con dulces vinos y apetitosos manjares, que Yo no era capaz de beber ni comer con placer, mientras era acariciado y manoseado, para terminar siendo violado repetidas veces en una sola noche.

Y esto se repite continuamente sin darme reposo ni de noche ni de día, hasta que mi cuerpo ha perdido todas sus energías, y lloro desesperadamente en los pocos momentos de soledad que me permiten estos desalmados.

Por fin encuentro un descuido en los que me vigilan y me arrojé por la borda. No deseo escapar para vivir, sino para morir. Nada

hacia las profundidades del mar hasta perder la escasa vida que me queda, y agradezco a la Moira que acuda a la cita por mí tan esperada.

Arribé por segunda vez al bardo, saliendo de las agitadas aguas del Mar Egeo. La primera idea que me asaltó fue acerca de la mudanza de la dicha. No importaba ser mísero esclavo o príncipe amado, para sentir el agujijón del dolor y de la desesperación, hasta el punto de agradecer a la muerte su cita con nosotros.

Una persona me temía el ánimo encogido, mi bien amada hermana Policasta.

No me fue difícil encontrarla entre las naves de aquellos foragidos y llegué a su presencia; pero, con la incapacidad propia de mi estado, no podía hacer nada por socorrerla. Había sido regalada a un cabecilla pirata como botín. Contemplando su hermosura y lozanía comenzó por tratar de seducirla con promesas de convertirla en su esposa; pero mi hermana no tenía otra respuesta que el llanto continuo y desconsolado.

El desalmado pirata, viendo la imposibilidad de atraerse la voluntad de la cautiva, cambió de actitud y pasó simplemente a la violación y el desprecio, durante días, mientras quedó un ápice de lozanía y hermosura en el cuerpo de mi hermana. Después fue abandonada en el puerto de Corinto, donde acabó sus días como cortesana ocasional para poder calmar el hambre cada día.

Yo me mantuve en el bardo el tiempo suficiente para asistir, sin sufrirlas, a las desgracias que se precipitaban sobre los pueblos micénicos (117).

Todos aquellos reinos, que en un tiempo unieron sus fuerzas para vengar al pueblo de Esparta, desaparecieron en poco tiempo, víctimas de una banda de sanguinarios foragidos, que los pasaron por el fuego y la espada, sin piedad de ancianos ni de niños, y robando a

---

(117).-Según hoy se sabe, Tebas fue saqueada entre 1.250 y 1.200a.C. Pilos, poco antes del 1.200. Tirinte, junto a Micenas, después del 1.200. Jolco, situada al norte, en Tesalia, entre 1.200 y 1.150. Micenas fue atacada antes del 1.200, destruyendo las casas situadas fuera de las murallas. 70 años más tarde fue asaltada la ciudadela y saqueado el palacio. Ciudades más pequeñas o aldeas poco fortificadas, por toda Grecia, fueron pasto del saqueo y de las llamas y desaparecieron (v.112). Pero quienes fueron los protagonistas de tanto destrozo?. Probablemente el conjunto de los participantes en la batalla de Troya, relacionados en el "Catálogo de las naves", y que ya dieron suficientes signos de luchas intestinas durante el asedio de Troya. El regreso a sus respectivos lugares, bien probable se hizo sembrando el terror entre los pueblos que encontraban, sencillamente para regresar a sus lugares llevando con ellos el mayor botín posible. Todos los signos apuntan a que los llamados "Pueblos del Mar" procedían del norte del Mar Egeo, lo que apoya la hipótesis del regreso como piratas de la flora que destruyó Troya, y las fechas también confirman esa hipótesis.

sus mujeres para usarlas como calmante de sus apetitos mientras tenían algún atractivo, y acabar con ellas, tirándolas al mar o abandonándolas a su suerte en cualquier puerto.

Estaban tan alteradas las relaciones entre los hombres y los pueblos de esta área, que me parecía ser el bardo el lugar más acogedor, y en él me refugié durante unos años; sin embargo había de tomar una decisión para salir de él, porque mi progreso no podía detenerse, y así como la semilla siente en sus entrañas el embrujo de la primavera, y necesita germinar, también Yo me siento impelido, cuando estoy en el bardo, a echar raíces en tierra y dar vida a mi vida.

Entre las relaciones que tuve en el ciclo anterior, me sorprendieron muy gratamente aquellos mercaderes fenicios que tuvieron el gesto delicado de hacer una escala en el puerto de Pylos, sin otro fin que el darnos las buenas noticias de nuestros amigos de Itaca.

De dónde procedían estos hombres?. Recordé que nos habían contado que volvían desde el lejano Océano occidental, donde se encontraban las ricas minas de Tharsis, de allí venían cargados de plata para el trabajo de los artesanos fenicios en Byblos, en Sidón y en Tiro. Regresaban a estas ciudades, haciendo una escala previa en la chipriota Kytion.

Decidí, y así lo hice, trasladarme a la ciudad fenicia de Tiro, para conocer a sus gentes y tratar de encontrar la mejor manera de proseguir mi evolución entre ellos.

*El recordar tantas desgracias debería ejercer sobre mí una acción moralizadora; ¿cómo he de lamentarme de mi actual postración habiendo conocido tanta desdicha en tiempos pasados?.*

*Pero no es así, y en cambio la contemplación de aquellas desgracias me produce una sensación de desamparo y de vacío.*

*¿Por qué tantos seres inocentes, a lo largo de la historia han debido padecer tantas calamidades, cargando con una existencia desdichada?.*

*Por mi parte hago grandes esfuerzos para llenar el vacío que se abre ante mí; pero no dejo de reconocer que no es tarea fácil para nadie, y menos aun habrá de serlo para mí, dada la problemática de mi futuro ya en esta vida.*

*Estoy vacío de recuerdos de la mitad de mi vida; y aquellos que me llegan a la mente, de tiempos pasados y de otras vidas, tampoco puedo asegurar que respondan a realidades vividas; hoy por hoy carezco de pruebas sólidas, si algún día las tengo tal vez pueda mirar mi futuro con mayor optimismo. Mientras tanto me siento casi vacío de recursos, aun para desenvolverme el resto de mis días.*

*Y cuando pienso en la posibilidad de que mis padres me falten, me invade un frenesí por preparar de alguna manera mi futuro sin ellos, situación que hoy no concibo mas que inmersa en el desamparo. Pero si no ocurre nada anormal, lo esperable es que ellos mue-*



*ran antes que Yo, y Yo tendré que sacar adelante el resto de mi vida con mis propios medios, que aun tengo que organizar, aunque aun no sé cómo hacerlo.*

## VACÍO

El camello en el desierto,  
por el solano batido  
camina muy convencido  
de dejar recuerdo cierto.

Yo sueño con las estrellas  
y me hago la ilusión  
de que, dando el corazón,  
serán perennes mis huellas.

Si el camello se detiene  
y echa la vista atrás  
verá que no queda más  
que el viento, que va y que viene.

Yo sólo miro adelante  
aunque con gesto sombrío:  
no quiero ver el vacío  
de huellas de mi semblante.

Mas ni el camello ni yo  
vemos delante camino,  
y nuestro paso cansino  
duda entre el arre y el so.

Nuestro único albedrío  
es luchar contra el vacío.

& & & & &

**XXI****CUANDO ESTUVE EN TIRO  
(hace 3.050 a.)**

**Cuando estuve en Tiro**, ciudad dentro del Gran Mar, me situé entre la gente que vivía en las proximidades del puerto-norte, el más grande de la ciudad, y el mejor protegido. Desde muy de mañana había en él una gran actividad. Muchas personas trasladaban toda clase de mercancías con la ayuda de pequeños carros que ellos mismos empujaban. Unos llevaban pesados fardos que habían descargado de los barcos e iban con ellos hacia los almacenes. Otros salían de los almacenes, también cargados, y llevaban su carga hacia los barcos. Entre los que cargaban y descargaban había en el puerto media docena de barcos, y otros diez o doce sin actividad aparente.

Entré en varios de los almacenes, donde los mercaderes anotaban las mercancías que salían y entraban, así como el nombre de los portadores. Algunos de ellos estaban siendo auxiliados por sus familiares, probablemente hijos o personas de confianza. No me atraía de ningún modo la idea de una vida encerrado en uno de estos almacenes controlando mercancía.

Más envidiable me parecía una vida como la de aquellos que nos visitaron en Pylos; pero desconocía cual debía ser el principio que condujera sin demasiados desvíos colaterales al fin deseado.

Estuve tres días vagando por las calles de Tiro, atento a las conversaciones de sus gentes, hasta que encontré la situación y la oportunidad deseada.

Me confundí en la elección, por precipitación en la decisión y nací mujer. Todo ello por anidar en un cuerpo sin conocer primero cual era su carga genética.

Nacer mujer en Tiro hace poco más de tres mil cien años, no era ningún regalo que hubiera que agradecer especialmente a los dioses. Pero en el momento en que nací aun menos.

La ciudad de Tiro estaba sometida a un prolongado bloqueo por las hordas piratas de los filisteos. Reunido el Consejo de ancianos, llegó a la conclusión de que esa desgracia ocurría porque los dioses estaban enfadados con la ciudad. Para aplacar su enfado determinaron el sacrificar a Melkart, dios principal de la ciudad, todos los infantes que nacieran, al octavo día de su vida, tanto los hijos de nobles como de plebeyos o esclavos. Por tanto, eso fue lo que viví; exactamente ocho días, los mismos que habría vivido en caso de nacer varón en estas circunstancias. Mis padres me lloraron des-

consolados, pero me entregaron a los sacerdotes de Melkart para ser sacrificada. Y después de las abluciones y oraciones rituales me arrojaron a la pira, para aplacar al dios.

Tiro cayó en manos de los filisteos dos meses más tarde, sin que sirviera para nada la muerte de tantos inocentes (118).

Yo, de nuevo en el bardo, asistí a la pronta reacción de las ciudades hermanas de Byblos y Sidón para restaurar los destrozos causados por el asedio e incendio de Tiro. Todo se podía reponer menos los muertos, los que sacrificaron a los dioses y los que aniquilaron los filisteos cuando entraron en la ciudad a sangre y fuego.

Un buen número de mercaderes de Sidón se trasladaron a Tiro porque este enclave tenía más fácil el acceso a las mercancías que se exportaban desde él, y la distribución de las que se importaban.

Yo quedé en el bardo unos cuarenta años, hasta que el nuevo Tiro empezaba ya a funcionar.

Nací siendo el segundo de los hijos de un mercader tributario de los filisteos, al mismo tiempo que del rey Jiram.

Desde pequeño aprendí a usar el alfabeto en la lectura y escritura, y cuando tuve dominio de estas artes y de los números, comencé a intervenir en los negocios de mi padre, ayudando a mi hermano mayor que ya se había incorporado.

Mi padre había sido de joven un aventurero, pero con la edad tuvo que resignarse a permanecer en Tiro administrando su negocio. Mi hermano era un buen administrador, y Yo había heredado el espíritu inquieto de mi padre, por lo que me atraía más el hacerme a la mar para comerciar con otros pueblos que el permanecer en Tiro.

Mi primer viaje de negocios fue a la cercana Palestina, reinando allá el joven rey Saúl, para vender unos magníficos caballos turcos, destinados al servicio del nuevo rey, y comprar cereales y miel.

---

(118).-Tiro estaba sobre una pequeña isla cerca del continente, y estuvo separada del mismo hasta que Alejandro Magno la unió con una carretera elevada hacia el 330 a. C. Hacia el 1.050 a.C. los filisteos, unos de los pueblos del mar, llegaron a las costas fenicias y cananeas y tomaron sin gran esfuerzo sus ciudades, destruyéndolas parcialmente y llegando a convertir las en ciudades libres tributarias. Las ciudades fenicias eran soberanas con sus propios reyes y dioses, normalmente un trío de dioses, como Cronos, Afrodita y Adonis, siendo el dios masculino el más importante; se tenían además dioses locales, Melkart era el dios principal de Tiro. El rey y la reina eran al mismo tiempo los sumos sacerdotes, y tenían su Consejo de ancianos, que en el caso de Tiro podían incluso tomar decisiones en ausencia del rey, según refiere Asarjadon, rey sirio hacia 680 a.C. A los dioses se sacrificaban niños, al menos a partir del siglo V a.C. según relata Diodoro Sículo hacia 40 a.C. (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 66. En este tomo se encuentran las fuentes de esta nota y las siguientes hasta 126, salvo indicación en contrario).

No tuve ocasión de conocer personalmente a Saúl, aunque el mercader con que negocié, que era persona de su confianza me ensalzó su atractiva rusticidad, y su aspecto de gigante bonachón, aunque sin mucha autoridad, porque quien realmente mandaba en el nuevo reino era Samuel, que era quien lo había ungido rey, y sería capaz de quitarlo si no actuaba de acuerdo a sus criterios; esto es lo que me confesó aquel mercader, después de tres días de conversaciones para concluir la venta de los caballos, pagados con buenos lotes de trigo, cebada y rica miel, además de 500 siclos de plata (119).

El segundo de mis viajes lo realicé con tres naves hacia las costas Africanas, con meta final en Útica para comprar marfil y esclavos, y volver costeano hasta Leptis para cargar sal. Seguimos costeano e hicimos escala en tres aldeas marineras, donde desembarcamos algunas mercaderías atractivas para aquellas gentes, como vestidos púrpuras teñidos en Tiro, finos linos de Egipto y herramientas y armas de hierro, elaboradas por nuestros artesanos de Tiro. Mientras contemplaban absortos estos productos desconocidos para ellos, desembarcamos un aguerrido pelotón de hombres fuertemente armados y los hicimos prisioneros a todos, hombres mujeres y niños, desechando a los ancianos, que tendrían un escaso valor en nuestro mercado.

Después de la tercera escala estaban nuestras tres naves al límite de su capacidad, principalmente de esclavos, entre los comprados y los tomados de la naturaleza. Todos ellos los vendimos nada más arribar a Tiro, para evitar gastos de manutención y el que se nos estropeasen con el tiempo (120).

Estaban esperando mi llegada a Tiro para unir mis tres naves. con otras cinco de mi padre, y veinte más de otros comerciantes, todas ellas al servicio de nuestro rey Jiram, para emprender una acción de castigo contra Kytion, en Chipre, cuyos colonos se negaban a pagar los tributos a la ciudad de Tiro. Cargamos las veintiocho naves de mercenarios armados con espadas y puñales de hierro y protegidos sus cuerpos con placas y escudos también de hierro, y no tuvimos en Kytion enemigo que se resistiera. Nuestros hombres pasaron por las armas a sus habitantes, hombres y mujeres, sin respetar a niños ni ancianos. Yo no intervine directamente en la lucha, y sólo desembarqué cuando ya no había ruido de metales.

---

(119).-La Biblia describe a Saúl como hombre modesto, enérgico y valiente, pero sometido a la voluntad de Samuel que es quien le elige y le unge rey de Israel hacia 1.020 a.C.(v. 2 Samuel, 9-20 y 1 Reyes, 1-2). Los fenicios se pusieron pronto al servicio de dotar a la nueva monarquía de las cosas indispensables, cobrando en especies y moneda fenicia (siclos), que era de uso común. Los filisteos dominaban el arte de fundir el hierro, y los fenicios que eran avezados en descubrir oportunidades, se hicieron pronto con el dominio de esa técnica, que tal vez procedía de Anatolia (v. 118).

(120).-En la Odisea se relatan muchas incursiones fenicias con rapto de hombres, mujeres y niños para venderlos como esclavos (v. 118).

Cargamos nuestras naves en primer lugar con todo el cereal de sus almacenes, trigo y cebada; nos hicimos con cuantos objetos de valor pudimos encontrar, y completamos la carga de nuestras naves con rebaños de vacas, ovejas, cabras y cerdos, mientras tuvimos capacidad para llevarlas. Los animales que ya no pudimos cargar los pasamos a cuchillo y los abandonamos a las aves de rapiña (121).

No eran este tipo de viajes en los que Yo disfrutaba; mayormente me llenaba de pesar el ver el sufrimiento de aquellas víctimas; pero era necesario imponer el orden porque en caso de no hacerlo, en poco tiempo nadie pagaría los tributos a los que está obligado.

Cuando regresamos, hicimos escala en Sidón donde descargamos parte del botín, por orden de nuestro rey Jiram; puesto que Tiro debía compensar a Sidón por la inestimable ayuda que le había proporcionado para recuperarse después de la destrucción a que fue sometida por los filisteos, antes de que llegáramos a un acuerdo con ellos para compartir el territorio sin herirnos mutuamente. Finalmente llegamos a Tiro, descargamos las naves y despedimos a nuestros valerosos soldados.

Mi padre y mi hermano ya me tenían organizado otro viaje, y Yo no me demoré más de lo necesario en hacerme a la mar. Esta vez se trataba de un viaje de los que a mí me gustaba, una expedición puramente comercial. Se trataba de ir a Rodas, con una sola nave para adquirir, al precio que fuese, una nueva técnica de producción de un nuevo material que tenía unas posibilidades enormes para nuevas aplicaciones.

Los fenicios cultivamos todo tipo de trabajos artesanales y artísticos, y gracias a eso nuestros productos son muy estimados en todos los pueblos conocidos. Por eso, cuando tenemos noticias de que en algún sitio hay una nueva técnica o un nuevo material, ponemos todas nuestras capacidades para obtener los nuevos secretos. Así lo hicimos con el hierro y todos los pueblos pudieron ver las grandes ventajas que obtuvimos del dominio de esa técnica.

En la ocasión que cito se trataba de traer de Rodas algunas muestras de artículos fabricados aplicando fritada a la cerámica, para hacerla vidriada (122).

---

(121).-La referencia de la expedición de castigo contra los colonos de Chipre está recogida por Josefo, siglos después (v. 118).

(122).-La técnica de fusión del vidrio probablemente la aprendieron de los egipcios; pero en cualquier caso eran expertos vidrieros. La fritada es una fusión intermedia en la técnica de producción de los esmaltes, consiste en fundir las primeras materias, sílice, cuarzo, feldespatos, colorantes, etc, y enfriarlos sobre agua (fritado). El producto obtenido, fritada, es la primera materia en la producción de esmaltes para aplicar sobre arcilla o sobre metales. Recientemente parece que las excavaciones arqueológicas que los primeros esmaltadores y productores de fritada estaban en Rodas, de donde los fenicios aprendieron la técnica, no de los egipcios como se suponía hasta hace pocos años (v. 118).

Nosotros conocíamos de referencia la técnica de producción del vidrio y de la frita, y sabíamos que en Rodas había algunos artesanos que dominaban perfectamente la técnica de fusión de la frita y del vidrio, así como la más complicada de la preparación de la frita y para su aplicación sobre las masas de arcilla convirtiendo a las vasijas de arcilla en impenetrables por los líquidos, como el vidrio.

Conseguí llevar para Tiro dos hornos de fusión de frita y vidrio y cinco hornos de vidriado de la arcilla, así como dos de los mejores artesanos de Rodas, con sus familias, bajo promesa de recompensarles su trabajo hasta el resto de sus días, y asegurarles, para ellos y sus descendientes, una situación de privilegio en nuestra ciudad; todo ello si accedían a venirse a vivir a Tiro para adiestrar a nuestros artesanos. Y así lo hicieron.

Cuando acabé mi viaje y deje bien alojados a los dos artesanos con sus familias en Tiro, tuve la impresión de que acababa de hacer la obra más importante de mi vida.

Hice otros varios viajes, siempre por el mar, con distintos fines, y teniendo como límite occidental el puerto de Motya, al occidente de Sicilia.

El mar era mi patria, después de Tiro. y en su seno Yo me sentía como un dios. Por eso no llegué a tomar mujer para llenar mi casa de hijos, como hizo mi hermano. Yo vivía para volar sobre las olas del mar; las mujeres no me faltaban allá donde estuviera.

Era alegre y generoso, dos cualidades muy apreciadas por las mujeres de todos los pueblos; por eso donde mis naves recalaban encontraba siempre con quien compartir el tiempo que no dedicaba a los negocios.

Y en Tiro también había quien deseaba mis retornos y retrasaba cuanto podía mis partidas. De haber tenido una familia al modo tradicional en Tiro y en otras ciudades de Fenicia, Yo habría sufrido y hecho sufrir más a los que vivieran cerca de mí.

Por fin, cuando tuve la piel bien curtida por los vientos marinos, mi padre, que ya era un anciano respetado por todos los ciudadanos de Tiro y reconocido miembro de nuestro Consejo de Ancianos, no puso ningún reparo a que Yo comandase el viaje de mis sueños con uno de sus hombres que tenía mayores conocimientos de la mar.

Cuando Yo asistía a la escuela en Tiro, aprendí que la plata de mejor calidad que se recibía en Fenicia, procedía de la ubérrima Tharsis, allende el Océano. Y desde entonces soñé con bañar mi cuerpo en las misteriosas aguas del Océano.

Tampoco eran los riesgos tan grandes; mi compañero en el mando había hecho dos veces la ruta, y antes que él, desde hacía cincuenta años teníamos una pequeña ciudad aliada, bañada por el Océano, con población mixta de indígenas y fenicios; era Gadir y me habían

contado que se trataba de la ciudad más parecida a Tiro que pudie-  
ra soñarse, pues igual que nuestra ciudad, también Gadir estaba den-  
tro del mar. unida a tierra por una estrecha franja de tierra. Pero  
el mar que bañaba a Gadir no era nuestro Mediterráneo, surcado desde  
muy antiguo por todos nuestros antepasados, sino el Mar Océano, y  
ahí estaba el magnetismo y el misterio de Gadir (123).

Reunimos cinco naves, las mayores de las diez que entonces tenía mi  
familia; cada una de ellas con tres filas de remeros a cada lado y  
veintinueve remeros por fila, y con un gran palo con su vela, para  
ayudarse en la navegación cuando el viento lo permitía. Otras siete  
de varios otros comerciantes, se nos unieron para el viaje. Las doce  
naves estaban al mando estratégico de un solo capitán, que era mi  
hombre de confianza por ser nuestras naves el conjunto más numero-  
so de un solo comerciante. Debajo de ese capitán, cada comerciante  
tenía el mando sobre sus propias naves. En nuestro caso el segundo  
capitán de nuestras cinco naves y sus mil cien hombres era Yo.

En dos semanas cargamos las naves con toda suerte de los pro-  
ductos que sabíamos serían del agrado de nuestros clientes. En la  
nave capitana de la flota, que era la más moderna y mejor equipada  
de la nuestras, y donde Yo viajaba junto al capitán, guardábamos una  
relación detallada del contenido de la carga de cada una de las doce  
naves. Sería inútil referir aquí toda la relación de la carga; baste  
decir que los artículos más sobresalientes por su cantidad o su  
valor, eran los siguientes:

Textiles púrpuras y de otros delicados colores, finísimos teji-  
dos de lino, lanas hiladas y teñidas en varios atractivos colores;  
muchos útiles y armas del nuevo hierro, en sustitución del bronce,  
aunque también había en la carga algunos artículos de bronce, sobre  
todo de tipo ornamental; adornos y joyas en oro y plata, que cam-  
biamos al peso por iguales materiales en bruto, a razón de tres  
partes brutas por una elaborada; artículos de uso y adorno de vidrio  
y de cerámica, entre otros, multitud de amuletos y estatuillas de  
todas clases y para uso ritual llevábamos estatuillas de todos los  
dioses de las ciudades que pensábamos visitar en nuestra ruta.

---

(123).-Así canta el profeta Ezequiel a Tiro:

*Tiro, tú te decías: "Yo soy un navío  
de perfecta hermosura.  
En el corazón de los mares estaban tus fronteras.  
Tus fundadores hicieron  
perfecta tu hermosura"*

(Ez.27, 3-4)

Como pueden ver los que conozcan Cádiz, la descripción se aplica perfecta-  
mente, sin cambiar ni una coma a la Perla del Océano (v. 118).  
Y continúa Ezequiel: "Los de Tharsis traficaban contigo (Tiro) en gran abun-  
dancia de productos de toda suerte. En plata, hierro, estaño y plomo te  
pagaban tus mercancías" (Ez. 27, 12).

Por fin abandonamos Tiro, en formación las doce naves con unos dos mil seiscientos hombres, en dirección a Kytion en Chipre, donde sus nuevos habitantes no guardaban memoria alguna de mi anterior paso por la isla, para fortuna mía, y así sólo tuve a mi conciencia para maltratarme los dos días que se demoró nuestra partida de la isla.

Navegando hacia el oeste recalamos en Rodas; allí visité a los artesanos del vidrio y de la frita que me recordaban con afecto y más aun cuando les dí buenas noticias de sus amigos que quisieron acompañarme hasta Tiro, y hasta algunos objeto propios de nuestra ciudad que tuvieron interés en entregarme en Tiro para que Yo les llevase a sus antiguos vecinos de Rodas. Tanto interés tenían en nosotros que nos hicieron demorar un día la salida tomando como excusa el tiempo revuelto y mar alborotado con el que amaneció el día fijado para la salida.

Nuestra siguiente escala fue Atenas, donde se sumaron a nuestra flota otras tres naves, y cuatrocientos hombres, de un comerciante amigo de mi padre desde hacía muchos años. Sabían que estábamos en camino por un mensaje mandado un mes antes con unos constructores de Atenas que acudieron a Sidón y Tiro a comprar madera. Se pusieron muy gustosamente a la orden del capitán de la flota, al saber que era el hombre de confianza de mi padre. Con los atenienses formábamos una flota de quince naves y unos tres mil hombres (124).

Sin alejarnos nunca demasiado de la costa, y bordeando el Peloponeso, llegamos hasta Corfú; en esta travesía desde Atenas, hicimos parciales escalas en tierra griega, sin llegar nunca a recalar toda la flota por falta de capacidad de los puertos que encontrábamos, que principalmente eran puertos pesqueros más que comerciales.

En Corfú hicimos una escala de tres días, suficiente sólo para reponer alimentos a bordo y conocer un poco la ciudad, los que aun no la conocían. Allí tenía Yo una adorable amiga, que fue una de las mujeres más importantes en mi vida, a pesar de haberla visto sólo cuatro veces, en dos viajes de ida y vuelta a Sicilia, y ésta era la quinta vez que nos veíamos.

Yo dije al capitán la verdad, como debía, y era que quería estar libre de todo tipo de responsabilidad, contacto u otra obligación durante la estancia en Corfú porque pensaba estar todo el tiempo, día y noche con aquella mujer; sólo necesitaba que me mandara un mensajero momentos antes de partir, y así lo hizo. fue una de las escalas más cortas de este viaje, y me despedí babeando de mi apasionada y dulce morena, prometiendo encontrarla a la vuelta, si los dioses no disponían otra cosa.

---

(124).-Lo habitual es que los mercaderes fenicios se mezclasen con las poblaciones griegas, y no era infrecuente el que organizaran expediciones mixtas, sobre todo cuando se trataba de alejarse mucho de sus territorios continentales (v. 118).



Partimos, muy a mi pesar, de Corfú para aproximarnos a las costas italianas, donde hicimos dos pequeñas escalas en Croton y en Locri, antes de costear Sicilia oriental, por las faldas mismas del imponente Etna, que fumaba pausadamente. Recalamos en Siracusa el tiempo suficiente para cargar de víveres nuestras naves, y reparar las bancadas de tres de ellas; las de mi padre no precisaron reparación alguna, porque eran robustas y habían sido bien renovadas antes de la partida de Tiro.

Nos hicimos de nuevo a la mar y costeando el sur de la isla llegamos hasta Agrigento, donde recalamos brevemente para completar la carga de nuestras provisiones, y en media jornada de buen viento arribamos al puerto más occidental de Sicilia, en Motya. Allí ya existía una pequeña colonia mixta de fenicios y sicilianos, establecida por generaciones anteriores, y que Yo había visitado por un corto tiempo en uno de mis anteriores viajes por la zona.

Al oeste de Sicilia nos esperaban las dos etapas más duras del viaje porque teníamos que navegar largo tiempo, día y noche, hacia el occidente, lejos de tierra alguna. La primera de ellas hasta Sulcis en Cerdeña, y la segunda hasta la ensenada de Mago en Menorca (125).

Teniendo eso en cuenta, y lo agotadas que estaban nuestras tripulaciones por el trabajo acumulado en las largas jornadas de navegación que ya habíamos cubierto, de mutuo acuerdo, decidimos desembarcar, dejando un pequeño retén en cada barco, y conceder una semana de libertad en tierra a nuestros marinos.

Motya era una pequeña ciudad amiga donde nuestros hombres no correrían riesgos especiales; así lo pudimos comprobar porque todos ellos se reincorporaron en el momento preciso a sus respectivas naves, sin que uno sólo nos diera otros problemas que los derivados del abuso del buen vino que los naturales del país les ofrecieron, recibiendo a cambio pequeños obsequios que entregaban nuestros hombres, y que eran muy apreciados por aquellos sencillos aldeanos.

Partimos con buen tiempo el día previsto con el alborar del día, y a media tarde del segundo día avistamos las escarpadas costas de Cerdeña, pudiendo llegar a puerto con tiempo de luz suficiente para dejar bien amarrada la flota hasta la siguiente mañana.

Sulcis era, como Motya, una pequeña aldea que podía ofrecer pocas cosas aparte de los productos y animales de sus campos; por eso íbamos nosotros bien pertrechados de víveres conservados, incluyendo carnes y pescados, que habíamos cargado en Atenas y después en Siracusa y Agrigento. Ya sabíamos que desde Agrigento hacia el occi

---

(125).-Para viajar a Sulcis, en Cerdeña, y desde allí a Mahón en Menorca, con las naves de que disponían era imprescindible que hiciesen también navegación nocturna. Y para orientarse de noche no tenían ninguna dificultad por que ya habían emprendido a hacerlo con el auxilio de la Osa menor, y estrella Polar, y no con la Osa Mayor como hacían los griegos hasta que aprendieron de los fenicios a orientarse con la estrella Polar (v. 118).

dente no sería fácil encontrar alimentos preparados para una larga duración antes de ser consumidos, con la excepción de los cereales, en grano o molidos, los frutos secos, las salazones de carne y pescado, los quesos y los huevos.

El día siguiente lo dedicamos a contratar las cargas de materias minerales que pensábamos cargar a la vuelta de nuestro viaje, y descargamos los productos que por ellas entregamos como parte del pago, dejando el resto en moneda para entregar en nuestro viaje de vuelta. Partimos el segundo día de mañana, cuando faltaban nueve para el solsticio de verano. El tiempo era variable, con el cielo parcialmente cubierto de nubes, pero el mar estaba en calma.

A media tarde, cuando ya habíamos perdido la vista de toda tierra se nos vino encima una gran tormenta con rayos y truenos, y se hizo de noche cuando el sol debía estar aun sobre el horizonte.

Llovió abundantemente durante la tarde y noche, y el mar se embraveció dispersando nuestras naves con fortísimos vientos racheados. Sólo estando próxima el alba, empezamos a ver de nuevo estrellas en el cielo, y el mar empezó a serenarse.

Con la luz del nuevo día, reagrupamos la flota, con la excepción de dos de las naves, de las que nunca más supimos, a pesar de que navegamos circularmente en el lugar hasta entrada la tarde, para dar tiempo a su posible aparición; pero no encontramos más que algunas maderas que fueron reconocidas como únicos objetos que aparecieron de ellos.

Del resto de la flota no faltaban más que veinte hombres que fueron arrancados por la mar del amparo de sus naves durante la noche, sin que sus compañeros pudieran hacer nada por salvarlos. Por lo demás, casi todas nuestras naves necesitaban algún tipo de reparación en remos, bancadas, palos o trapío.

Continuamos con la mayor cautela, rumbo al oeste, y al amanecer del tercer día avistamos la pacífica ensenada de Mago. Con Menorca a la vista se desataron los nervios contenidos de nuestros hombres en gritos de alborozo, y antes de que el sol alcanzase su cénit, habíamos fondeado, en medio de un griterío de los naturales de la isla, mezclado con el incontenible gozo de todos nosotros por haber salvado la vida en una noche aciaga.

En Mago hicimos los ritos funerarios (126) por nuestros hombres

---

(126).-El panteón de divinidades tirias estaba registrado a comienzos del siglo VII a.C. en el tratado entre el soberano de la ciudad y Asarjadón, rey de Asiria. En primer lugar estaban los tres Baales: Baal Shamin, "Señor de los cielos", Baal Malage, "Señor de la pesca" y Baal Sapon "Señor de la tormenta". Después venían Melkart (Heracles de los griegos), Eshmun, dios de la salud y la curación, y Astarté, diosa de la fertilidad y de la maternidad. Debajo había una pléyade de dioses menores para ensalzar cualidades o habilidades como la justicia, la probidad o las distintas ramas de la artesanía. En todas las ciudades había santuarios donde se entregaban ofrendas y se hacían sacrificios, incluso humanos, sobre todo de inocentes (v. 118).

y naves desaparecidas, y sacrificamos animales a los dioses fenicios y griegos, reservando la mejor de las novillas para sacrificar a nuestro divino Baal Sapon, Señor de las Tormentas, por habernos tomado de la mano y guiarnos hasta el seguro puerto de Mago.

Esto nos ocupó el día entero de nuestra llegada. Durante los cuatro días siguientes trabajaron nuestros hombres sin descanso hasta completar todas las reparaciones que eran necesarias en nuestra flota. El sexto día de nuestra estancia en Mago lo dedicamos a celebrar junto con los naturales de la isla, las fiestas del solsticio de verano; lo hicimos con grandes hogueras donde quemamos todos los elementos combustibles destrozados por la tormenta y sustituidos en nuestras naves, tales como remos, bancos, palos, etc. Comimos y bebimos toda la noche alrededor de las hogueras, y al amanecer comenzamos los preparativos para hacernos a la mar. Antes del mediodía dejábamos atrás la isla de Menorca. Con viento de levante y mar rizada pasábamos durante la noche por las costas orientales de Mallorca, sin querer acercarnos mucho a tierra para evitar cualquier problema de embarrancamiento. Continuamos con buena mar durante la mañana siguiente y al caer la tarde teníamos frente a nosotros la bahía de Ebussus. Allí había ya una pequeña aldea con población mixta de fenicios e isleños, como otras varias en este mar occidental, creadas en viajes anteriores por nuestros comerciantes. Entramos al puerto donde nos esperaban todos los aldeanos, que habían bajado de la colina en que se asentaba la aldea, al reconocer que los barcos que se aproximaban eran fenicios. Sólo hicimos escala la tarde y noche para dar un poco de reposo a nuestros hombres, y muy de mañana partimos para navegar una larga jornada y encontrarnos por la tarde en el seguro refugio de Calpea, junto a un imponente peñón que emergía en vertical desde las profundidades del mar. Llegados a este punto, el gran peñón era la señal en nuestras informaciones de ruta, sabíamos que ya se habían acabado los peligros de las largas travesías marinas, pues hasta el final de nuestro viaje ya sólo teníamos que hacer una navegación tranquila y costeano estos territorios. No era probable encontrar enemigos porque hasta Gadir teníamos varias jornadas de navegación haciendo siempre escala en ciudades o aldeas ya establecidas por nuestra flota en épocas anteriores. Mas bien seríamos muy bien recibidos, pues en muchos casos estaban esperándonos con mercancías preparadas para la carga en nuestras naves, y sobre todo, esperando el recibir los productos que nosotros traíamos para estos pueblos.

Las siguientes escalas de nuestro viaje, que mencionaré siquiera de pasada, fueron éstas: Baria, Abdera, Ex, Malaka, Carteia y por fin Gadir. En muchos de estos lugares había una vida pujante basada en la pesca, incluyendo instalaciones de salazón de pescado, la agricultura y ganadería, la artesanía y construcción, así como los intercambios entre los productos que nosotros descargábamos y los

que llegaban desde el interior del país, principalmente metales o minerales para preparar los metales a partir de ellos (127).

Pasamos frente a las costas de otras aldeas, donde conocíamos que ya habitaban algunos de los nuestros porque llevábamos con nosotros la información de todos los pueblos y aldeas, donde en viajes anteriores habían hecho escala nuestros barcos, dejando allí algunos de sus hombres.

Algunas de estas aldeas las divisamos desde el mar, pero no hicimos escala en ellas para no prolongar innecesariamente nuestro viaje con jornadas de navegación muy cortas. Estas eran algunas de ellas: Murgi, Toscanos, Mainake, etc. (128)

En estas últimas etapas navegamos sólo durante el día; salíamos del refugio nocturno, ensenada o bahía, con el primer clarear de la alborada para llegar a un nuevo refugio a la caída de la tarde. Las distancias entre una y otra escala eran alcanzables fácilmente en una sola jornada con buen viento.

Cuando llegamos a Abdera se nos presentó un fortísimo viento de poniente que hacía penoso, y no exento de peligro, el salir a la mar. Los amables naturales de la comarca nos anunciaron que con esta intensidad el viento no soplaría más de tres días, y decidimos permanecer al abrigo del viento hasta que amainara.

En el pequeño puerto de Abdera comíamos, bebíamos y charlábamos con los marinos del lugar la noche del tercer día de reposo, cuando nos advirtieron de que debíamos preparar nuestras naves y tener

---

(127).-La mayoría de estas colonias fenicias aparecen en la bibliografía como fundadas algunos años más tarde, lo que no es óbice para aceptar que ya en esta época hiciesen allí escala por resultar enclaves adecuados para ello; el establecimiento definitivo en cualquier punto no se produciría sin haber realizado previos tanteos para conocer las características de los distintos puntos de la ruta, hasta decidir dónde establecer las bases. Todas ellas estaban enclavadas en promontorios, por razones de defensa, con posibilidad de tener puerto protegido de los elementos, con fácil comunicación con las tierras interiores y no lejos de los yacimientos de metales. Baria, es el actual Villaricos (Almería), en la desembocadura del Almanzora, cerca de Rodalquilar (oro). Abdera (Adra), es el enclave de entrada a los yacimientos mineros de las sierras de Gádor y la Contraviesa (plata y plomo). Ex, para los griegos Sexi (Almuñécar), era la única colonia lejos de los yacimientos mineros y acabó teniendo menor actividad. Malaka (Málaga) era un buen punto para la penetración por los valles del Guadalmedina y del Guadalhorce, por donde llegaron hasta Antequera y Archidona (la Escua fenicia). Carteia (Carteya), en el fondo de la bahía de Algeciras era un buen refugio antes de enfrentarse con las aguas del Océano. Gadir (Cádiz) sirvió como punta de lanza para emprender desde allí expediciones de aprovisionamiento de estaño, plomo, hierro, cobre, plata y oro (HISTORIA DE ESPAÑA, Op. cit., pág. 26).

(128).-Murgi, próxima a El Egido (Almería), servía para sacar la plata y plomo de las minas de Dalías. Toscanos, sobre un montículo cerca de Torre del Mar, podría ser uno de los posibles emplazamientos de la mítica Mainake; el otro podría ser Marbella. Se sabe que era un enclave importante, pero hasta hoy no se ha identificado su ubicación exacta.

las a punto, porque durante la noche cambiaría el viento a levante y podríamos continuar nuestro viaje con viento de popa. Pero lo teníamos todo a punto, porque hacía tres días que esperábamos el momento de poder partir.

Establecimos una guardia nocturna con el encargo de vigilar muy atentamente la dirección del viento. De madrugada avisaban a nuestro capitán y al responsable de cada grupo de naves, que el viento había cambiado de forma súbita y ya hacía un buen rato que soplaban continuamente de levante.

Esperamos a que la aurora, que venía de la parte de Fenicia, nos anunciase que el Sol llegaría en un corto tiempo, y nos pusimos en marcha, navegando como se nos había anunciado y recalando, poco después del mediodía, al pie del peñón de Ex, habiendo pasado por unas escarpadas costas que, sin una mar tan favorable, podrían haber causado el destrozo de nuestras naves.

Cito esta anécdota para indicar lo importante que es el poder tener contacto con los lugareños cuando se hacen largos viajes por tierras o mares desconocidos. Nosotros podíamos charlar con estas gentes gracias a que entre ellas había algunos de los nuestros o sus descendientes, que habían quedado allí en expediciones anteriores, formando con los lugareños grupos humanos mixtos, en los que no era extraño que se mantuviera nuestro idioma hasta tres o cuatro generaciones, y antes de que desapareciera ya había nuevos grupos de fenicios que venían decididos a quedarse para siempre entre estas gentes tan pacíficas y de tan positivo sentido de la vida.

También en nuestra expedición venían en conjunto unos ciento cincuenta marineros y artesanos de distinta índole, que se embarcaron en Tiro con la idea de desembarcar en alguna de las escalas de la ruta, y quedar allí para iniciar una nueva vida. Había entre ellos carpinteros, herreros, alfareros, tejedores, tintoreros, canteros, constructores y hasta mozos de carga. Se trataba en general de individuos que no estaban satisfechos de sus condiciones de vida en Tiro, y que tampoco tenían una situación familiar que les retuviera allí.

Nosotros, los mercaderes, les aceptábamos a bordo porque hacían un trabajo útil y, cuando quedaban en alguno de estos lugares, eran una garantía de que en sucesivos viajes encontraríamos el enlace justo para establecer el contacto con estas gentes. De ellos desembarcamos cuatro en Motya, quince en Mago, seis en Ebussus, diez en Calpea, seis en Beria, diez en Abdera, seis en Ex, ocho en Malaka, cinco en Carteia y el resto, y los ochenta restantes quedaron en Gadir, unos para permanecer allí y otros para trasladarse después a Onoba, Tharsis o a otros lugares de Tartessos.

A estos hombres los íbamos conociendo durante las largas jornadas de viaje, y aquellos que nos parecían con mayor espíritu comercial y facilidad para el contacto con gentes extrañas, les dotábamos de la información necesaria y les proponíamos el hacer un tra-

bajo para nosotros que consistía en prepararnos carga para próximos viajes, por lo que cobrarían en moneda o especie. Era una forma cómoda y no muy costosa de extender y mantener nuestras relaciones comerciales en estas tierras de Tartessos, tan lejanas de Tiro.

*Para una persona como Yo, con el alma inquieta y anclada en la noche, recibir tan hermosas y tan agitadas imágenes, que en otros tiempos fueron sus propias andanzas, es como un refrescante baño después de cruzar el desierto en pleno estío.*

### DESGRANANDO SUEÑOS

Anclado en la noche,  
cala del sosiego,  
recogido el trapo,  
tengo mi velero;  
anclado en la noche,  
desgranando sueños.

Le mecen las olas  
como le mecieron  
cuando con su empuje  
las iba partiendo;  
hoy mecen su calma  
y ayer le embistieron.

Espera en la noche  
que apunte el lucero  
para ir presuroso  
con su trapo al viento  
buscando horizontes  
que nunca le vieron.

Y a la noche tibia,  
con nubes el cielo,  
con el alma inquieta  
y gozo en el cuerpo  
buscará el seguro  
refugio del puerto.

Y anclado en la noche  
desgranando sueños  
esperará el día  
y el Sol en el cielo,  
recogido el trapo  
y el ánimo entero.

**XXII****Y POR FIN GADIR  
(hace 2.980 a.)**

**Y por fin Gadir** apareció a nuestra vista, y un griterío se alzó en cada una de las naves, que llegaba a las demás, uniéndose todas en una sola voz de admiración y júbilo.

La ciudad estaba subida en un peñón emergente del Océano. No era un peñón más imponente que el de Calpea o el que protegía a Carteia, que habíamos dejado atrás al inicio de la misma jornada. Tampoco era una ciudad mayor que la nuestra de Tiro; pero era más elevada que ella, más blanca y más luminosa; era en resumen más impresionante.

Sus aguas eran profundas y bravas, y la luz del cielo debía descender en ellas hasta donde el hombre no era capaz de hacerlo.

Dimos la vuelta al peñón, sobre el que señoreaba Gadir, como en procesión ritual, mientras éramos jaleados desde el mismo por unas gentes bulliciosas que seguían, corriendo sobre las pequeñas murallas, la ruta de nuestras naves. Propiamente no tenían murallas defensivas, pues no necesitaban otras que las propias rocosas donde estaban montados.

Gadir era una antigua aldea de raíces minoicas, que unos decenios antes de nuestra llegada había experimentado un crecimiento inusitado cuando desde Tiro se decidió potenciar el comercio de los metales, de los que había una demanda creciente en nuestra zona, tanto en Grecia como en Asiria y Egipto.

Necesitábamos estaño, oro, plata, cobre y plomo; todos ellos podíamos obtenerlos si montábamos una base firme en estas aguas. Por eso, después de sellar un pacto de amistad con Tartessos, se decidió el hacer desde Tiro una expedición fundacional, y vinieron desde allí barcos y gentes para establecerse en este lugar.

En un corto tiempo se construyeron alojamientos para los nuevos moradores, y la pequeña aldea se transformó en una ciudad, con apiñadas casas sobre el peñón, para protegerse entre sí de los vientos oceánicos, que periódicamente se desataban sobre ella.

Con la llegada de aquella flota, superior a cincuenta naves cargadas de gentes emprendedoras, Gadir pasó en poco tiempo a ser la segunda ciudad en importancia de estas aguas oceánicas, después de Tartessos. Aquí teníamos los principales comerciantes de Tiro nuestros representantes permanentes.

Desde aquí partían continuamente expediciones para obtener el estaño de las islas Casitérides, el oro, la plata y el cobre de

Tharsis y el plomo de las cuencas mineras en las riberas del río Betis, tierra adentro. Todos esos materiales se guardaban en abrigos rincones dentro de la bahía a la espera de las expediciones que periódicamente llegaban desde Tiro, ya por la ruta del norte de África o por la que nosotros habíamos seguido, enlazando las distintas islas del Mar Mediterráneo.

Por eso Gadir fue constituida por nosotros como centro de aprovisionamiento de todos estos materiales.

Dimos la vuelta al peñón que sostenía a la ciudad, seguidos de la curiosidad de sus habitantes, y soltamos amarras en el puerto que estaba protegido de los vientos del Océano por el mismo peñón.

Cuando pusimos pie en tierra ya estaba el puerto lleno de un gentío que había bajado en tropel de la ciudad por unas escalas labradas en la misma roca. Se disputaban entre ellos el ser los primeros en ofrecernos sus servicios, tanto como portadores de nuestros enseres personales si los necesitábamos bajar, como el informarnos de los lugares de la ciudad donde poder pasar una buena velada, amenizada con buenos vinos y mejores compañías.

Mandé noticia de nuestra llegada al representante de mi padre, con la intención de mantener con él un primer contacto aquella misma noche. Pero no hizo falta tal mensaje porque así que llegó a sus oídos que la flotilla tiria estaba arribando a Gadir puso en marcha los preparativos para recibirnos; de modo que no bien hube despachado al mensajero, se presentó en el puerto una cortés embajada formada por nuestro representante y dos de sus hijos, con el ofrecimiento de que nos alojásemos en su casa, tanto Yo como el capitán de la flota. El capitán rehusó amablemente indicando que él debía dormir en su nave mientras estuviese en puerto; pero al mismo tiempo me incitó a que aceptara la cordial invitación, y así lo hice.

Tomé mis objetos personales y subí a la ciudad no sin antes haber convenido con el capitán para reunirnos a cenar en casa de mi huésped; era demasiado tarde para los sacrificios rituales, por lo que acordamos reunirnos todos los llegados a la mañana siguiente en el puerto para hacer los sacrificios a Poseidon por permitirnos llegar a Gadir, en el seno del Océano, después de larga travesía por mares procelosos, sin otro incidente que el que nos sorprendió camino de Menorca.

En unos minutos estuvimos en casa del mercader, que constaba de una vivienda amplia, algo menor, pero no mucho, que la nuestra de Tiro; con un patio trasero y amplios almacenes con entrada también por la parte trasera de la vivienda. Las estancias estaban bellamente decoradas con sus paredes cubiertas de frescos con motivos marinos. Sus muebles, de nobles maderas, estaban coronados de bronce y estatuillas cerámicas de los dioses de Tiro y de la propia ciudad de Gadir, así como algunas figurillas tartesas, que indicaban las excelentes relaciones que las gentes de Gadir mante-



nían con ese pueblo.

Cenamos aquella noche nuestro capitán y Yo, obsequiados por aquella familia, en un ambiente jubiloso y festivo. Dada la bondad del ambiente, en aquella noche de verano, optaron por servirnos la cena en el patio, y allí vino el comer y beber cuanto quisimos, amenizados por la desenfadada charla que el vino empujaba, desatando las lenguas. Toda aquella familia hablaba nuestro idioma, y nos hacían sentir como en nuestra propia casa.

Junto al mercader y su amable esposa, se sentaron a la mesa los dos hijos que nos recibieron en el puerto, una bella hija, aun doncella, que hubiera podido disputar con Afrodita la primacía en hermosura y dos hermanos menores, aun casi niños.

A mí me cupo el honor de tener en la mesa a un lado a la esposa del mercader y al otro a su hermosa hija; ambas adornaron mi cena con su amena charla, y gracias a ellas tuve la oportunidad de empezar a conocer la sabiduría y buen juicio que acompañan a los naturales de esta nación, pues aunque nuestro representante era tirio, llegó a Gadir siendo mozo y aquí tomó mujer gaditana y nacieron todos sus hijos.

Durante toda la velada sentí sobre mí la mirada posesiva y apasionada de mi bella compañera de mesa; la doncella por supuesto, aunque tampoco la madre me quitaba ojo, siguiendo mis gestos y palabras con mirada escudriñadora. Cuando Yo hablaba, la hermosa joven me miraba con sus profundos y claros ojos azules, y me hacía pensar en Pallas Atenea, la de los brillantes ojos, que decían mis amigos griegos. Cuando Yo la miraba, bajaba la vista y se turbaba; pero tan pronto dirigía mi vista a otro sitio, sentía sobre mí de nuevo el dardo apasionado de su mirada. Nos despedimos muy tarde y Yo no pude conciliar el sueño, turbado por un sentimiento que no había experimentado nunca, a pesar de que mi experiencia con las mujeres era amplia, y Yo creía, a mis años, que nada nuevo podría aprender de ellas.

La siguiente jornada la dedicamos en su primera mitad a los sacrificios rituales como teníamos previsto, y por la tarde comenzamos a tener conversaciones cada uno de nosotros, acompañados de sus respectivos representantes, con los distintos comerciantes que representaban a su vez a los productores o dueños legítimos de los materiales, para conocer la cantidad y tipo de la carga disponible, para proceder a su contratación y carga en nuestras naves.

Estas conversaciones continuaron los dos días siguientes hasta que todos los materiales que teníamos que llevarnos quedaron contratados. Y sólo empezamos a descargar las mercancías que traíamos cuando supimos a quien y en que cantidades había que entregarlas como consecuencia de las transacciones acordadas.

Los minerales procedentes de Tharsis debíamos pasar a cargarlos al puerto de Onoba, a una jornada de navegación hacia el noroeste. El resto de la carga estaba preparada en distintos puntos de la bahía

de Gadir, protegida de los vientos del Océano. El cuarto día de nuestra llegada a Gadir partieron hacia Onoba las naves que tenían que cargar allí; eran tres de las naves de mi padre, otras tres más de Tiro y las tres que nos acompañaban desde Atenas. En total, una flotilla de nueve naves para cargar oro, plata y minerales de cobre procedentes de las cuencas de los dos ríos que confluyen en Onoba .

Con esta flotilla partió también el capitán, mientras Yo quedé al mando de las naves que debían cargar en la misma bahía el resto de la carga, que la flota de Gadir se había preocupado de acopiar. Esta carga estaba formada principalmente por estaño de las islas Casitérides y ámbar de los mares del norte (129).

En cinco días de intenso trabajo tuve cargadas mis naves y aun hube de esperar cinco más hasta que llegaron las naves de Onoba.

Durante los tres primeros días de mi estancia, las comidas y cenas las hice junto con mi representante y los comerciantes con los que manteníamos conversaciones, por lo que salíamos de su casa al amanecer y no volvíamos hasta la hora de dormir. En estos días no pude ver a su hermosa hija mas que momentos antes de irnos a dormir, pues toda la familia esperaba nuestra llegada antes de retirarse a descansar.

En los siguientes cinco días marchábamos los dos igualmente muy de mañana; pero a media tarde estábamos ya de regreso, habiendo dejado organizado el trabajo de carga para el resto de la jornada, bajo el mando de hombres de confianza en cada una de las naves.

El primero de estos días, cuando llegamos a casa se estaba levantando de la siesta el resto de la familia; nos sentamos con ellos en el fresco patio, y ante mi asombro por el hecho de irse a dormir en pleno día, me explicaron en qué consistía esa costumbre de la siesta veraniega y me pareció que debía ser un ejercicio sano, reparador de energía y pacificador de inquietudes. Fue entonces cuando la hermosa hija de nuestro hospitalario representante se ofreció para enseñarme la ciudad, que Yo aun no conocía. Yo acepté de inmediato, tratando de ocultar la emoción turbadora que me provocaba la invitación. Ella pidió la aprobación de su padre para proceder así, y con la aquiescencia paterna salimos de la casa, despidiéndonos hasta la hora de la cena.

Cuando estuvimos en la calle me pidió que le contara cómo era mi ciudad Tiro, y cuando lo hice se interesó por saber cómo era mi vida

---

(129).- Onoba (Huelva) ha sido, durante más de tres mil años, la puerta de salida al mar de los minerales de las ricas cuenca minera del Andévalo, con los enclaves más importantes en Tharsis y Riotinto. Las Casitérides no se sabe exactamente donde estaban; la hipótesis más fiable las identifica con las islas Scilly (o Sorlinguen), al suroeste de la península de Cornualles (Gran Bretaña); pero hay quien las sitúa en Galicia, en las proximidades de la ría de Vigo (islas Cies?), para dar salida a los minerales metalíferos de las actuales provincias de Orense y Pontevedra. El ámbar procedía del Mar Báltico.

allá, y después quiso conocer algo acerca de mi familia, interesándose porque le describiera a cada uno de mis padres y hermanos.

Mientras tanto íbamos caminando por las estrechas calles que llevaban de una a otra parte de la ciudad, encima del peñón que está dentro del mar, por lo que en pocos minutos pasábamos de tener el mar al norte a tenerlo al sur, y de tenerlo al este a tenerlo en el poniente. Cada vez que, después de hacer unos cientos de pasos llegábamos frente al mar, nos parábamos un poco a contemplarlo, caminábamos a lo largo de la muralla unos pasos y le volvíamos la espalda internándonos de nuevo en la ciudad.

De vez en cuando me hacía detenerme para ponerse frente a mí y mirarme atentamente mientras Yo contaba algo que le interesaba especialmente. Y me miraba sin pestañear, con aquellos ojos azules que, cuando los miré con el océano de fondo, los confundí con sus aguas. Eran ojos turbadores, pero no turbados. Estaba emocionada, pero sin perder el control. Yo me sentía cada vez más perdido en esta ciudad, a pesar de parecerse tanto a la mía, y a pesar de que Yo era mayor y más experimentado que ella, pues Yo tenía treinta y uno, ella sólo veintidos; mas Yo era un niño en sus manos, ella para mí era dios.

Cuando el Sol estaba cerca del momento en que se escondería en las aguas del Océano me pidió que nos sentáramos en la muralla frente al Sol y que guardáramos silencio desde el momento en que el Sol tocaba el agua hasta que desapareciese. Me dijo que esos eran momentos mágicos para pedir un deseo y permanecer en silencio. Y así lo hicimos.

El Alba y el Crepúsculo son dos dioses de nuestra ciudad- me dijo cuando el Sol se ocultó. Y con su mano sobre la mía, me pidió que, sin mentir, tomando el Crepúsculo de testigo, le confesase cual había sido mi deseo, que ella me confesaría también el suyo.

Mi cuerpo todo se estremeció y empecé a sudar. Pero sin dar tiempo a ninguna reflexión, me armé de valor y le confesé mi deseo irresistible de que me acompañara a Tiro. Entonces fue ella la que se turbó y presionando fuertemente mi mano de dios que su deseo era venirse conmigo. Cuando acabó de formular su deseo, sus ojos llorosos no podían verme; Yo tampoco podía verla a ella. Cuando nuestros corazones se apaciguaron y recobramos la calma, nos pusimos de acuerdo en sacar adelante nuestro deseo común; pero sin comentarlo con nadie hasta poder pensar los dos en cómo realizarlo.

Con este compromiso volvimos a la hora de la cena, y allí expusimos nuestro común deseo de seguir visitando la ciudad al día siguiente. En aquel momento Yo capté alguna extraña reacción en el rostro de su madre. La intuición de aquella mujer presagiaba alguna maniobra ajena al interés por la ciudad, y no andaba equivocada.

El siguiente día volvimos a salir a la misma hora y con el mismo pretextado objetivo. Cuando estuvimos solos en la calle, lo primero que hizo fue pedirme perdón por haber roto su compromiso. Su madre

le había interrogado sobre nuestra visita y ella había creído oportuno confesarle sus sentimientos y pedir su aprobación antes de comentarlo con su padre. Su madre veía con pesar el plan, pero ante la ceguera de su hija prometió apoyarle en lo que fuese necesario.

Con esas nuevas elaboramos serenamente un plan para exponer a su familia nuestras intenciones. Yo explicaría a su padre, durante la comida de la siguiente jornada, mi interés por su hija y el de ella por mí y le solicitaría su aprobación para llevarla conmigo a Tiro. Si accedía Yo lo incorporaría a mi negocio como socio tan pronto mi padre falleciese y quedara el mercadeo en manos de mi hermano y en las mías.

Ella escuchó mi plan con suma atención y cuando acabé de exponerlo se abrazó a mí y en esa forma contemplamos en silencio la huida del astro rey de nuestra vista. Nos besamos con pasión, manos mejillas y frente, y regresamos a cenar a su casa. Allí tuve que sentir sobre mí el peso del continuo examen a que me sometía su madre; pero no resultaba desagradable porque era un querer saber, sin interrogar y con amor, cuáles eran mis verdaderas intenciones respecto a su hija.

Al día siguiente Yo arreglé las cosas para comer sólo con su padre en una de las naves que cargaban en la bahía. Le hablé de la familia tan encantadora que había logrado formar y de mis deseos de tener en el futuro algo parecido; le mencioné el impacto que me había causado la extrema hermosura y el recato de su hija, y sin dar más vueltas le expuse que Yo también había causado a ella un impresión favorable y que ambos estábamos decididos a compartir nuestra vida si él no se oponía. Le pedí su aprobación y le ofrecí la asociación a mi futuro negocio.

En su cara se veía la aprobación y la preocupación; quería dar su permiso, pero no quería perder la hija. Le ofrecí la posibilidad de viajar a Tiro con alguna de las expediciones futuras para ver nuestra familia o vivir con nosotros su vejez.

Logré emocionarlo aunque no lo pretendía y con los ojos llenos de lágrimas me dijo que lo único que podía prometerme era estudiarlo con su esposa y tomar una decisión pensando en la felicidad de su hija.

Con lo que Yo conocía ya, saqué la conclusión de que no tendríamos mayores problemas, y así se lo manifesté a mi dulce compañera en nuestro paseo de la tarde, despertando su reacción apasionada entre lágrimas de gozo.

Cuando llegamos a la casa ya habían conversado sus padres y nos hicieron saber su aprobación y su intención de anunciarlo al resto de la familia durante la cena, pues no teníamos mucho tiempo por delante y debíamos celebrar nuestra unión antes de partir.

Así se hizo con un brindis de toda la familia por nuestra felicidad y un primer beso oficial y apasionado de nuestra parte.

Cuando nos retirábamos de la mesa mi amada de ojos zarcos, me pidió que no cerrase mi cámara con la tranca porque pensaba visitarme. Le sonreí con aprobación y agradecimiento, aunque entonces aun no sabía Yo lo que aquello significaba.

Cuando se hizo en la casa la oscuridad y el silencio, ella se presentó descalza y con todo su cuerpo oferente. Por la claraboya de la cámara se filtraba una tenue claridad de la Luna que estaba en todo su esplendor como mi amada.

No puedo describir lo que fue aquella primera noche con ella. Sólo podría decir que era algo que Yo no había conocido aún. Lo de mis noches de Corfú no tenía nada que ver con esto. Aquello era la necesidad mutua de dos cuerpos entregándose al juego del placer. Esto era el empeño mutuo de dos seres en ofrecerse cada uno al otro. Y esto era nuevo para mí. Con la amenaza de la Aurora nos dimos el último beso y abandonó mi estancia, dejándome lleno de ella y vacío de mí.

Al día siguiente hablamos con los principales sacerdotes de Gadir y acordamos los sacrificios que ofreceríamos en la ceremonia ritual. En cuanto a la fecha, quedamos en que fuese tan pronto regresara el resto de nuestra flota.

La noche y los siguientes días y noches, que también compartimos, marcharon raudos de nuestras vidas, aunque dejando una profunda huella bienhechora en nuestros espíritus.

Cuando regresaron los barcos de Onoba Yo comenté a nuestro capitán los pormenores de la carga de nuestras naves; y también le anuncié mi inmediata unión con la hija de nuestro hombre en Gadir para llevarla conmigo a Tiro. Lo encontré no sólo receptivo, sino hasta contento con ello; me conocía desde que Yo era un muchacho y veía en esta mudanza la oportunidad de que Yo me convirtiese en un mercader respetable y con unos compromisos familiares que hasta la fecha no tenía.

Los preparativos para la ceremonia de nuestra unión estaban a punto y pedimos la aprobación del capitán y del resto de los mercaderes para demorar la salida dos días. Todos los consultados estuvieron de acuerdo y celebramos nuestro compromiso de vivir juntos con los sacrificios rituales que habíamos establecido y con un abundante banquete sobre las mismas naves, pasando mi mujer y Yo por cada una de ellas para recibir los parabienes de toda la marinería.

Partimos como teníamos previsto, y volvimos haciendo las escalas previstas también para completar la carga de nuestras naves con los materiales que estaban preparados.

Cuando llegamos a Mago sacrificamos una novilla a Baal Sapon como habíamos hecho en el viaje de ida; sólo que esta vez la intención

era un piadoso ruego de que alejara de nuestra ruta la Tormenta. El dios se dejó convencer y tuvimos en excelente viaje hasta Sulcis, en Cerdeña.

La escala que más me preocupaba, y de tanto en tanto acudía a mi cabeza, era Corfú. Expliqué a mi mujer mi preocupación y me dijo que no debía tenerla, pues ella quería que Yo cumpliera mi compromiso de visitar a mi amiga; y ella me acompañaría si Yo no tenía inconveniente. Y me lo dijo con tal ternura y tal convicción que también a mí me convenció de que sería el mejor modo de resolverlo.

Y así lo hicimos, y mi amiga se mostró encantada de conocer a mi hermosa y gentil esposa. Algo de escondidos celos había en sus gestos; pero en cualquier caso la idea de mi esposa fue positiva y nos marchamos de Corfú, después de aceptar y compartir una invitación en casa de mi antigua amiga, dejando allí una amiga común. Y tan en firme fue el cambio de sus relaciones conmigo que en otros viajes que Yo hice después a Corfú, y la visité, fui recibido por ella sin pesar y dándome el trato que una mujer debe dar al marido de su amiga.

Después de Corfú dejamos en Atenas a los barcos atenienses y continuamos sin incidencias nuestro viaje hacia Rodas, Chipre y Tiro.

En todas las escalas del viaje que hubo tiempo de ello tuve interés en caminar con mi mujer por las ciudades que ella no conocía para mostrarle lo más digno o peculiar de ellas; pero sus ojos y sus oídos estaban más atentos a mis gestos y a mis explicaciones, que a los muchos estímulos que ofrecían aquellas ciudades. Y Yo se lo agradecí en mi corazón, pues nunca había encontrado a mi lado una compañía que estuviese más atenta a mi persona.

En las largas jornadas de navegación observé cómo el capitán, sin decírmelo expresamente, me sustituía en mis obligaciones menos perentorias, dándome con ello la oportunidad de dedicar a mi esposa toda la atención que ella merecía.

Llegamos a Tiro con la canícula y, después que terminamos las obligaciones inherentes al viaje y las presentaciones e invitaciones familiares, empezamos inmediatamente a preparar nuestra casa, para trasladarnos cuanto antes. Compramos una mansión sin terminar a un mercader que se trasladaba a Sidon, y la concluimos y embellecimos en unas semanas, con abundante dotación de obreros, artesanos y artistas.

Inauguramos nuestra casa coincidiendo con las fiestas de invierno, cuando mi mujer ya se sentía molesta porque su vientre empezaba a ser más pesado.

Con las fiestas de primavera nació nuestra hija, con el pelo castaño y lacio de su madre y los ojos de la diosa de mis amores, azules e inmensos como las aguas del Océano en Gadir.

*Yo creo que no he quedado mutilado para el amor; sí para el sexo.*

*En este tiempo transcurrido desde mi accidente he tenido también visitas de antiguas amigas, que Yo no he reconocido; pero ante sus palabras de afecto me he sentido atraído de manera distinta a cuando he tenido visitas de amigos.*

*Me atrae la mujer y experimento un sentimiento especial cuando la abrazo o me abraza, o la beso o me besa.*

*La pasión no me es ajena; pero no tengo ninguna otra necesidad de contacto físico. O Yo quiero creer que es así.*

### YA VIENE LA PRIMAVERA

Ya viene la primavera  
y el viento tibio besa a la rosa;  
¡ ay !, quién pudiera  
asegurar, niña hermosa,  
que al llegar la primavera  
yo seré viento y tú rosa.

Ya viene la primavera  
y bebe el néctar la mariposa;  
¡ ay !, qué alegría,  
si al llegar la primavera  
en tu cáliz yo bebiera  
el néctar de la ambrosía.

Ya viene la primavera  
y el agua canta por la riera;  
¡ ay !, qué locura,  
si al llegar la primavera  
fueras cauce en la riera  
y yo fuera el agua pura.

Ya viene la primavera,  
sobre los lirios cae el rocío;  
¡ ay !, qué extravío,  
sobre el lirio de tus labios  
posarse a la madrugada  
como gota de rocío.

Ya viene la primavera  
y el trigo hiende raíz profunda;  
¡ ay !, lo que diera,  
si al acabar el invierno  
fuera yo ese trigo tierno  
y tú la tierra fecunda.

## XXIII

**EL PARAÍSO ESTÁ AQUÍ  
(hace 2.979 a.)**

**El Paraíso está aquí**, si nosotros deseamos que esté; si no, puede que no esté en ninguna parte. Pero está y existe porque Yo lo tuve en mis manos; y aprendí a construirlo, me enseñó mi hermosa gaditana. Sin grandes conocimientos, sin experiencias profundas, sin grandes exhibiciones de sus habilidades.

Con ternura, con silencio, con renunciaciones propias y entrega a los demás, creando alegría y ofreciendo ayuda. Se supo rodear de un círculo de personas felices que ella creaba, y del que Yo formaba una parte primordial.

Hizo de mí un comerciante querido y respetado en mi ciudad, y de mi casa el lugar donde las gentes sabían que encontrarían un consuelo en sus desgracias y una amistad para compartir sus alegrías.

En el mundo del mercadeo en que Yo me movía no faltaban ocasiones de enriquecerse, cerrando algunas operaciones no del todo limpias o dejando a alguien tirado en el barro. Ella me enseñó a contarle todas mis operaciones en interminables horas de charla, y cuando Yo le presentaba alguna de esas ocasiones que otros aprovechaban, me convencía siempre de que Yo saldría ganando más renunciando a unos beneficios adicionales que pesarían en mi conciencia. Siempre tuve su sabia opinión para seguirla. Y nunca tuve que arrepentirme de las decisiones que tomé siguiendo su consejo.

Melkart, nuestro dios, nos premió con cinco hijos y tres hijas; ellos rivalizaban entre sí en bravura y honestidad, ellas en modestia y hermosura. Y todos ellos crecieron en esta atmósfera que su madre y mi esposa supo hacer para que todos sintiéramos permanentemente el gozo de vivir.

Tuvo sus ocho hijos casi sin un lamento de molestia o dolor; me repetía que todo era sencillo y sólo había que dejarse llevar por las fuerzas de la naturaleza, y estas ideas tan simples parecían estar dotadas de energías positivas y actuaban sobre su organismo, haciendo que cada parto fuese más sencillo que el anterior.

El universo de las ideas que movían su vida y por las que actuaba, no era nada complicado; pero era sólido y ella se movía pisando siempre con firmeza y rotundidad. En nuestro mundo social era la reina, con apariencia de ser la esclava.



Y lo asombroso es que las mismas ideas por las que ella actuaba, calaban en los que le rodeaban y no cesaban de dar frutos positivos. Mi negocio funcionaba, sin que ella interviniera para nada en él, gracias a su inspiración, y Yo lo sabía.

Mis frecuentes viajes me obligaban a ausentarme durante días o semanas de Tiro, y ella supo crear en mí tal adicción a su compañía, que ardía en deseos de volver a su lado y estrecharla contra mi pecho, porque cuando estaba a su lado, ella hacía bailar mi sangre.

Su aura incluyó también a la familia de mi hermano, cuya mujer trabó con la mía una gran amistad y, a través de ella, metió el duende que llevaba dentro en la casa de mi hermano. También los negocios de mi hermano, resultado como los míos de la división del de mi padre a su muerte, funcionaban de forma excelente, habiéndonos convertido en pocos años en los dos mayores comerciantes, y los más respetados de Tiro.

Yo asocié a su padre a nuestro negocio, convirtiendo nuestra representación en Gadir en una segunda sede de nuestra empresa en Tiro. Y también su padre y sus hermanos prosperaron enormemente gracias a esta asociación.

Tanto a mí como a mi hermano nos empujaron nuestros vecinos a formar parte del Consejo de Ancianos que gobernaba la ciudad, a una edad menor de lo acostumbrado, y formamos hasta nuestra muerte parte de ese Consejo con orgullo.

Y Yo conocía el secreto de tanta gloria, que estaba a mi lado y me impulsaba siempre al éxito, tanto en lo económico como en las relaciones personales, que estaban en la base de todo lo demás.

Nos hicimos mayores y mis cabellos se cubrieron de canas, pero nuestra mutua pasión por la vida y por nosotros mismos no decaía.

Veíamos a nuestros hijos casarse y llenarnos la casa de nietos, y nosotros nos regocijábamos aun con un simple beso, que dábamos y recibíamos con la misma ilusión que aquel primero de las murallas de Gadir. La dicha de nuestro Paraíso estaba por encima del peso de los años, porque ella se lo propuso desde el primer día, y Yo seguí sus pasos.

Un día decidimos dejar el negocio enteramente en manos de nuestros hijos, y dedicarnos los días que nos quedasen de vida a gozar de nuestra mutua compañía. Durante unos años, pocos por las leyes inexorables de la vida, pasábamos los días ideando de qué manera obsequiar a nuestros nietos cuando los íbamos a visitar, y cada día acudíamos a cada de uno de nuestros hijos, que se disputaban entre sí nuestra presencia.

Pero Yo sabía que era ella el duende que todo lo movía; era su presencia la envidiada y no la mía; pero Yo tampoco estaba celoso sino orgulloso, porque al fin y al cabo esa mujer la elegí Yo. O eso creía Yo hasta que un día se lo dije, vanidoso de mí, y me hizo ver

que había sido ella la que había decidido lo que Yo debía hacer con mi vida.

Ni siquiera me lo dijo así de claro, para no herirme; pero con lo que insinuó hubo bastante para que Yo descubriera entonces, al cabo de muchos años de compañía, quien había dominado la situación aquel verano que nos conocimos en Gadir.

Nos hicimos muy ancianos discutiendo siempre de nuestras cosas; pero también en el aspecto físico era ella mucho más fuerte que Yo, y un día, estaba Yo tan débil, que un simple soplo de viento arrancó mi espíritu y lo llevó en volandas, cuando descansaba echado en su regazo. Pero Yo no la abandoné del todo hasta que ella, poco tiempo después, voló también con el viento. Sólo entonces seguimos cada uno nuestra senda.

Desde mi entrada al bardo llevo clavada en mi espíritu una palabra imposible: Repetir, repetir, quiero repetir. Pero la senda de la vida no sigue un círculo, sino una espiral; y Yo lo sé, por lo que nunca se puede pasar dos veces por el mismo punto.

La mujer con quien he vivido mi último ciclo debe estar en esa espiral en un punto muy alejado de aquel en que Yo me encuentro. Y para mi desdicha, no existen atajos en el sendero.

Su nivel de progreso en la ruta de la vida es tan alto que está ya cerca del Paraíso, tan cerca que un trozo del mismo lleva con ella, en sus apariciones entre los humanos. Dichosos aquellos que tengan la dicha que Yo he tenido, porque un anticipo del Paraíso es lo que reciben con su contacto.

Y Yo lo que debo hacer es olvidar, que no podré, el ciclo pasado, y ver que posibilidades tengo ante mí, tomar una decisión y trabajar para realizar mi proyecto; si me detengo nunca alcanzaré a cubrir las espiras de ese camino, que me separan de la que he tenido la dicha de tener en mis brazos. Su aura es muy fuerte porque me siento aun envuelto en ella, y lo más urgente que debo hacer es ayudar a romper esas ataduras.

Tan grande es la atracción del Paraíso, que cuando lo hemos tocado con nuestras manos, no quedamos libres de su magnetismo ni después de la muerte.

Y esto ocurre porque hemos sido sembrados, como simiente celeste, para crecer y crecer hasta alcanzarlo. Y ya no me detendré en más disgresiones porque mientras lo hago se me está escapando un poco de mis manos. El Paraíso está aquí, pero tengo Yo que construirlo.

No es posible repetir, y sólo está permitido avanzar. Pero ¿cómo puedo avanzar después de haber tocado el cielo con mis manos?.

Yo sé que aunque parezca volver atrás no lo es el partir de posi-

ciones sociales o culturales desventajosas, porque el espíritu encuentra sus caminos de progreso en cualquier circunstancia material en que le pongamos.

No es posible repetir, equivale a decir que no es posible vivir en la casa que ya has vivido, lo ya vivido; pero sí es posible asomarse a la ventana, cuando te han echado de casa y ver cómo sigue la vida dentro de ella; es otra manera de seguir viviendo en la casa.

Y mi añoranza es tan grande que no puedo abandonar la casa, sabiendo que encierra el Paraíso. Por eso tengo ya claro lo que quiero; al menos asomarme a la ventana.

Me marché hacia Gadir para vivir la vida de mi mujer, si tengo la oportunidad de hacerlo. Si lo consigo será como ponerme junto a la balsa del jardín, mirarme en sus aguas y convertirme en la imagen que hay en su seno, y que Yo veo en la superficie; será como traspasar el espejo para dar vida propia a la imagen, sin importar lo que haga el cuerpo que la proyecta.

*Éste es uno de los recuerdos que más me llena de añoranza. ¿Por qué no será posible hacer que la vida sea una sucesión de situaciones como ésta, en la que los seres humanos se comunican para entregar lo mejor de sí mismos a los demás?.*

*La historia enseña en cambio, que nuestra lucha a nivel personal y colectivo se dirige a dejar huella de nuestro paso por aquí.*

*Y dejar una huella lo más marcada y profunda posible. En principio es una meta elogiada; los reparos vienen cuando se analizan los métodos utilizados para conseguirla.*

*Entonces aparecen las conductas personales o sociales que llenan de miseria esta vida y de indignidad la huella que dejamos al salir de la escena.*

*Porque son muchas las huellas ensangrentadas que nos muestra el estudio de la historia, y muchas menos aquellas huellas que nos hacen sentir el orgullo de pertenecer a esta especie.*

*Es cierto que muchas de esas huellas no son huellas personales sino sociales, huellas de un colectivo, no de un individuo, Pero esto es poco consuelo, porque los colectivos son la suma de los individuos, y está sobradamente probado la facilidad con que los individuos asumen como propias, y se enorgullecen de ellas, aquellas barbaridades por monstruosas que sean, cometidas por el colectivo al que se sienten pertenecer.*

*En la historia hay demasiada huella del odio de unos individuos a otros y poca huella enamorada. Y eso ocurre porque está fallando algo, desde el principio de los tiempos, en el interior de cada uno de nosotros.*

## SER HUELLA

Ser huella es ser poca cosa,  
aunque mucho más que nada.

Ser huella; ¿ huella de qué ?;  
huella de Dios en el alma,  
huella en el largo camino  
o en la arena de la playa;  
huella de un soplo de viento,  
huella del aire o del agua,  
huella de tu misma huella  
en noche desconsolada,  
huella del dolor de un día  
o huella de tu mirada.

Ser huella es ser poca cosa,  
aunque esté fosilizada.

Huella de un amargo llanto  
o de una pena arraigada,  
(la risa no deja huellas  
sino paz en la mirada).  
Ser huella es ser la memoria  
de una noche desmadrada,  
del odio de dos naciones  
o de ola extenuada,  
tendida cuan larga era  
a lo largo de la playa.

Ser huella es ser poca cosa,  
si no es huella enamorada.

## XXIV

**TRASPASAR EL ESPEJO**  
**(hace 2.900 a.)**

**Traspasar el espejo** no debe ser nada fácil ni al alcance de cualquiera que lo intente; pero mi ceguera es tanta, y tanta la gloria que ella me dio, que no cejaré hasta conseguirlo, si no es que se trata del imposible.

Recorro en el bardo los mares, las islas y las costas que navegué por última vez con ella, aunque ahora los veo mejor, porque aquella vez mi vista no estaba para mirar más allá de su cuerpo.

No se trata de que tenga que ser en Gadir precisamente; incluso podría ser un inconveniente por las experiencias que ya tengo acumuladas de interferencias con situaciones anteriores. Pero lo esencial es que pueda tratarse de la misma forma de mirar las cosas y contemplar la vida. Creo que cualquier lugar de Tartessos puede llevar a un resultado similar.

Encuentro en mi ruta maravillosos lugares del reino de Tartessos, en los que podría enterrar mi simiente con grandes posibilidades de encontrar tierra fértil; pero me arrastra el imán de ella hacia Gadir.

Y llego a Gadir sin sufrir una conmoción porque en mi estado en el bardo no es posible; puedo percibir la ciudad emergiendo del peñón y con los pies bañados en el Océano. Me muevo por ella arrastrado por los húmedos vientos del misterioso mar, como lo hice antes arrastrado por los no menos misteriosos designios de mi diosa de ojos brillantes.

Permanezco aquí sin la intención de enraizar, porque mi instinto no me lo aconseja; el nido donde creció mi perla está aun caliente, y si ahora volviera Yo a nacer aquí podría tener fuertes interferencias con el ciclo anterior, ya que no me siento aun libre de su influjo.

Me marcho en dirección a Onoba, que en mi vida anterior no visité porque estuve soñando mientras mis naves cargaban mineral allí.

Pero Onoba era Olba; lo descubrí cuando me acercaba a la ciudad. En mis conversaciones con los que la habían visitado para cargar metales y minerales, nunca había oído Yo que la ciudad tuviera otro nombre. Nosotros los fenicios y griegos hablábamos siempre de Onoba; sin embargo cuando me dirigía allá llegaron a mí varias conversaciones en que los habitantes de aquella zona hablaban de Olba, y Yo llegué a la conclusión, acertada según pude confirmar después, de

que se trataba del nombre que le daban los ciudadanos del reino de Tartessos.

Expuesta, como Gadir, a los vientos del Océano, tenía más facilidad para guarecerse de ellos, al no estar asentada directamente en el Océano, sino tierra adentro, entre los cauces de los dos ríos que forman al unirse el brazo de mar al que se asoma la pequeña Olba (130).

Montada sobre una colina, se deja caer por su ladera occidental, mirando al río que baja de las comarcas mineras. Tiene a sus pies el puerto fluvial donde continuamente hay barcos cargando mineral y metales preciosos. A sus espaldas hay una rica comarca comprendida entre los dos ríos, donde se practica la agricultura y el pastoreo.

Anidé como mujer en el vientre de una pastora que vivía en la ciudad y conducía diariamente su rebaño de cabras por las verdes espaldas de la colina. Ella vivía con su familia, padres y tres hermanas, de la venta de la leche y los quesos que elaboraban con ella.

La simiente había sido puesta en su vientre por la relación esporádica que mantenía con algunos obreros que cargaban los barcos de mineral, y en su tiempo libre salían de la ciudad y buscaban a la pastora, y ella se dejaba seducir por disfrutar de su compañía y de su charla. Antes de que Yo naciera mi madre se unió con quien probablemente sería mi padre, dejó las cabras a su familia y se instaló con su hombre en un pequeño chamizo con paredes de adobe, en las proximidades del puerto.

Allí nació Yo y crecí viendo diariamente el trasiego de minerales, barcos y pescados. Pronto se llenó mi casa de hermanos hasta que mi madre murió, cuando amamantaba a su sexto hijo, con unas calenturas que no hubo forma de parar.

Mi padre se quedó viudo con dos hijas, de diez y nueve años, y cuatro hijos menores que ellas.

Para ayudarle en el manejo de sus hijos se trasladó a nuestra casa la hermana menor de mi madre que no estaba casada. Y en poco tiempo quedó preñada y constituida en segunda esposa de mi padre, con el que tuvo cuatro hijos.

Me abochorna sólo el recuerdo de lo que voy a decir, pero fue para mí una experiencia tan cruel, que me siento obligada a mencionarla aunque sólo brevemente, a pesar de que quisiera borrarla de mi mente.

Después de morir mi madre, y antes de que se trasladara su hermana a vivir con nosotros, una noche sentí como mi padre se deslizaba en mi jergón y me abrazaba; Yo también me abracé a él, sintiendo el agradable calor de su cuerpo; pero él comenzó a tocarme las nalgas de una forma que me causaba horror, y cuando quise rechazarlo me sujetó con fuerza y me penetró, causándome un fuerte dolor y haciéndome sentir una mezcla de repugnancia e impotencia. Yo que

---

(130). -Fundada por los fenicios hacia el 1000 a. C. con el nombre de Onoba, era llamada Olba por los tartessos y Onuba por los romanos.

ría gritar, pero me preocupaba que mis hermanos menores se enteraran de lo que estaba sucediendo, y aguanté en silencio.

Cuando acabó se marchó a su jergón sin decir nada, y a mí me vinieron unas náuseas tan grandes que tuve que levantarme y salir a la calle a vomitar. Y allí pasé el resto de la noche, contra la pared del chamizo, por miedo a que viniera a mí otra vez.

A pesar de que él se daba cuenta de mi espanto repitió lo mismo varias noches, hasta que llegó la hermana de mi madre, y a partir de entonces se olvidó de mí.

El cobertizo hubo que ampliarlo a medida que llegaban más hijos a nuestra familia, y Yo me encontré constituida en la hermana mayor de una numerosa prole, que tampoco me daba muchos problemas, porque cada uno que nacía, aprendía muy pronto a ganarse el sustento de cada día, desde el momento en que soltaba la teta de su madre.

Yo también me ganaba mi comida cada día traginando en el puerto, bien con el pescado o bien con los hombres, pues aprendí a sacar provecho de sus deseos de tomar mi sexo. No me sentía especialmente afortunada; caminando por la ciudad podía Yo ver muchos niños en los brazos de sus madres, mimados y acariciados por ellas, y Yo no había tenido esa buena experiencia en mis primeros años, y tampoco mis hermanos menores que Yo. Mi madre nos trataba con cariño, eso sí, pero más o menos como había tratado a sus cabras, llevándonos de un lado a otro para que nosotros nos buscáramos la vida.

Cuando ella murió, su hermana no nos trataba ni mejor ni peor que ella lo había hecho. Mis hermanos y Yo, para sobrevivir hacíamos pequeños servicios, pedíamos o hurtábamos lo que necesitábamos para matar las ganas de comer.

Mi padre solía volver con pescado que asábamos en el fuego, sobre unas losas, a la puerta de la casa, con lo cual teníamos asegurada la última comida del día antes de irnos a dormir. Del resto de las necesidades diarias teníamos que responsabilizarnos cada uno. Yo aprendí a comer de aquel pescado que traía mi padre, reprimiendo mis sentimientos de repugnancia y desprecio, que no logré borrar nunca de mi corazón.

En estas circunstancias me propuso un minero de Tharsis, que había viajado a Olba acompañando una carga de mineral, el acompañarle en el viaje de vuelta e instalarme con él en aquella aldea minera. Entonces tenía Yo veinte años y una amplia experiencia en la lucha por la vida. Lo comuniqué a mi familia, y dos de mis hermanos me suplicaron con lágrimas el venir también para buscar una oportunidad mejor que la que tenían en Olba, que no era ninguna.

Vinieron y se instalaron con nosotros en la pequeña vivienda que mi marido ocupaba junto al lavadero de mineral. Y en aquel lavadero empezamos a trabajar los tres, al mando de mi marido, que ya era el jefe de otros cinco trabajadores.

Trabajábamos de sol a sol, con pesadas cargas sobre nuestros hombros, sin otra recompensa que una exigua comida y un abundante maltrato.

Bastaron unas semanas de trabajo y de convivencia con aquel hombre, para que Yo comprendiera que no había tomado marido, sino que me había vendido, sin cobrar nada a cambio, a un amo despiadado, y por el mismo precio había incluido en la venta a dos de mis hermanos.

Nos aconchabamos los tres para abandonar aquella casa y aquel falso cobijo, y habiendo pedido información, una mañana salimos hacia el lavadero y no llegamos nunca porque emprendimos el camino que llevaba a la otra cuenca minera de la comarca. En dos días llegamos a Riotinto, y allí nos presentamos como personas con experiencia en la extracción y lavado del mineral.

Propusimos el recibir un trozo de tierra para explotar el mineral que contenía, poniéndolo a disposición de los mercaderes por un precio menor del debido, al tratarse de una subcontratación. Y aceptaron nuestra propuesta.

Empezamos nuestro trabajo con ilusión y como esclavos de nosotros mismos. En poco tiempo tuvimos que contratar a más operarios porque la demanda de mineral era superior al que nosotros solos podíamos extraer. Y en poco tiempo gozábamos ya entre las gentes de Riotinto de ser un grupo de gente emprendedora y justa en el trato con sus operarios.

Cuando el grupo creció un poco, me retiré Yo del lavadero y quedé en la casa para atender a las necesidades alimentarias de mis hermanos y de sus hombres. Compraba por las mañanas y hacía la comida que llevada en una burra al lavadero. Comía con ellos y me volvía a preparar la cena para cuando volvían. Los obreros vivían junto a nuestra casa, en improvisados cobertizos de adobe y cañizo, al principio solos; después algunos se casaron y vivían con sus familias. Yo también me casé con el carnicero de Riotinto que me vendía la carne de cerdo, de oveja y de cabra, y abandoné a mis hermanos, y ellos, ante el hecho de encontrarse sólo, optaron también por tomar mujer.

Ellos siguieron con su negocio de minería y Yo empecé a conocer lo relativo a la carnicería, hasta que me quedé preñada. Entonces, cuando empezaron los mareos, mi marido me obligó a quedarme en la casa para asegurar que no tendría problemas porque se adelantara el parto o pudiera malparir. Y así lo hice, sintiéndome por fin bien tratada en la vida.

Mi marido estaba, si no locamente enamorado, lo que sería exagerar más de lo permitido, al menos contento de haberse casado conmigo, porque veía que Yo lo respetaba y cada vez me entregaba a él, y a mi trabajo a su lado, con más dedicación, aunque sin la pasión que ya no era propia de nuestra edad, pues ambos pasábamos de los



treinta y cinco años cuando nos casamos.

Yo era su primera mujer porque al ser tímido no había tenido muchas oportunidades; él para mí era el último hombre, al que me agarré como a clavo ardiendo, porque Yo no estaba dispuesta a seguir dando tumbos sin rumbo por la vida.

Mi marido tenía una especie de obsesión porque Yo fuera feliz a su lado, y también porque Yo gozara como él cuando me penetraba; pero eso no me era posible; siempre que él tenía ganas acudía a mí y Yo reprimía mi sensación de asco para atenderle y recibirle lo mejor que podía, pero mientras aquello duraba el recuerdo de mi padre no me abandonaba, y me era imposible sentir el menor placer. En una ocasión, para que desapareciera su insistencia, hice como que gozaba Yo también y entonces me dí cuenta de que su placer era mucho mayor.

Como Yo quería hacerle feliz a mi lado, a partir de entonces, fui fingiendo que mi placer llegaba con el suyo, y creo que fue una buena medida porque ya no me atosigaba con preguntas y él gozaba mejor, que era lo que Yo deseaba. Aprendí a fingir cada vez mejor, y mi pobre marido no supo nunca que Yo estaba absolutamente incapacitada para gozar con aquello.

A pesar de los atentos cuidados que él me prestaba, mis molestias durante el embarazo no se eliminaron, sino que fueron a más y los últimos dos meses los pasé casi sin poder levantarme; pero logré llegar al parto aunque al límite de mis fuerzas. Puse todo mi empeño en sacar de mi vientre aquella criatura antes de que se complicaran más las cosas; tenía un mal presentimiento, que finalmente se cumplió. Dejé en manos de mi marido un hijo hermoso y rollizo y el cuerpo famélico de la esposa que había intentado hacerle feliz como mejor sabía, que era fingiendo. Fue una muerte dulce y aceptada por mí, porque logré oír el llanto de mi hijo vivo antes de abandonar mi cuerpo.

En el bardo seguí manteniendo el objetivo de vivir como mujer de esta tierra, aun corriendo el riesgo de que el transcurso de la vida que me tocara vivir no se ajustara a mis propósitos.

La última elección la llevé a cabo de manera un tanto precipitada, pero a pesar de ello, he de aceptar que fue una buena experiencia, si aparto de mí el mal recuerdo de mi padre, e incluso un buen final, teniendo en cuenta cual había sido el punto de partida. La superación lograda en este ciclo había sido muy superior a la alcanzada en otros que pudieran juzgarse como más exitosos.

Uno de los ríos de las cuencas mineras que llegan hasta Olba se divide aguas arriba en dos, uno que procede de la zona de Tharsis y el otro de Riotinto; éste es el que nos había llevado a Tharsis cuando abandonamos Olba. El otro río de la ciudad va directamente a Riotinto y lleva su nombre.

Yo sabía que siguiendo ese río aguas abajo llegaría de nuevo a Olba. Y así lo hice, pero en el camino encontré una aldea sobre una colina en la misma ribera del río; vi el pacífico vivir de sus gentes y pensé que era lo que Yo necesitaba, y no me equivoqué esta vez.

Nací hija de un agricultor de Ilípula (131), que consumía su vida entre la inquietud por sus animales, sus cultivos y sus buenas relaciones con todos sus vecinos. Viví siendo lo feliz que se puede ser cuando se tiene lo que se desea, y se siente una estimada por los que le rodean a una. Me uní a otro agricultor de mi edad, con el que dejé de ser doncella, cuando me quedé preñada, y formamos una abundante familia, que me lloró cuando a mis sesenta años, les abandonaba dejando tres generaciones con mi sangre en aquel hermoso pueblo que se mira en las aguas del río Tinto.

Tenía deseos de volver a Gadir, y lo hice sin reservas de sentirme afectada aun; habían pasado bastantes años de mi última vida en esta ciudad y no esperaba tener complicaciones a consecuencia de ello.

Abandoné Ilípula, siguiendo el cauce del río Tinto hasta Olba y desde allí al Océano, y costeando hacia levante llegué a Gadir. Era inconfundible, montado en su peñón dentro del Océano.

No esperé mucho tiempo para encontrar la ocasión soñada por mí. Y esta vez acerté plenamente en mi elección.

Nací como la hija menor de un mercader de salazones. Mi padre compraba por la costa, con la ayuda de su bajel y un grupo reducido de colaboradores, las conservas de pescado salado y preparaba cargas de este tipo de conservas para llevar a otros países por la flota de Tartessos establecida en Gadir o por las flotas de fenicios y griegos que llegaban regularmente a Gadir. Esta actividad daba lugar a que en nuestra casa recibiéramos continuamente visitas de mercaderes a los que agasajábamos, así como ellos a nosotros.

Tenía Yo veintidós años y, según decían los demás, una bonita figura y una personalidad arrolladora. Me habían cortejado varios mozos de la ciudad con posición social semejante a la de mi familia; pero a mí no me atraía ninguno especialmente. Sé que mi padre se llevó un buen disgusto cuando me opuse a casarme con un buen partido que hubiera potenciado su negocio de salazones; si mi padre hubiera insistido Yo habría aceptado, pero era muy atento con su mujer y sus hijos, cosa nada habitual en aquellos años, y respetó mi voluntad.

Por las fiestas de primavera arribó a Gadir una flota mixta fenicia y griega que tenía que cargar minerales y salazones. Al frente de los barcos griegos venía un mercader, que debía rondar los vein

---

(131).-Ilípula, llamada después Ilipla y Lepla es la actual Niebla, conquista da por Alfonso X el Sabio a los árabes, y entregada al primer conde de Niebla. Hoy está rodeada por tres kilómetros de murallas y cinco puertas.

ticinco años, muy joven para la responsabilidad que asumía. Era bizarro, extrovertido y alegre, y la noche de su llegada, que cenó en nuestra casa con los suyos, puso sus ojos en mí del mismo modo que Yo los puse en él.

Pedí a mi padre que le ofreciera alojamiento en nuestra casa y así lo hizo, aceptando él de muy buen grado. Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño y al día siguiente casi no tuve oportunidad de verlo porque pasó todo su tiempo negociando con mi padre y con otros mercaderes de la ciudad.

A la noche durante la cena me ofrecí para acompañarlo por la ciudad que estaba en fiestas, en el tiempo que tuviera libre; aceptó y a partir del tercer día paseamos por la ciudad cada tarde.

Dos paseos fueron suficientes para quedar los dos prendidos uno del otro. Y me pidió, entre temblores de su voz insegura, que le hiciera el gran bien de acompañarle a su país. Pero Yo no esperaba oír de su boca otra cosa, por lo que con alborozo de nuestros dos corazones nos abrazamos y nos prometimos unir nuestras vidas hasta la muerte. Aquella noche Yo me deslicé a su cámara y sellamos con la sangre de mi virginidad nuestro compromiso.

Durante la cena del día siguiente expusimos a mi familia nuestro común deseo y lo hicimos con tal convicción y firmeza que, aunque estoy segura de que a mis padres les costó pasar la noche llorando porque sabían que me perdían para siempre, no pusieron ninguna objeción a la realización de nuestros planes.

Preparamos precipitadamente las cosas para celebrar los ritos nupciales antes de partir, y con alborozo nos embarcamos rumbo a Esmirna, que era la ciudad de mi marido. Nuestro viaje hasta Grecia fue muy placentero y para mí como un maravilloso sueño, pues en cada escala que hicimos mi marido tuvo interés en que bajásemos a tierra y mientras sus hombres cargaban o descargaban las mercancías, nosotros visitábamos la ciudad, por lo que tuve la gran oportunidad de conocer las más hermosas y más pujantes de las ciudades que se bañan en este mar que Yo conocía sólo de nombre.

Nuestro viaje se prolongó durante dos meses, que puedo recordar entre los más felices de mi vida. A mi marido le brillaban los ojos cuando me miraba, y a mí también debían brillarme, aunque Yo no podía verlos; desde las primeras etapas de nuestro viaje, nuestro conocimiento y entrega mutua cada día nos producía mayor satisfacción a ambos.

Yo temía que aquello se acabara al llegar a Esmirna, tal vez por complicaciones con su familia. Pero mis temores no tenían ningún fundamento.

*Desde mi silla de ruedas en Barcelona, y con mi ordenador conectado a internet, tengo la posibilidad de bajarme a mi pantalla toda la información que deseo de los lugares o épocas que rememoro al escribir este relato. Y lo hago con frecuencia, con el único fin de*

comprobar que lo que acude a mi mente son realmente recuerdos vividos y no simplemente historias imaginadas.

No tengo las pruebas irrefutables de ello, pero como es una cuestión que me obsesiona, aprovecho todas las posibilidades para obtener esa confirmación que persigo, y estoy seguro de que algún día encontraré la forma de llegar al final de este misterio que pesa sobre mi vida.

Con este propósito, al escribir este apartado de mi llegada en barco a Esmirna, he hecho las comprobaciones oportunas, llevándome la gran sorpresa de que Esmirna es una ciudad que no se encuentra en la costa del Mar Egeo, sino cerca de un kilómetro, tierra adentro, y en consecuencia no tiene puerto marítimo.

Por momentos pensé que mi imaginación se había puesto a trabajar y me estaba jugando una mala pasada.

Afortunadamente he podido encontrar las fuentes bibliográficas que confirman que mi desembarco en el puerto de Esmirna hacia el año 780 a. C. era posible (132).

Es un feliz milagro de la técnica el poder compartir hoy desde mi casa casi toda la información que hay en el mundo acerca de cualquier asunto.

Pero mayor milagro, y misterio a la vez de la vida, es el deseo irrefrenable de compartir todas las cosas de la propia vida con otro. Es lo que dos hacen cuando se enamoran.

Y lo sé porque está pasando por mi vida una especie de tormenta bienhechora que aun no me atrevo a confesar, pero que me colma de bienestar, sólo con pensar en su proximidad llena de meteoros luminosos, que estallan en mi mente, como nube de luciérnagas en noche oscura.

No sé si algún día me atreveré a sacar a la luz del día este mundo de luz, al que, por el momento, sólo doy acogida en las tinieblas de mi mente. Y he decidido mantenerlo allí porque no creo que deba tener esperanzas de que brille alguna vez a la luz del sol.

---

(132).-Homero describe así a Esmirna, en la Odisea: "Altas murallas rodean la ciudad, a la que se llega por una estrecha calzada; a cada lado hay un excelente puerto, y los estilizados botes flanquean el camino". Las excavaciones realizadas en los 1948-1951 demostraron que la ciudad que hoy está tierra adentro, hacia el siglo X a. C. estaba situada en un promontorio, rodeada del mar (ORÍGENES DEL HOMBRE, Op. cit., tomo 73).

ENAMORADO

Siento sobre mí  
como una enorme bendición;  
siento sobre mí  
como una mano fáctica de Dios;  
siento sobre mí  
como un dulce perfume embriagador,  
como una mansa lluvia de pétalos de flor.

Siento sobre mí  
como el contacto íntimo del sol;  
siento sobre mí  
como un profundo hálito de voz;  
siento sobre mí  
como un suave flujo de calor,  
como una fuerza mágica de algún filtro de amor.

Siento sobre mí  
como una mano fáctica,  
como un contacto íntimo,  
como una fuerza mágica de algún filtro de amor.

Me siento enamorado, ¿ qué puede haber mejor ?.

& & & & &

## XXV

**EN ESMIRNA FUE MEJOR  
(hace 2.780 a.)**

**En Esmirna fue mejor** y más dichosa nuestra existencia de lo que Yo hubiera nunca esperado que la vida me diese. La familia de mi marido me acogió desde el primer momento como si de una hija se tratara, y tanto sus padres como sus hermanos y hermanas, me obsequiaban con tantas atenciones cada día que me hacían vivir abochornada por ello. Abochornada, pero muy feliz y cada día más orgullosa de esta nueva familia que me hizo olvidar lo lejano que había dejado a mi familia natural.

Cuando el verano tocaba a su final Yo sentía bullir en mi vientre la simiente sembrada en Gadir aquella noche que dejé de ser doncella en brazos de mi marido. Con la primera luna de primavera nos nació un robusto niño que me hizo pasar amargos dolores de parto por lo crecido de su cuerpo. No tuvimos más hijos porque mi cuerpo quedó incapacitado para albergar y hacer germinar nueva simiente.

Pero aquel hijo, al que llamamos Homero, me hizo pronto olvidar los dolores del parto. Desde pequeño mostró una habilidad especial para decir con bellas palabras sus hermosos pensamientos, y tenía una memoria tan prodigiosa que era capaz de repetir, sin omitir detalle, las leyendas que se oían por la ciudad acerca de los tiempos remotos de nuestra patria (133).

Con los tres años cumplidos de Homero nos embarcamos en Esmirna mi marido y Yo con nuestro hijo y con cuatro hermosísimos caballos, dos blancos listados en marrón claro y el otros dos negros.

En tres días llegamos al puerto de Peristeria y desde allí hasta Olimpia fuimos en media jornada sobre dos carros tirados por caballos, primero siguiendo la costa en dirección norte y cuando llegamos a la desembocadura del río, aguas arriba por su ribera izquierda hasta que llegamos a la ciudad. Allí tenía mi marido que competir en dos pruebas ecuestres, una carrera de velocidad y una con cuádriga, representando a nuestra ciudad de Esmirna.

---

(133).-No se conoce ciertamente la ciudad donde nació Homero y hay al menos siete ciudades que se disputan el ser la patria del primer poeta: Esmirna, Quios, Colofón, Ítaca, Pylos, Argos y Atenas. Las dos primeras parecen las más probables, situadas en las costas de Anatolia, no lejos de Troya hacia el sur (DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SALVAT 4, pág. 1.738).

Se trataba de una competición organizada por primera vez por nuestra patria para estimular a nuestros atletas de todas las especialidades gimnásticas individuales o en equipos, y a la que acudieron varones de todos los pueblos griegos del continente y del Mar Egeo (134).

Fue una experiencia nueva en nuestra patria y una forma de organizar a los muchos atletas que practicaban toda clase de disciplinas, para superar las limitaciones propias del hombre. Permanecimos allá una semana alojados en casa de un comerciante conocido de mi marido, y volvimos a Esmirna con la bella corona de olivo silvestre que él ganó en la carrera con su caballo blanco listado, y un hermosísimo poema que los poetas compusieron en su honor.

Nuestro hijo Homero mostraba un enorme interés en todo y nos acababa a preguntas, muchas de las cuales apenas sabíamos responder. Años después aun recordaba con ilusión los acontecimientos que presencié aquella semana en Olimpia, y los narraba con tal proliferación de detalles que los que le oían no acababan de enterarse si la narración respondía en todo a los hechos reales o era fruto de la exuberante imaginación de aquel muchacho. Mezclaba sus experiencias con las leyendas que oía, y con la mezcla componía tan bellas narraciones que a nosotros mismos nos confundía sin que pudiéramos separar ficción y realidad.

Entre todas las leyendas que se contaban por las ciudades helénicas destacaban por su notoriedad las muchas que corrían de boca en boca acerca de la aventura de los pueblos griegos y egeos cuando se organizaron para vengar la afrenta de uno de sus príncipes. Se trataba de la hazaña contra Troya, la antigua Ilion (135).

Mi hijo se interesó, ya desde su juventud por todas aquellas historias incompletas e interconectadas. Y llegó a sus oídos que Pisístrato, hijo del rey Néstor de Pylos, había escrito en unas tablillas de arcilla todas las aventuras de aquella guerra contadas por su padre, y se las había entregado a su amigo Telémaco, hijo del rey de Ítaca, Ulises, llamado Odiseo por los antiguos.

Mi marido tenía que hacer un viaje a Corinto para cargar alfombras que después cambiaría en otros puestos por salazones, por lo

---

(134).-Los primeros Juegos Olímpicos de la historia tuvieron lugar en Olimpia en el 776 a. C. en honor de Zeus, con participación de todos los pueblos helénicos y continuaron ininterrumpidamente cada cuatro años (sólo para varones) hasta el 393 d. C. El periodo de cuatro años, olimpiada, se tomó como unidad de tiempo y el 776 a.C. como año cero del calendario griego. Olimpia no da directamente al mar, y el puerto más próximo, Peristeria, es hoy Zakharo (MODERNA ENCICLOPEDIA ILUSTRADA.Círculo de lectores. Barcelona, 1969).

(135).-Del nombre griego de Grecia, *Hellas*. derivan dos gentilicios que se suelen usar con frecuencia, heládico y helénico (v. 113).

que pasaría no lejos de Ítaca y cuando mi hijo tuvo noticias de este viaje rogó encarecidamente a su padre que le permitiera acompañarlo para comprobar en Ítaca la veracidad o no de estas historias.

Se marcharon los dos con sus hombres y mi hijo, que a la sazón tenía veinticinco años, se quedó en la isla de Ítaca, mientras los barcos y el resto de los hombres, con mi marido al mando continuaban su viaje a Corinto. Veinte días después, en el viaje de regreso hicieron escala en Ítaca para recoger a mi hijo, quien nos trajo a Esmirna el resultado de sus pesquisas, contándonos en detalle cómo las llevó a cabo, aunque ahora me alargaría más de lo debido indicándolo punto por punto.

Básteme decir que encontró allí, no sólo las tablillas que escribió Pisístrato sobre la aventura de Troya, sino también otras que había escrito Telémaco a imitación de Pisístrato, narrando las peripecias que padecieron sus padres y él mismo, en la búsqueda de su padre, hasta ocupar de nuevo el trono de Ítaca después de la destrucción de Troya.

Ambas colecciones de tablillas fueron puestas a disposición de mi hijo por una suma importante de dinero, y traídas a Esmirna.

Pero mi hijo, sólo podía entender parcialmente su contenido porque estaba expresado en un idioma primitivo y no el griego que nosotros hablábamos en Esmirna.

Cuando pude ver estas tablillas quedé maravillada; estaban escritas exactamente en el idioma que Yo había aprendido en Gadir desde pequeña, en contacto con los antiguos griegos que habían permanecido allí de generación en generación y que representaban a los mercaderes griegos actuales. En casa de mis padres había tenido contacto continuo con aquellas gentes de las que aprendí a leer y escribir su idioma (136).

Me puse a disposición de Homero y sé que le fui de una gran utilidad en la tarea que se proponía hacer, que era el dejar por escrito en nuestro lenguaje actual, el jonio, estas antiguas leyendas, para que nunca más se perdieran ni se deformaran por transmisión oral.

En largas jornadas de trabajo común, dejamos acabada la lectura y traducción de aquellos documentos en algo más de un año; Yo leía las tablillas y le traducía los términos desconocidos para él, y él anotaba su contenido en nuestro idioma; después mi hijo volvió a

---

(136).-La escritura llamada lineal B o protogriego es la correspondiente a los micénicos, encontrada en las tablillas de la última etapa de Cnosos, en Pylos y en Micenas. Este lenguaje fue el traído a Occidente en los viajes de los micénicos, y debió quedar anclado en la historia, en las colonias establecidas en esta zona del Mediterráneo, algo parecido a lo ocurrido siglos después con el sefardí. Si la hipótesis, que aquí se plantea, de la existencia de las tablillas de Ítaca, se confirmara, su lenguaje debía ser el protogriego, por pertenecer a la misma época, último siglo de la cultura micénica (v.112).



escribirlo todo de nuevo, introduciendo las bellas palabras que las musas ponían en su mente y con las que él sabía expresarse.

Así escribió dos hermosas historias, dando a una de ellas el nombre de la ciudad destruida y a la otra el de aquel rey de Ítaca perdido por muchos años en las islas de nuestro mar, antes de poder regresar al calor de los suyos. Yo hice la corrección final, henchida de orgullo por haber parido aquel hijo que sabía escribir tan bellamente bajo la inspiración de las musas (137).

Las historias ya corregidas se pusieron en manos de copistas, que, en poco tiempo, hicieron suficientes copias para que pudieran difundirse por las principales ciudades de nuestra patria.

Las tablillas originales, traídas de Ítaca, quedaron en nuestra casa, en Esmirna, durante muchos años, en prueba de que las historias escritas por nuestro hijo eran verídicas y no tenían más añadido de su imaginación que los rasgos necesarios para embellecer aquellas gloriosas gestas.

Cuando Homero tenía treinta años, nosotros, mi marido y Yo, éramos ya muy mayores y le propusimos el hacerse cargo del negocio de mercaderías de salazones; pero él andaba muy ocupado en escuchar a las musas y escribir lo que ellas le dictaban, por lo que rehusó el trabajar como mercader, y tuvimos que incorporar a un pariente de mi marido, a quien finalmente le vendimos todo el negocio, apartándonos nosotros del mismo.

Vendimos nuestra casa de Esmirna, con todo su contenido, excluyendo nuestras cosas personales, porque ni para nosotros era necesaria, ni para nuestro hijo, que estaba siempre fuera de Esmirna, y se sentía más cercano de Atenas que de nuestra ciudad. Llevamos con nosotros una de las copias de las gestas que escribió mi hijo con mi ayuda, y que guardábamos siempre cerca de nosotros como un tesoro que nos llenaba de orgullo. Pero las tablillas de Ítaca, que eran

---

(137).-Mientras La Iliada y La Odisea se mantuvieron cualificadas como sólo leyendas, era admisible también el creer que se transmitieron de forma oral durante 500 años hasta que Homero las puso por escrito. Pero a partir del momento en que las excavaciones arqueológicas han demostrado que las historias allí narradas fueron hechos reales, como se ha puesto de manifiesto por los hallazgos hechos principalmente en Troya, Micenas. Itaca y Pylos, hay que mirar estos documentos con otros ojos. Ya no es posible creer en una transmisión oral tan exacta durante cinco siglos, tratándose de tanta complejidad como tienen esas historias, entre nombres de personajes y lugares geográficos. Sólo el *Catálogo de las naves* de La Iliada es tan complicado que no habría memoria capaz de retenerlo, y menos aun transmitirlo de generación en generación sin deformaciones. No queda sino admitir que Homero encontró unos documentos escritos en la época en que ocurrieron los hechos, y él los transcribió con su estilo poético, al jonio, griego emparentado con el de Atenas (ático), pues Jonia había sido colonizada entre dos y tres siglos antes por colonos de Atica y del Peloponeso. La propuesta que se hace en este relato es sólo una hipótesis plausible.

muchas y muy pesadas se quedaron en nuestra casa y no sabemos que haya podido ser de ellas.

Teníamos cerca de Esmirna una casa con cuadras de caballos y allí nos retiramos a cuidar de nuestros animales. Nuestro hijo se había marchado unos meses antes a Atenas en primer lugar, y después a otras ciudades donde recitaba por las calles las historias que antes había escrito, y tenía un gran éxito porque las gentes le otorgaban todo el crédito que merecían sus narraciones.

Para entonces, con su prodigiosa memoria, no necesitaba tener delante los textos escritos para narrarlos, por lo que se andaba diciendo, por gentes maledicentes que nunca faltan, que Homero decía los textos de memoria porque no sabía leer ni escribir, cosa absolutamente falsa como podría ver en nuestra casa, donde estaban las historias escritas en el nuevo griego de su puño y letra.

Mi marido persistía en correr sobre los caballos y saltar con ellos, aun cuando su edad ya no era la de un joven atleta. Un día en que practicaba saltos sobre una ría, uno de sus mejores caballos se asustó y se detuvo en seco negándose a saltar; mi marido salió despedido hacia adelante y cayó de cabeza dejándose allí la vida.

Yo era ya muy mayor y estaba débil de salud. Aquel golpe fue también contra mi salud y Yo no hice nada por seguir viviendo.

No tenía ningún interés en vivir sin él, y pocas semanas después me marché Yo también de Esmirna, aunque no a su lado porque no son esas las reglas de la vida.

Así fue como logré finalmente traspasar el espejo y vivir la vida de la imagen después de haber vivido la del cuerpo. Aunque al final del proceso quedaron confundidos los dos seres, sin poderse decir quien era quien, salvo Yo que bien me sé que estuve presente en Gadir, y en Tiro, y en Gadir, y en Esmirna.

Pero *traspasar el espejo* es sólo una forma de decir, porque lo que no existió nunca fue el espejo, ya que sólo hubo un solo ser, con dos apariencias físicas que fueron al mismo tiempo su propia imagen. Y lo sé porque Yo fui la imagen y la figura.

*Conocer cual es la realidad y cual su imagen no es nada sencillo. Yo mismo cuando me veo atado a mi silla, en mis muchas horas de soledad y de reflexión, me pregunto si sólo seré un sueño, y la realidad es otra más placentera, y que se mueve con mayor libertad en otros ámbitos o en otras dimensiones.*

*Es posible; pero mis percepciones y mis limitaciones son las mías y las que Yo siento. Son las que a mí me producen placer o padecimiento, no las de otra realidad, que puedo intuir, pero que no conozco. Y siendo así ¿qué importancia puede tener el quien sea el objeto y quien la imagen?.*

*Similar desasosiego me produce el desconocer si las imágenes que*

*recibo fueron un día las de una realidad mía de otros tiempos o sólo son producto de algún mecanismo, averiado en mi mente, creador de imágenes de personas y de acontecimientos que nunca existieron.*

*¿Y qué puedo decir de la imagen idealizada, que aparece en mi mente, de una criatura en la que Yo he puesto mis locos pensamientos, sin el menor derecho a poder hacerlo?*

## EL REFLEJO

Una noche de septiembre,  
un estanque de cristal,  
un niño mira a la luna,  
la luna viéndole está;  
ella sonrío y él piensa:  
"¡Quién la pudiera alcanzar!".

La luna mira al espejo  
del pacífico cristal  
y el niño mira al reflejo  
y olvida el original;  
alarga, inocente, el brazo  
para poderla alcanzar,  
mas ella se escapa, corre  
y se burla del zagal;  
espera el niño que el agua  
se vuelva a tranquilizar,  
y alarga de nuevo el brazo,  
mas la luna se le va.

Repite, se cansa, llora,  
y abandonando el lugar,  
por un camino que ignora,  
llorando, llorando va.

Y ahora pienso taciturno :  
¿Seré yo el niño inocente?;  
¿serás tú el astro nocturno?;  
¿será el estanque mi mente?.